BIBLIOTECA

Miguel

Pselo

VIDAS DE LOS EMPERADORES DE BIZANCIO

UNIVERSAL

El mejor relato histórico de la literatura bizantina, por primera vez en castellano

GREDOS

Las «Vidas de los emperadores de Bizancio», del constantinopolitano Miguel Pselo (ca. 1017- 1078) representan, sin duda, una de las cumbres de la literatura bizantina. Su autor, orador áulico, primer ministro de sucesivos emperadores, habla en esta obra de los emperadores: Basilio II [976-1025], Constantino VIII [1025-1028], Romano III Arguiro[1028-1034], Miguel IV Paflagonio [1034-1041], Miguel V Calafate [1041-1042], Zoe y Teodora [1042], Constantino IX Monómaco [1042-1055], Teodora [1055-1056], Miguel VI el Viejo [1056-1057], Isaac I Comneno [1057-1059], Constantino X Ducas [1059-1067], Eudocia [1067], Romano IV Diógenes [1068-1071] y Miguel VII Ducas [1071-1078].

Miguel Pselo

VIDAS DE LOS EMPERADORES DE BIZANCIO

Título original: *Χρονογραφία ἱστοροῦσα τὰς πράξεις τῶν βασιλέων*

Miguel Pselo, 1078

Traducción: Juan Signes Codoñer

Diseño de portada: Manuel Janeiro

Introducción

VIDA DE MIGUEL PSELO

LOS HUMILDES ORÍGENES DEL NIÑO PRODIGIO

Al igual que a Demóstenes o Isócrates, los más famosos oradores áticos, la naturaleza les puso trabas para declamar en público[1], también el que quizás fue el mejor de los oradores bizantinos tuvo un defecto físico (probablemente era belfo) que le hacía sesear al hablar y le valió el sobrenombre de Pselo (en griego *psellós*[2]). En efecto, el nombre con el que se conoce a nuestro autor no es un apellido familiar, del que entonces sólo gozaban las familias terratenientes, sino un apodo que él mismo incorporó a su nombre y que proclamaba ante todos un defecto que él nunca negó y al que alude incluso en sus escritos. Además de este defecto, tampoco facilitó la carrera de Pselo su nacimiento en el seno de una modesta familia residente en Constantinopla. Es verdad que el padre, originario de Nicomedia (Bitinia), tenía a patricios y cónsules entre sus antepasados más próximos, pero nada le quedaba ya de esos ilustres orígenes y ejercía como simple tendero en un barrio de la capital, donde se había casado con una mujer de familia humilde. Del matrimonio nacieron dos hijas antes de nuestro orador, que vino al mundo a fines del año 1017 o principios del 1018, en los últimos años del reinado de Basilio II (959-1025), cuando el imperio parecía hallarse en la cúspide de su poderío militar, pues extendía su dominio desde el Danubio y el sur de Italia hasta los confines de Siria y el Cáucaso.

Cuando Pselo concluyó su educación elemental a los ocho años de edad, la familia, reunida en consejo, pensó en buscarle un oficio para que contribuyese a la economía de sus miembros. Sólo la insistencia de la madre, convencida de las cualidades de su hijo, pudo persuadir a los familiares para que siguieran pagando su formación: lo recuerda emocionado nuestro autor en el discurso fúnebre que le dedicó a su muerte años después. La decisión de la madre se vio recompensada y pronto Pselo, con apenas diez años, sabía recitar de memoria la *Ilíada* y comentar sus figuras y sus tropos, demostrando unas capacidades excepcionales, aunque quizás más sorprendentes para nuestro tiempo que en aquella edad, que sabía cultivar la memoria hasta extremos hoy impensables. La madre seguía de cerca sus progresos y le repasaba sus lecciones, pero, pese a su talento, a los dieciséis años la economía familiar no pudo costear más su formación y Pselo se puso a trabajar como secretario de un juez provincial, probablemente en el distrito europeo de Tracia y Macedonia. Por entonces murió su hermana y sus padres se retiraron a un monasterio. Pselo regresó a Constantinopla, donde inició estudios superiores de retórica y filosofía con Juan Mauropus, uno de los intelectuales más importantes de su tiempo.

Durante los años siguientes Pselo verá promocionada su carrera administrativa como juez (gobernador provincial), probablemente por el apoyo de su amigo Constantino Licudes, que entra en el senado y asume puestos de responsabilidad durante los reinados de Miguel IV y Miguel V. Así, Pselo asume funciones como juez por lo menos en tres distritos de Asia Menor (*Tracesios, Bucelarios, Armeniacos*), sin que sepamos exactamente las fechas ni tengamos noticia de que nuestro autor haya superado una prueba de ingreso para esta función. Sorprende en efecto que un joven de unos veinte años asumiese puestos de tan alta responsabilidad, algo para lo que no se encuentra paralelo alguno en la historia administrativa del imperio y que habla de sus excepcionales cualidades. Del periodo de Pselo como juez dan testimonio además sus numerosas cartas posteriores a jueces provinciales, en las que reconoce que el alejamiento de la capital no resultaba a veces fácil, pero era absolutamente necesario para quien quisiera ascender en la administración. Es probable que su presencia en provincias no fuera permanente durante esos años y que la alternara con estancias en Constantinopla para continuar con su formación.

EL INGRESO EN PALACIO DEL CÓNSUL DE LOS FILÓSOFOS

En 1042 encontramos a Pselo trabajando para Miguel V como secretario imperial (*hypogrammateús*) en Palacio. Este emperador, que había ascendido al poder al ser adoptado por Zoe, hija de Basilio II y depositaría de la legitimidad dinástica de los emperadores macedonios, no tardó en destituir a la emperatriz, provocando una sublevación popular contra su gobierno. Pselo es testigo de la violencia de la muchedumbre que se dirige enfurecida a Palacio cuando se encontraba «en el pórtico exterior dictando algunos documentos de carácter muy reservado». Huido el emperador, nuestro autor presencia cómo es cegado en la iglesia en la que se refugia, sin que valgan de nada sus desgarradas súplicas. El impacto que en Pselo causan estos acontecimientos será descrito con vivacidad por él en unas de las mejores páginas de su obra histórica. Nuestro autor parece haber alcanzado la edad adulta a raíz de estos sucesos.

Una vez derrocado Miguel V, el poder recae de nuevo en las dos princesas de sangre imperial macedonia, Zoe y su hermana Teodora, pero la primera no tarda en ceder el mando a su nuevo marido, Constantino IX Monómaco, cuyo reinado, algo más largo que los anteriores (1042-1055), marca la decisiva consagración de la carrera de Pselo. En efecto, durante el reinado de Monómaco se abre el senado a un gran número de *homines novi*, lo que en la práctica significa el ascenso a altos puestos de responsabilidad del estado de una serie de eruditos de primera fila que, de una u otra manera, estaban vinculados a Pselo, ya fuera como maestros (Juan Mauropus), o como compañeros de estudios (Juan Xifilino). Son todos hombres con una vasta formación retórica, filosófica y jurídica, que asumen ahora por vez primera funciones de gobierno y que nos han legado una amplia producción escrita. Que Pselo es uno de los responsables de este cambio es innegable, aunque la creciente inmodestia de la que va haciendo cada vez más gala en sus escritos nos lleve a rebajar con frecuencia el tono de sus

afirmaciones. Es evidente, sin embargo, que el senador Pselo se convirtió desde el primer momento en depositario de las más importantes confidencias del emperador, que se sintió atraído por su vastísima cultura y sus cualidades oratorias. Pselo relata incluso cómo el emperador llegó a sentarlo en el trono mientras él impartía sus clases, de las que Monómaco tomaba notas como si fuera, nos dice, un nuevo Marco Aurelio.

El hecho que realmente plasma su papel en la corte es el título de *Cónsul de los filósofos* que le otorga el nuevo emperador y que no sólo simbolizaba la preeminencia de nuestro erudito en el vasto campo del saber, sino que implicaba responsabilidades concretas con respecto a la enseñanza de la filosofía en Constantinopla, por más que los estudiosos no se pongan hoy de acuerdo acerca de la exacta naturaleza de éstas. En cualquier caso, las obligaciones de Pselo como *Cónsul de los filósofos* no debían de ser muy diferentes a las que por esas mismas fechas asumió Juan Xifilino en su condición de *Guardián de las leyes (nomophylax)*, un cargo creado también por el emperador (bajo el asesoramiento de Mauropus) para poner orden en la intensa labor exegética del corpus de derecho romano que tuvo lugar entonces.

Desde el puesto áulico que le confirió el emperador, Pselo alcanzó su mayor prestigio como profesor, una actividad que ejercía ya privadamente desde el mismo momento en que concluyó sus estudios con Mauropus, pero que sólo ahora en el reinado de Monómaco le proporcionó un merecido reconocimiento. A su labor docente atribuye Pselo el renacimiento de la filosofía en el imperio, una disciplina de la que, según afirma, sólo se conocían las premisas más básicas antes de comenzar él su labor. Como iniciador de este campo de estudios, Pselo se detiene incluso a explicarnos en su *Vidas de los emperadores* (VI.37-39) cómo se produjo su acercamiento a los grandes filósofos del pasado, Platón, Aristóteles y todos los filósofos neoplatónicos tardoantiguos. En este proceso de iniciación a la filosofía Pselo no reconoce deudas a sus maestros y se presenta como un autodidacta. Nuestro autor menciona también en este pasaje sus conocimientos en aritmética, geometría, música y astronomía, disciplinas éstas en las que nos ha dejado obras de cierta entidad.

Pero Pselo no sólo destaca en filosofía y ciencias (o pseudo-ciencias como la magia y la alquimia), sino que compone también importantes escritos divulgativos en derecho y medicina y un gran número de escritos teológicos. Finalmente, está su inabarcable producción literaria (poemas, historias, obras retóricas...). Toda esta amplia producción (de la que luego hablaremos), unida a sus vastas capacidades como orador (de las que ahora empieza a servirse para ascender en la corte), hacen de él un hombre famoso y explican el flujo constante de discípulos hacia su escuela, entre los que hay que señalar a algunos de los intelectuales más famosos de la generación siguiente, como Juan Ítalo o Teofilacto de Ocrida. Incluso intelectuales bagdadíes, como el nestoriano Ibn Butlan, acuden a Constantinopla atraídos por su aura. Aunque no faltan tampoco escritos de nuestro autor que trazan un panorama de desinterés y absentismo en algunos de

sus alumnos, Pselo está por lo general orgulloso de sus clases y sus discípulos. El siglo XI bizantino vive una verdadera ebullición intelectual que despierta el interés de una juventud deseosa de aprender y que, como es el caso de Pselo, reclama nuevos métodos a sus maestros. Éstos por su parte no se contentan con la imitación retórica y literaria de los clásicos griegos, sino que aspiran a debatir, guiados de la mano de esos clásicos, sobre cuestiones esenciales de la ética o de la física, profundizando en su visión del mundo más allá del dogma cristiano.

CAÍDA EN DESGRACIA Y TONSURA DEL FILÓSOFO

El principio del reinado de Monómaco representó uno de los periodos más felices de la vida de Pselo, que iniciaba por entonces su vida de casado, ya que poco antes de la subida al trono de este emperador había contraído matrimonio con una mujer de buena familia, descendiente de un valido del emperador León VI (886-912). Del matrimonio nació una sola hija, Estiliana, a la que nuestro orador colmó de atenciones. Sin embargo, conforme pasaron los años, su situación tanto personal como política fue cambiando lentamente. Su hija Estiliana murió a la temprana edad de nueve años, lo que motivó el ingreso de su mujer en un monasterio. Pselo se quedó únicamente con una hija adoptiva, Eufemia, adoptada quizás antes de la muerte de su hija natural, en la que ahora puso todas sus esperanzas de descendencia. No obstante, un primer compromiso de la chica con un joven de buena familia debió romperse, lo que provocó incluso un proceso legal contra nuestro orador.

Mientras tanto, el humor cambiante de Monómaco había experimentado un vuelco y el emperador fue retirando poco a poco su favor a los eruditos del entorno de Pselo: lo que Lemerle llamó «el gobierno de los filósofos» tocaba a su fin. Primero fue Mauropus el que debió aceptar el nombramiento de obispo de Eucaíta por las mismas fechas en las que Licudes era apartado del poder, en torno al 1050. Luego le llegó el turno a Xifilino y, finalmente, a Pselo, que tomaron el hábito monástico para evitar ser perseguídos. No sabemos exactamente las razones que motivaron la caída en desgracia de nuestro orador, aunque no debieron de ser pocos los intereses que estaban en contra de que un grupo de intelectuales se hicieran con las riendas del poder. Por su parte, Pselo señala cómo a veces, cuando redactaba documentos de la cancillería imperial destinados a gobernantes extranjeros, adoptaba por su propia iniciativa decisiones que iban en contra de los usos diplomáticos habituales, lo que quizás pudo comprometer algunas relaciones (*Vidas de los emperadores* VI. 190).

En cualquier caso, nuestro autor se tonsuró como monje repentinamente a finales del año 1054, aunque señala, sorprendentemente, que lo hizo a pesar de las protestas del propio emperador que no quería verse privado de su compañía. Pselo es de hecho deliberadamente ambiguo al hablar sobre los motivos que le impulsaron a retirarse de Palacio, y que quizás no tengan que ver directamente con el emperador sino con su entorno, algo que explicaría que justamente a la muerte de Monómaco, en enero del 1055, Pselo abandone enseguida

Constantinopla y se refugie en el monasterio de la Hermosa Fuente, en el Olimpo bitinio. Por entonces murió su madre (su padre lo había hecho hacía ya bastantes años) y Pselo, privado de familia, pasó por momentos amargos.

EL MONJE HETERODOXO

Quizás nuestro autor había pensado que en su retiro monástico iba a encontrar la verdadera filosofía, pero su experiencia le resultó decepcionante en muchos sentidos, sobre todo por la ignorancia e inactividad de sus compañeros de hábito. Hay que tener en cuenta además que el estudio de los clásicos había situado a Pselo en muchas ocasiones al margen de los preceptos de la Iglesia y aunque es inconcebible que cayera en el paganismo, tal como propugna Anthony Kaldellis, su independencia de criterio chocó claramente contra la postura conservadora de muchos sectores de la Iglesia, los mismos que condenaron más adelante a su discípulo Juan Ítalo a abjurar de su platonismo y dejaron caer varios anatemas sobre los estudiosos de los «helenos» que no respetaban los dogmas cristianos. El concepto de los misterios de la fe que tenía Pselo se apartaba en gran medida, como veremos, de los dogmas cerrados de la tradición ortodoxa y era producto más bien de una permanente curiosidad intelectual que aspiraba a integrar filosofía antigua y teología cristiana y que al mismo tiempo no concebía barreras a la ciencia y a la argumentación filosófica en una época en la que se producía un intenso debate sobre los clásicos.

Pselo se vio de hecho obligado a acreditar su ortodoxia en un escrito redactado durante el reinado de Constantino IX[3]. No es por lo tanto de extrañar que durante su retiro monástico entablara una disputa con su amigo Xifilino, que pareció aceptar mejor su nuevo hábito y criticó a Pselo su dedicación a Platón al margen de los dogmas de la Iglesia. El ataque de Xifilino indignó a nuestro autor, que compuso una famosa epístola dirigida a él, que para muchos modernos investigadores constituye el primer manifiesto del humanismo cristiano. El comienzo de la carta revela por sí solo la intensidad del debate:

¿Mi Platón, dices?, santo y sabio hermano, ¿el mío? ¡Oh tierra y sol!, por indignarme también yo como un trágico. Si lo que me reprochas es tratar asiduamente con él en sus diálogos, admirar el carácter de su interpretación o rendirme ante la fuerza de sus demostraciones, ¿por qué no se lo echas en cara también a los grandes Padres, que derribaron las herejías de los Eunomios y Apolinarios con la exactitud de los silogismos? Pero si te refieres a que sigo sus doctrinas o que me apoyo en sus normas, mala opinión te has hecho de mí, hermano[4].

Incapaz de adaptarse al retiro monástico, Pselo regresó sin embargo a la capital ese mismo año de 1055, cuando la emperatriz Teodora, convertida en el último eslabón de la dinastía macedonia tras la muerte de Zoe, le llamó a su lado como consejero. El alejamiento de la corte había sido breve, pero no fue un simple paréntesis en la vida de Pselo, que a pesar de que recuperó e incluso incrementó

la influencia perdida, lo hizo ya desde su condición de monje. Ni siquiera su nombre es ya el mismo, pues ha dejado el de pila de Constantino y adoptado el monástico de Miguel, con el que se lo conoce en la tradición posterior. Su autoridad no se basará más en títulos o dignidades concretas, sino en la posición de influencia que le quieran conceder en cada caso los emperadores reinantes. El único retrato, que conservamos de nuestro autor, que se describe a sí mismo como personaje de gran estatura, piel oscura y cabellos rubios, lo representa con negras vestiduras monásticas.

INTRIGAS EN PALACIO

Poco antes de la muerte de Teodora en 1056, cuando la obstrucción intestinal de la emperatriz anunciaba su muerte inminente y la extinción de su dinastía, el consistorio de palacio obligó a que ésta designara un sucesor. El elegido, Miguel VI (1056-1057), será coronado poco después. Pselo declara haber sido testigo de los conciliábulos para elegir al sucesor, pero se coloca al margen de una decisión que enseguida se revelará efímera. En efecto, apenas proclamado emperador Miguel, se sublevan contra él los generales de Asia Menor, miembros de poderosas familias terratenientes descontentas con el gobierno de funcionarios de la capital. Se trata de la primera amenaza real contra el poder central y se produce en el momento en el que se extingue la dinastía macedonia a la que perteneció Basilio II, el emperador que más hizo por reforzar las atribuciones del estado frente a las fuerzas centrífugas locales.

Cuando los rebeldes, capitaneados por Isaac Comneno, llegan a las proximidades de la capital, Pselo es enviado como embajador por Miguel VI para negociar un acuerdo con el usurpador: nombrarle César y heredero al trono a cambio de su renuncia a las hostilidades. El relato de esta embajada, contenido en su historia, demuestra una vez más las habilidades oratorias de Pselo, que en medio de una tienda llena de soldados enemigos es capaz de superar el ambiente hostil y convencer a los presentes de la bondad de su propuesta. Pero si el discurso acredita a Pselo como excelente orador, el hecho de que a continuación Isaac lo considerase su hombre de confianza levanta sospechas sobre la gestión de su embajada y su fidelidad a Miguel, que fue derrocado en Constantinopla por sectores próximos al patriarca Miguel Cerulario, cuando el usurpador acampaba todavía al otro lado del estrecho del Bósforo en compañía de Pselo.

Isaac entró poco después en la capital y nombró a Pselo presidente del senado, lo que hizo visible ante todos su cambio de bando. Sin embargo las peores cualidades de político de Pselo se hicieron patentes sólo después, cuando aceptó el encargo del emperador de redactar una acusación contra el patriarca Miguel Cerulario por traición. El patriarca, responsable del cisma con Roma que se había producido al final del reinado de Monómaco (julio de 1054), era un hombre con ambiciones políticas y peligroso para el poder imperial, por lo que su deposición estaba justificada, pero lo singular del hecho es que Pselo fuera el encargado de formular los cargos a pesar de la amistad que le unía a él y al hecho

de que sobrinos de Cerulario eran destacados discípulos suyos. Conservamos tanto una carta abierta al patriarca, como el escrito oficial de acusación contra él, en los cuales Pselo marca sus diferencias con Cerulario y denuncia sus ambiciones y su desprecio a la cultura profana. Sin embargo, el patriarca, depuesto y desterrado, murió antes de que las acusaciones de Pselo se hicieran públicas ante el sínodo convocado en la capital. Esta circunstancia puede explicar que Pselo siguiera manteniendo, en apariencia, buena relación con su familia y redactara incluso, años después, un hiperbólico elogio fúnebre de Cerulario, en el que omite su responsabilidad en la deposición del patriarca. Sean cuales fueren las motivaciones de las actuaciones de Pselo, la deposición de Cerulario le hizo ganar prestigio ante el emperador, que nombró además patriarca a Constantino Licudes (1059-1063), viejo amigo de nuestro orador.

Pese a todos los elogios que Pselo vierte sobre Isaac, el gobierno de este emperador, como representante de la aristocracia provincial, era ajeno a las tradiciones políticas de la capital, lo que le llevó a tomar medidas radicales de restricción del gasto que le enajenaron apoyos políticos, incluido el de nuestro autor. Sabido es que Isaac aparecía blandiendo una espada en las monedas de su reinado, una pose militar en la que no se habían mostrado nunca los emperadores bizantinos. Es posible por ello que, como sugiere Robert Volk, la abdicación de Isaac en 1059 por causa de una enfermedad fuera estimulada por Pselo, que, como médico personal del emperador, exageró los síntomas de su mal para hacerle renunciar al trono. Es curioso que Pselo no señale en su obra que Isaac moriría únicamente meses después de haber abdicado.

En cualquier caso es evidente que a Pselo le convenía el ascenso al poder de Constantino X, de la familia de los Ducas (1059-1067), con la que mantenía excelentes relaciones desde que se alojó en su palacio en época de Monómaco. El nuevo emperador, que inventó el nuevo título de *hypertimos* para Pselo, tuvo a nuestro autor como principal consejero y le encargó incluso la educación de su hijo y sucesor al trono, el futuro Miguel VII Ducas. El hecho de que, a la muerte de Licudes, su antiguo amigo Xifilino fuera nombrado patriarca (1064-1075) no significó, sin embargo, nada para la carrera de Pselo, pues ambos amigos se habían alejado ya desde el momento que asumieron el hábito monástico.

Las intrigas contra nuestro autor se desataron abiertamente cuando, a la muerte de Constantino, su viuda Eudocia (regente de su hijo menor de edad) siguió confiando en Pselo para el gobierno. Entonces el eunuco Nicéforo, tal como relata el contemporáneo historiador Ataliates, le acusó de mantener relaciones adúlteras con la emperatriz. No sabemos en qué desembocaron estas acusaciones, pero es evidente que el matrimonio de Eudocia con el general Romano Diógenes en el 1068 no favoreció los intereses de nuestro orador. Diógenes, convertido en coemperador, desconfiaba de Pselo y temía dejarlo en la capital mientras él partía en campaña. El distanciamiento entre ambos se hizo patente cuando ordenó que le acompañara en su campaña militar contra los turcos selyucíes del 1069, una campaña que Pselo le había desaconsejado por

precipitada. No obstante, nuestro orador consiguió descolgarse de la expedición al llegar a Cesárea y regresar a Constantinopla.

Cuando en 1071 Romano Diógenes fue capturado por los turcos en la batalla de Mantzikert, su mujer Eudocia asumió el poder en su nombre y en el de su hijo Miguel. Pselo estuvo detrás de esta decisión, pues fue el que instó al César Juan Ducas, hermano del fallecido Constantino X y cabeza visible de los Ducas, a dar este paso, tal como señala en su historia. La recuperación del poder efectivo por parte de la familia Ducas beneficiaba a Pselo, que era íntimo amigo del César (son muchas las cartas dirigidas a él que se nos conservan) y tenía un gran predicamento ante Miguel Ducas, su pupilo imperial. El César fue sin embargo más lejos de lo que tal vez había pretendido nuestro orador y ordenó encerrar a Eudocia, al fin y al cabo mujer de Romano, en un monasterio, de forma que el poder quedó exclusivamente en manos de su sobrino Miguel. Mientras tanto el sultán turco Alp Arslán había liberado a Diógenes, que no estaba dispuesto a ceder su poder a Miguel VII. El conflicto estaba servido. Pselo describe en sus *Vidas de los emperadores* cuál fue su reacción en medio de la confusión que provocó la inesperada liberación de Diógenes (VIIb.27):

Yo me encontré también en medio de aquel desconcierto general, cuando todos me instaban a que dijese lo que convenía hacer. Puesto que sobre todo mi noble y querido emperador me apremiaba y presionaba, yo declaré que no se debía acoger ya más a Romano en el imperio, sino que había que deshacerse de él y enviar a todas partes órdenes excluyéndolo del gobierno.

Fue este el consejo que se tomó finalmente. Tropas enviadas desde Constantinopla derrotaron a Romano Diógenes y, a pesar de las garantías de seguridad que le dieron cuando acabó rindiéndose, le sacaron los ojos. Romano murió poco después a resultas de las heridas: un final trágico para un noble general y uno de los capítulos más infamantes de la historia bizantina. Antes de su muerte, cuando ya había sido cegado, Pselo fue aún capaz de dedicarle un pequeño discurso, que se nos antoja lleno de cinismo, en el que declara no saber si lamentar o envidiar el destino de Romano. El discurso comienza así:

La confusión que me domina es completa, oh nobilísimo y admirable Diógenes, pues no sé si debería llorarte por ser el más desgraciado de todos los hombres, o admirarte por la gloria incomparable de tu martirio, ya que cuando contemplo las desgracias que te han sobrevenido y que superan cualquier cálculo posible, te incluyo entre las personas más infortunadas, pero cuando considero tu ánimo inocente y tu inclinación hacia el bien, es entre los mártires donde te asigno un puesto. Pero si después de tan numerosas desgracias aún mantienes la nobleza de tu alma y das gracias a Dios, sin duda que te alisto en las filas de los mártires. No conozco desde luego a otro hombre que haya probado tantos males, sin merecerse además ninguno de ellos. Pero quiero que sepas esto, divino Diógenes, que todos los sucesos de nuestra vida dependen de la tutela y la presciencia divinas y que no hay nada irracional ni imprevisible, sino que el Ojo

insomne todo lo supervisa y a cambio de los padecimientos y rigores de aquí, reserva allí grandes recompensas a los que sufren. Sé desde luego que es doloroso ser privado de la luz de los ojos, y además de forma tan penosa, cuando se añade a tantas desgracias previas, pero al mismo tiempo no ignoro que es algo grande el participar de la luz divina, para la que ya te habías preparado antes y a la que no dejará de guiarte tu corazón de ahora en adelante, pues Dios alumbrará en tu alma una luz pura, el día de la salvación te iluminará y el sol que nunca se pone te deslumbrará, de forma que odiarás este fuego solar y amarás aquella inteligencia y luz indescriptible[5].

Parece difícil creer que la compasión de Pselo hacia Romano Diógenes fuera sincera, cuando él mismo fue responsable de su deposición. Pero quizás Pselo tuviera remordimientos por su actitud y no pensó que el enfrentamiento entre Diógenes y Miguel Ducas desembocara en una pequeña guerra civil y mucho menos que acabara con Romano cegado por los sicarios imperiales. ¿Quiso por lo tanto nuestro orador lavar su conciencia con este escrito dirigido al depuesto emperador? Nunca lo sabremos, aunque no parece desde luego que Romano, ya ciego, pudiera oír con agrado el discurso que le dirigió nuestro orador hablándole de la luz superior que guiaba su corazón.

AÑOS DE CRISIS Y FINAL DE PSELO

Los años posteriores a la derrota de Mantzikert fueron cruciales para Bizancio, que vio asentarse en la altiplanicie anatolia a las primeras tribus turcas procedentes de Asia Central, iniciando un largo proceso histórico que siglos después concluiría con la desaparición del helenismo de estas regiones. Durante aquellos momentos difíciles, Pselo fue en parte uno de los hombres fuertes del régimen, y sin duda plenamente consciente de los problemas, pues incluso compuso un escrito religioso dirigido al sultán Malik-sha, el nuevo líder selyucí, y en algunas de sus cartas se demuestra perfecto conocedor de la situación de las provincias. No obstante, no parece que Pselo, pese a todo, diera a la invasión turca relevancia a largo plazo, pues en ningún escrito analiza, siquiera superficialmente, la crisis que se había desencadenado. Es verdad que, al igual que él, algunos modernos historiadores han relativizado el impacto de Mantzikert, y podemos suponer que los contemporáneos no fueron tan conscientes como hoy de sus trágicas consecuencias, pero sí hubo, pese a todo, entre los responsables políticos bizantinos del momento personas, que como el propio Romano Diógenes, apreciaron la gravedad de la amenaza turca. No parece que fuera este el caso de Pselo y, de hecho, su pupilo Miguel VII Ducas es presentado por la historiografía, bizantina y moderna, como un político incapaz, entretenido en vanos ejercicios filológicos y ajeno a los peligros del imperio. El retrato que hace nuestro autor de él en sus *Vidas de emperadores* no desmiente esta imagen, pues no es más que una caracterización hiperbólica de sus cualidades intelectuales, de su talla como persona y hombre de cultura, con una simple mención de pasada a sus cualidades como gobernante.

Pese a sus vinculaciones con Ducas, Pselo fue perdiendo peso político durante su reinado. Mientras el eunuco Niceforitzes se hacía con las riendas de la administración, iban emergiendo nuevos intelectuales que le hacían sombra, como su antiguo discípulo Juan Ítalo, nuevo *Cónsul de los filósofos*, o Simeón Seth, conocedor de la tradición científica oriental y autor de importantes obras médicas y astronómicas. Los desengaños en el ámbito familiar fueron no menos graves: el matrimonio de su hija adoptiva Eufemia con Basilio Maleses durante el reinado de Isaac Comneno le había hecho concebir antaño esperanzas de descendencia, y, en efecto, años después nació por lo menos un niño de esta unión. Pero Basilio, según ha demostrado Eva de Vries, defraudó sus expectativas en su carrera como juez, tal como sabemos por cartas de nuestro autor en las que le reconviene por su venalidad. Basilio fue además hecho preso junto con Romano Diógenes en Mantzikert, pero cuando fue liberado dos años después y llegó a la capital, Miguel Ducas le confiscó todos sus bienes y le privó de la tutela de sus hijos. Pselo, enfrentado a su yerno desde hacía tiempo, estaba detrás de esta medida que le devolvió la tutela de sus nietos, pero es probable que su hija no le secundara y que acompañara a su marido al exilio al que lo condenó el emperador en 1074.

Sin familia y con cada vez menos amigos, la estrella de nuestro autor se fue apagando y de hecho no sabemos cuándo murió. Él, que compuso algunos de los discursos fúnebres más célebres del siglo, en honor a Cerulario, Licudes o Xifilino, no encontró a nadie que, llegado el momento de su muerte, diese siquiera constancia de ella. Si se identifica, como piensan muchos, a nuestro autor con el Miguel de Nicomedia que cita el historiador Miguel Ataliates, Pselo habría muerto en abril del 1078. Ataliates, enemigo declarado de nuestro autor, habría escrito su epitafio con estas palabras: «Poco después exhaló su último suspiro el monje e hipértimo Miguel, que había estado al frente de los asuntos de gobierno y cuya familia procedía de Nicomedia, hombre desagradable y orgulloso, que a duras penas aprobaba la munificencia del emperador»[6].

Reinaba entonces Nicéforo III Botaniates, que, apenas unos días antes (veinticuatro de marzo), había sido coronado emperador por el patriarca después de haber culminado con éxito una sublevación contra Miguel Ducas. Ataliates, partidario declarado de Botaniates, consideró la muerte de Pselo un presagio del fin de un ciclo político. No sabemos en qué circunstancias murió Pselo, pero sí que su nieto, hijo de Eufemia, vivía en la penuria años después, hasta el punto de que uno de los discípulos de Pselo, Teofilacto de Ocrida, compadecido de su suerte, se vio obligado a pedir ayuda para él. De Pselo no oiremos en cambio un solo elogio entre los escritores posteriores. Sólo sus escritos dan constancia de lo que significó el hombre.

OBRA

LOS ESCRITOS DE PSELO DENTRO DE LA LITERATURA BIZANTINA

Una buena parte de los escritos de Pselo se explica por el deseo del autor

de dar cuenta de sus controvertidas acciones, de justificar sus cambios de bando, de presentar su persona bajo una luz favorable. Esto se convierte en una verdadera obsesión para él, de forma que si el bosquejo biográfico que acabamos de pergeñar nos presenta a Pselo como un político sin escrúpulos, capaz de sacrificar sus amistades y vínculos personales en función de sus propios intereses, la lectura detenida de sus escritos no hace sino empeorar aún más esa imagen que nos hemos formado de él, pues en ellos nuestro autor no sólo cae en unos extremos de narcisismo verdaderamente excesivos, sino que resulta incapaz de convencer en muchos casos a la hora de justificar sus acciones. Si a esto se une la alambicada retórica con la que algunas veces envuelve sus propias acciones, la figura de Pselo se volverá a veces antipática al lector actual. Tal vez debido a sus humildes orígenes y a las múltiples envidias que despertó su temprano ascenso y su innegable genialidad, Pselo se vio obligado toda su vida a adoptar una postura defensiva, a resaltar constantemente sus valores en un proceso constante de reafirmación personal. No se pueden descartar sin embargo traumas personales que amargaran su carácter, como su temprano paso al estado monástico o la ausencia de descendencia, así como su creciente soledad.

No obstante, la antipatía que en el lector actual despierta la personalidad de Pselo no evita una fascinación creciente hacia una figura cuyas capacidades intelectuales están fuera de duda y que, en su intensa vida política, consiguió seducir con su palabra a sus contemporáneos. Muchos acabaron, ciertamente, desengañados de él y los últimos años de su vida transcurren en una creciente soledad, pero esos desengaños vinieron por sus acciones, no por sus escritos, que se siguieron copiando tras su muerte y que se nos han conservado hasta hoy en gran número[7]. Esos escritos de Pselo, que suman miles de páginas y lo convierten en uno de los autores más prolíficos del Bizancio, abarcan todos los campos del saber y constituyen una fuente inagotable de sorpresas para el moderno estudioso. Tras su lectura no importa ya tanto la persona real de Pselo como su persona literaria, y lo que en un personaje histórico molesta, fascina en el narrador. La censura al hombre de estado se olvida y se admira en cambio su extraordinario dominio del lenguaje, su permanente curiosidad intelectual, la originalidad en la presentación de los problemas y su constante subversión de las formas. Pero para poder apreciar estos valores el lector actual debe todavía superar una barrera, ciertamente compleja, que tiene que ver con los ideales estéticos de la literatura bizantina. Sobre éstos conviene decir unas palabras.

Cyril Mango definió hace ya tiempo la literatura bizantina como un «espejo deformante», dando a entender que reflejaba la realidad de forma distorsionada, es más, que falseaba la realidad que supuestamente reproducía. Los grandes escritores bizantinos, hombres de corte imbuidos de la retórica y de los modelos literarios clásicos, aspiraban a recrear estos modelos con un lenguaje fosilizado, el griego clásico, que no era apto ya para evocar o parodiar ambientes y situaciones cotidianas, que se expresaban en un lenguaje más coloquial, precursor del actual griego moderno. Por otra parte, eran pocas las personas capaces de dominar los registros del griego clásico, no sólo ya para escribir en esta lengua, sino para apreciar como lectores las cualidades de la literatura clasicista, cuyo principal valor

consistía en juegos de estilo y guiños intelectuales apreciables desde el profundo conocimiento de la tradición literaria.

Es evidente por lo tanto que una literatura destinada al consumo de una minoría de intelectuales en muy pocos casos podría alcanzar el calificativo de universal. En efecto, si ya por definición este tipo de literatura excluía a un amplio público lector de su propia sociedad, incapaz de apreciar sus juegos formales, ¿qué decir entonces de los lectores modernos, ajenos a la compleja realidad lingüística griega e ignorantes de la historia bizantina? No es de extrañar que la literatura clasicista bizantina haya sido estudiada esencialmente por filólogos e historiadores, que en minuciosos análisis han intentado desentrañar sus claves y construir una imagen de la intelectualidad bizantina y su visión del mundo, cuando no se han limitado simplemente a extraer datos de sus obras, convirtiéndolas en meras fuentes históricas. Son pocos los que se han atrevido a proponer la lectura de algunas de las obras maestras del clasicismo bizantino a lectores no especializados, precisamente porque son por lo general demasiadas las premisas culturales y lingüísticas exigibles al lector para que pueda apreciar el alcance de lo que tiene en sus manos.

Quizás Pselo sea uno de los pocos casos en los que un escritor clasicista bizantino puede aspirar a despertar el interés de un lector actual no especializado. Obviamente muchas de sus obras, por su carácter más filosófico o científico, resultan difícilmente apreciables, incluso para los especialistas, pero dentro de su producción encontramos también pequeñas joyas en las que nuestro autor sabe encontrar un equilibrio entre sus aspiraciones formales y sus inquietudes personales, sin caer en los extremos de virtuosismo y patetismo que vician parte de la producción literaria bizantina.

Pasaré ahora a realizar un breve recorrido por su obra, destacando los textos que a mi juicio presentan más interés desde el punto de vista literario, aun sin excluir una rápida mención a la producción más técnica de nuestro autor[8]. De hecho la interrelación que presenta su obra científica con la estrictamente literaria es muy estrecha y resulta arbitrario separar ambos campos al analizar sus escritos. Tampoco es procedente hacer un tratamiento aparte de su poesía, ya que los temas que aparecen en ella están con frecuencia vinculados a sus inquietudes filosóficas y científicas. Dejaré de lado por el momento sólo su obra histórica, a la que dedicaré mi atención en el apartado tercero.

CARTAS, DISCURSOS, LITERATURA DE OCASIÓN...

Entre las obras más sugerentes de Pselo se encuentra su colección de más de quinientas cartas, en su mayoría personales y motivadas por circunstancias concretas, aunque todas escritas con gran cuidado y elegancia, pese a que algunas no parezcan haber sido destinadas a la publicación, al menos en un principio, puesto que abordan temas coyunturales y ofrecen en ocasiones una imagen negativa de nuestro escritor[9]. Así por ejemplo, en una carta nuestro autor

advierte a su corresponsal, el drungario de la vigilia Maquetario, de que aunque lo ha mencionado en su *Historia*, está tentado de borrarlo de ella si continúa criticando su aproximación al emperador Isaac Comneno. Pero, con independencia de las circunstancias de la publicación de estas cartas, que desconocemos, interesa destacar que en muchas de ellas Pselo aborda de manera vivida problemas que le afectan especialmente y consigue romper la hinchazón retórica que aplasta a gran parte de la epistolografía bizantina. En las cartas de Pselo hay un mayor equilibrio entre forma y contenido, y del mismo modo que reprende al hijo adoptado con un lenguaje formal que no oculta su indignación, no deja de incluir en ocasiones reflexiones personales en misivas más oficiales dirigidas a personajes públicos.

Este tono aparece también en su autobiografía, que es una de las obras más sorprendentes de este género en la tradición medieval, sobre todo porque, a la manera de las *Confesiones* de San Agustín, se trata de una biografía intelectual del autor, cuajada de reflexiones eruditas. No deja tampoco de dar cabida en ella a imágenes llenas de sensibilidad, como por ejemplo cuando cuenta cómo su madre le llenaba de caricias sólo cuando estaba dormido, a fin de no malcriarle:

No dejaré tampoco de recordarte una cosa que hiciste y que aunque querías que me pasase desapercibida, no lo conseguiste. Mi madre me quería, como alguien diría, de manera intensa y ardiente, pero aunque muchas veces deseaba cogerme por el cuello y besarme, sin embargo refrenaba su deseo como si obedeciera a una ley superior y a un propósito más elevado, a fin de que yo no me ensoberbeciera y llegara a desobedecer de algún modo sus órdenes. Una vez que reprimía su sentimiento amoroso, yo simulé dormir, aunque en realidad sólo tenía entrecerrados los párpados. Ella, desconociendo por completo mi engaño, se acercó a mí y cogiéndome tiernamente entre sus brazos me besó muchas veces en la cara y luego, llorando sin poder contenerse, dijo: «hijo de mis entrañas, te quiero de verdad, pero no puedo besarte a menudo». De esta manera ella no sólo vigilaba sus instintos, sino que ponía mi educación bajo su vigilancia. Así era ella en realidad y ése era el carácter de su alma[10].

Desde el punto de vista de los géneros, es difícil distinguir las cartas más extensas de algunos discursos de ocasión dirigidos a contemporáneos y editados en ocasiones con ellas. Dentro de esta categoría pueden incluirse las cartas a Xifilino y Cerulario, dos interesantes piezas oratorias en las que Pselo hace una defensa de su visión de la filosofía y la tradición cultural griega frente a la concepción más religiosa y teológica de la cultura encarnada por los dos patriarcas. Ugo Criscuolo ha definido ambos opúsculos como verdaderos manifiestos del humanismo griego[11]. Ya citamos antes el exordio de la carta a Xifilino. Reproduciremos ahora dos pasajes de la dirigida a Cerulario, imitadora también de su *pathos* demosténico, en la que Pselo advierte al patriarca para que ponga fin a sus ambiciones temporales frente al emperador Isaac y al mismo tiempo realiza un vibrante elogio de la filosofía, que personaliza en su propia actividad. En este sentido se entiende la comparación que hace nuestro orador

entre las sedes patriarcales ocupadas por seguidores de Cerulario y el trono del saber filosófico que ocupa Pselo y se impone a ellas por encima de la distancia:

Fíjate en los que comparten tu solio: a uno le tocó en suerte el Oriente, a otro Alejandría, a éste le correspondió Palestina, a aquél la vieja Roma. Pero si a éstos el trono los alejó de mí, el saber los ha sometido a mi autoridad. En efecto, tú conoces quizás la sabiduría inefable y mística, pero ignoras la que se obtiene con la razón y con una correcta especulación. En este campo también mi trono es elevado y sublime, en nada inferior al tuyo, por no decir incluso más autosuficiente, y tú no podrás hacer teología prescindiendo de mi elocuencia, ni explicarás los cánones, ni harás ninguna otra cosa relativa a tus funciones sagradas, pues yo soy la medida y el canon de todas estas cosas.

La contraposición entre su propia figura como filósofo y el autoritario patriarca alcanza un clímax muy efectista al final del discurso, cuando Pselo se caracteriza como víctima de las ambiciones políticas de Cerulario:

Deseo que no llegues a gobernarnos, a ser nuestro emperador, pues no se te admite, al menos no la mayoría de las gentes. ¿Ves pues como ni yo te comprendo ni estoy sometido a tu supremacía? Yo siento amor, tú odio, yo busco el consenso, tú aborreces, yo intento congraciarme, tú rechazas, yo alabo, tú injurias, yo he aguantado toda una generación sometido al poder tiránico y tú en cambio, comenzando a gobernar ahora, ansias que el presente supere al pasado. He padecido los trabajos de Pablo, corriendo peligros entre falsos hermanos, acumulando calamidades, he sido delatado, tiranizado, he soportado toda clase de injustas conspiraciones sin rebelarme ni conspirar a mi vez, sino diciendo la verdad, nunca calumniando. Sólo este consuelo me queda de mis desgracias: con Pablo se me lanza al abismo, con Pedro soy, o quizás seré, crucificado, comparto los peligros con el género humano, muero con Foción. No obstante, detén todavía el golpe del castigo contra mí: ya «llegará un día...» y callo los versos que siguen[12]. Entonces yo también yaceré con la patria, seré entregado con mis conciudadanos, de la Hélade llegaré a tierra bárbara. Todavía no ha llegado mi hora, en ese momento te saciarás de mi sangre, si es que te soy entregado...

Desde el punto de vista literario no importa que ni los padecimientos que Pselo dice haber sufrido, ni los peligros a los que dice enfrentarse, no fueran tan graves como los que aquí se plantea, sino que lo verdaderamente relevante es la imagen trazada del rival, una imagen que ha sobrevivido en la moderna historiografía no menos que la del ambicioso rey Filipo II de Macedonia dibujada por Demóstenes. El orador ha conseguido su objetivo al trazar un oscuro retrato de su rival, aunque para ello haya tenido que elevar sus méritos hiperbólicamente vinculando su suerte a la de Pedro, Pablo, Foción (el político y orador promacedonio de la época de Demóstenes) e incluso a la de todos sus compatriotas, pintando su destino como el de un nuevo Eneas obligado a abandonar su patria (y tal vez a fundar una nueva Roma).

Diferente es el carácter de los panegíricos que dirigió a figuras relevantes de su tiempo, pues en ellos Pselo responde a sus obligaciones públicas como panegirista de corte más que a sus convicciones de filósofo. No es por ello de extrañar que estos discursos, entre los que encontramos piezas de oratoria convencional dirigidas a emperadores como Constantino Monómaco, Isaac Comneno, Romano Diógenes o Miguel Ducas, apenas hayan atraído la atención de los estudiosos y que el propio Pselo en sus *Vidas de los emperadores* parezca lamentar haber escrito algunos de ellos, en especial los dirigidos a Monómaco, excesivamente elogiosos[13].

Algo de convención puede encontrarse también en los discursos fúnebres de nuestro orador, de los que los más importantes son los tres compuestos en honor de Cerulario, Xifilino y Licudes [14]. Si consideramos que los dos primeros fueron objeto de aceradas críticas en vida de nuestro orador, no deja de sorprender que Pselo les dedique a su muerte un elogio entusiasta sin retractarse en nada de su postura anterior o aludir siquiera a la contradicción. La única explicación válida pasa de nuevo por el carácter en cierto modo oficial de algunas de estas composiciones.

Prácticamente desconocidas, aunque contamos con traducción castellana de alguna de ellas, son una serie de piezas oratorias breves, de inspiración lucianesca en algunos casos, que podemos llamar *oratoria minora*, en las que nuestro orador da rienda suelta a su sentido del humor y su vena satírica, criticando costumbres y parodiando motivos de la tradición literaria, o bien describiendo pequeñas escenas[15]. Tenemos entre ellas composiciones dedicadas a retratar el ambiente de sus clases y la indolencia de sus alumnos, a describir la caída de la cúpula de Santa Sofía, a elogiar al vino, a criticar a comerciantes o sacerdotes, a elogiar a insectos como la pulga, el piojo y la chinche, o a defenderse de manera burlona de las acusaciones de sus enemigos. Un par de pasajes pueden servirnos para dar el tono de estas piezas.

Una de ellas es la que dedica al sacerdote de su parroquia, una persona de vida poco edificante que se pasa el día entregado al juego y las tabernas. En esta composición Pselo da rienda suelta a su sentimiento anticlerical visceral, sin embarcarse en reflexiones filosóficas elevadas, tan habituales en su obra:

Pasa el día entero, y aun la noche, entregado a tan funestos juegos y no aparta el tablero de sus rodillas, sino que lo ase firme, como si fuera una tablilla para escribir. ¿Pero acaso los intervalos entre estas ocupaciones discurren en tranquilidad y reposo, tal como ocurre entre los periodos de fiebre? Sin duda que no, pues entonces son la bebida y las tabernas las que reciben su atención preferente, ya sea que aspire el néctar fragante del vino puro, ya sea que lo mezcle, aunque diluyéndolo sólo con un poco de agua tibia, para así, según dicen, no rebajar mucho la fuerza de su pureza, y es que sabe actuar como un filósofo en estos menesteres. Son muchas las veces en las que asiendo con ambas manos un ánfora como las de Mégara, alzándola en lo alto y aplicando a ella sus labios,

bebe de ésta sin respirar, tal como hacen los bueyes. Examinó a conciencia todas las tabernas de la ciudad y de entre ellas concede la palma, tal como él mismo nos contó a menudo, a las de Sanano y Melitrago, pues dice que la de Gorgopluto ha retrocedido unos puestos, ya que el hijo de éste no domina ya demasiado este arte. Sabe en cuáles de ellas el vino puro se vende puro, cuáles lo adulteran, dónde se encuentra el más negro, dónde el clarete y dónde el más ligero, y que el quiota los supera a todos, pues es, dice, el que más grados tiene de todos y por sí solo se basta para alimentar la constitución corporal[16].

La elaboración pseudocientífica que hace Pselo del nacimiento del piojo en el tratadito que consagra a este insecto, no deja tampoco de tener interés:

Nos asombramos más ante lo inusual que ante lo habitual. Aunque unas cosas son más grandes y otras más pequeñas, son las pequeñas las que nos maravillan. No hay nada más asombroso y más común que el sol, pero al ver los cometas nos asombramos más. Y así nos asombramos más del vencejo que de la golondrina, y de la hormiga con alas que del elefante. Por eso, lo insólito del nacimiento del piojo es más asombroso que lo usual. El hombre nace del hombre: la naturaleza conoce el hecho y el suceso no sorprende a la razón. Pero el piojo, en lo que se refiere a la procreación, nace de la nada. Este hecho supera cualquier sorpresa imaginable: el piojo, que no es concebido a partir de especie alguna, sino que nace él por sí mismo, establece un nuevo principio, el de que algo nazca de la nada, que es un pensamiento y un razonamiento imposible entre los físicos. Puesto que de muchas maneras los filósofos explican lo que es y lo que no es, no privaremos al piojo de toda materia en su generación, sino que añadiremos algo y algo le quitaremos. Le privamos entonces de un nacimiento que esté en consonancia con su substancia, le concedemos en cambio una materia diferente de aquella de la que obtiene su existencia. Los burros putrefactos generan escarabajos, los caballos avispas, los toros abejas y las aguas estancadas mosquitos. Se sabe que el más hermoso animal engendra al piojo, un animal que no está ni podrido ni corrompido, sino dotado de alma y animado, ya que es de la cabeza del hombre de donde nace el piojo. Después de que transformamos nuestro alimento en energías físicas, parte se deposita en el bazo, parte en la vejiga, parte asciende hacia la boca del hígado, y cuanto es calentado y transformado en el estómago se disipa en vapor. Esta exhalación llega a ser ligera y muy leve y asciende hasta la cabeza como si fuera hacia el cielo. Para que no produzca somnolencia o parálisis al permanecer en un lugar, la naturaleza ha cortado el cráneo en varias suturas. Pero también ha perforado toda la armónica osamenta craneal con unos pequeños orificios a través de los cuales discurre y fluye el vapor que, una vez se ha establecido en la membrana pericraneal, engendra entonces de forma sorprendente al piojo[17].

El elevado origen del piojo queda demostrado por su nacimiento del lugar en el que reposa el intelecto humano, aunque la burla de Pselo parece ir más allá de una banal parodia, sobre todo cuando señala que es imposible, desde el punto de vista físico, que algo sea creado a partir de la nada, lo que parece una

peligrosa alusión al principio cristiano de la fundación del mundo por Dios a partir de la nada, quizás el dogma cristiano más combatido por la filosofía pagana. Aunque no vamos a caer en el tópico del paganismo de nuestro autor, es verdad que la libertad con la que Pselo jugaba con los principios de la religión cristiana y con la tradición filosófica y literaria pagana, su condición, diríamos, de librepensador, le convirtieron en un personaje molesto para su época.

OBRA RELIGIOSA Y FILOSÓFICA

Una prueba de esta singularidad la encontramos también en la parte de su obra que menos atención ha merecido a los estudiosos: los escritos teológicos, de los que hay unos 160 recogidos en *Theol. I y II*. En ellos aparecen en efecto con frecuencia elementos que chocan con lo esperable en este tipo de obras. Éste puede ser el caso de las obras hagiográficas de Pselo, donde hallamos escritos dedicados a la crucifixión de Cristo, a la decapitación de San Juan Bautista o al arcángel Miguel. Los elementos originales que aparecen en estas obras no tienen que ver, como quizás podría pensarse, tanto con el estilo elevado de nuestro autor, que encuentra un precedente en la labor de Simeón el Metafrasta, que tradujo al «ático» decenas de vidas de santos bizantinos (y se ganó así con ello el reconocimiento de Pselo, que compuso un elogio de este autor en el que, en cierto modo, lo considera un modelo a imitar literariamente[18]), cuanto con los temas que aborda y el tratamiento que les da.

Un caso significativo es el de su *Vida de San Aujencio*[19], un santo constantinopolitano del siglo V de escasa relevancia, aunque objeto de una Vida «traducida» por el Metafrasta. Pselo remodela la obra según sus inclinaciones y recrea en el círculo de Aujencio el ambiente intelectual de su época, de forma que el propio Aujencio parece un trasunto del propio Pselo; su amigo Marciano, caracterizado maestro y patriarca, no es sino un doble de Xifilino; Antimio, guardián de los sellos y las cartas imperiales, una imagen de Licudes; y Juan, maestro de los anteriores y recluido en una piedra, una réplica de Juan Mauropus, maestro de Pselo y Xifilino y profesante entonces en el monasterio de Petra. Pselo ha convertido una vida de santo en un divertimento intelectual[20].

No faltan tampoco referencias a autores neoplatónicos en otras obras hagiográficas suyas. Significativo es un pasaje que se encuentra en el escrito que Pselo consagra al milagro de la Virgen de las Blaquernas, cubierta por un velo que, cuando la iglesia se vacía de gente los viernes por la tarde, se levanta solo, descubriendo así la imagen[21]. Al final del texto Pselo hace una digresión sobre la naturaleza de los milagros divinos, digresión que no sólo es estrictamente racional y filosófica y equipara todos los milagros como simples manifestaciones de potencias superiores, sino que se basa en el neoplatónico Proclo (siglo V), una de las «bestias negras» de la teología cristiana:

Pero mi discurso, que de una manera singular ha ido dando vueltas por el estadio en las dos direcciones, ya que tanto disertaba sobre cosas divinas en un

momento, como en el siguiente se volvía hacia las sensaciones materiales subyacentes, pretende ahora hablar sobre algo más elevado e investigar acerca de cuál es la causa de estas señales divinas. Con frecuencia, en efecto, se ven impresas en el suelo huellas de pies o manos invisibles, se revelan formas de animales —del mismo modo que antaño meteoritos dejaron improntas quemadas en las piedras—, algunas imágenes y estatuas exudan como ciertos efluvios, se manifiestan en tomo a ellas movimientos sin causa visible, se oyen resonancias, algunas procedentes del aire, otras de las profundidades, otras de otros orígenes, y de esta forma otras sensaciones inusitadas similares a éstas recaen sobre los sentidos. Desde luego que sólo Dios —y todo aquel que esté próximo a la naturaleza divina— podría saber cuál es la verdadera y última causa de estos fenómenos. Pero al menos las cosas que nosotros hemos aprendido por obra de la más inefable filosofía, si se nos permite hablar con modestia, podrían bastar para los que nos escuchen. En primer lugar, es preciso que se reconozca que de entre las cosas que existen, unas, que existen por sí mismas, son divinas y sobrenaturales, mientras que otras son inferiores a éstas. Así, cuando se produce un descenso desde las primeras hasta la percepción y la materia en sí, los cuerpos inferiores admiten algunas revelaciones de los superiores, pues los elementos inferiores son partícipes de los superiores. Y así como lo divino es igual a sí mismo e impasible, todo el mundo sublunar es desigual y pasible, de forma que cuanto más progresa la caída, más intensa es la pasión. Pero los elementos más imperfectos admiten también la iluminación de los más excelsos, no tal como aquéllos están conformados, sino tal como éstos los admiten. En efecto, aunque lo divino es inamovible, cuando una iluminación procedente de él recae sobre el cuerpo, éste es movido por ella, ya que el cuerpo no recibe la impresión de forma impasible —no es capaz de ello—, puesto que el que actúa es informe, mientras que el que recibe admite una cierta forma y mutación. Y los colores son símbolos de las cosas por venir, pues las cosas blancas anuncian el esplendor de los acontecimientos futuros, las negras, las tinieblas y la indefinición, mientras que de las que están entre ambas, cuantas tienden hacia lo negro son peores, cuantas hacia lo blanco, mejores, y las intermedias mezclan ambas tendencias, del mismo modo que los grises comparten por igual los dos extremos. Las improntas quemadas revelan que se producirá un movimiento violento y un cambio a peor, pero las huellas, si son de las manos, son muestra del contacto con una naturaleza superior, y si de los pies, del brusco movimiento que se producirá en el futuro. El aire y el agua, al recibir la impronta de lo divino, puesto que no son capaces de percibir esta impronta impasiblemente, provocan una cierta reverberación en los que escuchan. Y, como dice el poeta, «fuertemente resonó el eje de madera de encina»[22], no porque el elemento superior presionara de forma sensible la materia, sino porque la materia recibió su impronta de acuerdo con sus capacidades.

Tras la lectura de este pasaje parece que hay que insistir de nuevo: Pselo no es el pagano opositor del cristianismo, sino el cristiano que racionaliza su fe con la ayuda de su utillaje filosófico. Es verdad que nuestro autor explica los milagros por la impronta que dejan en la materia unos elementos divinos impasibles caracterizados como las ideas neoplatónicas, pero ello no indica que

deje de creer en ellos, sino que busca una explicación racional para un fenómeno religioso. Una prueba más de su actitud la tenemos en su tratado *Sobre la actividad de los demonios*[23]. La obra se presenta bajo la forma de diálogo entre el monje Timoteo y el funcionario Tracio, que vivió más de dos años entre herejes y relata a su interlocutor el diálogo que sostuvo con el monje Marcos (un diálogo dentro del diálogo, algo muy frecuente en Platón) a propósito de los demonios. La obra tuvo un gran impacto en Europa, donde fue traducida y usada por la Inquisición, que estaba interesada en la corporeidad de los demonios para aplicar la tortura a sus detenidos. Pues bien, esta obra, que convirtió a Pselo en un demonólogo durante siglos en Europa, se basa en presupuestos filosóficos que poco tienen que ver con la tradición religiosa ortodoxa y mucho con una elaboración intelectual de nuestro autor, muy interesado en aunar los preceptos del cristianismo con los de su propia formación filosófica. Y ello hasta tal punto que son mayoría los autores que niegan transfondo histórico alguno en el siglo XI a la discusión religiosa que tiene lugar en este diálogo. Como prueba de su tenor creo que bastará un pasaje que reproduce en estilo indirecto el diálogo entre Tracio y Marcos, en el que se contrasta la demonología con la medicina a la hora de valorar los desajustes humorales en el cuerpo humano:

«Ni por odio», me dijo Marcos, «ni por deseo de hacerle mal se lanzan los demonios sobre los animales, sino porque buscan el calor animal. Como pasan la vida en los más profundos lugares, extremadamente fríos y secos, están llenos del frío de allí, y, contraídos y encogidos por éste, buscan el calor húmedo propio de los animales. Para gozar de él se lanzan sobre los animales o se arrojan a los baños y a las fosas. Y ello porque rehúyen el calor del fuego y del sol, que quema y seca, mientras que el de los animales, que es moderado y agradablemente húmedo, lo buscan y ante todo el de los hombres, que es suave y bien temperado. Por esta razón se introducen en ellos y provocan una agitación desmedida una vez que se han apoderado de los poros en los que se encuentra el espíritu del alma, pues el grosor de su cuerpo lo comprime y rechaza. De donde los cuerpos se ven sacudidos, las fuerzas rectoras afectadas y los movimientos se vuelven inconstantes y torpes. Si el demonio atacante es de los subterráneos, sacude y debilita al poseso y habla a través de él sirviéndose de su espíritu como de un órgano propio. Si se ha metido en su cuerpo uno de los lucífugos, produce relajamiento, reprime la voz y deja al poseso como muerto, porque este demonio, el último de todos, es de naturaleza muy terrosa, sumamente frío y seco, y a sus víctimas las debilita embotando su fuerza anímica. Este demonio, carente de raciocinio, de cualquier percepción del intelecto y regido por una imaginación brutal, como las más embotadas de las bestias, ni atiende a razones ni teme los castigos, por lo que, con tino, muchos lo llaman mudo y sordo. Los posesos de él no pueden ser librados más que con la fuerza divina de la oración y el ayuno». «Pero Marcos», repuse yo, «otras cosas muy distintas nos enseñan los médicos, que mantienen que tales afecciones no proceden de los demonios, sino de desarreglos de los líquidos, los sólidos o los vapores del cuerpo e intentan curarlas naturalmente con medicinas y dietas, y no con conjuros ni purificaciones». «Nada hay de extraño», me contestó Marcos, «en que tal digan los médicos, que no conocen nada más allá de sus sentidos y que atienden sólo a los cuerpos. Por lo

demás, bien está considerar como procedentes de desarreglos humorales los sopores, las profundas somnolencias, las melancolías y los delirios, que incluso sanan mediante irrigaciones, por evacuación o con apósitos. Mas a las inspiraciones divinas, arrebatos y estados catalépticos, en los que el afectado nada puede pensar, decir, imaginar o sentir, sino que otro ser es el que lo mueve y guía, el que dice cosas que el poseso ni conoce y el que, en ocasiones predice hechos futuros, a estas afecciones, ¿cómo podemos sin más llamarlas movimientos desordenados de la materia?».

Entre el vasto corpus de escritos teológicos de Pselo encontramos también diversas obras exegéticas y dogmáticas que nuestro orador dirige en ocasiones a sus discípulos, atendiendo a cuestiones que éstos le plantean en sus clases. En ellas Pselo acude de forma permanente a la autoridad de filósofos paganos, para discutir cuestiones de fe. Así, en su tratado *Acerca de la teología y la interpretación de los dogmas de los paganos*[24] usa un principio del neoplatónico Proclo («todo efecto permanece en su causa, se deriva de ella y regresa a ella») para explicar la relación de Cristo con Dios Padre. Por ello se puede decir que no hay mucha diferencia de método entre estos tratados teológicos y los cerca de cien escritos de nuestro autor que los modernos editores califican de filosóficos y en los que, paralelamente, aparecen constantes referencias al dogma cristiano.

En efecto, el objeto de análisis para Pselo en estos escritos filosóficos lo constituyen en principio cuestiones lógicas o científicas de la filosofía pagana, y así diserta tanto sobre la materia, las ideas o aspectos de la lógica aristotélica como sobre los vientos, rayos, tempestades, terremotos o cualidades de las piedras, pero no deja una y otra vez de contrastar las doctrinas antiguas con los presupuestos de la ortodoxia. Se puede decir que la moderna división de sus escritos en teológicos y filosóficos, que se basa en el texto o idea que constituye el punto de partida de sus reflexiones en cada tratado, es por completo ajena a la concepción de Pselo. Con John Duffy podemos afirmar que Pselo actúa como filósofo siempre, tanto si explica a Aristóteles como si comenta un pasaje del Evangelio. De hecho él concibe la teología como una rama de la filosofía, de manera similar a como la concebían los antiguos filósofos, especialmente los neoplatónicos, y no piensa que la filosofía deba ser una *ancilla theologiae*.

Una prueba de esta visión global la tenemos en su gran obra filosófica, el gran tratado De *omnifaria doctrina*, en el que expone a lo largo de unos doscientos capítulos diversas nociones que van desde teología hasta zoología o botánica pasando por ética, biología, astronomía, meteorología, cosmología y física[25]. Pselo recurre con frecuencia en esta obra a autores antiguos sin pensar en posibles contradicciones con postulados cristianos. Así, en el capítulo 161, Pselo establece en 1.753.200 años el ciclo del «gran año cósmico», es decir, el tiempo que tarda en repetirse la conjunción de los sietes planetas. Para ello se basó no sólo en Ptolomeo, sino en cálculos egipcios[26], sin pensar de qué modo esto era compatible con la visión más corta que de la historia del mundo tenía la ortodoxia cristiana, que databa la Creación en el 5500 a. C. (el año cero de la cronología bizantina) y

no era ajena a miedos milenaristas sobre la inminencia del fin del mundo. Muy significativo es también su acercamiento independiente a la mística del número de los pitagóricos en diversas obras, en las que maneja fuentes entonces poco accesibles[27].

Encontramos también con frecuencia casos en los que Pselo desaprueba ideas paganas que entran en contradicción con el dogma cristiano. Sin embargo sería un error valorar la aproximación de Pselo a la filosofía pagana en función del número de veces en que nuestro autor aprueba o refuta ideas de los antiguos, pues lo significativo es que acude constantemente a las obras de los filósofos paganos para contrastarlas con los principios del dogma cristiano. Es decir, aunque esas ideas entren en clara discrepancia con el dogma cristiano, Pselo no deja nunca de citarlas, de referirse a ellas. El uso de la filosofía antigua no responde a las necesidades de la teología ortodoxa, ni se explica en función de los alumnos para los que Pselo parece escribir sus tratados filosófico-teológicos, sino que responde al simple deseo de saber, tal como Pselo declara al final de un tratado (quizás dirigido a Miguel Ducas), en el que ha abordado doctrinas ocultas y mágicas, no especialmente gratas a la iglesia:

Yo recopilé la mayoría de estas doctrinas no por una ociosa curiosidad, lo juro por lo más sagrado de tu alma, sino por amor al saber, pues la naturaleza me ha dotado de un deseo insaciable de conocer cualquier materia y no querría que nada se me escapase, sino que incluso me gustaría saber lo que se oculta bajo la tierra: yo no dirigí mis afanes sobre un tema y rechacé otro, tal como hace la mayoría, sino que me esforcé por conocer los métodos de artes que son incluso innobles o condenables en algún sentido para poder refutar gracias a ellas a aquellos que las practican[28].

Una afirmación similar, también a modo de excusa para justificar su dedicación a aspectos prohibidos de la tradición pagana, la encontramos en otro tratado dedicado a averiguar si la esencia es una realidad que subsiste por sí misma y en el que aborda doctrinas neoplatónicas ajenas al dogma cristiano:

Yo he enumerado todas estas ideas tanto para conduciros hacia un conocimiento universal, como para familiarizaros con las doctrinas de los helenos. Soy consciente de que nuestros dogmas se oponen a algunas de estas doctrinas, pero no fue mi propósito haceros cambiar unos por otras, sería una locura por mi parte, sino que aun siendo devotos de éstos, tuvierais simplemente conocimiento de aquéllas. Y si de algún modo os ayudaran a abriros paso en el difícil camino hacia el discurso verdadero, servios entonces de ellas[29].

Este uso independiente, simplemente erudito, de la tradición filosófica antigua, al margen de su utilidad para la teología cristiana, es significativo del interés cultural de nuestro autor, que se distancia de las tendencias de su época, hasta el punto de afirmar, con razón según subraya Duffy, que «practico la filosofía en solitario en una época afilosófica»[30]. Sobre el alto concepto que Pselo tenía de

la filosofía nos informa en un pequeño tratado[31], en el que constata que la mayoría de las personas se dedican en su época al estudio de las leyes, pero que la filosofía, aunque menos cultivada, es una disciplina superior, que aventaja a la astronomía, la geometría, la medicina o la retórica, disciplinas con las que Pselo compara también a la filosofía en este breve ensayo.

Pero ¿cuáles son las fuentes de la filosofía de Pselo? Fundamental es su aportación a la hora de transmitir las doctrinas de los neoplatónicos griegos, especialmente Proclo, pero tampoco faltan estudios sobre Aristóteles que garantizan a Pselo un puesto de honor entre los pocos bizantinos incluidos dentro de los comentaristas de Aristóteles. Pese a ello, su extenso comentario a la *Física* aristotélica está todavía inédito y su paráfrasis al complejo tratado *De interpretatione*, conservada en unos treinta manuscritos, espera una reedición desde el Renacimiento. Interesantes son también sus estudios sobre algunas obras de la tradición mistérica como la que representan los *Oráculos caldeos*, obra de época romana escrita en hexámetros griegos en la que se pensaba se recogía la sabiduría babilonia y que en parte conocemos gracias a su labor. Pselo se interesaba también por obras de contenido mágico y esotérico, como el *De mysteriis* de Jámblico o el *Corpus Hermeticum*, que para él reflejaban las tradiciones filosóficas antiguas no griegas.

Este interés por dar a la filosofía griega su lugar en la historia es similar al que tuvieron los Padres de la Iglesia griega, ya desde Clemente de Alejandría, que se esforzaron en demostrar la dependencia de los filósofos griegos respecto a la tradición judía anterior, vinculada a Moisés. Para ello se apoyaron en las fuentes griegas que reconocían su deuda respecto a un Oriente, deuda que los teólogos cristianos procuraron judaizar al tiempo que convertían a Moisés, según una feliz expresión, en un filósofo ático[32]. De esta forma los cristianos conseguían integrar en su sistema a filósofos griegos paganos, aun cuando fuese a costa de subestimar su originalidad. Pselo parece heredar esta tradición, como cuando escribe en un comentario a un pasaje del *Corpus Hermeticum*:

No dice la verdad Platón cuando afirma que los helenos, al tomar sus doctrinas de los bárbaros [*Epinomis* 987d-988a], las mejoraron gracias a la educación y a los oráculos de Delfos y dicen más bien la verdad los que afirman que los helenos han perseguido con indolencia la búsqueda de la verdad y que sobre todo han errado en la opinión acerca de Dios. Y los que afirman esto no son los nuestros, sino los más famosos de los helenos. Basta con que alguien lea lo que Porfirio escribió a Anebo el egipcio: «De aquél busco en definitiva aprender la verdad, puesto que desesperé de obtenerla de los griegos»[33].

No obstante, hay algo en lo que Pselo, influido por los neoplatónicos (Porfirio o Proclo), va más allá de la tradición patrística, y es en su deseo de considerar las tradiciones mistéricas y religiosas babilonias («caldeas») y egipcias como sistemas filosóficos de pleno derecho, al margen de la tradición judía e incluso anteriores a ella. Con ello crea cinco escuelas filosóficas esenciales de las

que se deriva en principio todo el saber filosófico que él aspira a armonizar en un único sistema. Son las escuelas sobre las que diserta en un pequeño ensayo respondiendo de nuevo aparentemente a las preguntas de sus alumnos: caldea, egipcia, judía, helena y cristiana[34]. Pselo defiende con convicción la mayor antigüedad de las dos primeras con respecto a las restantes, la dependencia de los griegos con respecto a ellas y de los cristianos con respecto a la judía, así como las aportaciones, válidas o no, de las cuatro primeras a la teología cristiana. En este sentido, por más que hoy sepamos que las tradiciones que los griegos y Pselo llamaron caldea y egipcia se basan en un *corpus* de textos griegos tardíos en el que se funden supersticiones y tradiciones muy diversas, es preciso reconocer que la sistematización que hizo Pselo del saber filosófico en cinco escuelas tuvo un enorme impacto en la tradición bizantina. Un tardío deudor de ella puede considerarse al filósofo bizantino Jorge Gemisto Pletón (†1452), que siglos después consideró todas ellas como descendientes de la doctrina de Zoroastro, en la que vio a la filosofía original de la humanidad[35]. A través de Pletón, que impartió clases en Florencia durante el concilio de unión de las iglesias celebrado en esta ciudad en 1439, estos modelos pasaron al Renacimiento italiano y fueron la base de los sistemas filosóficos de humanistas como el platónico Marsilio Ficino (1433-1499) o Giovanni Picco de la Mirándola (1463-1494), que, sin ser quizás conscientes de ello, continuaban directamente con la vieja idea pseliana de explicar la teología cristiana en función de sistemas filosóficos autónomos de ella. Basta leer la *Theologia platónica* de Ficino o el De *hominis dignitate* de Pico para darse cuenta en qué gran medida coinciden sus presupuestos con la obra de Pselo. No se trata por lo tanto de una casualidad que del mismo modo que Pico tuvo problemas con la Iglesia que condenó sus *DCCC theses*, también Pselo tuviera que dar razón de su ortodoxia en un escrito.

POESÍA DIDÁCTICA Y OBRA ERUDITA

Un grupo importante de escritos dentro de la producción literaria de Pselo lo constituye su producción poética. Sin embargo, si exceptuamos unos cuantos epigramas e invectivas sin especial mérito, el grueso de sus poemas puede incluirse dentro del epígrafe de poesía didáctica, ya que en ellos Pselo aborda con afán pedagógico temas jurídicos, médicos, filológicos, teológicos y filosóficos. Este tipo de poesía se puso de moda en el Bizancio del siglo XI y está fundamentalmente representada por Juan Tzetzes, autor de las indigestas *Chiliadas*, donde a lo largo de doce mil versos el propio autor diserta sobre todo tipo de temas eruditos y anticuarios, en lo que constituye un empacho de sabiduría poco atractivo para el lector actual, aunque muy útil para el estudioso del mundo clásico. Pselo no llegó a los niveles de ampulosidad de Tzetzes, pero tuvo también una significativa producción poética en versos fluidos y ligeros que hacían más atractivos y amables temas de por sí áridos y complejos. Es sin embargo improcedente hacer un análisis formal de la poesía de Pselo con independencia de su contenido, pues en ocasiones sus poemas fueron la puerta de la que se servía nuestro autor para introducir a sus alumnos en el estudio de las más diversas disciplinas. Por ello haré una exposición de su poesía didáctica por temas que irá paralela a la de su producción en prosa en esos mismos ámbitos[36].

La relación de su poesía con su actividad docente la apreciamos en su *Synopsis legum*[37], un poema de unos mil cuatrocientos pentadecasílabos dedicado a Miguel VII, en el que Pselo realiza una panorámica de la jurisprudencia y se entretiene en aclarar el sentido de algunos términos técnicos jurídicos latinos. La obra no está destinada a estudiantes profesionales de derecho, sino que pretende proporcionar un conocimiento general de la disciplina para los propios alumnos de la escuela de Pselo[38]. Con la *Synopsis* se puede relacionar un pequeño grupo de tratados sobre cuestiones de derecho y léxicos jurídicos de Pselo editados en parte por Günter Weiss y que demuestran el interés y competencia de nuestro autor por estos temas[39]. Aunque Pselo no llegó a ser un jurista profesional de la talla de Xifilino y aunque la *Synopsis* no da la talla de sus conocimientos jurídicos (pues sacrifica la precisión a los requisitos del verso), no cabe duda de que nuestro autor se manejaba perfectamente en la tradición jurídica grecorromana, no sólo porque inició su carrera como juez provincial, sino porque él mismo redactó sentencias judiciales y decretos imperiales [40].

La misma finalidad didáctica pudieron tener también sus dodecasílabos sobre cuestiones y términos médicos, especialmente el *Ponema iatrikon*[41] así como alguna otra composición menor, como un curioso poema sobre la epilepsia. De nuevo sus versos sobre esta materia se corresponden con los amplios intereses de Pselo por la medicina, mereciendo una investigación de Robert Volk, quien demostró que, aunque los tratados en prosa de Pselo sobre temas médicos son escasos y de poca entidad, las reflexiones sobre cuestiones médicas son omnipresentes en el resto de sus escritos, especialmente en sus *Vidas de los emperadores*, donde encontramos una minuciosa descripción de las enfermedades de prácticamente todos los biografiados.

Algunos poemas de Pselo, concretamente sus composiciones didácticas en versos políticos *De grammatica*[42] y *De rhetorica*[43], pueden servir de introducción a su obra filológica. Entre los escritos de este grupo, dejando aparte algunos sobre cuestiones gramaticales, destacan los ensayos comparativos del estilo de Eurípides y Jorge Pisides (épico bizantino del siglo VII) o de los novelistas Heliodoro y Aquiles Tacio[44], las exégesis alegóricas sobre temas relacionados con las poesías homéricas, tales como Tántalo, la Esfinge, Circe o la gruta de las Ninfas[45], una paráfrasis en prosa de la *Ilíada*[46] un pequeño ensayo sobre topónimos y nombres áticos sacado de Estrabón[47], por citar sólo algunos casos. Más dudoso es que pertenezca a nuestro autor un pequeño tratado *Sobre la tragedia* que en parte se solapa con el que Tzetzes dedicó al tema[48]. No menos interesantes son una serie de consideraciones que Pselo hace sobre algunos términos de uso popular o *koinolexíai*, en las que se descubre sus capacidades como filólogo y gramático[49].

Contamos también con algún pequeño tratado de Pselo acerca del estilo y sus modelos literarios. Así, en una obrita titulada *Sobre algunos modelos de composición*[50] Pselo critica a los que han empezado su formación literaria con los libritos de Leucipe y Cariclea (en alusión a las novelas griegas de Heliodoro y

Aquiles Tacio muy populares entonces), las composiciones de Filóstrato o los escritos de Luciano, pues considera que partir de estos modelos es construir la casa por el tejado. Pselo reconoce que él se sintió también atraído por el despliegue formal de que hacen gala estas obras, pero considera que hay que partir de otros criterios, que sustancia del siguiente modo:

De entre las obras de esta clase escogí ante todo las de Demóstenes, Isócrates, Arístides y Tucídides. Incluí en este catálogo también los diálogos de Platón y todos los escritos de Plutarco, cuantos discursos de Lisias se pueden encontrar y a nuestro teólogo, Gregorio[51], al que considero el corifeo más destacado tanto por el ornato como por el contenido de sus obras.

Pasa luego Pselo a definir los puntos en los que cada autor aporta algo a su estilo, ofreciéndonos así una guía precisa de los modelos literarios de la época y de su propia filiación como escritor, guía que no ha sido aprovechada todavía como criterio para valorar su amplísima producción literaria.

En alguno de estos pequeños tratados se contienen interesantes consideraciones sobre la elección del léxico clasicista por parte del autor aticista en función de sus sonidos, consideraciones que, unidas a algún testimonio de las cartas de Pselo, parecen indicar que los textos cultos del momento no eran pronunciados de la misma forma que el griego corriente de entonces, lo que ahondaría si cabe más aún el foso que separaba la literatura culta de la popular[52] y nos permitiría comprender el valor de la obra de Pselo en su justa medida.

LAS VIDAS DE LOS EMPERADORES DE BIZANCIO

La obra de Pselo que traducimos en el presente volumen es la única composición histórica que escribió nuestro autor, si exceptuamos la *Historia syntomos*, es decir, el *Breviario histórico* de la historia de Roma entre Rómulo y Basilio II que atribuye a Pselo un manuscrito griego del siglo XIV conservado en el monasterio de Santa Catalina del Sinaí, pero que no es seguro que pertenezca a nuestro autor y, en cualquier caso, es de mérito literario muy inferior[53]. El título de *Cronografía* que Pselo da a su obra puede inducir a confusión, pues no se trata en absoluto de lo que hoy entendemos por una *crónica*, pese a lo que pudiera sugerir el título en castellano (en el griego bizantino el adjetivo *chrónos* y sus derivados aluden simplemente a la perspectiva temporal del relato), sino una suma de *biografías* de emperadores de su tiempo. Por eso hemos preferido titularla *Vidas de los emperadores de Bizancio*, pues este título da mejor cuenta de su contenido.

No obstante, nuestro autor denomina *historia* a su obra en numerosos pasajes y nunca se refiere a ella con el término *biografía*. Las apelaciones a la verdad histórica y el constante empeño de Pselo por calificar a su obra como una exposición objetiva de los hechos frente a la distorsión operada por la retórica en general y el encomio en particular, insertan también a las *Vidas* dentro del género histórico. El deseo de mantener un hilo narrativo que apreciamos en las *Vidas* es

igualmente propio de la historia y las diferencia de la estructura de las crónicas, en las que el autor se limita a consignar dentro de cada año una serie de sucesos cerrados en sí mismos y sin continuidad formal o narrativa con los del año siguiente. Es más, Pselo renuncia a toda precisión temporal, ni siquiera indica el año de ascenso al trono de los emperadores, limitándose únicamente a consignar la duración de su reinado en años.

Esta renuncia a la datación de los acontecimientos es un acto consciente de nuestro autor, como si quisiera dar con ello a su obra un carácter intemporal, incluso universal, y liberarla del estrecho corsé cronológico de la cronística. Por otra parte, Pselo no depende de otros autores, como los cronistas que se limitan a copiar y refundir sus fuentes, sino que es testigo de los acontecimientos que narra. Finalmente, propia también del género histórico es la presencia constante en las *Vidas* de digresiones sobre temas muy diversos, en las que se ponen de relieve las habilidades literarias de nuestro autor: discusiones etnográficas sobre pueblos extranjeros (los «misios» en la sección dedicada a Isaac Comneno), descripciones retóricas de edificios (las tan tipificadas *ekphráseis* de la antigua retórica), relatos de batallas, disquisiciones intelectuales sobre la cultura y filosofía de su época o sobre géneros literarios (la distinción entre historia y encomio al principio de la sección consagrada a Constantino Monómaco), descripción física y moral de sus personajes e incluso, en un alarde de sus conocimientos médicos, de la síntomatología de las enfermedades que llevaron a la muerte a los emperadores que desfilan en su obra.

La capacidad para reunir todas estas piezas dentro de una secuencia narrativa uniforme es uno de los grandes méritos literarios de Pselo, y lo sitúa dentro de la órbita de los antiguos historiadores, que concebían la historia como el género literario cumbre en la prosa, en el que se fundían, como en un crisol, todas las formas literarias existentes. La habilidad con que Pselo pasa de un tema a otro, debate las razones de su proceder como narrador o apela incluso al lector para justificar el tratamiento que da a un suceso, le sitúan así dentro de la línea de los grandes historiadores del pasado. Únicamente sorprende la falta de discursos retóricos puestos en boca de sus personajes, uno de los rasgos definitorios de la antigua historiografía, pero ello no es debido a la falta de capacidad de nuestro autor, un orador consumado, sino probablemente a la consideración de Pselo de que toda pieza de recreación retórica es incompatible con el discurso histórico. Por ello prefiere dar la palabra a sus personajes en breves intervenciones antes que construir discursos artificiales. Incluso cuando relata el discurso que él mismo pronunció ante Isaac Comneno para disuadirle de tomar al asalto Constantinopla contra Miguel el Viejo, se limita a parafrasearlo, cuando nada le habría costado recrearlo.

Sin embargo, los acontecimientos que son centrales en una historia política tradicional sólo tienen cabida en las *Vidas* en la medida en que sirven para trazar el retrato de los distintos emperadores, su *biografía*, que es la que constituye en realidad el objetivo principal de la obra. De esta forma, se habla sólo de batallas

cuando éstas tienen al emperador como protagonista y el foco de la exposición se centra sólo en la vida de la corte en la que vive el emperador y no en las lejanas provincias, donde se juega el destino de Bizancio, pero a las que los emperadores no suelen acudir casi nunca. Pero no es sólo el centralismo constantinopolitano, que ignora la historia provincial, el responsable de esta óptica distorsionada del imperio. Pselo conoce perfectamente los problemas de las provincias, donde se inició su carrera en la administración y se ocupó incluso, como dijimos, de redactar la correspondencia diplomática de los emperadores con las potencias extranjeras. Y sin embargo ni la vida provincial ni las relaciones exteriores merecen la menor atención de nuestro autor, que se detiene en describir la apariencia física de los emperadores, su carácter, su comportamiento, su cultura, sus aficiones y, finalmente, las guerras en las que se ven envueltos, siguiendo un orden en su exposición que no es tanto cronológico (¡pese al título de la obra!), cuanto temático, propio por lo tanto de las *biografías* tal como las concebía la retórica antigua.

Significativo de cuál es el foco de la narración puede ser por ejemplo el relato de las campañas militares de Romano IV Diógenes: aunque las sucesivas expediciones del emperador, que pasó la mayor parte de su breve reinado ocupado en combatir a los turcos, centran inevitablemente la exposición, Pselo no dedica una sola línea a reflexionar sobre las consecuencias de estas campañas y, en particular, sobre la derrota bizantina en Mantzikert en el año 1071, que abrió a los turcos las puertas de Asia Menor. Pselo no ignora la grave amenaza que para la propia supervivencia de Bizancio supone la entrada masiva de pueblos turcos desde Asia, pues de hecho a ella se refiere más de una vez en su historia, aunque sea en términos generales (comprensibles, eso sí, perfectamente para el lector de entonces). Pero nuestro autor no quiere entrar en estos aspectos, porque le apartan del objeto de su obra: trazar un retrato fidedigno de los protagonistas de la historia, no hacer historia en sí. Por eso le interesa más hablar de las reacciones de Romano IV en el momento de ser cegado, que de las consecuencias devastadoras que tuvo la guerra civil que le enfrentó a Miguel Ducas. Se produce así la paradoja: los *cronistas* bizantinos del momento nos proporcionan la perspectiva histórica de la que prescinde nuestro *historiador*, que concibe su obra en términos casi éticos y biográficos, quizás porque piensa que sólo en esos términos se puede hacer literatura. Quizás Pselo es un mal historiador, juzgado desde nuestra perspectiva, pero no por ello deja de ser un excelente biógrafo y un gran literato, que con unas pocas pinceladas sabe recrear la escenografía dentro de la que actúan sus personajes.

A esta tensión entre los géneros biográfico e histórico se une un tercer elemento, la *autobiografía*, ya que Pselo analiza los acontecimientos históricos desde el prisma subjetivo de su experiencia personal. Pselo ha escogido en efecto como objeto de su análisis histórico el reinado de los emperadores bizantinos desde Basilio II (959-1025) hasta Miguel VII Ducas (1067-1078), es decir, el de los emperadores que coinciden con su propia peripecia vital, puesto que Pselo nació en el reinado del primero y murió apenas concluido el del segundo. No se trata sin embargo únicamente de un problema de autopsia y de documentación histórica el

que lleva a Pselo a hablar sobre su propia época, tal como hicieron tantos historiadores antes que él, ni su constante presencia en el relato se debe sólo a su importante posición en la corte como consejero de emperadores. En realidad, Pselo era un protagonista más de los hechos que narra, pero su sistemático silencio acerca de los otros actores de la historia, cuyos nombres silencia en las *Vidas*, le convierten inevitablemente en el centro de su exposición. Pselo se nos presenta como el único personaje de relieve junto a los sucesivos emperadores de su historia, es de hecho el hilo conductor de la obra, el punto de unión entre las sucesivas biografías, el testigo permanente de las sucesivas abdicaciones y coronaciones que se suceden a ritmo vertiginoso.

No es difícil dar ejemplos de cómo Pselo sobredimensiona su papel en la historia. Basta con ver cómo describe la sublevación popular contra Miguel Calafate en función de los escenarios en los que él mismo estuvo presente, cómo amplifica las conversaciones privadas que tuvo con Constantino Monómaco cuando éste contemplaba desde la muralla el asedio de Constantinopla por León Tornicio, cómo reduce el relato del reinado de Miguel el Viejo al de la embajada que él encabezó para negociar con el rebelde Isaac o cómo convierte sus entrevistas con la emperatriz Eudocia en la clave para entender la regencia de ésta a la muerte de su marido. Es más, la importancia que se da en la obra a los distintos reinados depende en gran medida de la influencia que éstos han tenido en su propia biografía. Así, el crucial reinado de Basilio II sirve sólo de rápido portal a la obra, porque nuestro autor, que había nacido en los últimos años del mismo, ni participó en los acontecimientos ni fue testigo de los mismos. Por el contrario, el reinado de Constantino Monómaco, que marca el ascenso de nuestro autor en la corte, recibe un tratamiento desproporcionado (es la biografía más extensa) y es además aquel en el que Pselo aparece de manera más clara implicado en la acción. Finalmente, el gobierno de Constantino Ducas es tratado de manera somera (pese a durar más años que el de muchos de sus predecesores) en parte porque Pselo, que estaba muy unido al emperador, no tiene mucho que decir acerca del personaje, que no se vio confrontado a grandes retos, pero en parte también porque Pselo escribe su obra durante el reinado de su hijo y no puede ser excesivamente crítico con la dinastía.

Esto explica igualmente que la última biografía contenida en el libro, la de Miguel Ducas, no sea parangonable a ninguna otra (salvo quizás a la del propio Constantino Ducas), pues en ella Pselo se limita a componer un *panegírico* de la familia imperial. Entramos pues en el género del *encomio*: el contraste con el retrato de los emperadores precedentes resulta manifiesto, pero no impide que Pselo nos deje caer, casi imperceptiblemente, algunas dosis de crítica, como cuando señala que Miguel Ducas, llevado por su bondad, jamás castigaba a los delincuentes (lo que indica desgobierno y negligencia) o insiste, de manera sorprendente, en el control que tenía el emperador de la economía monetaria, cuando precisamente en su reinado se produjo una galopante inflación que lo hizo sumamente impopular. También suena poco sincera la afirmación de Pselo de que el emperador ha conseguido poner freno a las invasiones bárbaras, algo que no se corresponde con la realidad y para lo que el orador no aporta dato alguno. Es

evidente que cuando Pselo señala que muchos lectores podrán quizás mostrarse escépticos acerca de la verdad de lo que escribe y acusarlo de adulador porque ha escrito la biografía de Ducas en vida de éste, está indicándonos de manera indirecta cuál es la clave en la que debe leerse este último libro: en la de un panegírico. Algo que hace expreso más adelante cuando señala que el emperador en persona le pasó un borrador de su biografía, que luego su secretario leyó al propio Pselo.

El final abrupto de la obra se comprende fácilmente desde esta perspectiva: el autor se siente incómodo con este apéndice que traiciona su voluntad de ser un historiador objetivo. Los estudiosos han demostrado que la obra se compuso en dos fases: una primera parte, que comprendería las diez primeras biografías (hasta Isaac Comneno), fue redactada por Pselo a principios de los años sesenta a petición de algunos amigos, tal como él mismo señala (probablemente por instigación de Constantino Licudes); la segunda parte, que comprende las biografías de Constantino Ducas, Eudocia, Romano Diógenes y Miguel Ducas, fue compuesta a instancias de este último a principios de su reinado. Pselo no pudo negarse a este añadido, como tampoco Procopio de Cesárea, que en el siglo VI había atacado duramente a Justiniano en su *Historia Secreta*, pudo negarse a componer una alabanza de su actividad constructora en su libro *Sobre los edificios*. Pero prueba de que a ambos el encargo les contrariaba es que los dos dejaron sus obras incompletas. Habrá no obstante quizás alguien que, tras la lectura del encomio a Miguel Ducas en las últimas páginas de la obra, pueda pensar que la adulación de nuestro orador es, si no sincera, sí por lo menos interesada. No es posible obviamente negar este extremo, máxime considerando que nuestro autor, como preceptor de Miguel Ducas, tenía una estrecha vinculación personal con él, pero hay que recordar que Pselo fue apartado del poder precisamente en su reinado, paradójicamente por decisión de aquel al que había instruido como emperador. Y es probable que ya intuyera su futuro cuando en el breve retrato que traza de su relación en la biografía de Miguel escribe: «¡Ojalá no me alcancen nunca los dardos de la envidia y el rencor!».

Por otra parte, nuestro autor tenía que ser consciente de la contradicción que suponía este panegírico de Miguel Ducas con el retrato de otros emperadores. El caso más significativo es el de Constantino Monómaco: a pesar de la estrecha relación que Pselo tuvo con él y de los numerosos encomios que le dirigió en vida (y que se han conservado en buena parte[54], Pselo no duda en resaltar los aspectos negativos de su persona y su reinado e incluso se embarca en una larga e interesante digresión, en la que establece las diferencias existentes entre una obra histórica, que debe ser reflejo fiel de todos los aspectos de la realidad, y un panegírico, que sin faltar a la verdad, selecciona sólo aquellos aspectos de ella que más favorecen al destinatario del discurso. Pselo no ignoraba pues las convenciones a las que estaba obligado y debemos por ello suponer que redactó contra su voluntad esta última parte de sus *Vidas*.

Para entender la obra no basta sin embargo con considerar las influencias

formales de otros géneros, sino que hay que tener en cuenta también el transfondo filosófico de muchas de sus páginas. Nuestro «cónsul de los filósofos» consideraba la filosofía como su vocación más personal, por lo que es esperable que reflejase sus inquietudes en las *Vidas*, una obra central dentro de su producción literaria. Anthony Kaldellis considera en este sentido que hay que hacer una lectura de la obra más en términos filosóficos que históricos. Según este autor, el pensamiento platónico, o mejor, neoplatónico de Pselo no era una mera afición erudita, sino que se traducía en una clara militancia pagana en contra de los postulados cristianos. Ante la imposibilidad sin embargo de declarar abiertamente su paganismo en una sociedad ortodoxa, Pselo, de acuerdo con los postulados de Kaldellis, se habría servido de un lenguaje alusivo y simbólico para difundir sus ideas y concretamente, en el caso de las *Vidas*, habría utilizado la trama histórica como vehículo circunstancial para hacer llegar a sus lectores su visión filosófica del mundo.

Esta hipótesis, en términos generales, no parece sostenible, pues Pselo, como vimos, aunque heterodoxo, tenía profundas convicciones cristianas, pero en cualquier caso nos sirve para comprobar hasta qué punto la filosofía permea muchas de las páginas de las *Vidas*. No me refiero con ello obviamente a las explícitas digresiones sobre filosofía, teología o educación que Pselo intercala ocasionalmente en sus biografías, sino al lenguaje filosófico utilizado para valorar los hechos y a la caracterización de los personajes de acuerdo con postulados filosóficos y éticos de alcance general. Ésa puede ser la razón que le llevó a omitir referencias a nombres, fechas y circunstancias, ya que pretendía que la discusión de muchos de los hechos no se vinculase con personas y realidades concretas, sino que adquiriera un valor paradigmático[55].

Es evidente así que las consideraciones que hace Pselo sobre su relación como filósofo con algunos emperadores, especialmente con Constantino IX, parten en gran medida del ideal platónico de los filósofos como responsables del estado. En este sentido resulta interesante ver cómo nuestro autor describe y juzga el carácter de cada uno de los emperadores y sus aficiones en términos que tienen por lo general más que ver con su cultura y educación que con sus aptitudes como políticos o militares. De Romano III, al que Pselo consideraba un diletante, nos dice por ejemplo que durante su gobierno «se podía ver a la realeza envuelta en un ropaje filosófico, pero todo no era sino máscara y afectación, y no prueba y búsqueda de la verdad» (III.3).

Critica Pselo igualmente con frecuencia la fe ciega en el apoyo en la divinidad que tienen los emperadores, convencidos de la naturaleza superior de su poder, una convicción que les impide, según él, reaccionar adecuadamente en las circunstancias de crisis. La piedad de algunos es también censurada por nuestro autor, que busca siempre el elemento lógico y racional detrás de los sucesos que analiza. Ello le lleva a escribir las siguientes palabras sobre Romano III: «Este emperador se esforzaba en parecer piadoso y verdaderamente mostraba un gran interés por los asuntos divinos, pero la simulación llegaba a prevalecer en él por

encima de la verdad y la apariencia se revelaba superior a la esencia. Por ello al principio tuvo un afán excesivo por indagar en las cuestiones divinas, buscando causas y razones que nadie podría hallar mediante el conocimiento científico, a no ser que se volviese hacia la Mente Suprema y de allí obtuviese una revelación directa de estos arcanos» (111.13).

La identificación de la Divinidad con principios racionales o abstractos no se produce sólo en este pasaje sino, de manera indirecta, en muchos otros. Así por ejemplo, cuando va a ser cegado el César Constantino afirma: «Dios no es injusto actuando de este modo. La Justicia exige que yo pague por lo sucedido» (V.43), en lo que constituye una clara identificación del concepto de Justicia con el Dios cristiano, al igual que antes se identificó a Dios con la Mente Suprema o Suprema Razón: un proceso de análisis de la Divinidad de acuerdo con conceptos filosóficos de larga tradición neoplatónica. En este contexto, no extraña que en un momento determinado Pselo llegue a realizar el siguiente juramento: «Lo juro por el Dios al que venera la Filosofía» (VIIb.14). Es verdad que luego Pselo, cuando aborda las causas de los hechos que narra, apela muchas veces al factor sobrenatural y a la intervención divina sin mayores precisiones, pero ello lo hace siempre, casi sin excepciones, en una segunda instancia, después de haber expuesto las causas racionales de los sucesos. De este modo nos habla por ejemplo de la inesperada salvación de Romano III en una batalla, cuando estaba rodeado por los enemigos: «Y si no le hubiera montado alguien sobre el caballo y, dándole las riendas, le hubiera ordenado que huyera, poco habría faltado para que él mismo no fuese capturado y cayera así en manos enemigas quien había esperado hacer temblar todo el continente. O mejor dicho, si Dios entonces no hubiese contenido el ataque de los bárbaros y no les hubiese persuadido para que no abusaran de su victoria, nada habría impedido que pereciera entonces todo el ejército romano y a su cabeza el propio emperador» (III.9). Significativa puede ser también esta afirmación sobre la Divina Providencia que encontramos en el libro dedicado a Miguel IV (cursiva mía): «Yo que estoy acostumbrado a atribuir a la Divina Providencia el gobierno de los asuntos de mayor transcendencia y que incluso hago depender de ella todas las demás cosas que se producen, *siempre que nosotros no invirtamos el orden natural*, considero que también fue obra de la Providencia y del gobierno celeste el que la sucesión del emperador no recayera en cualquier otra persona de la familia, sino precisamente en este César, *el instrumento* del que supo servirse la Divinidad para exterminar a toda su familia» (IV.30).

Cuando comprobamos por otros pasajes que para Pselo es el filósofo el intérprete de los criterios de la Providencia y el que los traduce a términos humanos (V.24; VII.42), empezamos a comprender por qué nuestro autor ha decidido escribir una historia: no para dar cuenta de hechos, sino para buscar sus causas en términos filosóficos. Obviamente es difícil apreciar todas las implicaciones de las afirmaciones de Pselo en una lectura superficial del texto, y menos aún en una traducción, ya que son muchas veces simplemente las palabras, preñadas de referencias y connotaciones filosóficas (que se pierden en castellano), las que nos dan la clave de la lectura de un pasaje en apariencia

inocente. Otras veces es el uso de imágenes o símiles el que nos conduce a un concepto, aunque el moderno lector sólo aprecie tras ellas un adorno estilístico.

Pienso en este sentido que no es casual que Pselo describa en varias ocasiones las escenas que presencia como un drama en el que los hombres se muestran como simples actores que ignoran sus mecanismos: el uso de un léxico teatral, a la manera de Calderón, para describir las vivencias humanas, no es en estos casos un recurso retórico, sino que responde a una visión más profunda de los hechos, cuya esencia para Pselo sólo es comprensible para el filósofo, verdadero intérprete de la Mente Suprema.

Llegados a este punto, vemos que la obra es una suma de influencias de todo tipo, que incluyen la *historia*, la *biografía*, la *autobiografía*, el *encomio* y *la filosofía*. Se entiende así la condición de incalificable con la que muchos estudiosos se refieren a ella y en la que reside buena parte de su mérito. De hecho dentro del panorama de la historiografía bizantina puede decirse sin temor que hay un antes y un después de las *Vidas* de Pselo: antes, nos encontramos con simples relatos históricos que carecen de pretensiones literarias y se limitan a reescribir sus fuentes; después, aparecen los grandes historiadores bizantinos, que recrean de forma personal las vicisitudes de su época partiendo de los grandes modelos literarios del pasado. Sin embargo, aunque Pselo se sitúe entre esos dos periodos, sería incorrecto atribuir el cambio en la historiografía al solo impulso de su obra histórica y no al de la época que le tocó vivir, el siglo XI, que experimentó una gran efervescencia en el panorama literario y social[56].

Pselo fue sin duda el alma de este proceso de cambio, como señalábamos antes, pero sus *Vidas* en concreto, como obra difícilmente calificable, no parece que tuviera repercusión inmediata entre sus contemporáneos. De hecho apenas se nos han conservado dos manuscritos de ella (uno de ellos incompleto) y hay pocos autores que la citen. Se trataba de una obra incómoda, incatalogable desde el punto de vista de las convenciones literarias. La ausencia de tratados de historiografía en la Antigüedad[57], tal y como los había sobre epistolografía u oratoria, había permitido a Pselo renovar el género mezclando influencias diversas, pero sus continuadores prefirieron por lo general un camino menos libre y más convencional en la imitación de los grandes modelos literarios del pasado griego. Este hecho, unido a la evidente distorsión histórica que implicaba la omnipresencia del autor en su obra, hicieron que en la época posterior a Pselo se prefiriera consultar a cronistas para hacerse con una idea exacta de los acontecimientos del periodo. La obra de Pselo, que omitía sistemáticamente nombres de protagonistas, fechas o incluso topónimos, obedecía a las pretensiones de Pselo de hacer universal su mensaje, pero en la práctica resultaba incómoda e imprecisa para los lectores que deseaban tener una noción exacta de los acontecimientos. Esto explica que este «clásico» bizantino tuviera poca consideración como tal en su época (algo, por otra parte, extensible a muchos otros «clásicos») y que sólo recientemente se le haya valorado como es debido, tal como lo atestiguan las traducciones modernas de su obra a lenguas

como el francés, italiano, inglés, ruso, sueco y polaco.

LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Si toda traducción es una tarea difícil, traducir la compleja prosa de Pselo, expresada en periodos amplios y equilibrados, llena de alusiones y guiños intelectuales, con torrentes de palabras cultas y preñadas de connotaciones, se convierte en un reto. Para dar una idea de las calidades estilísticas del texto de Pselo, he cambiado por completo la sintaxis del original, que en castellano es irreproducible (entre otras muchas razones por la pobreza de nuestra lengua en participios que proliferan en el griego literario de entonces para expresar múltiples matices), aunque procurando que la secuencia y subordinación de ideas en castellano respete siempre las del texto griego. De los peligros que plantea una excesiva fidelidad a la sintaxis original da muestra la traducción francesa de Émile Renauld (el primer editor del texto), la única existente durante muchas décadas, que resulta verdaderamente fatigosa para el lector, aunque, por su carácter pionero (que sería injusto negar), resulta todavía hoy muy útil al filólogo[58]. He utilizado un lenguaje culto evitando caer en la pedantería, pero sin rehuir términos técnicos o eruditos que puedan ser considerados como tales en el original. He reducido las notas al mínimo, para dar alguna orientación histórica o aclarar referencias demasiado elusivas. Más allá del innegable valor histórico de la obra, he procurado tratarla como un texto literario y he huido de toda erudición superflua que interfiera en su lectura.

Me baso en la edición italiana de Salvatore Impellizzeri, que va acompañada de una traducción ejemplar de Silvia Ronchey y un extenso comentario de Ugo Criscuolo[59]. No he respetado sin embargo la división en libros del manuscrito original, en primer lugar porque no procede de la pluma de Pselo; en segundo lugar, porque no responde a un criterio claro, al incluir con frecuencia las biografías de varios emperadores dentro de un mismo libro; y en tercer lugar, porque es probable que la redacción de la obra en dos momentos cronológicamente distintos sea la responsable de que se hayan colocado las seis últimas biografías dentro del mismo libro[60]. Pienso por lo tanto que se aprecia mejor la estructura de la obra como sucesión de biografías si se asigna una sección autónoma a cada emperador biografiado, tal como he realizado en la presente traducción.

Dentro de cada libro, el manuscrito introduce ocasionalmente títulos para una sección, títulos que los editores mantienen pese a considerar que no son originales de Pselo. Yo los he mantenido también, marcándolos con cursiva, porque orientan al lector acerca del contenido de cada libro, pero dado que sólo aparecen de forma muy irregular, he añadido de mi mano títulos nuevos, marcados también con cursiva, pero incluidos entre corchetes cuadrados. A veces he desplazado también los títulos originales por razones de su adecuación al contenido. El resultado de estos cambios es que cada libro aparece dividido en secciones que reflejan perfectamente la sucesión de temas o escenas tratadas por

Pselo en cada biografía y agilizan y estimulan la lectura. Las referencias a los parágrafos se mantienen de acuerdo con la numeración convencional.

Incluyo finalmente aquí una tabla de equivalencias entre la división en libros de los manuscritos (columna izquierda) y las biografías de emperadores contenidas en ellos (columna derecha), que facilitará el cotejo de los pasajes con el texto griego:

Libro I I. Basilio II Libro II II. Constantino VIII Libro III III. Romano III Libro IV IV. Miguel IV Libro V V. Miguel V Libro VI VI. Zoe y Teodora [VI. 1-20] VII. Constantino IX [VI. 21-203] VIII. Teodora [VIa. 1-21] Libro VII IX. Miguel VI [VII. 1-43] X. Isaac I [VII. 44-99] XI. Constantino X [VIIa. 1-29] XII. Eudocia [VIIb. 1-9] XIII. Romano IV [VIIb. 10-43] XIV. Miguel VII [VIIc. 1-17]

CRONOLOGÍA

1014

El zar búlgaro Samuel muere al ver sus tropas diezmadas y Bulgaria es incorporada al imperio bizantino.

1017-18

Nacimiento de Pselo en Constantinopla.

1025

Muerte del emperador Basilio II, «el matador de búlgaros», que ha llevado al imperio bizantino a su máxima expansión militar en los Balcanes y Oriente Próximo.

1031

Fin del califato omeya de Córdoba.

1038

Muere Esteban I de Hungría, que llevó a su país al catolicismo colocándolo fuera de la jurisdicción eclesiástica bizantina.

1042

Mesina cae en manos árabes: Bizancio pierde su última posesión en Sicilia. En Constantinopla una sublevación popular derroca al emperador Miguel V, que ha desterrado a Zoe, la princesa macedonia sobrina de Basilio II y depositaría de la legalidad de la dinastía. Pselo vive los acontecimientos de cerca en Palacio.

1042-55

Reinado de Constantino IX Monómaco, durante el cual Pselo, hombre de confianza del emperador, es nombrado «cónsul de los filósofos».

1043

Constantinopla es atacada por una flotilla rusa enviada por el príncipe Yaroslav de Kiev, que desea obtener mejores privilegios comerciales para los comerciantes de Novgorod. El fuego griego acaba con la mayoría de los barcos.

1054

El Papa de Roma León IX y el patriarca de Constantinopla Miguel Cerulario se excomulgan mutuamente provocando un cisma entre las iglesias católica y ortodoxa que dura hasta hoy. Pselo, caído en desgracia en Palacio, toma el hábito monástico y adopta el nombre de Miguel en vez de Constantino, su nombre de bautismo.

1055

Nace el jurista Irnerio, uno de los renovadores del estudio del derecho romano en Italia y el primero de los *glossatores* de la Universidad de Bolonia, la primera de las universidades occidentales, fundada a fines de siglo. Ocupación de Bagdad por los selyucíes y fin del protectorado buyí sobre el califato abasí, que a partir de entonces existe sólo nominalmente. Regreso de Pselo a Palacio como consejero de la emperatriz Teodora.

1057

Pselo es nombrado presidente del senado por el emperador Isaac Comneno, que entra en la capital después de sublevarse contra Miguel VI.

1066

Guillermo, duque de Normandía, conquista Inglaterra tras derrotar a Harold II en Hastings.

1071

Batalla de Mantzikert, en la que las tropas selyucíes hacen prisionero al emperador bizantino Romano Diógenes y comienzo del asentamiento de los turcos en Asia Menor. Los normandos ocupan Bari, la última posesión bizantina en Italia. Sube al poder en Constantinopla Miguel VII, discípulo de Pselo.

1073

Revuelta del mercenario normando Roussel de Bailleul contra el emperador bizantino en la esperanza quizás de fundar un principado autónomo en Oriente.

1077

Enrique IV, rey de Alemania, peregrina como penitente a Canosa para pedir al Papa Gregorio VII el levantamiento de la excomunión, en lo que es considerado el punto culminante de la Guerra de las Investiduras.

1078

Fecha probable de la muerte de Miguel Pselo, entre el silencio casi unánime de sus contemporáneos.

1082

Proceso por hereje contra Juan Ítalo, discípulo de Pselo. 1085.

1085

Toma de Toledo por Castilla.

1096

La primera Cruzada llega a Constantinopla.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

Agapitos, P. A, «Teachers, pupils and imperial power in eleventh-century Byzantium», en Y. L. Too —N. Livingstone (eds.), *Pedagogy and power. Rhetorics oj classical leaming*, Cambridge, University Press, 1998, 170-191.

Agati, M. L., «Michele VII Parapinace e la *chronographia* di Psello», *Bolletino della Badia Greca di Grottajerrata* 45 (1991), 11-31.

Anastasi, R., *Studi sulla chronographia di Michele Psello*, Catania, Bonnano, 1969.

Bóhlig, G., *Untersuchungen zum rhetorischen Sprachgebrauch der Byzantiner mit besonderer Berücksichtigung der Schriften des Michael Psellos*, Berlín, Akademie Verlag, 1956.

Criscuolo, U., «Pselliana», *Studi italiani di filología classica* 54 (1982), 194-215.

—, «Tardoantico e umanesimo bizantino: Michele Psello», *Koinonia* 5 (1981), 7-23.

—, «Politikos aner. Contributo al pensiero político di Michele Psello», *Rendiconti del'Accademia di Archeologia, Lettere e Belle Arti di Napoli* 57 (1982), 129-163.

Duffy, J. M., «Hellenic Philosophy in Byzantium and the lonely mission of Michael Psellos», en K. Ierodiakonou (ed.), *Byzantine Philosophy and its ancient sources*, Oxford, Clarendon Press, 2002, 139-156.

Gadolin, A., A *theory of history and society with special reference to the Chronographia of Micahel Psellos, llth century Byzantium and a related section on Islamic ethics*, Amsterdam, Hakkert, 1987.

Gouillard, J., «La religión des philosophes», *Travaux et mémoires* 6 (1976), 305-324.

Hunger, H., *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, 2 vols., Múnich, C. E. Beck, 1978, *passim (cf* índice).

Hussey, J., «Michael Psellus, the Byzantine historian», *Speculum* 10 (1935), 81-90.

Joannou, P., *Christliche Metaphysik in Byzanz I. Die Illuminationslehre des*

Michael Psellos und Johannes Italos, Ettal, Perikles, 1956.

Kaldellis, A., *The argument of Psellos' Chronographia*, Leiden, Brill, 1999.

Kriaras, E., «Ho Michael Psellos», *Byzantina* 4 (1972), 55-128.

Lemerle, P., *Cinq études sur le XIe siécle byzantin*, París, CNRS, 1977 (esp. «Le gouvernement des philosophes. Notes et remarques sur l'enseignment, les écoles, la culture», págs. 195-248).

Ljubarskij, J. N., «Man in Byzantine Historiography from John Malalas to Michael Psellos», *Dumbarton Oaks Papers* 42 (1992), 177-186.

—, *Michail Psell*, Moscú, 1978.

Mango, C., *Byzantine Literature as a distorting mirror. An inaugural lecture*, Oxford, 1975 (recogido en C. Mango, *Byzantium and its image. History and culture of the Byzantine Empire and its heritage*, Londres, Variorum, 1984).

Macrides, R, «The Historian in the History», en C. N. Constantinides et alii, *Philellen. Studies in honour of Robert Browning*, Venecia, 1996, págs. 205-224.

O'Meara, D. J., «Aspects du travail philosophique de Michel Psellus», en Ch. F. Collatz —J. Dummer —J. Koleesch —M. L. Werlitz (eds.), *Dissertatiunculae criticae. Festschrift für Günther Christian Hansen*, Würzburg, Kónigshaus und Neumann, 1998, págs. 431-439.

Renauld, É., *Étude de la langue et du style de Michel* Psellos, París, 1920.

Sykutris, J., «Zum Geschichtswerk des Psellos», *Byzantinische Zeitschrift* 30 (1929-1930), 61-67.

Tatakis, B., *La philosophie byzantine*, París, Presses Univ. de France, 1949, págs. 161-220.

Volk, R., *Der medizinische Inhalt der Schñften des Michael Psellos*, Munich, 1990.

Vries, E. de, «Psellos et son gendre», *Byzantinische Forschungen* 23 (1996), 109-149.

Weiss, G. (ed.), *Ostrómische Beamte im Spiegel der Schñften des Michael Psellos*, Munich, 1973.

Wolska-Conus, W., «Les écoles de Psellos et de Xiphilin», *Travaux et mémoires 6* (1976), 223-243.

Zervos, Ch., *Un philosophe neoplatonicien du Xle siécle, Michel Psellos. Sa vie, son oeuvre, ses luttes philosophiques, son influence*, París, 1920 (reimpr., Nueva York, 1973).

ABREVIATURAS DE ALGUNAS EDICIONES DE LAS OBRAS DE PSELO

Hag.

Michael Pseilus. Orationes hagiographicae, ed. E. A. Fisher, Stuttgart —Leipzig, 1994.

Orat. I

Michael Pseilus. Oratoria minora, ed. A R. Littlewood, Leipzig, 1985.

Orat. II

Michael Pseilus. Orationes hagiographicae, ed. E. A. Fisher, Stuttgart —Leipzig, 1994.

Orat. III

Michael Pseilus. Orationes forenses et acta, ed. G. T. Dennis, Stuttgart —Leipzig, 1994.

Poemata

Michael Pseilus. Poemata, ed. L. G. Westerink, Stuttgart —Leipzig, 1992.

Phil. I

Michael Psellus. Philosophica minora, ed. D. J. O'Meara, Leipzig, 1989.

Phil. II

Michael Psellus. Philosophica minora II, ed. J. M. Duffy, Stuttgart —Leipzig, 1992.

Theol. I

Michael Psellus. Theologica I, ed. P. Gautier, Leipzig, 1989.

Theol. II

Michael Psellus. Theologica II, eds. L. G. Westerink —J. M. Duffy, Stuttgart —Leipzig, 2002.

VIDAS DE LOS EMPERADORES DE BIZANCIO

El omnisapiente y eximio monje Miguel dedicó su esfuerzo a la redacción de esta cronografía que recuerda los hechos de los porfirogénitos emperadores Basilio y Constantino, de Romano Arguirópulo que reinó tras ellos, de Miguel el Paflagonio que le sucedió, de su sobrino Miguel que, habiendo obtenido la dignidad de César, gobernó después de él, y luego de las dos hermanas y porfirogénitas princesas, la Señora Zoe y la Señora Teodora, de Constantino Monómaco que fue emperador con ellas, de la Señora Teodora, una de las dos hermanas, que fue emperatriz única y (de Miguel el Viejo que vino tras ella, así como) de Isaac Comneno que le sucedió, concluyendo con la proclamación de Constantino Ducas.

Notas a la Introducción

LIBRO I. BASILIO II [976-1025]

LIBRO I

BASILIO II

[976-1025][61]

ACERCA DEL ASCENSO DE BASILIO AL PODER

I.1. Así abandonó esta vida el emperador Juan Tzimisces, que tanto había contribuido a la prosperidad del imperio romano, cuyo poder él incrementó de este modo. Entonces el imperio regresó a sus legítimos depositarios, Basilio y Constantino, los hijos de Romano[62].

2. Ambos habían dejado ya atrás la pubertad, pero su carácter era distinto, pues mientras que Basilio, que era el de mayor edad, siempre se mostraba vigilante, circunspecto y reflexivo, a ojos de todos era manifiesta la indolencia de Constantino, que tenía una vida de ocio y sólo aspiraba a llevar una existencia regalada. Así pues consideraron que no debían ser emperadores los dos, sino que Basilio, el mayor de ambos, asumiría todo el poder. A su hermano únicamente le dejaría compartir con él el título de emperador. De otro modo, si la administración del imperio no hubiera recaído sobre el primogénito y más experimentado, el timón del imperio no habría podido ser dirigido por sus manos. Uno debería por lo tanto admirar a Constantino, porque, a pesar de que pudo repartirse por igual con su hermano la herencia de su padre, me refiero a la potestad imperial, sin embargo le cedió la mayor parte, y esto cuando él mismo, siendo apenas un adolescente, que es cuando la ambición del poder domina más las voluntades, veía que su hermano todavía no había alcanzado la plena virilidad, sino que era un mozalbete al que, como suele decirse, empezaba a apuntarle el bozo. Así pues, sea merecedor Constantino de este elogio ya desde el comienzo del libro.

3. Por su parte Basilio, una vez asumida ya la autoridad sobre los romanos, no quiso hacer partícipe a nadie de sus reflexiones, ni tomar a un consejero en cuanto atañía a la administración del Estado. Pero tampoco podía confiar en sus solas fuerzas, pues todavía no tenía experiencia ni en el mando militar ni en el buen gobierno civil. Por ello fijó su atención en el chambelán Basilio. Este hombre había llegado a ser el dignatario más importante de todo el imperio de los romanos, tanto por su vasta inteligencia como por su gran estatura y también su aspecto, digno verdaderamente de alguien que aspira a usurpar el trono. Sin embargo, aunque había nacido del mismo padre que Basilio y Constantino, su madre había sido otra y por ello se le emasculó enseguida a una temprana edad,

con el fin de que los derechos al trono no recayeran antes en un bastardo que en los hijos legítimos. Éste se contentaba así con su destino y se sentía ligado al linaje imperial, que era el suyo propio. Más que por nadie mostraba predilección por su sobrino Basilio, al que abrazaba con toda familiaridad, tal como haría un ayo afectuoso que lo hubiera criado[63]. Precisamente por ello Basilio delegó en él las principales cargas del poder y la eficiencia de aquél le sirvió a él mismo de aprendizaje. Si el chambelán era como un atleta o un luchador, el emperador Basilio era un espectador, pero no ya para ponerle la corona de la victoria, sino para entrar en liza él mismo a competir y correr, según las pautas que aquél le marcaba.

Así pues, desde aquel momento todo quedó bajo las órdenes de Basilio: a él miraban los civiles, ante él se inclinaban los militares y él era el primero y también el único que se ocupaba de los ingresos del fisco y del equilibrio de las finanzas. El propio emperador sancionaba con su boca o con su mano todas sus decisiones, bien apoyándolas verbalmente, bien ratificándolas por escrito.

4. A muchos de nuestros contemporáneos que conocieron en persona al emperador Basilio, éste les parecía rudo y de un carácter cortante, iracundo y obstinado en sus decisiones, morigerado en sus hábitos y ajeno a toda molicie, pero tal como yo he sabido por los escritores que narran la historia de su tiempo, no era desde luego así al principio, sino que después de vivir de manera relajada y entre placeres, cambió y llevó una vida estricta, como si las circunstancias hubieran endurecido su carácter, dado vigor a lo que se había ablandado, tensado cuanto estaba suelto y cambiado por completo su forma de vida. En efecto, al principio no ocultaba a nadie sus francachelas y constantes escarceos amorosos, se preocupaba sólo de los banquetes, repartía su tiempo entre el descanso y el ocio propio de los emperadores y disfrutaba, como es lógico, tanto de su juventud como de su condición de emperador. Pero desde que aquellos hombres, Esclero primero, Focas después de él y luego de nuevo el primero en tercer lugar, así como todos los demás, comenzaron a pretender el trono imperial y se sublevaron contra él por todas partes, entonces él, abandonando su vida de molicie con las velas desplegadas, se entregó a su deber con toda su alma, de forma que, imponiéndose a las personas de su entorno que se habían apropiado de la autoridad imperial, se dispuso a destruir por completo sin mayor dilación todo el linaje de aquellos usurpadores[64].

ACERCA DE LA REVUELTA DE ESCLERO

5. Por este motivo los sobrinos de aquéllos suscitaron contra él guerras enconadas y, antes que nadie, Esclero, un hombre no sólo dotado para tomar decisiones, sino muy capaz de llevarlas a cabo. Esclero había reunido además una inmensa fortuna, suficiente para permitirle usurpar el poder, tenía tras de sí la fuerza de su linaje, había vencido en grandes batallas y contaba con la predisposición de todo el ejército a secundar sus proyectos. Así pues, después de reunir a muchos partidarios de su usurpación, fue el primero que se atrevió a

emprender la guerra contra Basilio. Lleno de confianza, como si la victoria estuviese ya decidida, marchó a por el poder conduciendo contra el emperador todas sus fuerzas de caballería e infantería[65]. Al principio los consejeros del emperador perdieron la esperanza de salvarse, pues sabían que todas las fuerzas de infantería habían confluido bajo el mando de Esclero, pero luego, después de reunirse y confrontar sus opiniones acerca de todo lo que estaba sucediendo, creyeron encontrar una salida, tal como sucede en situaciones extremas. Pensaron que un tal Bardas, hombre de familia muy noble y carácter aún más leal, sobrino del emperador Nicéforo, estaba capacitado para combatir al usurpador Esclero, de forma que, después de confiarle el resto de las tropas que habían reunido y nombrarle comandante supremo de todo el ejército, lo despacharon para que hiciera frente a Esclero.

6. Pero puesto que tenían a Bardas no menos miedo que a Esclero por ser de sangre imperial y haberse formado también una alta opinión de sí mismo, suprimen de su atuendo toda condición de civil y cuantas insignias promueven la usurpación y lo inscriben en la clerecía, obligándole luego con solemnes juramentos a no tomar parte nunca en una sedición ni a transgredir lo prometido. Por lo tanto, sólo después de haber tomado estas garantías de él, lo despachan al frente con todas las fuerzas.

7. Este hombre, según se cuenta, tenía una personalidad muy semejante a la de su tío el emperador, pues permanecía siempre taciturno y vigilante, era capaz de anticipar y comprender cualquier situación y no ignoraba ninguna de las tácticas de guerra, sino que tenía experiencia en todas las técnicas de asedio, en todo tipo de emboscadas y formaciones de combate, e incluso en la lucha cuerpo a cuerpo daba más muestras que aquél de su energía y valor, pues todo el que recibía un golpe suyo perdía al instante la vida, y cuando lanzaba su grito, aunque fuese desde lejos, llenaba de confusión a toda la falange. Así pues, este hombre, después de distribuir las fuerzas bajo su mando y agruparlas en batallones, puso en fuga, no una, sino muchas veces, a la falange enemiga, y ello a pesar de la muchedumbre de los adversarios: la inferioridad en la que se encontraba ante el enemigo se vio compensada por la superioridad y el gran valor que mostraba frente a ellos por su preparación militar y táctica.

8. Un día, finalmente, los comandantes de los dos ejércitos enemigos cobraron valor y decidieron de común acuerdo enfrentarse en lucha singular. Avanzaron así ambos al encuentro en el campo que había entre los ejércitos, se miraron y enseguida trabaron combate. El usurpador Esclero, sin poder esperar ya más para atacar y transgrediendo de repente las reglas del combate, galopó el primero hasta llegar junto a Focas, al que golpeó directamente en la cabeza, según venía, con toda la energía que cobró su brazo gracias al impulso de la carrera. Éste, al recibir el golpe inesperadamente, perdió por un breve instante el control de las riendas del caballo, pero enseguida recobró el sentido y golpeando al que le había atacado en la misma parte del cuerpo, puso fin a su impulso guerrero y le obligó a batirse en retirada.

9. Este veredicto de las armas pareció a ambos decisivo, como si tuviera la máxima sanción del Estado. Así, Esclero, que se hallaba en una situación sin salida, porque aunque no podía ya enfrentarse a Focas consideraba humillante pasarse al bando del emperador, toma una decisión que no resulta ser ni las más sensata ni la más segura, pues, dejando atrás las fronteras de los romanos, entra con todas sus tropas en la tierra de los asirios, donde se presentó ante el rey Cosroes. Su presencia suscitó el recelo del rey, que, temeroso del gran número de sus soldados o sospechando quizás un ataque por sorpresa, lo hizo encadenar y lo mantuvo encerrado en una prisión segura[66].

ACERCA DE LA REVUELTA DE BARDAS FOCAS

10. Por su parte Bardas Focas regresó de nuevo junto al emperador de los romanos, donde se le permitió celebrar una procesión triunfal y fue incluido entre las personas del círculo del emperador. De esta forma concluyó la primera tentativa de usurpación. El emperador Basilio creyó verse libre de problemas, aunque en realidad lo que semejaba ser la resolución del conflicto llegó a convertirse en el principio de muchos males. En efecto, Focas, que había sido al principio objeto de los mayores honores, luego lo fue de otros muy inferiores, por lo que al ver de nuevo cómo se esfumaban las esperanzas que había concebido, convencido como estaba de no haber traicionado la palabra dada —que había mantenido de acuerdo con lo pactado—, prepara contra el emperador Basilio una gravísima y peligrosa insurrección contando con el apoyo de la parte más poderosa del ejército. Una vez que se ha atraído a las principales familias de los que entonces eran los notables del imperio, se pasa al bando enemigo y después de escoger como milicia personal a soldados iberos —hombres estos que llegan a tener diez pies de estatura y son de fiero ceño[67]—, despejando toda duda acerca de sus intenciones, ciñe la diadema imperial y viste como usurpador el ropaje púrpura símbolo del poder[68].

11. Luego sucede lo siguiente: un pueblo extranjero entró en guerra con los babilonios, junto a los que habían buscado refugio los hombres de Esclero para luego, tal como mostró mi relato, ver frustradas sus esperanzas. Esta terrible guerra resultó una pesada carga y requirió muchos hombres y recursos para hacerle frente[69]. Puesto que los babilonios no podían confiar en su solo ejército, cifran entonces sus esperanzas en los fugitivos y no sólo les quitan enseguida las prisiones, sino que los sacan de la cárcel, les proporcionan armamento pesado y los dirigen contra la falange enemiga. Éstos, como hombres nobles y guerreros que eran, conocedores además de las formaciones militares, se disponen en dos cuerpos de ejército separados y se lanzan luego de repente al galope contra el enemigo entre gritos de guerra. Después de matar a unos allí mismo y poner en fuga a los demás, empujándoles hasta la empalizada los masacran a todos en masa. Pero entonces, cuando levantaban el campo para regresar, como si obedecieran todos al mismo impulso de su alma, fueron ellos mismos los que se dieron a la fuga, pues tenían miedo de que el bárbaro a su vez no los tratase como debía, sino que los encerrase de nuevo entre grilletes. Huían todos juntos lo más

rápido que podían y, cuando se habían alejado ya una gran distancia de la tierra de los asirios, el bárbaro descubrió su fuga y ordenó que los persiguieran con las tropas que en aquel momento pudieron movilizarse. Pero cuando cayeron sobre las espaldas de los romanos con una gran muchedumbre de tropas, se dieron cuenta de cuán inferiores eran a éstos en la lucha cuerpo a cuerpo, pues los fugitivos, tirando de repente de sus riendas, se dieron la vuelta y después de luchar en inferioridad numérica contra tropas mucho más nutridas, consiguieron que el número de enemigos que sobrevivió y se dio a la fuga fuera menor que el de sus propias tropas.

12. De esta forma creyó Esclero que podría aspirar de nuevo al trono y poner bajo su mando todas las tropas, pues pensaba que Focas se había retirado y que todas las tropas imperiales estaban dispersas[70]. Pero cuando llegó a la frontera de Roma, se enteró de que Focas aspiraba ya al título imperial, y puesto que no podía luchar a la vez contra éste y contra el emperador, aunque faltó por segunda vez a la obediencia debida al emperador, marchó al encuentro de Focas con hábito humilde y reconoció su supremacía conformándose con marchar bajo sus órdenes. A continuación dividieron sus fuerzas en dos contingentes, de forma que su usurpación se convirtió en una amenaza todavía más poderosa. Ellos, confiando en sus tropas y en sus formaciones, descendieron hasta la Propóntide y las plazas costeras de esa área. Después de atrincherarse en zona segura, no les faltaba sino intentar cruzar el mar.

13. Por su parte el emperador Basilio, conocedor ya de la ingratitud de los romanos, reclutó una tropa selecta de bravos guerreros escitas del Tauro, que precisamente se habían presentado ante él no mucho antes, y después de formar junto a ellos otro contingente de extranjeros, los envió contra las falanges del adversario[71]. Cuando éstos se presentaron de repente ante los sublevados, mientras estaban, no ya listos para el combate, sino postrados y ebrios, mataron a no pocos y dispersaron a los supervivientes en todas direcciones[72]. Una violenta sedición estalló entonces entre ellos, incluso contra el propio Focas.

14. Junto al ejército de los romanos estaba el propio emperador Basilio, al que le empezaba a crecer la barba y que iba adquiriendo experiencia en la guerra. Pero ni siquiera su hermano Constantino estaba ausente de las filas del ejército, sino que ciñendo una coraza y blandiendo una larga pica, también él formaba en la falange.

15. Las dos formaciones permanecían frente a frente: del lado de la costa, la del emperador; del lado de las tierras altas del interior, la de los usurpadores; y en medio de ambas, un vasto campo de batalla. Focas, que sabía que los dos emperadores formaban en la línea de batalla, no demoró ya más el combate, sino que dejó que aquel día decidiese de forma inapelable el destino de la guerra y se confió a lo que la fortuna le inspirase[73]. No actuaba desde luego conforme a lo que pretendían los adivinos de su entorno, pues aunque éstos le disuadían de combatir de acuerdo con lo que les revelaban las ofrendas sacrificiales, él,

oponiéndose a ellos, dio rienda suelta a su caballo. Se dice en verdad que se le aparecieron también a él funestos presagios, pues cuando apenas había empezado a cabalgar en su caballo, éste se resbaló y cayó, y cuando montó en otro, también a éste le ocurrió lo mismo nada más avanzar unos pocos pasos. Mudó entonces el color, el entendimiento se le nubló y el vértigo sacudió su cabeza. Pero como no se arredraba ante nada una vez dispuesto al combate, después de dirigirse al frente de la falange, cuando ya estaba casi al lado de las fuerzas del emperador, reunió en torno suyo una tropa de soldados de infantería —me estoy refiriendo a los más bravos guerreros de entre los iberos, hombres todos ellos a los que apenas les apuntaba la barba y estaban en la flor de su juventud, corpulentos y todos con la misma estatura, como si respondieran a un canon, armados con espadas en sus diestras e incontenibles en su ataque—. A una señal hizo avanzar entonces a los soldados bajo su mando y se precipitó hacia adelante al frente de su falange. Soltando las riendas marchó directo hacia el emperador, profiriendo un grito terrible y teniendo levantada con la mano derecha la empuñadura de su espada, como si con ésta fuera a fulminar en el acto al emperador.

16. Así pues marchaba Focas, lleno de audacia, contra Basilio. Éste por su parte se había puesto al frente de sus propias fuerzas y permanecía allí con la espada en una mano y en la otra asiendo el icono de la Madre del Verbo, pues consideraba que éste era el más firme baluarte contra el ataque incontenible de Focas, el cual, igual a una nube impulsada por grandes vientos, cruzaba la llanura como una ola embravecida. Los soldados que permanecían en los dos flancos arrojaron sus lanzas contra él e incluso el emperador Constantino se adelantó un poco a la falange blandiendo su larga pica. Pero cuando Focas no se había apartado mucho de sus propias tropas, de repente, resbalándose de la silla, cayó a tierra. Sobre este suceso las versiones que se cuentan son cada una de ellas distinta, pues unos dicen que fue alcanzado por las lanzas arrojadas y que cayó al haber recibido una herida en partes vitales; otro dice que de repente la cabeza se le llenó de sombras a causa de una perturbación y desorden del estómago y que, al perder el conocimiento, cayó del caballo. Y por su parte el emperador Constantino se jactaba de haber eliminado al usurpador. Sin embargo, la versión que más se acepta dice que todo se debió a una conspiración y que un veneno, que tomó mezclado en su bebida, bloqueó de repente su capacidad motora al apoderarse del lugar del encéfalo en el que reside la consciencia, provocando así el vértigo y su caída. La consigna habría sido de Basilio y del copero del usurpador la mano traidora. Yo en cambio considero todo esto incierto y hago a la Madre del Verbo responsable de todo lo que ocurrió.

17. Así pues, cae aquel que hasta entonces no había sido herido ni capturado, un triste espectáculo digno de ser llorado. Tan pronto como las falanges de ambos bandos lo vieron, los rebeldes se dispersaron enseguida, rompiendo su formación cerrada y dándose la vuelta para emprender todos abiertamente la fuga; pero los que estaban en torno al emperador, precipitándose enseguida sobre el usurpador caído, después de dispersar a los iberos, lo despedazaron a base de golpes de espada y, después de cercenarle la cabeza, se

la entregaron a Basilio.

18. A partir de ese momento, el emperador se transforma en una persona completamente diferente. La alegría que mostró por lo sucedido no fue mayor que la preocupación que tuvo por la gravedad de la situación. Así pues, se le veía siempre desconfiar de todos, con el ceño fruncido, con la mente siempre al acecho, colérico e iracundo con los que se equivocaban.

ACERCA DE LA DESTITUCIÓN Y EXILIO DEL CHAMBELÁN BASILIO[74]

19. El emperador ya no estaba dispuesto a ceder nada de la administración del Estado al chambelán Basilio, sino que se sentía agraviado por él, le mostraba de múltiples maneras su hostilidad, lo evitaba en definitiva, de forma que ni su parentesco, ni el hecho de que aquél hubiese hecho y padecido muchas cosas por él, ni el prestigio de su alta dignidad, ni ninguna otra consideración, consiguieron que el emperador adoptase una postura conciliadora hacia él, sino que al contrario consideraba algo intolerable el que, siendo él emperador y habiendo alcanzado la edad madura, se considerase que debía secundarle en los asuntos del Estado, como si fuera cualquier persona y no hubiese accedido al rango de emperador, sino que sirviese como ministro a otro y fuese secundaria la autoridad que había recibido. Como en un mar agitado, bullían en tropel sus pensamientos sobre esta cuestión y muchas fueron las mudanzas y vueltas que dio su ánimo, pero, una vez tomada la decisión, destituyó de repente al chambelán al frente de la administración. Lo hizo además sin preocuparse de tener ninguna delicadeza con él por su destitución, sino de un modo rudo que nadie habría podido sospechar, pues lo envió al exilio embarcándolo en una nave.

20. La destitución no supuso por ello para Basilio el fin de sus males, sino su principio y presupuesto, pues el emperador enseguida volvió sus pensamientos al comienzo mismo de su reinado, al momento a partir del cual el chambelán se había hecho cargo de la administración, y suspendió las decisiones previsoras que desde entonces había tomado aquél. Aunque no consideró adecuado derogar todo aquello que beneficiaba al Estado y a él mismo, en cambio intentó anular todo el cúmulo de prebendas y dignidades de las que tuvo noticia, afirmando que de aquello sí había sabido, pero que de éstas no estaba informado. Maquinó pues todo cuanto estuvo en su mano para perjudicar al chambelán y causar su desgracia. Por ejemplo, el magnífico monasterio que aquél había construido poniéndolo bajo la advocación de su homónimo el Gran Basilio, un monasterio que había sido equipado con magnificencia y con gran dispendio de mano de obra, que unía la variedad al gusto y que debido a generosas donaciones había recibido todo lo que le bastaba para mantenerse por sí solo: quería echarlo abajo desde los cimientos. Pero como tenía ciertos reparos ante una acción tan vergonzante, quitaba un día algo de un lado, otro echaba abajo otra cosa, luego eran los muebles y las piedras engastadas, de forma que con cada cosa procedía de la misma manera. No cejó hasta que convirtió el monasterio, si se puede hacer bromas con esto, en un Pensadero, porque los que estaban en él no dejaban de

pensar en cómo procurarse lo que necesitaban.

21. De esta forma, el chambelán, alcanzado cada día, por así decirlo, por tales flechas, quedó completamente abatido y no sabía de qué modo podía curar sus sufrimientos, pues no había nada en el mundo que le pudiera consolar. Aquel hombre, situado en la cúspide del poder, desde el momento en que se produjo su imprevista caída sintió que se le nublaba la mente y perdió el control de sí mismo, de forma que con los miembros paralizados y convertido en un cadáver viviente, al poco también se le quebró el alma y su vida se convirtió verdaderamente en un monumento, en una memorable lección de historia, es más, en un ejemplo del cambiante y confuso sino de las cosas mortales. Así pues, éste abandonó el mundo después de devanar el hilo de la vida que le había sido asignado.

22. El emperador Basilio por su parte, dándose cuenta de la complejidad del imperio y de que no era asunto ni cómodo ni fácil el administrar un poder de tal envergadura, renunció a toda lisonja e incluso despreció el ornato corporal, pues ni adornaba su cuello con collares, ni con tiaras su cabeza, y ni siquiera se le veía resplandecer con clámides purpuradas. Se despojó de los anillos superfluos e incluso quitó los tintes de color de sus vestidos. Siempre permanecía meditabundo pensando en cómo podría hacer encajar las estructuras del poder bajo el control armónico del emperador. No sólo trataba con altanería a los demás, sino incluso a su hermano, al que había concedido una reducida escolta, como si le causase envidia todo ceremonial más solemne y brillante que el suyo. Como él mismo se había impuesto primero restricciones, por así decirlo, y había renunciado al ceremonial ampuloso, le resultó fácil someter a su hermano dándole un poder que iba decreciendo poco a poco. Dejando pues a éste que disfrutara del solaz del campo, de los deleites de los baños y de las cacerías, las únicas cosas en las que pensaba, él mismo se ocupó de las desgracias que afligían nuestras fronteras decidiendo limpiarlas de los bárbaros circundantes, que rodeaban los confines de nuestro imperio por Oriente y por Occidente.

ACERCA DE LA SEGUNDA REBELIÓN DE ESCLERO DESPUÉS DE QUE FUESE MUERTO FOCAS

23. Pero iba a ser más tarde cuando realizaría estos proyectos, pues por el momento Esclero lo apartó de su campaña contra los bárbaros y lo mantuvo ocupado en una contra él. En efecto, una vez que fue muerto Focas, la parte del ejército que estaba bajo sus órdenes incluso antes de que se coaligara con Esclero, se disgregó y rompió completamente la formación al perder todas las esperanzas depositadas en él, pero Esclero y todos los que se exiliaron y regresaron con él, recomponiendo por sí mismos la formación, se encontraron con que formaban un cuerpo separado de ejército con contingentes equivalentes a los de Focas, y así se convirtieron para el emperador Basilio en una nueva amenaza.

24. En efecto, a Esclero, aunque parecía inferior a Focas en fuerzas y poder, sin embargo se le reconocía una mayor capacidad y versatilidad en táctica

y mando estratégico. Por ello, después del doloroso parto de esta segunda rebelión contra el emperador, creyó adecuado no marchar al encuentro de aquél para trabar un combate a cuerpo, sino reforzar su ejército y aumentarlo con nuevos reclutamientos, de forma que al emperador le parecía por ello cada vez más poderoso. No dirigía sin embargo todavía su campaña contra el emperador, sino que retenía cuantas naves resultaban adecuadas para los convoyes e incluso bloqueaba el libre acceso a los caminos, consiguiendo así que su ejército acumulase abundantes provisiones de todo lo que era llevado a la capital por estas vías e impidiendo además, gracias a una estrecha vigilancia, que se ejecutara cualquier orden enviada desde la capital hacia allí, bien a través de las postas públicas o por algún otro conducto marítimo.

25. Así pues, la usurpación, que había comenzado en verano, no se había extinguido en el otoño, y tampoco el ciclo de un año bastó para circunscribir la conspiración, sino que este mal fue tormenta de muchos años, pues entre los soldados, una vez que se pusieron a las órdenes de Esclero y engrosaron las filas de sus falanges, no hubo ya división de opiniones y ninguno de ellos desertó encubiertamente al bando del emperador, tal era la lealtad inquebrantable con la que los había unido Esclero, el cual se los atrajo con sus muestras de afecto, los ganó con sus favores y concertó sus voluntades dándoles de comer de su propia mesa, compartiendo con ellos su copa, llamando a cada uno de ellos por su nombre y captándolos con sus halagadoras palabras.

26. El emperador recurría pues a todo tipo de planes y medidas contra él, pero él los desbarataba fácilmente, pues como hábil general oponía sus acciones y estrategias a los propósitos y proyectos de aquél. Cuando Basilio vio que éste escapaba a todas sus presas, envió entonces una embajada para convencerlo de que firmase la paz y suspendiese todas las acciones a cambio de concederle el puesto de más poder detrás del suyo. Esclero al principio no acogió muy favorablemente esta propuesta, pero luego, después de darle muchas vueltas en su interior, al comparar el presente con el pasado e imaginarse luego cuál iba a ser el futuro, viéndose ya a sí mismo abatido por las fatigas de la vejez, se deja convencer por los embajadores y, reuniendo a todo el ejército para hacerle partícipe de la recepción de la embajada, firma la paz con Basilio en estos términos: que dejará de ceñir la corona en su cabeza y abandonará el color que simboliza el poder, que su posición será la inmediatamente posterior a él, que los comandantes y todos los demás que tuvieron parte en su usurpación mantendrán el mismo cargo y disfrutarán siempre de las mismas dignidades con las que él les honró y no se les confiscarán las propiedades que tenían y que recibieron de él, ni se les privará de todos los demás bienes que les pudieran haber tocado en suerte[75].

27. Cuando los dos convinieron estas condiciones, el emperador salió de la Ciudad[76] hacia una de sus propiedades más fastuosas para recibir allí a su rival y cerrar la tregua. Así pues, mientras Basilio estaba sentado dentro de la tienda imperial, los guardias escoltaron a Esclero desde la distancia en la que estaba

para conducirlo sin dilación a presencia del emperador. Esclero, aunque ya entrado en años, era un hombre corpulento e iba a pie, no a caballo, custodiado por éstos, que le cogían de ambos brazos. El emperador, al verlo a lo lejos, pronunció estas palabras, hoy populares y de todos conocidas, ante los que estaban de pie a su lado: «He aquí al que yo temía, que ahora se aproxima a mí como suplicante llevado de la mano». Por su parte, Esclero se había quitado todos los demás símbolos del poder, pero, ya fuese a propósito o por descuido, no se había descalzado los zapatos de púrpura y se acercaba al emperador como si se hubiera reservado una parte de su ilegítimo poder. Basilio, al verlo también de lejos, mostró su desagrado cerrando los ojos, pues no quería ver a éste de otra forma hasta que toda su indumentaria fuese la de un simple particular. Allí pues, casi ante la tienda del emperador, Esclero se desató incluso los zapatos rojos y de esta forma penetró en el pabellón.

28. El emperador se incorporó tan pronto como lo vio. Ambos se besaron y comenzaron a hablar entre ellos, uno justificando su usurpación y exponiendo las razones por las que había concebido y llevado a cabo su sublevación; el otro aceptando la justificación con ánimo ecuánime y atribuyendo lo acaecido a una perversa conjunción del destino. En el momento de compartir la copa, el emperador aplicó sus propios labios a la copa destinada a Esclero y bebió de ella moderadamente, devolviéndosela de nuevo a éste para así disipar toda sospecha y mostrar el carácter sagrado de la tregua. A continuación le interrogó sobre asuntos de Estado por su condición de hombre de mando y también sobre cómo podría conservar el poder libre de sediciones. Él entonces no aconsejó como un general, sino que expresó su opinión valiéndose de la astucia: debía suprimir los cargos con excesivo poder y no dejar que ninguno de los generales se hiciese demasiado rico, sino arruinarlos con cargas injustas para que se ocupasen de sus propias haciendas; no debía llevar esposa alguna a Palacio, ni dejar que nadie se le acercase, ni que muchos estuvieran al tanto de las decisiones que él concibiese en su interior.

29. Con estas palabras concluyó su entrevista. Esclero se retiró a las tierras que se le habían asignado y no vivió sino un poco más antes de abandonar esta vida[77]. Pero el emperador Basilio en todas sus posteriores acciones se mostró muy desconfiado de sus súbditos. No ya con favores, sino con miedo, llevó de forma verdaderamente firme las riendas del poder. Conforme se cargaba de años y adquiría experiencia en todos los asuntos, se desprendía en cierto modo de las personas más sabias. Él tomaba pues las decisiones en persona, él mismo formaba a las tropas; y en cuanto a la sociedad civil, la gobernaba no de acuerdo con las leyes escritas, sino con las normas no escritas que dictaba su espíritu sagaz. De ahí que no prestara atención a los eruditos, sino que despreciara completamente esta categoría, es decir, la de los eruditos. De ahí también que me cause sorpresa el que, a pesar de que el emperador tenía en tan poco aprecio el estudio de las letras, en aquellos tiempos surgiera una no pequeña cosecha de filósofos y rétores. A la contradicción y sorpresa que me provoca este hecho encuentro una única explicación, la más exacta y, por así decirlo, la verídica: que los hombres de entonces no se ocupasen de las letras con ningún otro fin en

concreto, sino que las estudiasen por su valor intrínseco. La mayoría no se acerca así a la cultura, sino que convierten el propio enriquecimiento en su motivación principal para dedicarse a las letras; es más, precisamente por ello estudian lo relativo a las letras, y si su objetivo no se cumple enseguida, las abandonan en sus principios. Pero dejemos en paz estas consideraciones y que vuelva nuestra narración a centrarse de nuevo en el emperador.

[ACERCA DEL CARÁCTER DEL EMPERADOR]

30. Así pues, el emperador, después de eliminar la amenaza bárbara[78] y de subyugar por completo, por así decirlo, a sus súbditos, consideró que no debía seguir con la misma política que antes. Después de acabar con los más destacados linajes y equipararlos al resto de la población[79], se encontró con que podía llevar las riendas del poder a su pleno antojo, de forma que formó en torno suyo como una verdadera camarilla de personas que ni brillaban por su ingenio, ni destacaban por su linaje, ni tenían una educación muy esmerada, y les confió a todos la correspondencia oficial, compartiendo constantemente con ellos los secretos de Estado. Puesto que entonces no eran muy complejas las respuestas que cursaban los emperadores ante los memoriales y peticiones, sino simples y sencillas —pues se oponían por completo a lo que fuera escribir o hablar de forma elegante y elaborada—, componía él mismo las palabras que se le venían a la boca y las dictaba a sus secretarios, de forma que sus discursos nada tenían de vehemencia ni de elaboración.

31. Después de liberar al imperio de las manos de un destino arrogante y envidioso, el emperador no sólo se allanó el camino del poder, sino que cerró las esclusas por las que salía el dinero recibido y, bien cortando el gasto, bien acumulando ingresos de fuera, multiplicó los recursos del imperio en una gran cantidad de talentos, pues hizo que en el tesoro de la corona se depositara una suma de hasta doscientos mil. En cuanto a los demás beneficios, ¿quién podría tener la capacidad de reducirlos a palabras? En efecto, cuanto tuvieron árabes e iberos, todos los tesoros de los celtas, cuanto encerraba la tierra de los escitas y, por decirlo en pocas palabras, la riqueza de las naciones bárbaras que nos circundaban, todo esto lo reunió en un mismo sitio y lo depositó en las cámaras del fisco imperial. Pero además, después de ejecutar a los que se habían sublevado contra él, transfirió y atesoró allí el dinero de sus fortunas; y puesto que la capacidad de las salas acondicionadas para ello resultó ser insuficiente, excavó laberintos subterráneos al modo de las galerías funerarias de los egipcios y en ellos atesoró no poco de lo que había acumulado. No sacó partido a nada. Al contrario, la mayor parte de las piedras preciosas, tanto las de un blanco intenso que llamamos perlas, como las que brillan con diversos colores, no se engastaron en diademas o collares, sino que quedaron allí depositadas en algún lugar bajo tierra. Cuando se mostraba en público o daba audiencia a los funcionarios, vestía un traje de púrpura, pero no de la que refulge de forma enojosa, sino la de color más oscuro, que quedaba resaltada por el efecto de las perlas. Después de pasar en campaña la mayor parte de su reinado y poner freno a las incursiones de los

bárbaros vigilando nuestras fronteras, no sólo no gastó nada de lo depositado, sino que multiplicó las reservas.

32. Realizaba las campañas contra los bárbaros no como suelen hacer la mayor parte de los emperadores, es decir, saliendo ya entrada la primavera y regresando al final del verano, sino que para él el momento del regreso sólo venía determinado por el cumplimiento del objetivo que se había marcado al partir. Tenía una gran capacidad para resistir el frío más agudo y el más extremo calor y si padecía sed no se apresuraba enseguida a beber, sino que permanecía firme y duro como el diamante ante cualquier necesidad física. En las guerras sabía aprovechar favorablemente su exacto conocimiento del funcionamiento de los ejércitos, no digo ya del grueso de la formación, ni de la estructura de las compañías, ni de las situaciones en las que conviene formar o disolver a las tropas, sino incluso de todo lo que atañe al comandante en jefe, al subcomandante y al mando subalterno. Por ello no delegaba en cualquier persona la posición que correspondía a éstos, sino que, puesto que conocía las capacidades y la preparación profesional de todos ellos, los preparaba y empleaba en aquello a lo que cada cual se adaptaba mejor, bien por su carácter, bien por su formación.

33. Sabía, bien por haberlo leído en los libros, bien incluso porque su inteligencia innata le permitía sacar sus propias conclusiones de lo que le ocurría, cuáles son las formaciones que resultan de utilidad a las compañías. Pero aunque ordenaba formar en falange a la hora de combatir y disponía así la formación, no era su propósito entablar un combate frontal, pues temía que sus tropas se diesen de repente a la fuga. Por ello solía por lo general mantener inmóviles las compañías y recurría a tácticas de diversión y disparos a distancia que encargaba a las tropas ligeras. Pero una vez que se disponía a la batalla, agrupaba las filas en formación cerrada y creaba como una muralla con sus tropas a la vez que coordinaba los movimientos del ejército con los de los escuadrones de caballería, a éstos con las compañías de infantería ligera y a éstas con sus correspondientes unidades de hoplitas, no permitiendo que nadie avanzara o rompiera la formación sin que mediara necesidad alguna. Si, por el contrario, alguno de los soldados más fornidos o audaces se abría paso a la fuerza, se alejaba de la falange al galope, trababa combate con los enemigos y los ponía en fuga, no obtenía ni coronas ni recompensa alguna una vez reintegrado en las filas, sino que Basilio lo apartaba enseguida del ejército y lo castigaba, pues consideraba que había transgredido las ordenanzas. Pensaba, en efecto, que el no romper la formación inclinaba siempre la balanza del lado de la victoria y consideraba que sólo por esto las falanges de los romanos serían invencibles. Cuando los soldados se exasperaban por su minuciosa preparación de la batalla y se insolentaban abiertamente contra él, el emperador encajaba tranquilamente las ofensas que le hacían y sonriendo les respondía con rostro sereno con estas razonables palabras: «De otro modo nunca acabaríamos con las guerras».

34. Acompasaba su propio carácter a las circunstancias, mostrando una u otra faceta según se estuviese en tiempo de guerra o hubiese estado de paz; o

mejor dicho, si es que debe decirse la verdad, se mostraba más astuto en la guerra, mientras que en la paz imponía más su autoridad imperial. Cuando alguien transgredía las leyes en tiempo de guerra, reservaba la llama de su cólera como si la ocultase entre las cenizas de su propia alma, pero luego las avivaba cuando regresaba a Palacio y revelaba sus intenciones. Entonces aplicaba duras represalias a los culpables. Demostró en muchas circunstancias la firmeza de sus opiniones, aunque en ocasiones también supo cambiar. Así, aunque vigilaba a muchas personas por errores apenas incipientes, a muchas más les perdonaba delitos consumados, bien cediendo a la compasión, bien movido por otros vínculos que tuviera con ellos. Pese a que tardaba en tomar decisiones, no quería luego nunca mudar de parecer, de forma que ni cambiaba de actitud con aquellos a los que había mostrado su predisposición —a menos que sobreviniera una grave contingencia—, ni remitía fácilmente su ira hacia aquellos contra los que estallaba, sino que una vez que optaba por un criterio, éste se convertía en decreto divino e inmutable para siempre.

ACERCA DEL ASPECTO FÍSICO DEL EMPERADOR

35. Éste era pues su carácter, mientras que su aspecto acusaba la nobleza de su naturaleza. Tenía unos fulgentes ojos garzos; sus cejas no eran bajas y sombrías ni estaban trazadas en línea recta como entre las mujeres, sino que se arqueaban en lo alto, revelando su arrogante personalidad; sus luceros no estaban hundidos con aire insidioso y fiero, ni eran frívolamente saltones, sino que irradiaban un brillo varonil; todo su rostro estaba como torneado desde un centro hasta formar un círculo perfecto y encajaba entre los hombros mediante un cuello robusto y esbelto; el pecho no era protuberante como si estuviera dislocado, ni hundido como el de un asténico, sino que guardaba proporción entre estos extremos; y los demás miembros también estaban en consonancia con esto.

36. Si bien en estatura era inferior a la media, su figura guardaba las proporciones debidas con cada uno de los miembros y no estaba cargado de espaldas. Si alguien se lo encontraba desmontado, quizás podía considerarlo semejante a otras personas, pero cuando cabalgaba su aspecto era en todo punto incomparable, pues estaba esculpido sobre su silla como los modelos de las estatuas que los escultores expertos modelaron en esta posición. Cuando daba rienda al caballo y lo lanzaba al galope, permanecía siempre erguido y sin inclinarse, tanto si era llevado pendiente abajo como cuesta arriba. Luego, reteniendo al caballo y tirando de sus bridas, conseguía saltar por lo alto como si tuviese alas, conservando la misma postura tanto al elevarse como al tomar tierra. Cuando envejeció se le quedó rala la barba debajo del mentón, pero como los pelos que le nacían en las mejillas eran espesos y crecían abundantemente en torno a la cara, la rodeaban por ambos lados formando así un círculo perfecto, pareciendo que la barba le crecía por todas partes. Él acostumbraba en muchas ocasiones a enroscarla entre sus dedos, sobre todo cuando estaba inflamado por la ira, y también cuando daba audiencias o se quedaba absorto en sus reflexiones adoptaba esta postura. Hacía esto con frecuencia, o ponía las manos sobre sus

caderas con los dos brazos en jarras. No hablaba con fluidez, ni modelaba sus discursos, ni desarrollaba los periodos, sino que se expresaba entrecortadamente y con frecuentes pausas, más como un campesino que como un ciudadano libre. Tenía además una risa estentórea que sacudía todo su cuerpo.

37. Parece que este emperador llegó a vivir mucho más que todos los demás soberanos, pues desde que nació hasta que cumplió veinte años gobernó juntamente con su padre, con Nicéforo Focas y, después de él, con Juan Tzimisces, siempre bajo la autoridad de éstos, mientras que luego asumió él solo el poder supremo durante cincuenta y dos años. Así pues, cuando llevaba en el imperio setenta y dos años, pasó a mejor vida[80]

APÉNDICE[81]

CARTA DEL EMPERADOR [BASILIO] A FOCAS

1. Al escribirle, el emperador menciona en primer lugar su duro destierro, el gran tiempo que Focas transcurrió en él, su soledad, lejos de los suyos, su extrema indigencia, su mugrienta túnica y los jirones de su manto. Luego le hizo ver que su regreso se había producido por orden suya, cómo le había recibido en Palacio con los mayores honores, los favores, por así decirlo, propios de un sátrapa que le había dispensado, y la hospitalidad por encima de cualquier expectativa de la que fue objeto, así como de qué modo no dudó en concederle todos los mayores honores que existían en el Estado romano, ensalzándolo desde el principio con cargos y mandos militares, situándolo por encima de todos los demás y dotándole de un patrimonio abundante para que estuviese en clara consonancia con su alta posición.

«¿Pues quién», decía, «ha obtenido de mí un rango más alto que el tuyo? ¿Qué otra persona ha sido juzgada Amiga del emperador, sus Ojos y sus Oídos? ¿Quién si no tú me podía persuadir de todo, si así lo quería? ¿Con quién compartía yo los asuntos más graves? Pues en efecto incluso las cosas que ocultaba a mi hermano y a mi madre, a ti sólo te las revelaba. ¿Quién era ahora el que cesaba o nombraba a los más altos cargos, cargos por los que tú ganaste tanta fama y tu linaje tanto poder? Y callo cuanto hice por ti a favor de tu padre, tu hermano y tus demás parientes, y a cuantos por satisfacerte encumbré desde una humilde condición privada hasta las más excelsas dignidades, y a cuantas personas, que procedían de familias sin recursos, llegaron a poseer una fortuna considerable desempeñando cargos militares y civiles sin que les diéramos nunca la espalda, y ello a pesar de que cometieron injusticias, no sólo de forma oculta, sino abiertamente —pues aunque yo conocía la mayor parte de los hechos, los callaba y todo lo toleraba por devoción a ti—. Esperaba en efecto que tú llegases a ser el único consuelo en mis desgracias si Dios daba la vuelta a los acontecimientos. Por ese motivo te había elegido y escogido como mi colaborador, haciéndote dueño incontestable de mi casa, creyendo que contigo poseía al único de entre todos los hombres que iba a ser mi aliado y a compartir mis secretos, y

esperando que gracias a tu ayuda conseguiría aplacar los desórdenes que entre tanto se habían producido. Y sin embargo, ¡qué propósitos más vanos!, ¡qué esperanzas más infundadas! Carbón es el tesoro que ahora desentierro gracias a tan descomunal ingratitud. Pues no son vanas las esperanzas sólo porque yo las haya perdido por múltiples causas, sino porque nos aplicamos nosotros mismos el hediondo altramuz[82], convencidos de que íbamos a apagar el fuego con aceite».

2. «De forma que lo que se me cuenta, si responde a la verdad, me trae desgracia en vez de consuelo y te convierte, a ojos de todos, no en un aliado, sino en un enemigo, no en un colaborador, sino en un destructor. Pues dicen que tú te has levantado en armas para vengarte, tal como si te hubiera yo infligido las más graves injusticias y humillaciones, y que luchas con todas tus fuerzas para expulsarme de la sublime morada imperial, reivindicándola para ti y apropiándotela. Pero no, Maguistro, que esto nunca llegue a pasar por tu cabeza. Que perezcan los fabricantes de historias, los creadores de embustes, los malvados que siembran la cizaña y fabulan monstruos inexistentes movidos sólo por la envidia. A sus absurdos y prodigiosos relatos es preciso no prestarles atención, porque su objeto, según creo, es sobre todo romper el concierto que nos unía y subvertir sin razón la armonía de nuestras voluntades. Pero también», añadió a su vez el emperador, «para que el enemigo no se regocije al vernos y tú no llegues ni a poder acordarte de una acción que es tan odiosa a Dios y supera todo concepto de maldad. No quieras mostrarte tan ingrato y desagradecido, ya que nada puedes censurar a los beneficios que recibiste, y no aceptes convertirte en motivo de los relatos más execrables y en un pernicioso ejemplo para todo el mundo».

3. Además le recordaba cómo había puesto a Dios por testigo de sus actos con los solemnes juramentos prestados y le enseñaba cómo, del mismo modo que la eficaz Providencia de Dios recorre cada día el mundo, también ésta, con su ojo insomne, supervisa los asuntos de aquí abajo y siempre determina lo que se debe retribuir a los hombres por sus vidas. Las acciones de cada cual son compensadas por ella y los que se desvían del recto camino son atrapados por su red. Ella sirve también de contrapeso a los acontecimientos producidos por el azar. «Si te asusta el juicio de Dios y esperas que Dios venga a examinar tus actos, debes precaverte y asegurar tus acciones. Que la prudencia guíe tu empeño y la sensatez tu aproximación a los hechos. Que el pronunciamiento racional preceda al militar, pues cualquier empresa perjudica ante todo al que toma un mal aviso».

LIBRO II.

CONSTANTINO VIII

[1025-1028]

II.1. Una vez muerto Basilio, su hermano Constantino ascendió a la atalaya del imperio sin que nadie le disputase el poder, puesto que el emperador Basilio, estando a punto de morir, lo habla convocado a Palacio para confiarle el timón del gobierno. Éste, con setenta años de edad, se hace cargo entonces de toda la administración. Como estaba dotado de un carácter débil y su ánimo lo empujaba a disfrutar de todo, después de encontrar lleno de dinero el tesoro imperial, se abandonó a todo tipo de placeres siguiendo sus inclinaciones.

2. A este hombre los escritos que lo describen lo representan del siguiente modo: de ánimo indolente, no se mostraba excesivamente preocupado por el poder; aunque de constitución fuerte, era débil de espíritu; al hacerse viejo y no poder combatir ya, se exasperaba con cualquier noticia de mal augurio; cuando los pueblos bárbaros que nos rodeaban se alzaban contra nosotros, los contenía con dignidades y presentes, mientras que a los súbditos que se sublevaban les infligía terribles castigos: si sospechaba de alguien que era un rebelde o un sedicioso, lo castigaba antes de comprobarlo, de forma que se ganaba la sumisión de los súbditos no por su benevolencia, sino mediante toda clase de terribles torturas; mudable era su ánimo como el que más; se dejaba vencer por su cólera; siempre estaba dispuesto a dar crédito a cualquier rumor; sobre todo sospechaba de los que aspiraban al imperio y por ello les infligía terribles castigos, pues no los mantenía de momento a raya exiliándolos o recluyéndolos, sino que les vaciaba enseguida los ojos con el hierro.

Repartía este castigo a todos por igual, aunque uno pareciese haber cometido una falta grave y otro una leve, aunque uno hubiese pasado a la acción y el otro sólo hubiese dado pábulo al rumor, pues no se preocupaba de impartir los castigos en conformidad con las faltas, sino de cómo verse libre de sus propias sospechas. Pero además este suplicio le parecía más leve que los demás y, puesto que así dejaba a los castigados sin posibilidad de actuar en el futuro, se servía de él de forma preferente, pues llegó a aplicarlo a todos, desde los más poderosos hasta los más humildes. Extendió el mal incluso a algunos miembros del clero y ni siquiera respetó la dignidad episcopal, pues tan pronto como era preso de la ira, no había medio de que recuperara el juicio y permanecía sordo a todo consejo. Aun siendo tan colérico, no estaba sin embargo desprovisto de un

cierto sentido de la compasión, sino que se conmovía ante las desgracias ajenas y las aliviaba con frases piadosas. Además, no era su cólera constante, como la de su hermano Basilio, sino que se echaba atrás enseguida y sentía un tremendo arrepentimiento por lo que había hecho. Así, si alguien apagaba el fuego de su cólera, él renunciaba a aplicar el castigo y daba gracias al que le había detenido, pero si no sucedía nada que se lo impidiese, la cólera le arrastraba a cometer algún mal. No obstante, nada más escuchar una palabra distinta, se afligía, abrazaba compasivo al condenado y sus ojos derramaban lágrimas mientras se disculpaba con palabras compasivas.

3. La prodigalidad de que supo hacer gala fue mayor que la de todos los demás emperadores, aunque no unía a este don el de la equidad y la justicia, pues mientras abría las puertas de par en par para colmar de beneficios a sus allegados y amasaba oro para ellos como si fuese arena, se mostraba más parco a la hora de mostrar esta virtud suya a los que le eran ajenos. Los que disfrutaban de su confianza eran sobre todo aquellos que tenía a su servicio como asistentes y ayudantes de cámara después de haber ordenado que se les amputaran los órganos genitales en su más tierna infancia. Estos hombres no eran de condición noble ni libre, sino extranjera y bárbara, pero como habían sido educados gracias a Constantino y adaptado sus costumbres a las de él, se les consideró más merecedores de respeto y honores que los demás. Consiguieron además ocultar su baja extracción gracias a su comportamiento, pues eran magnánimos y liberales con el dinero, estaban siempre dispuestos a beneficiar a los demás y daban abundantes muestras de las demás virtudes que les adornaban.

4. Este emperador, cuando todavía era joven y su hermano Basilio se había hecho dueño absoluto del poder, tomó como mujer a una de las más nobles patricias, llamada Helena, hija de aquel famoso Alipio que por aquel entonces tenía una posición muy destacada. Esta mujer, hermosa de apariencia y noble de espíritu, dio tres hijas al emperador antes de pasar a mejor vida. Así pues, cuando ésta abandonó el mundo después de cumplir el tiempo que le estaba asignado, aquéllas fueron criadas y educadas en Palacio de acuerdo con la dignidad imperial que les correspondía. También el emperador Basilio las quería y les colmaba de muestras de afecto, pero no le dio por pensar nada adecuado respecto a ellas, sino que delegó toda responsabilidad sobre ellas a su hermano, para quien él reservaba el trono.

5. La mayor de estas hermanas no presentaba muchas semejanzas con su familia. Era equilibrada por su carácter, poseía un espíritu sensible y no destacaba por su belleza, pues cuando todavía era niña se la había echado a perder una enfermedad contagiosa que tuvo. La siguiente hermana, la de en medio, a la que conocí yo mismo cuando ya había envejecido, era por su carácter la más digna del trono. Tenía además un porte espléndido y descollaba por su inteligencia, con la que se ganaba el respeto de todos, pero como sobre ella hablaré con más detalle en la sección que corresponda, omito pues ahora el tratar sobre ella. La siguiente, la tercera, era más alta de estatura, así como concisa y fluida en su expresión,

aunque menos hermosa que su hermana[83]. Así pues, el emperador Basilio, su tío, murió sin haber dispuesto para ellas nada de lo que correspondía a su condición imperial. En cuanto a su padre, ni siquiera él, cuando se hizo cargo de la autoridad suprema, tomó una decisión mínimamente razonable respecto a ellas, a no ser con la hermana de en medio, la más digna del trono, y ello en el momento en el que veía próximo el fin de sus días, algo de lo que se hablará más adelante. Pero tanto ésta como la menor de las tres hermanas aceptaban satisfechas la voluntad de su tío y de su padre y no se preocupaban de nada más. En cuanto a la mayor, que se llamaba Eudocia, bien porque se desentendiese de los asuntos de Estado, bien porque tuviese superiores anhelos, pidió a su padre que tuviera a bien consagrarla a Dios. Éste al punto quedó convencido y entregó a la hija de sus entrañas como una primicia y ofrenda al Poderoso. Nunca llegó a revelar cuáles eran sus designios respecto a las demás. Pero no hablemos todavía sobre ello.

6. Mi relato debe describir la personalidad del emperador sin añadir ni quitar nada a su forma de ser. Desde el momento en que el conjunto de la administración dependió de él, como no era una persona capaz de consumir su tiempo en preocupaciones, delegó las responsabilidades en hombres con una gran formación, mientras él se encargaba de todo lo relacionado con las audiencias a los embajadores o del resto de los pequeños asuntos administrativos. De esta forma, presidiendo solemnemente desde su trono, dejaba que su lengua se expresase mediante pruebas dialécticas y silogismos retóricos que impresionaban profundamente a toda su audiencia. En efecto, aunque no tenía muchos estudios, sino que eran limitados los conocimientos que había adquirido de la cultura griega, pues tan sólo se correspondían con los de un niño, estaba dotado de una destreza y gracia innatas y tenía la fortuna de poseer una lengua delicada y elegante a la hora de hablar, con la que alumbraba brillantemente los pensamientos que engendraba su alma. De hecho, dictaba incluso en persona algunas de las epístolas imperiales, pues hacía de ello cuestión de honor, y no había mano rápida que no se viese superada por la velocidad del dictado, aunque raras veces conoció una generación tantos y tan jóvenes y rápidos secretarios como los que él tuvo la fortuna de poseer, de forma que al verse aturdidos por la rapidez con la que hablaba, notaban con ciertos signos el torrente de conceptos y palabras[84].

7. Era de una gran estatura, pues alcanzaba hasta los nueve pies, pero aún más vigorosa era su constitución física. Tenía un estómago resistente al que la naturaleza había capacitado para asimilar bien los alimentos. Se había hecho un experto a la hora de aderezar las comidas, de combinar olores y colores en los platos y de hacer apetitosa cualquier vianda. Era pues esclavo de su vientre y de los placeres del amor. Por todo ello le sobrevino un mal en las articulaciones que le dejó sobre todo muy afectados los dos pies, hasta el punto de impedirle caminar. Por ello nadie lo vio nunca atreverse a usar los pies para moverse desde que accedió al poder imperial: era llevado a caballo sentado firmemente sobre la silla.

8. Los espectáculos y las carreras de caballos lo volvían loco, más que

ninguna otra cosa, de forma que se tomaba un gran interés por ellos, cambiando tiros y arreos, preocupado sólo por la línea de salida. Se ocupó también de nuevo por la lucha gimnástica, abandonada desde hacía mucho tiempo, y la reintrodujo como espectáculo, pero no para contemplarla como emperador, sino para tomar parte en ella frente a sus rivales, aunque no quería vencer a sus adversarios por ser él el emperador, sino que lucharan denodadamente para que su victoria sobre ellos fuese más nítida. Le gustaba charlar y discutir, así como adoptar las costumbres de los ciudadanos. Pero si estaba dominado por los espectáculos, no menos lo estaba por las cacerías, en las que se sobreponía a la canícula, vencía al frío y resistía a la sed. Estaba especialmente bien entrenado para luchar con las fieras, pues había aprendido a usar el arco, a lanzar la jabalina, a blandir con destreza la espada y a acertar en el blanco con sus flechas.

9. Su desinterés por los asuntos de Estado era tan grande como su afición por los dados y los tableros[85]. Así pues, tan dominado estaba por este juego y tanto lo hacía enloquecer, que si estaba ocupado con él hasta desatendía a los embajadores que le esperaban a pie y dejaba de lado cuestiones de la mayor gravedad. Enlazaba de esta forma días y noches, y a pesar de su gran voracidad, prescindía por completo de todo alimento cuando quería jugar a los dados. La muerte lo sorprendió así cuando se estaba jugando el poder a los dados: la vejez había provocado la inevitable consunción de su organismo y él, cuando se dio cuenta de que iba a morir, ya fuese convencido por algunos de sus consejeros, ya porque se diese cuenta por sí mismo de lo que era preciso hacer, realizó averiguaciones acerca de quién podría sucederle en el poder, con el fin de darle como esposa a la segunda de sus hijas. Pero puesto que nunca antes de aquel momento había prestado atención con detenimiento a ninguno de los senadores, le resultó entonces difícil basar su elección en algún criterio.

10. Había por aquel entonces un hombre que ocupaba la presidencia del senado y había sido ascendido a la dignidad de prefecto, una magistratura esta propia de un emperador, salvo por carecer de la púrpura[86], pero se había casado con una mujer cuando aún era niño y por eso no parecía muy adecuado para ocupar el poder, pues si en lo que se refería a su linaje este hombre resultaba ser más adecuado que los demás, el tener mujer lo hacía susceptible de críticas[87] y constituía para muchos un serio impedimento para una alianza con la familia del emperador. Así estaban las cosas en lo que respecta a este hombre. Pero el emperador Constantino, puesto que el tiempo no le permitía deliberar más y la proximidad de la muerte le impedía analizar más detalladamente el asunto, descartando a todos los demás por no ser dignos de una alianza con el emperador, se inclinó por este hombre hacia el que le impulsaban sus cálculos con todas las velas desplegadas.

Sabiendo que la mujer se oponía a sus planes, simula entonces una cólera profunda e implacable contra su marido y envía a unos emisarios para que inflijan a aquél un terrible castigo y a ella la aparten de la vida secular. Ella, al desconocer sus ocultos designios y no sospechar que la ira era una máscara, cede enseguida

ante sus pretensiones, se deja cortar el pelo, asume un hábito negro y es conducida a un monasterio. Mientras tanto Romano, pues así se llamaba el hombre, es llevado a Palacio para convertirse en yerno del emperador. A su vez la más bella de las hijas de Constantino, tan pronto como es mostrada a Romano, queda unida a él formando una pareja imperial. Y en cuanto al padre, sobreviviendo apenas lo suficiente para tener noticia del enlace, pasa enseguida a mejor vida después de dejar el poder a su yerno Romano [88].

LIBRO III.

ROMANO III ARGUIRO

[1028-1034]

[ACERCA DE LA EDAD DEL AUTOR Y DE CÓMO FUE TESTIGO DE LOS HECHOS]

III.1. Su yerno Romano, que había recibido por familia el nombre de Arguirópulo, se convierte por lo tanto en emperador. Entonces Romano, convencido de que su gobierno inauguraba un nuevo periodo, puesto que la dinastía imperial fundada por Basilio el Macedonio[89] se había extinguido con su suegro Constantino, empezó a pensar en el linaje que le sucedería en el futuro. En realidad, no sólo iba a ver cómo su poder se circunscribía a su propia existencia, sino que, después de haber vivido todavía por breve lapso de tiempo, y aún éste debilitado por la enfermedad, entregó su alma de forma repentina, tal como el relato mostrará claramente cuando llegue el momento. A partir de ahora esta narración histórica será más precisa que la que la ha precedido, ya que el emperador Basilio murió cuando yo era un niño pequeño y Constantino cuando acababa de empezar a cursar mis primeros estudios, de forma que ni estuve nunca en su presencia, ni les escuché hablar, y en cuanto a si los llegué a ver, no sé decirlo, porque debido a mi corta edad no estaba capacitado para retener recuerdos. Sin embargo, en lo que respecta a Romano, he llegado a verlo y en una ocasión incluso le dirigí la palabra. Por ello cuando hablé sobre aquéllos lo hice basándome en otras personas, pero a éste yo mismo lo describiré sin que ninguna otra persona me haya informado.

[ACERCA DEL EMPERADOR, SUS AFICIONES Y SU CULTURA]

2. Este hombre había sido instruido en las letras griegas e iniciado en la cultura que se vincula con el saber de los latinos[90], era delicado en su expresión, de voz solemne, un héroe por su estatura y con un rostro verdaderamente propio de un soberano. Pero creía saber muchas más cosas de las que realmente conocía y, queriendo modelar su propio imperio a imagen de aquellos antiguos Antoninos, de Marco, reputadísimo filósofo, y de Augusto[91], se fijó estos dos objetivos: el estudio de las letras y la disciplina de las armas. En esta última parte su ignorancia era completa, mientras que su conocimiento de las letras no comprendía sino los aspectos más superficiales, muy lejos de la profundidad requerida. Sin embargo, por creer que sabía y por esforzarse más allá de sus

propias capacidades, cometió errores en asuntos de la mayor transcendencia. Hay que reconocer de todas formas que recogió cuantas brasas de sabiduría pudieron haber permanecido ocultas bajo las cenizas y que reclutó a gentes de toda clase y condición, me refiero a filósofos, a rétores y a cuantos se dedican al estudio de las disciplinas del saber, o mejor dicho, creen dedicarse a él.

3. Aquellos años vieron en efecto crecer a un puñado escaso de intelectuales, que además se detenían en el vestíbulo de las doctrinas aristotélicas y sólo recitaban de memoria los conceptos clave de las platónicas, sin entender nada de sus arcanos ni de todo lo que aquellos hombres estudiaron en el terreno de la dialéctica y la apodíctica. De ahí que, al no ser exacto el criterio aplicado, fueran falsas las conclusiones sacadas sobre ellos. Pues aunque nuestros intelectuales sentaban las premisas de las disquisiciones, la mayor parte de los problemas permanecía sin resolver, ya que se inquiría cómo podría haber a la vez castidad y concepción, virginidad y alumbramiento, y se investigaba sobre cosas sobrenaturales. Y así, se podía ver a la realeza envuelta en un ropaje filosófico, pero todo no era sino máscara y afectación, y no prueba y búsqueda de la verdad.

4. Pero el emperador dejó de lado estas discusiones por un momento y se volvió de nuevo a los escudos. El debate le llevaba ahora a las grebas y las corazas y la hipótesis examinada era la de ocupar todas las tierras bárbaras, tanto las de Oriente como las de Occidente. Él no pretendía sin embargo hacer la demostración con palabras, sino imponer la fuerza de las armas. Si esta doble inclinación del emperador no hubiera sido veleidad o mera afectación, sino una verdadera comprensión de ambos aspectos, habría resultado muy útil al Estado, pero no hizo otra cosa más que formular propuestas o, más bien, que magnificar la realidad con sus esperanzas para luego echarlo todo a perder de repente, cuando, por así decirlo, llegó el momento de actuar. Pero el relato, debido a mi premura, ha trazado el final de toda la historia de Romano antes siquiera de que hayamos levantado el pórtico de ingreso, por lo que debemos regresar ya a lo que constituyó el origen de su poder.

[ACERCA DE LA RELACIÓN DEL EMPERADOR CON ZOE]

5. A partir del momento en el que se le consideró digno de ceñir la diadema por encima de otros candidatos, él dio crédito a lo que le predecían los adivinos y quiso engañarse pensando que iba a reinar muchos años y dejar tras de sí una dinastía que se sucedería durante muchas generaciones, sin que pareciera siquiera haberse dado cuenta de que la hija de Constantino, con la que él convivía maritalmente desde que había sido proclamado emperador, había superado la edad de concebir, pues había cumplido cincuenta años de edad cuando se celebró su enlace con Romano y su vientre seco era ya incapaz de engendrar descendencia. Pero cualquiera que fuese la decisión que tomase, incluso frente a una imposibilidad física, él permanecía siempre firme en sus convicciones. De ahí que no prestara atención al único requisito previo para concebir y que en cambio no dudara nada en confiarse a los que se jactan de poder tanto dormir como

despertar a la naturaleza, por lo que se daba él mismo ungüentos y fricciones que prescribía también a su esposa. Ella por su parte aún hacía más, iniciada como estaba en gran número de prácticas, pues se aplicaba diversos amuletos al cuerpo, se ponía colgantes, se ceñía con fajas y desplegaba en torno a su cuerpo toda clase de supercherías. Pero como el efecto esperado no aparecía de ningún modo, el emperador renunció a todo esto y empezó a prestar menos atención a la emperatriz. A decir verdad, tenía un poco apagado el deseo y su constitución se hallaba quebrantada, pues superaba a la emperatriz por su edad en más de diez años.

6. A él, que había sido pródigo a la hora de repartir los cargos del poder y que en los gastos de la corte, en sus actos de munificencia y en sus donaciones se mostró más espléndido que la mayoría de los emperadores, rápidamente le abandonó el espíritu que animaba tales larguezas, como si le hubiera sobrevenido un cambio nuevo e imprevisto, y el largo aliento de sus acciones se disipó enseguida, de forma que pareció que no actuaba congruentemente consigo mismo y que no estaba a la altura de las circunstancias, sobre todo porque no abandonó progresivamente esta excelsa práctica, sino que se cayó bruscamente de ella como desde una elevada atalaya. Estas dos cosas irritaban a la emperatriz más que nada: que el emperador no la amase y que ella no pudiese disponer de dinero en abundancia, pues le había cerrado el acceso a los fondos del fisco y sellado los depósitos del tesoro y vivía así con una asignación fija de dinero. Estaba pues furiosa por este asunto con él y con todos los consejeros que él tenía a su servicio. Éstos lo sabían y se guardaban de ella lo más posible, especialmente Pulquería, la hermana del emperador, una mujer de elevadas miras que ayudaba en algunas cosas a su hermano. Pero éste, como si hubiese firmado un contrato por el poder con alguna naturaleza superior y hubiese recibido de aquélla una garantía firme de que su prestigio no padecería merma alguna, vivía despreocupado y ajeno a toda sospecha.

[ACERCA DE LA EXPEDICIÓN MILITAR EN ORIENTE]

7. Volviendo entonces su atención a las glorias marciales, hacía preparativos para marchar contra los bárbaros tanto de Oriente como de Occidente. Consideraba que, aun cuando hubiera podido combatir fácilmente a los de Occidente, éstos no representaban una empresa de envergadura, pero que, si se dirigía contra los del Sol Oriente, podría salir de allí lleno de honores y gobernar fastuosamente el imperio. Por ello se inventó una excusa sin fundamento para la guerra contra los sarracenos que viven en la Celesiria y que tienen como capital la ciudad que es llamada Alepo en su lengua local[92]. Concentró y organizó un ejército contra ellos, aumentando el número de soldados de sus contingentes, proyectando formar otros, enrolando tropas de mercenarios extranjeros y reclutando abundantes efectivos nuevos, como si fuera a conquistar al bárbaro con su sola presencia. Estaba en efecto convencido de que si aumentaba el número de efectivos del ejército por encima de los establecidos, o mejor dicho, que si multiplicaba las formaciones romanas, nadie sería capaz de resistir su

avance al frente de un contingente tan grande de tropas nacionales y aliadas. Pero aunque los que ocupaban los mandos del ejército le disuadían de marchar contra los bárbaros y estaban verdaderamente aterrorizados ante la perspectiva de hacerles frente, él estaba preparándose una suntuosa corona de las que suelen ceñir la cabeza de los que celebran los triunfos.

8. Cuando creyó que los preparativos para la partida eran ya suficientes, salió de Bizancio y se dirigió a la tierra de los sirios. Cuando llegó a Antioquía, su ingreso en la ciudad estuvo sin duda lleno de brillo y esplendor, como imperial fue el desfile que se mostró por las calles, aunque más parecía una parada teatral que un acto marcial que pudiera realmente llenar de temor el ánimo de los enemigos. Los bárbaros por su parte analizaron con más lógica la situación y antes que nada enviaron embajadores al emperador diciendo que no querían entrar en guerra pues no le habían dado motivo para iniciarla, sino que se habían mantenido fieles a los acuerdos de paz y que no habían transgredido los juramentos acordados ni violado la tregua; pero que con tal amenaza suspendida sobre sus cabezas, si se mostraba inflexible, se aprestarían ahora por vez primera para la guerra y a ella confiarían su destino. Éstos eran pues los términos de la embajada. En cuanto al emperador, como si sus preparativos tuvieran como único objetivo alinear las tropas y disponerlas para la batalla, tender emboscadas y hacer incursiones de saqueo, cavar fosos, desviar el curso de los ríos, tomar fortalezas y en general todo cuanto sabemos por la tradición que hicieron aquellos Trajanos y Adrianos y antes aquellos Augustos Césares, y aún con anterioridad a aquéllos, Alejandro el hijo de Filipo[93], despidió la embajada por ser de paz y se preparó todavía con más celo para la guerra, aunque no seleccionando a los mejores para su propósito, sino confiando en que el gran número de sus tropas bastara para decidir la situación.

9. Cuando al dejar la ciudad de Antíoco[94] prosiguió su marcha hacia adelante, una brigada de caballería del ejército bárbaro, toda ella con hombres armados por su propia cuenta, montados a pelo en los caballos y llenos de audacia, se emboscó a ambos lados de las tropas romanas y, mostrándose de improviso a éstas en las alturas, descendió dando terribles alaridos de guerra. La repentina visión asustó a los romanos, que se vieron ensordecidos por el estrépito de los caballos que se abalanzaban en todas las direcciones sobre ellos y llegaron a imaginarse que eran una multitud, porque corrían no en formación, sino desperdigados y en desorden. Con ello amedrentaron de tal manera a las fuerzas romanas, infundieron tal terror a aquel ejército tan grande y lo desmoralizaron tanto, que cada cual se dio a la fuga desde la posición misma en que se hallaba, sin preocuparse de nada más. Todos aquellos que por un casual iban entonces montados a caballo, dieron la vuelta a sus grupas y huyeron al galope lo más rápido que pudieron, mientras que los demás, sin detenerse a montar los caballos, los abandonaron al primero que quisiese hacerse con ellos y cada uno procuró salvarse como pudo, yendo por el camino o campo a través. El espectáculo que se presenció entonces superó cualquier previsión, pues los que habían sometido toda la tierra y se habían hecho imbatibles frente a cualquier contingente bárbaro gracias a unas formaciones militares que estaban perfectamente preparadas para

la guerra, ahora no pudieron soportar ni la simple visión del enemigo, sino que, como si las voces de éste les golpearan los oídos como un trueno y quebraran su moral, se dieron a la fuga al igual que si hubiesen padecido una derrota aplastante. Los primeros que sintieron el estrépito fueron los guardias en torno al emperador, que abandonaron a su soberano y se dieron a la fuga sin mirar hacia atrás. Y si no le hubiera montado alguien sobre el caballo y, dándole las riendas, le hubiera ordenado que huyera, poco habría faltado para que él mismo no fuese capturado y cayera así en manos enemigas quien había esperado hacer temblar todo el continente. O mejor dicho, si Dios entonces no hubiese contenido el ataque de los bárbaros y no les hubiese persuadido para que no abusaran de su victoria, nada habría impedido que pereciera entonces todo el ejército romano y a su cabeza el propio emperador.

10. Así pues, los unos corrían en desorden, mientras los bárbaros eran meros espectadores de su imprevista victoria y permanecían atónitos ante la visión de los romanos dándose la vuelta y huyendo sin ningún motivo. Después de hacer unos pocos prisioneros de guerra, y éstos sólo entre aquellos que sabían que eran de noble extracción, dejaron partir a los demás y se entregaron al saqueo. En primer lugar capturaron el pabellón imperial, cuyo solo valor equivalía sobradamente al de los tesoros de Palacio hoy en día, pues contenía cadenillas, collares, diademas, perlas, gemas de valor incluso mayor y todos los objetos preciosos que quepa imaginarse, cuyo número no podría calcularse fácilmente, así como tampoco medirse la admiración que suscitaba tal cúmulo de belleza, tan grande y refinado era el lujo de los tesoros que estaban depositados en el pabellón del emperador. Así pues, los bárbaros se hicieron primero con estos tesoros y luego reunieron el resto del botín. Después de acarrearlo, regresaron junto a sus compañeros. Mientras los bárbaros actuaban así, el emperador escapó a la emboscada bárbara conducido sin rumbo por el fogoso galope de su caballo. Alcanzó finalmente la cumbre de una colina, en cuya altura pudieron reconocerlo algunos que corrían e incluso le habían sobrepasado en su carrera, pues el color de su calzado delataba su presencia[95]. Consiguió entonces detener junto a él a muchos fugitivos y permanecer allí firme, rodeado por ellos. Luego, cuando se había difundido ya la noticia de su suerte, acudieron otros y finalmente se le mostró el estandarte con el icono de la Madre de Dios, que los emperadores romanos suelen llevar en las guerras como general y guardián de todo el ejército. Sólo éste no había caído en manos bárbaras.

11. Cuando el emperador tuvo esta dulce visión ante sus ojos, recobró enseguida el ánimo, pues era un ferviente devoto de esta imagen más que de ninguna otra. Es difícil describir de qué modo, después de cogerla entre sus brazos, la estrechó en su pecho, cómoda mojó con sus lágrimas, y con qué intimidad se dirigía a ella, recordándole todos los favores que había recibido y las numerosas ocasiones en las que su alianza había socorrido a la nación de los romanos, salvándolos de los incontables peligros que los amenazaban. Todo ello le llenó de ánimo y él, que hasta ese momento era un desertor más, cubría entonces de reproches a los que huían y les gritaba con vigor juvenil. Detuvo así su marcha errática y se hizo reconocer por su voz y apariencia, tras lo cual,

habiendo reunido en torno suyo un contingente notable de tropas, puso primero pie a tierra con ellos y se retiró a una tienda que le habían preparado. Allí acampa y después de descansar un poco, tan pronto como amanece convoca a los comandantes y propone deliberar qué es lo que deben hacer. Todos aconsejan regresar a Bizancio y allí reflexionar con calma sobre lo sucedido. Él se suma a su opinión y, decidiendo lo que más le convenía, apresura su vuelta a Constantinopla.

[ACERCA DE LA ADMINISTRACIÓN DEL ESTADO Y EL TEMPLO DE LA VIRGEN ESPECTABLE]

12. A partir de ese momento, tremendamente arrepentido de cuanto había hecho y amargado por lo que había padecido, cambió por completo y adoptó un comportamiento totalmente insólito. Esperando resarcirse exactamente de todas y cada una de sus pérdidas mediante una minuciosa fiscalidad, se convirtió entonces más en un recaudador que en un emperador, pues revisaba y examinaba, según se dice, hasta los casos anteriores a Euclides[96], exigiendo inmisericordemente a los hijos que rindieran cuentas por sus padres cuando el recuerdo de éstos se había borrado ya, o actuando no como juez entre las dos partes, sino como abogado de una de ellas, y emitiendo sentencias no para beneficiar a otras personas, sino sólo sus propios intereses. Toda la población se dividía en dos grupos: por una parte, la gente de bien, que aspiraba a tener un comportamiento honesto sin participar en los asuntos del Estado y que merecía para el emperador la misma consideración que un piojo; por otra parte, los que estaban siempre dispuestos a cometer abusos y se aprovechaban de las desgracias ajenas, personas cuya innata maldad proporcionaba aún más combustible al incendio iniciado por el emperador. Y así todo estaba lleno de confusión y desorden y, lo que es más grave, a pesar de que la mayoría de los ciudadanos era despojada y privada de todo, las finanzas del emperador no sacaban partido alguno de estas exacciones, ya que estos ríos de dinero eran canalizados hacia otros lugares. El relato mostrará cómo ocurrió esto.

13. Este emperador se esforzaba en parecer piadoso y verdaderamente mostraba un gran interés por los asuntos divinos, pero la simulación llegaba a prevalecer en él por encima de la verdad y la apariencia se revelaba superior a la esencia. Por ello al principio tuvo un afán excesivo por indagar en las cuestiones divinas, buscando causas y razones que nadie podría hallar mediante el conocimiento científico, a no ser que se volviese hacia la Mente Suprema y de allí obtuviese una revelación directa de estos arcanos. Pero él, que no aplicaba bien la filosofía al examen de las cosas terrenales, ni discutía con filósofos acerca de estos asuntos, a no ser con los que habían usurpado este nombre sin haber pasado del vestíbulo de Aristóteles, pretendía examinar asuntos de gran profundidad y aprehensibles sólo por la Mente, tal como dijo alguno de nuestros sabios.

14. Ésta fue la primera forma de piedad que concibió. Pero luego, envidioso de aquel gran Salomón por la fundación del tan afamado templo y deseando

emular también al emperador Justiniano por la gran basílica que recibió el nombre de la divina e inefable Sabiduría[97], se dispuso a edificar y consagrar un templo a la Madre de Dios que pudiese rivalizar con aquéllos. En esta empresa el emperador cometió numerosos errores y lo que fue en él una intención piadosa se convirtió en origen de malas acciones y causa de muchas injusticias que entonces se produjeron. En efecto, los gastos destinados a ello no hacían sino crecer constantemente y cada día se recogía una contribución más para los trabajos. Quien quería poner límites a esta construcción, pasaba a engrosar las filas de los peores enemigos, mientras que quien concebía proyectos disparatados y estructuras complejas, enseguida pasaba a ser considerado entre los amigos más íntimos. Debido a ello no quedó monte que no fuese excavado y las técnicas mineras se valoraron incluso más que la propia filosofía; de las piedras, unas eran cortadas en bloques, otras pulidas en losas, otras talladas para relieves, y los artesanos que las trabajaban eran equiparados a los de la época de Fidias, Polignoto y Zeuxis[98]. Nunca se consideraba que todo lo que se había hecho era suficiente para el nuevo edificio y así todo el tesoro imperial se vació para esta obra y en ella acabó desembocando todo un flujo de oro. Cuando se habían agotado ya todas las fuentes, aún no se había terminado de construir la iglesia, ya que tan pronto una estructura se superponía a otra, como una y otra eran echadas abajo, de forma que el mismo trabajo fue destruido muchas veces para que de nuevo se erigiera una estructura, que o bien superaba en un poco la altura anterior, o bien resultaba más compleja y rebuscada. Del mismo modo que los ríos que dan al mar ven cómo la mayor parte de su caudal se desvía hacia canales en las tierras altas antes de su desembocadura, así la mayor parte del dinero que se recolectó para esta obra fue gastado antes de tiempo y se perdió [99].

15. A pesar de esta supuesta piedad en cuestiones divinas, el emperador desveló su perverso proceder desde el mismo altar, pues se sirvió para construir el templo de ingresos que tenían otro destino. Pues es sin duda bueno el amar la belleza externa de la casa del Señor, según dice el salmista, el lugar en el que acampa su Gloria[100], y también lo es el preferir ser humillado en ella antes que recibir honores en otros sitios. Sin duda, digo, esto es bueno, pues ¿quién de entre los que están llenos de celo por el Señor e inflamados por su fuego podría decir lo contrario? Pero ello siempre y cuando no haya nada que pervierta este piadoso propósito, no se cometan al mismo tiempo injusticias sin cuento, no se confundan los intereses comunes y no se desmembre el cuerpo del Estado. Pues Aquel que rechazó la ofrenda de la prostituta y aborreció la oblación del impío como si fuera un perro[101] de ningún modo podría aceptar edificios suntuosos y ricamente decorados cuando por su culpa sobrevinieron tantos males. Los muros de perfecta verticalidad, las columnatas en derredor, el suave oscilar de los cortinajes, las magníficas ofrendas y todos los demás lujos, ¿en qué podrían contribuir al divino propósito de la piedad? ¿No bastaría para ello una inteligencia capaz de comprehender la esencia divina, un alma teñida con la púrpura intelectiva, un sentido del equilibrio a la hora de actuar, una opinión discreta, o mejor dicho, una actitud libre de toda afectación, virtudes todas gracias a las cuales se construye en nuestro interior como otro templo grato al Señor que en él se siente acogido?

Aunque aquél sabía filosofar en los debates académicos con silogismos encadenados y de una sola premisa, era incapaz de mostrar con obras sus capacidades filosóficas. Si se admite en cambio que, aunque sean lícitos ciertos excesos en lo que se refiere al fasto exterior, es preciso ocuparse también de la gestión del Palacio, adornar la acrópolis, restaurar los edificios arruinados, llenar las arcas del imperio y asignar estos fondos al ejército, él por el contrario se despreocupaba de todas estas cosas y echaba a perder todo lo demás para que la belleza de su templo resaltase por encima de los demás. En fin, si es que de verdad hace falta decirlo: esta obra le tenía como enloquecido y no dejaba una y otra vez de querer verla, escudriñando hasta su último rincón. Por ello levantó en torno suyo edificios al modo de una corte imperial, erigiendo una sala del trono, adornándola de cetros y colgando tapices de púrpura. Allí permanecía la mayor parte del año, orgulloso y radiante de satisfacción por la belleza de los edificios construidos. Al querer honrar a la Madre de Dios con un nombre más hermoso que el de otras iglesias, no se dio cuenta de que le dio una denominación demasiado humana, aunque con el nombre de «Espectable» quería indicar en realidad que se la podía distinguir entre todas las iglesias [102].

16. A todas estas obras se añadieron posteriormente unas dependencias anexas y el templo se convirtió en morada de monjes, lo que fue a su vez el origen de otros abusos que superaron con mucho los precedentes. El emperador no había sacado tanto provecho a sus conocimientos de aritmética o geometría como para poder restar dimensiones o cantidades al igual que los geómetras reducen a formas básicas la complejidad de la naturaleza, sino que del mismo modo que quiso que la construcción no tuviese límites en cuanto a sus dimensiones, tampoco limitó el número de monjes. A partir de ahí es fácil realizar inferencias, pues si a las grandes dimensiones de la iglesia le correspondía un gran número de monjes, al gran número, tasas generalizadas para sustentarlos. Se exploraba pues otro continente y se sondeaba el mar más allá de las columnas de Hércules para que aquél aportara al refectorio frutos en su sazón, y éste peces gigantes del tamaño de ballenas. Y puesto que creía que Anaxágoras mentía cuando definió los mundos como infinitos[103], delimitó un territorio nuevo que comprendía la mayor parte del continente y lo consagró al templo. De esta forma, ampliando unas dimensiones con otras y añadiendo unas cantidades sobre otras, superó los primeros excesos con los posteriores y no puso a todo esto ningún límite o medida. No habría dejado nunca de sumar gasto tras gasto, ni ambición tras ambición, si no hubiera puesto término a sus proyectos la propia medida de su vida.

17. Corre la historia de que su vida se interrumpió por cierta causa que quiero exponer y de la que avanzaré algo ahora. Este emperador era incapaz de adaptarse, además de a otras cosas, a la vida en común con una mujer, pues ya quisiese practicar la continencia desde el principio, ya se entregase a otros amores, tal como decían los más, el caso es que mostraba un total desprecio por la emperatriz Zoe, rechazaba todo contacto carnal con ella e incluso rehuía totalmente su compañía. Por su parte el odio de ella se veía alimentado, además de por el hecho de que el linaje imperial se viera hasta tal punto despreciado en su

persona, sobre todo por el deseo carnal que sentía, que si no le venía dado por la edad, tal vez sí por la vida muelle de la corte.

ACERCA DE LA PRESENTACIÓN DE MIGUEL ANTE EL EMPERADOR POR PARTE DE SU HERMANO

18. Este ha sido el proemio de mi discurso, cuyo argumento se desarrolla ahora tal como sigue. Atendían a este emperador, desde antes de que subiera al poder, diversas personas, entre las que había un eunuco de condición humilde y baja extracción, pero con una inteligencia extraordinariamente despierta[104]. El emperador Basilio confiaba plenamente en sus servicios y compartía con él sus secretos, de forma que aunque no lo ascendió a cargos eminentes, lo trataba con total familiaridad. Pero este hombre tenía un hermano, que aunque era todavía un adolescente antes de que Romano subiera al poder, después de su ascenso se dejó crecer ya la barba y alcanzó la edad madura. Aunque todo su cuerpo guardaba unas hermosas proporciones, era la belleza de su rostro la que rayaba la perfección, pues tenía una fragancia especial, una mirada brillante y unas mejillas de un bermejo intenso. Su hermano lo condujo a presencia del emperador, que presidía sentado junto a la emperatriz, para que lo conociese, pues ésa había sido su voluntad. Cuando los dos hermanos entraron en la estancia, mientras que el emperador, nada más verlo y hacerle unas pocas preguntas, ordenó que se le acompañara fuera y que permaneciera en adelante en el interior de la corte imperial, la emperatriz, como si los ojos se le encendieran de una llama que era tan intensa como la belleza que aquél irradiaba, sintió enseguida que en ella prendió un amor que concibió al modo de una mística unión. Pero este suceso pasó inadvertido a la mayoría por el momento.

[ACERCA DE LOS AMORES DE ZOE Y EL CÉSAR MIGUEL]

19. Como ella era incapaz de gobernar su deseo o de analizarlo racionalmente, después de haber evitado en muchas ocasiones al eunuco, empezó a tratarlo entonces con frecuencia. Así, después de empezar a hablar sobre otro punto, hacía finalmente recaer la conversación sobre el hermano como si se tratase de una espontánea digresión en su discurso, y le instaba a que hiciera que aquél cogiera confianza y la frecuentara siempre que quisiera. El hermano, sin sospechar por el momento nada oculto en todo aquello, consideró estas indicaciones como muestra de su benevolencia y así, tal como se le había ordenado, se presentaba ante ella, amedrentado y con ánimo sumiso. Entonces el pudor iluminaba aún más su rostro, que se mostraba como bañado en púrpura, con un color vivo y resplandeciente. Ella, por su parte, le animaba a perder todo miedo, le sonreía con ternura y distendía el arco de sus cejas, como queriendo revelarle su amor mediante signos y espolear su audacia. Y dado que las oportunidades que dio a su amado para que exteriorizara su amor eran tan claras, él mismo se dispuso a corresponder a su amor. Al principio procedió de forma algo tímida, pero posteriormente la abordaba de manera desvergonzada, tal como suelen actuar los amantes, pues la abrazaba de repente y la besaba, acariciándole

el cuello y la mano, ya que su hermano le había instruido en esas técnicas. Ella entonces se entregaba a él todavía más y quería emular la pasión de sus besos. Pero mientras que ella estaba verdaderamente enamorada, él no sentía ninguna atracción especial por una mujer tan ajada, sino que sólo pensaba en el esplendor del imperio y por él era capaz de atreverse a hacer cualquier cosa y soportarlo todo. Al principio las gentes de Palacio sólo tenían sospechas y no pasaban de las conjeturas, pero posteriormente, cuando el amor de ambos alcanzó su paroxismo y se mostró sin tapujos, todos supieron lo que ocurría y no hubo nadie que no se enterase, pues sus primeros besos habían desembocado ya en unión carnal y muchos les habían sorprendido mientras dormían en el mismo lecho. Éste entonces se sentía avergonzado, enrojecía y se atemorizaba pensando en las consecuencias de aquel acto, pero ella no se echaba atrás, sino que estrechándole le besaba a la vista de todos y se jactaba de poder disfrutar a menudo de los servicios del joven.

20. Que lo engalanase como si fuese un ídolo, lo cubriese de oro y le hiciese lucir anillos y tejidos dorados no lo considero en absoluto extraordinario, pues ¿qué no daría a su amado una emperatriz enamorada? A veces incluso, sin que lo advirtiera la corte, lo hacía sentar en su lugar sobre el trono imperial y le ponía el cetro en sus manos. En una ocasión, considerando que se merecía la diadema, se la ciñó y entonces, echándose en sus brazos, lo llamaba ídolo mío, alegría de mis ojos, flor de belleza y refrigerio de mi alma. Esta escena se repitió muchas veces, de forma que no pasó desapercibida a uno de los que acechaban todos los movimientos de la corte. Era éste un eunuco al que se le había confiado un puesto de la máxima responsabilidad en la corte del emperador. Se trataba de una persona muy respetada tanto por su porte como por su rango y que había pasado al servicio de la emperatriz desde el de su padre. A esta persona, al ver aquel nuevo espectáculo, poco le faltó para exhalar el último suspiro, hasta tal punto le conmocionó la escena. La emperatriz lo hizo volver en sí, pues se había desvanecido y lo calmó, ya que estaba muy alterado, ordenándole que se pusiera a disposición del joven, el cual, si ya era ahora emperador, en el futuro lo sería de forma aún más evidente.

21. Lo que ya no constituía un secreto para nadie, no llegaba sin embargo a conocimiento del emperador, tan espesa era la niebla que velaba su vista. Y cuando posteriormente la impresión del resplandor deslumbró sus pupilas y la bronca sacudida del trueno atronó sus oídos, a pesar de que había visto con sus propios ojos algunas cosas y otras las había oído, quiso entonces entornar los ojos y taponarse los oídos. Es más, incluso muchas veces cuando estaba en su dormitorio con la emperatriz, que se envolvía con un vestido de púrpura antes de acostarse en el lecho, hacía llamar sólo a éste y le ordenaba que le masajease y friccionase los pies, pues lo tenía por un ayudante de cámara, y de esta forma, con objeto de que hiciese su trabajo, le confiaba también expresamente a su propia mujer. Cuando su hermana Pulqueria y algunos de los cubicularios le revelaron la conjura que se gestaba para asesinarlo, le abrieron los ojos y le instaron a que se pusiese en guardia, él, que podría fácilmente haber hecho desaparecer al amante oculto y poner fin a toda aquella trama alegando un

pretexto cualquiera para llevar a cabo sus propósitos, no sólo no hizo esto, ni puso en marcha ningún plan para hacer frente al problema, sino que convocó un día al joven para interrogarle, no sé si como amante o como amado, sobre su supuesto amor. Y puesto que aquél fingió no saber nada, el emperador le exigió entonces como garantía de lo que decía que jurase por las sagradas reliquias. Una vez que él prestó todos los juramentos exigidos, el emperador consideró meras calumnias las acusaciones de los demás y sólo a él le hizo caso, considerándolo un fidelísimo servidor.

22. Pero otra circunstancia se unía a ésta para mantener al emperador lejos de toda sospecha contra el joven. Éste estaba en efecto afectado por una terrible enfermedad desde su adolescencia. El mal, que le sobrevenía cíclicamente, sin ningún síntoma premonitorio, le alteraba por completo las funciones cerebrales y así, de repente, le empezaban las convulsiones, los ojos le giraban sobre sus órbitas y caía fulminado en tierra, donde se golpeaba la cabeza contra el suelo y padecía espasmos durante mucho tiempo. Luego volvía a la consciencia y poco a poco recuperaba su mirada habitual. El emperador, al ver al joven dominado por esta enfermedad, sentía lástima por su padecimiento y del mismo modo que desconocía sus amores y encantos, tenía por auténtica su locura. Pero a la mayoría esta enfermedad les parecía fingida y un velo que ocultaba la conspiración. No obstante, esta sospecha sólo habría podido ser cierta si no hubiera padecido estas mismas alteraciones una vez convertido en emperador. Aunque de ello deberá tratarse más adelante en el libro que versa sobre él, hay que decir que su mal favoreció sus propósitos y la enfermedad, que no era fingida, sirvió de velo a su intriga.

23. No era por lo tanto una empresa difícil convencer al emperador de que los dos amantes no se amaban, pues tan fácilmente él mismo se había persuadido de ello. Según me contó alguien que por aquel entonces frecuentaba la corte imperial —un hombre que estaba al tanto de toda la aventura amorosa de la emperatriz y que me proporcionó la materia de esta historia—, el emperador por una parte quería como convencerse de que la emperatriz no tenía una relación amorosa con Miguel, pero por otra parte sabía que era una mujer enamoradiza y de ardientes pasiones y por ello, para que no llevase una vida de promiscuidad entregada a muchos amantes, no mostró excesivo disgusto por el trato que tenía su mujer con uno solo, sino que simuló no enterarse, para que así la pasión de la emperatriz se viera satisfecha. No obstante, se me contó de hecho una versión diferente. El emperador aceptaba sin problemas la idea, por no decir la percepción, de esta relación amorosa, pero no así su hermana Pulquería y cuantos entonces compartían con ella sus secretos, que estaban furiosos por esta situación. En consecuencia, empezó un combate contra los amantes, pero aunque esta falange contaba con apoyos muy significados, la victoria prevista se quedó en simple hipótesis, pues la hermana murió poco tiempo después y, de entre las personas de su círculo, uno no tardó en padecer idéntico destino, otro fue expulsado de Palacio por voluntad del emperador, y de los demás, unos aceptaron lo que sucedía y otros se pusieron la mordaza en la boca, de forma que aquel amor no se consumió entre sombras, sino que había recibido como una sanción

legal.

ACERCA DE LA ENFERMEDAD DEL EMPERADOR

24. ¿Qué sucede luego? También el emperador es presa entonces de una enfermedad extraña e intratable, pues todo su cuerpo de repente se habla corrompido y ulcerado. A partir de ese momento no probaba ya los alimentos con apetito y el sueño le abandonaba enseguida sin posarse apenas en el borde de sus párpados. A pesar de que antes no se le conocía un carácter difícil, ahora se junta en su persona todo a la vez: la aspereza en el trato, un comportamiento desabrido, ataques de cólera, ira o simple tendencia a gritar. Así pues, él, que era una persona accesible desde su más temprana edad, se hizo entonces intratable a la vez que inaccesible. Le abandonó la risa, así como el encanto de su personalidad y la dulzura de trato. Ya no depositaba absolutamente en nadie su confianza, ni él mismo parecía inspirarla a los demás, sino que del mismo modo que las sospechas de él recaían sobre éstos, las de éstos recaían sobre él y ambos vivían en mutuo recelo. Su falta de generosidad se vio entonces incrementada, pues sus distribuciones de dinero eran verdaderamente mezquinas, se irritaba ante cualquier súplica y toda petición de clemencia sólo conseguía enfurecerlo. Pero a pesar del lamentable estado de su salud, no abandonó nunca los usos de la corte, ni despreció las procesiones imperiales, sino que tomaba parte en aquellos rutilantes espectáculos con trajes recamados en oro y vestía todas las demás galas. Después de hacer recaer esta carga sobre su cuerpo enfermo, regresaba a Palacio con dificultad y su estado se agravaba aún más.

25. Yo, que todavía no había cumplido los dieciséis años, le vi muchas veces en este estado durante las procesiones. Apenas se diferenciaba de un cadáver, pues todo su rostro estaba hinchado y su color no era mejor que el de un muerto de tres días dispuesto para la sepultura. Su respiración se aceleraba, se detenía después de avanzar apenas unos pasos. Se le había caído la mayor parte del pelo de la cabeza, como al cuerpo de un muerto, y sólo tenía en tornp a la frente algunos pocos pelos, cortos y en desorden, agitados, según creo, por su fatigosa respiración. Mientras para los demás estaba ya desahuciado, él no había perdido del todo la esperanza, sino que se sometía a prácticas médicas, como prometiéndose encontrar en ellas su curación.

ACERCA DE LA MUERTE DEL EMPERADOR

26. Si aquella pareja de enamorados o sus cómplices cometieron o no algún acto inicuo contra el emperador, yo al menos no podría decirlo, pues no me gusta levantar acusaciones a la ligera por hechos de los que yo no tengo todavía hoy completa certeza. Pero entre otras personas está comúnmente extendida la opinión de que aquellos que primero habían hechizado al emperador con sus drogas, posteriormente mezclaron eléboro entre ellas. No obstante, mis dudas no son ahora sobre este aspecto, sino sobre si aquéllos fueron los responsables de su muerte. Así estaban las cosas cuando el emperador llevaba a cabo los

preparativos de la Resurrección, que a todos nosotros nos está destinada, al tiempo que se disponía a salir al día siguiente en la gran procesión pública. Así pues, el día antes sale para bañarse en los Baños que están en torno al Palacio. No lo llevaban de la mano todavía, ni su aspecto mostraba la inminencia de la muerte, pues subió muy dignamente para ungirse, lavarse y quitarse las impurezas de la piel. Entra pues en el Baño y después de dejarse lavar la cabeza, le irrigan el cuerpo. Puesto que respiraba bien, se sumerge él solo en la piscina, que era más profunda en el centro. Al principio flotaba placenteramente en la superficie y nadaba con ligereza, respirando con placidez y refrescándose. Luego algunos de sus ayudantes entraron en el agua para sostenerlo y hacerle descansar. Esto es al menos lo que pareció. Pero no puedo decir con certeza si después de entrar cometieron algún acto criminal contra el emperador. Pues aquellos que relacionan con éste los otros hechos anteriores, dicen que cuando el emperador metió su cabeza bajo el agua, tal como acostumbraba a hacer, aquéllos, cogiéndole firmemente por el cuello, lo mantuvieron bajo el agua durante mucho tiempo. Luego lo dejaron y salieron. El aire que había en su interior hizo subir su cuerpo casi exánime a la superficie de las aguas, como si fuera un corcho que flotase sin rumbo. Cuando, al recuperar brevemente el aliento, comprendió la situación critica en la que se hallaba, extendió la mano para que alguien lo cogiese y lo sacase. Uno al menos se compadeció de él ante su situación y tendiéndole las manos, lo agarró por los brazos y lo izó. Transportándolo entonces como mejor pudo, lo dejó en el lecho en muy mal estado. Se produjo entonces un enorme griterío ante esta noticia y acudieron otros, incluso la emperatriz, en persona y sin escolta, como transida de dolor. Pero nada más verlo, se fue de nuevo, convencida por lo que había visto de lo inevitable de su muerte. Él por su parte emitía gemidos roncos y profundos y miraba a todos los lados, y puesto que era incapaz de hablar, indicaba con gestos y movimientos de cabeza lo que quería expresar. Pero como ya no le entendía nadie, cerró los ojos y volvió a jadear cada vez más intensamente. Luego vomitó de repente, echando por la boca una sustancia espesa y de aspecto negruzco. Después de esto siguieron dos o tres estertores más y abandonó esta vida[105].

LIBRO IV.

MIGUEL IV PAFLAGONIO

[1034-1041]

[ACERCA DE LA PROCLAMACIÓN DE MIGUEL Y LAS EXEQUIAS DE ROMANO]

IV.1. De esta forma moría Romano, después de haber gobernado el imperio durante cinco años y medio. La emperatriz Zoe, cuando se enteró de que había expirado, ya que no estaba presente cuando agonizaba, se puso enseguida al frente del gobierno del Estado, pues los designios divinos la convertían en su heredera. En realidad se preocupó más bien poco tiempo de estar al frente, pues en seguida dirigió todas sus preocupaciones a entregar el mando a Miguel, sobre el que se trató en el libro anterior. Las gentes de Palacio que eran titulares de cargos hereditarios, la mayor parte viejos sirvientes de su familia, pero también aquellas personas que habían tratado a su marido y estaban vinculadas a la familia de éste por su padre, le disuadían de tomar precipitadamente cualquier decisión en asuntos tan importantes y le aconsejaban que tuviera en cuenta lo que más podría convenirle y, una vez deliberado sobre ello, que condujese al trono a una persona que, de entre todas las posibles, destacase por encima de las demás y se comprometiese a tratarla, no como a su mujer, sino como a su señora y soberana.

2. Así pues, éstos la presionaban por todos los medios posibles, creyendo que iban a poder convencerla fácilmente y llevarla a aceptar lo que ellos pensaban. Pero todos los votos que ella hacía y todos los pensamientos que tenía la inclinaban hacia Miguel, pues no juzgaba a este hombre con la razón, sino con la pasión. Por otra parte, como era preciso fijar un día en el que éste debía ser coronado y recibir las demás insignias del poder, el hermano mayor de Miguel, el eunuco Juan, tan astuto a la hora de concebir proyectos como eficaz a la de realizarlos, después de encontrarse con ella en secreto y decirle que «estamos perdidos si continúa dilatándose el vacío de poder», hace que secunde por completo sus propósitos. Ella hace llamar al instante a Miguel y, después de vestirlo con el traje bordado en oro, ciñe su cabeza con la corona imperial y lo hace sentar en un trono suntuoso. Luego ella se sienta a su lado con idéntico fasto y ordena a todos cuantos por aquel entonces residían en Palacio que se prosternen ante ellos dos y los aclamen al unísono como sus emperadores. Así hicieron éstos. El suceso se difundió también fuera de Palacio y toda la Ciudad

quiso participar en la aclamación del nombre que estaba en boca de todos, pues aunque la mayoría fingía su alegría y sólo adulaban al nuevo emperador, por otra parte, entre aliviados y desahogados, recibían a Miguel con verdaderas muestras de alegría y placer, como si se hubieran quitado de encima un peso con la muerte de Romano.

3. Una vez que el entorno del emperador escenificó aquella vespertina proclamación, no tardó en llegar un doble mandato al Prefecto de la Ciudad: que se presentara nada más amanecer en Palacio junto con la asamblea del Senado, tanto para prosternarse ante el nuevo emperador como para formar el habitual cortejo fúnebre del ya fallecido. Éstos comparecieron de acuerdo con la orden recibida. Uno a uno entraron en la sala del trono y agacharon la cabeza hasta el suelo ante la pareja imperial que ahí estaba sentada. Mostraron su devoción a la emperatriz sólo con este gesto, mientras que al emperador también le besaron la mano derecha. Después de esto, Miguel, ya proclamado emperador y soberano, empezó a reflexionar sobre lo que convenía al Estado. Después de depositar sobre un suntuoso catafalco el cadáver del fallecido Romano, se dispuso su cortejo fúnebre y todos se presentaron para rendir los últimos honores al difunto soberano. Entre los que desfilaban a la cabeza del lecho mortuorio estaba también el eunuco Juan, hermano del nuevo emperador, acerca del que se hablará en el correspondiente pasaje de la presente historia.

4. Yo mismo presencié aquel fúnebre cortejo para despedir al emperador cuando todavía no me apuntaba la barba y acababa de entregarme al estudio de los textos poéticos. Observando atentamente sus restos, no los habría podido identificar con certeza, ni por su aspecto, ni por sus rasgos, si no hubiera deducido por sus insignias que el fallecido era el emperador. Su rostro estaba desfigurado, pero no porque se hubiera descompuesto, sino por estar hinchado. El color de su piel había cambiado por completo, pero no como es propio de un cadáver, sino que recordaba a los que se hallan tan pálidos y tumefactos por la ingestión de fármacos que no parece que corra sangre por sus venas. Y en cuanto al pelo, tanto el de la cabeza como el de la barba, era tan escaso que aquellas partes desoladas de su anatomía semejaban un campo arrasado por el fuego en el que desde lejos se aprecian algunas espigas sueltas. Si alguno realmente lo lloró, fue este espectáculo el que hizo correr sus lágrimas, pues toda aquella muchedumbre, los unos porque les había hecho mucho daño y los otros porque no habían recibido ningún favor suyo, veía pasar el cortejo, o al verlo, se unía a él, sin dirigirle una sola palabra para aclamarlo.

5. El que así había vivido, tales exequias recibió, y de todos los esfuerzos y gastos destinados a su monasterio, el único beneficio que sacó fue el que se depositara su cadáver en un estrecho rincón del templo.

[ACERCA DEL CARÁCTER DE MIGUEL]

6. Miguel por el momento representó un papel solícito y atento con la

emperatriz, pero luego, apenas transcurrido un poco de tiempo, cambió por completo y a los favores y beneficios que ella le hizo, le correspondió con un trato infamante. No estoy en condiciones ni de alabar, ni de censurar este proceder, pues si por una parte no considero que sea una buena acción odiar a la mujer que te llenó de favores y comportarse con ella de forma ingrata, por otra no puedo dejar de aprobar que sintiera miedo de que ella le reservase el mismo tratamiento que a su primer marido.

7. Pero sobre todo es la forma de ser de Miguel lo que más dudas me crea cuando reflexiono sobre el particular. Pues si se le exime únicamente del crimen perpetrado contra Romano, de la acusación de adulterio y de las cosas de las que tal vez se hizo acreedor a fin de evitar las sospechas, habrá de ser considerado entre los emperadores más sobresalientes que ha habido. En efecto, aunque carecía por completo de cultura griega, su carácter era más equilibrado que el de los filósofos que se dedican al estudio de ésta. Sabía dominar también los ardores carnales y los ímpetus de su juventud, de forma que no eran las pasiones las que guiaban su razón, sino ésta la que dominaba a aquéllas. No sólo tenía una mirada vehemente, sino también el carácter, siempre dispuesto a sostener inteligentes discusiones. Su lengua estaba muy bien dotada para ello, ya que no construía discursos planos, sino que se expresaba con fluidez y sonoros ecos.

8. Se veía siempre en apuros cuando tenía que remitirse a leyes o cánones, bien fuese al emitir pronunciamientos, bien al hacer alegaciones, y entonces su elocuencia no le era de gran utilidad. Pero si la causa debía solventarse mediante argumentos, la abordaba enseguida desde muchos ángulos, encadenando unas deducciones con otras, de forma que su talento natural estaba por encima del entrenamiento retórico. Pero todavía no hablemos sobre estas cosas. De nuevo nuestro relato debe volver al principio para proceder con orden y mostrar así cómo el emperador se preocupó enseguida de administrar correctamente el Estado.

9. Las premisas de su ascenso al poder imperial no parecían buenas, tal como reveló nuestra exposición anterior. Cuando se hizo con el control del poder, durante un tiempo, aunque no mucho, se tomó como un juego, por así decirlo, su rango imperial, y atribuía su suerte a las circunstancias y a un inesperado desenlace de los acontecimientos, a la vez que prodigaba las muestras de afecto hacia su mujer, para la que concebía sólo placeres y diversiones. Luego en cambio, cuando se dio cuenta del enorme poder que tenía y comprendió la naturaleza polifacética de sus responsabilidades, así como el gran número de problemas que plantean al que es un verdadero emperador las preocupaciones del gobierno, entonces cambió de improviso de manera radical y, como si hubiera dejado de ser un adolescente y se hubiera hecho hombre, hizo frente a sus deberes de soberano con virilidad y nobleza a la vez.

10. Y esto es lo que más que nada me admira del emperador, que a pesar de que llegó a la cumbre de la fortuna partiendo de tan humilde condición, ni se ofuscó su entendimiento, ni pensó que no estaba a la altura del poder, ni tampoco

introdujo cambio alguno en las instituciones, sino que, como si hubiera sido preparado desde siempre para esta tarea, abordó los problemas con serenidad y desde el mismo día en que empezó a reinar se mostró como si hubiera gobernado el Estado todos los días anteriores. No introdujo ningún cambio en las prácticas habituales, ni derogó ley alguna, ni promulgó leyes contrarias a las existentes. Es más, ni siquiera realizó una sola sustitución en los puestos del senado de acuerdo con la costumbre de introducir cambios que marca el principio de cada reinado. Pues a pesar de que antes de acceder al poder había algunas personas que merecían su confianza o a las que él debía ciertos favores, aunque ya siendo emperador no faltó a las obligaciones que tenía con ninguno de ellos, sin embargo no los promovió enseguida a puestos de la más alta responsabilidad, sino que después de entrenarlos durante largo tiempo en los más modestos e inferiores, los fue ascendiendo lentamente hasta los más importantes. Debo declarar por lo tanto acerca de este hombre que, de no haber estado ligado por un destino fatal a esa banda de hermanos —ya que no podía hacer desaparecer entera a toda su familia, ni enderezar los desvarios de su comportamiento—, no habría podido medirse con él ninguno de los más famosos emperadores.

[ACERCA DE JUAN ORFANOTROFO Y LOS OTROS HERMANOS DEL EMPERADOR]

11. Pero así como no he visto que ninguno de los emperadores de mi tiempo —y tengo que decir que he contado a muchos a lo largo de mi vida, ya que la mayoría de ellos cambiaba con el año—, así como ninguno de éstos, como digo, gobernó el imperio libremente, sino que fueron malos gobernantes, unos por propia voluntad, otros por las amistades que tenían, otros por cualquiera de las circunstancias que suelen concurrir en estos casos, del mismo modo, aquél, aunque por sí mismo era bueno, resultó muy perjudicial debido a sus hermanos. Parecía que la naturaleza que los había engendrado a todos, mientras había sido generosa al repartir bondades con Miguel, había producido el efecto contrario en el resto de la familia. En efecto, cada uno de ellos pretendía ser el único de entre todos en tener derechos y no dejaba que existiera ningún otro hombre ni en tierra ni en mar, como si sólo ellos fuesen los únicos seres vivos en el mundo, y los cielos les hubieran repartido la tierra y el mar. Su hermano intentó refrenarlos en muchas ocasiones, y no sólo con consejos, sino con severas censuras y terribles represalias, esperando infundirles así un miedo atroz con sus amenazas, pero no consiguió gran cosa, pues el mayor de los hermanos, Juan, resolvía los problemas según la ocasión, bien aplacando la cólera de uno, bien reclamando para los otros libertad de acción. No obraba de esta forma porque secundara los propósitos de éstos, sino por la responsabilidad que tenía de velar por su familia.

12. Sobre este hombre quiero que mi relato se extienda algo más. No diré nada falso y sin fundamento, ya que conozco a este hombre desde que todavía no me apuntaba la barba, le escuché hablar, estuve presente cuando tomaba sus decisiones y me hice una exacta imagen de su persona, de forma que conozco algunas cosas que redundan en su alabanza y sé de otras no tan nobles. Por el

momento digamos que en él se mezclaban las siguientes virtudes: era de una viva inteligencia y más perspicaz que nadie que haya visto, algo que ya delataba simplemente su penetrante mirada; se hizo cargo con diligencia de los asuntos del Estado y no dejó nunca de demostrar su celo en este punto, de modo que adquirió cierta experiencia en todos los campos y sobre todo demostró su eficiencia y sagacidad en la política fiscal; y, como no quería causar daño a ninguna persona, pero tampoco que lo despreciara cualquiera, aunque no hizo mal a nadie, adoptó en público una pose severa con la que asustaba a muchos sin que la ofensa pasara de la mirada, pues la mayoría, aterrorizados por su aspecto, se abstenían de cometer malas acciones. Así que no sólo era el hermano del emperador, sino un auténtico baluarte suyo, ya que ni de día ni de noche dejaba de lado sus responsabilidades, sino que incluso, cuando en ocasiones se entregaba a los placeres, o participaba en banquetes, ceremonias y procesiones, no descuidaba las obligaciones que le correspondían. Ninguna cosa le pasaba inadvertida y no había ni una sola persona que quisiera ocultarle algo, pues todo el mundo vivía atemorizado y tenía miedo de su vigilancia, ya que a cualquier hora intempestiva de la noche salía de repente a caballo para inspeccionar todos los rincones de la Ciudad, recorriendo a la manera de un rayo todos los barrios habitados a la vez. Como todos esperaban su imprevista visita en cualquier momento, no se atrevían a salir y permanecían retirados, cada cual en la casa en que vivía, porque los intercambios de visitas habían sido suprimidos.

13. Esto es lo que se podría alabar de él y, lo que sigue, lo que merecería censura. Era de natural versátil y siempre se adaptaba a las opiniones de sus interlocutores, cualesquiera que éstas fuesen. En una misma ocasión sabía mostrar las más diversas opiniones y así, mientras criticaba de lejos a cada uno de los que se presentaban ante él, cuando luego éstos se colocaban a su lado, los acogía con grandes muestras de benevolencia, como si los viera entonces por vez primera. Y siempre que alguien le hacía una importante revelación que podía incluso salvar al imperio, fingía conocerla desde hacía mucho tiempo para no tener que devolver favores y censuraba además al informador por su tardanza. De esta forma, mientras éste se retiraba avergonzado, él hacía frente a la contingencia cortando de raíz con castigos el mal que tal vez se estaba ya gestando. Quería llevar una vida regalada y principesca y hacer frente a los problemas como si fuera un emperador, pero se lo impedía el propio carácter, pues su naturaleza, para decirlo de algún modo, no conseguía ocultar su avidez congénita. Por ello, una vez que se entregaba a la bebida —pues éste era su flanco débil—, no tardaba en proferir toda suerte de indecencias, aunque ni siquiera entonces descuidaba sus responsabilidades de gobierno y, pese a todo, no distendía en ningún momento su ceño fiero y amenazante.

14. Yo muchas veces, cuando me lo encontraba en los banquetes, me admiraba de que un hombre así, dominado por la bebida y la euforia, pudiera soportar el eje del poder de Roma. Cuando estaba borracho, escudriñaba hasta el más mínimo gesto de cada uno de los convidados y, como si los hubiera sorprendido en flagrante delito, les exigía luego responsabilidades y les juzgaba por lo que habían dicho o hecho mientras bebían, de forma que le tenían más

miedo borracho que sobrio. Era una extraña mezcla aquel hombre. Antaño había vestido el hábito monástico, pero aunque ni en sueños se había cuidado de la decencia a él debida, fingía no obstante cumplir con todos los deberes propios de su estado prescritos por la ley divina y despreciaba por completo a los que llevaban una vida de disipación. Pero si por el contrario alguien abrazaba una vida recatada o vivía libremente de acuerdo con la virtud, o incluso cultivaba su espíritu con el estudio de la sabiduría profana, él se oponía a todos ellos por igual y no dejaba de hacer algo a cada uno para echar por tierra su empeño. Si ante los demás su comportamiento era así de extravagante, ante su hermano el emperador mantenía en cambio la misma actitud siempre, sin cambiarla ni alterarla, sino conservando ante él el equilibrio de carácter.

15. De los cinco hermanos que eran en total[106], el emperador Miguel representaba por su carácter como la antítesis de los demás. Por su parte, el eunuco Juan, acerca del que acabo de hablar, ocupaba el segundo puesto en virtud después del emperador, aunque ni siquiera él podía compararse con los otros hermanos. De forma que, y para corregir lo que acabo de decir, comparado con sus tres hermanos Juan resultaba ser la antítesis del emperador por su manera de ser, pero si era con aquél con el que se le comparaba, entonces aunque quedaba muy por debajo de él, no dejaba pese a todo de presentar ciertas semejanzas, y es que ni siquiera a él le gustaba la maldad de sus hermanos, a pesar de que los quería más que a nadie y era incapaz de exigirles responsabilidades por lo que habían hecho. Es más, ocultaba todas sus acciones ilícitas y les dejaba cada vez más libertad de iniciativa con tal de que sus actos no fueran descubiertos por el emperador.

[ACERCA DE CÓMO EL EMPERADOR SE DISTANCIÓ DE ZOE]

16. Pero dejemos en este punto lo que se refiere a los hermanos y que el relato se centre de nuevo en el emperador. Éste, aunque había mantenido hasta cierto punto una actitud muy favorable con la emperatriz, cambió de repente. Como tenía en efecto sospechas de ella, sospechas a las que daba pie su propia experiencia, le privó de toda la libertad de la que hacía ella gala hasta entonces. Le prohibió entonces las salidas habituales y la encerró en el gineceo sin permitir que nadie se presentase ante ella a no ser que lo autorizase aquel al que se confiaba su custodia, y eso después de verificar quién era, de dónde venía y para qué visitaba a la emperatriz. Mientras el emperador le imponía pues una custodia semejante, ella se exasperaba por todo esto, como es natural, pues había recibido un pago tan hostil como recompensa a sus muestras de favor. No obstante, se contenía y no consideraba adecuado oponerse a nada de lo que se había decidido, sobre todo porque aunque quisiera hacer algo, carecía de medios para reaccionar, privada como estaba de la guardia personal de la emperatriz y desprovista de toda autoridad. Así pues, ella evitaba actos irreflexivos tan típicos de la naturaleza femenina, como el dar rienda suelta a la lengua y perder el control de uno mismo. Por ello, ni recordaba al emperador la amistad y confianza que les unía antaño, ni se incomodaba con los hermanos porque la agobiaran y cubrieran

de oprobios, ni miró nunca o despidió con acritud al que tenía la orden de vigilarla, sino que se mostraba afable con todos y, tal como suelen hacer los más hábiles oradores, se adecuaba a las circunstancias y a las personas.

17. De esta forma actuaba la emperatriz, pero ellos no cambiaron ni un ápice su conducta con respecto a ella, sino que sentían un gran temor hacia esta mujer, como si se tratase de una leona que ha depuesto su ferocidad sólo por el momento, y así se defendían utilizando toda clase de muros y barreras. Pero mientras éstos la vigilaban con todos sus ojos, el soberano poco a poco dejó incluso de verla. Conozco varias explicaciones para esta actitud. En primer lugar, ya no podía tener relaciones con ella, pues la enfermedad que estaba latente en su interior había acabado por estallar, de forma que su constitución estaba muy afectada y su organismo se hallaba en malas condiciones. Además, la vergüenza le nublaba la vista y no era capaz de sostenerle la mirada, consciente de que había renegado de su amistad, roto la palabra dada y violado sus acuerdos. En tercer lugar, después de hablar con algunos santos varones de las cosas que había hecho para obtener el poder, éstos le dieron algunos preceptos para que se salvase su alma y él se abstuvo entonces de todo acto impuro, inclusive del ayuntamiento legítimo con su mujer. Había aún otra razón por la que temía acercarse a la emperatriz: las convulsiones de su cerebro se producían, no ya como antes a largos intervalos, sino que le sobrevenían perturbaciones cada vez más frecuentes, bien fuese porque algún factor externo le alterase, bien porque la enfermedad de su interior sufriese alguna mutación. Y así como no sentía vergüenza ante los demás cuando se producían estas convulsiones, se abochornaba en presencia de la emperatriz. Y puesto que la enfermedad le asaltaba de forma imprevista, se mantenía siempre a resguardo de aquélla para no avergonzarse si ella lo veía.

[ACERCA DE LA ENFERMEDAD DEL EMPERADOR Y LA ADMINISTRACIÓN DEL ESTADO]

18. Por este motivo dejó de hacer salidas frecuentes y ni siquiera tenía valor para encontrarse con la gente. Pero cuando quería celebrar audiencias o cumplir con cualquier otra de las obligaciones habituales del poder, entonces las personas que estaban encargadas de observarle y protegerle tendían unos velos de púrpura a ambos lados del trono y cuando veían que al emperador, o bien se le desviaba un poco la vista, o la cabeza se le inclinaba hacia delante, o que aparecía cualquier otro síntoma que indicara que iba a dar comienzo el acceso, entonces ordenaban a los presentes que salieran enseguida, al tiempo que corrían las cortinas y lo trataban en su propia habitación. Si el acceso le sobrevenía rápido, más rápido aún volvía a restablecerse y no había ningún síntoma de la enfermedad que le dominase después, sino que recuperaba libremente la plena consciencia. Cuando marchaba a pie o a caballo, le escoltaba una guardia todo en derredor suyo, de forma que cuando le sobrevenía la convulsión, lo mantenían a resguardo formando en círculo y así lo atendían. Muchas veces se le vio caer del caballo. Cuando en una ocasión cruzaba a caballo un torrente de agua, le

sobrevino en ese momento la enfermedad y como los escoltas, confiados, se habían alejado un poco por un instante, él se cayó de repente de la silla y la multitud le vio allí, sobre tierra, presa de espasmos. Ninguno se atrevió a alzarlo, antes bien todos se lamentaban y compadecían al emperador por su desgracia.

19. De los sucesos que vienen a continuación, nuestra narración dará cuenta cuando corresponda, pero veamos ahora actuar al emperador en pleno dominio de sus facultades, del mismo modo que lo acabamos de ver presa de la enfermedad. En los intervalos que le dejaba la enfermedad, cuando estaba en su sano juicio, se entregaba por completo a las responsabilidades de gobierno, no sólo garantizando la buena administración de las ciudades situadas en el interior de nuestras fronteras, sino conteniendo también las expediciones emprendidas contra nosotros por los bárbaros que nos rodean, bien mediante embajadas, bien mediante presentes, bien incluso con el envío de tropas año tras año. Nadie transgredía los acuerdos, ni quien asumía el poder en Egipto, ni quien dirigía los contingentes persas, pero es que ni siquiera el babilonio o alguna otra de las más recónditas naciones manifestaban hostilidad alguna[107], sino que los unos se reconciliaron completamente con nosotros y los demás, temerosos de la intervención del emperador, contenían a sus tropas por miedo de que les pasara algo. Confió a su hermano Juan la supervisión y control de las finanzas públicas y puso a su disposición la parte más importante de la administración civil, pero él gestionó lo demás personalmente, ocupándose en parte de los asuntos administrativos, y a la vez organizando y reforzando el potencial del ejército, verdadero nervio del poder romano. Mientras su enfermedad, desde que comenzó, no dejaba de progresar hacia su clímax final, él se hacía cargo de todo como si ningún mal le atenazase.

20. Cuando su hermano Juan lo vio consumirse poco a poco, temió por él y por toda su familia y por que el imperio, entrando en crisis una vez partido el emperador de la compañía de los vivos, se olvidase de él, convirtiéndole en fácil presa de numerosos intrigantes. Toma en consecuencia una decisión, muy sensata según parecía, pero en realidad llena de riesgos, tal como demostró el desenlace posterior de los acontecimientos, pues a raíz de ella se hundió su barco con toda la tripulación y, por así decirlo, perecieron todos de una muerte funesta y terrible. Pero de esto hablaremos después. Así pues, Juan, como si lo viera todo perdido, a espaldas de los hermanos empieza a apremiar al emperador con palabras más persuasivas que veraces. Un día, llevándoselo a él solo, aparte de los demás, le dirige un discurso lleno de circunloquios. Lo inicia con una serie de consideraciones previas que fuercen al emperador a preguntarle por su sentido. «Que cuanto yo hice», dice, «no fue por servirte como a un hermano, sino como a mi señor y emperador, lo sabe el cielo, y lo sabe la tierra toda, y tú mismo no podrías negarlo. Y que, en cuanto a raciocinio, sentido del Estado y beneficios aportados, estoy, por decirlo prudentemente, algo por encima del resto de la familia, tú mismo deberías saberlo antes que nadie. Por ello no sólo sirvo al presente de tu trono, sino que estoy conservando su futuro libre de conspiraciones, y aunque no puedo poner freno a las habladurías del pueblo, pretendo que los ojos de todos no se fijen en nadie más que en ti. Por lo tanto, ya

que te he dado verdaderas garantías de mi afecto hacia tu persona y de mi correcta gestión de la administración, no debes rechazar ahora esta consideración que te voy a hacer. Pero si lo haces, entonces yo me callaré y no diré ahora cuál es el final al que están abocados nuestros intereses, para no dejarte preocupado cuando me retire».

21. Ante estas palabras el emperador se sintió confuso y le preguntó qué es lo que pretendía con esto y cuál era el propósito de su discurso: «Deja por el momento», dijo, «lo de tu afecto hacia mí, pues es cosa sabida». Él toma entonces la palabra y dice: «No creas, emperador, que ha pasado desapercibido a los oídos de la gente, o a sus propios ojos, que padeces una enfermedad manifiesta y recóndita a un mismo tiempo. Que no te sobrevendrá de ella consecuencia alguna es algo que sé perfectamente, pero las lenguas de los hombres no dejan nunca de fabricar rumores sobre tu muerte. Temo pues que, pensando que vas a morir en breve, se subleven contra ti y, poniendo a uno de ellos a su frente, lo sienten en tu trono. De forma que en lo que me concierne a mí y en general a toda nuestra familia, estoy poco preocupado, pero en lo que respecta a ti, temo que un emperador, a pesar de ser tan bueno y justo, pueda llevar las riendas del poder de forma irreflexiva, de modo que, aun cuando logre escapar al mal que le atenaza, no pueda sustraerse a una crítica: la de no haber previsto el futuro». Ante esto el emperador, ya más predispuesto, le responde: «¿Pero cómo prevenir todo esto? ¿Cómo pondremos freno a las habladurías del pueblo y, digámoslo así, a sus propósitos de usurpación?».

ACERCA DE LA ADOPCIÓN DE MIGUEL POR PARTE DE LA AUGUSTA Y DE SU CORONACIÓN COMO CÉSAR

22. «De una forma fácil y rápida», dice Juan. «Si no hubiera muerto nuestro hermano, tú le habrías procurado la segunda dignidad del imperio, la de César, pero puesto que la muerte nos lo arrebató, que sea entonces Miguel, el hijo de nuestra hermana, al que has confiado ya el mando de tu guardia personal, el que merezca esta posición[108]. Te servirá entonces más que ahora y sólo en su título medirá su fortuna, pues en lo demás te tratará como si fuera un esclavo que ocupa la última dignidad del imperio». De este modo convence por lo tanto a su hermano con esta persuasiva argumentación. Una vez que conciertan su propósito, deliberan en segundo lugar acerca de cómo llevarlo a cabo. También en este aspecto Juan es el que hace las sugerencias. «Sé, emperador», dice, «que el imperio pertenece por derecho hereditario a la emperatriz y que toda la opinión pública está muy predispuesta hacia ella, tanto por ser mujer y heredera del poder, como porque se ha congraciado la voluntad de muchos gracias a la generosidad de sus donativos. Convirtámosla entonces en madre de nuestro sobrino para que la relación que establezca con él sea lo más honorable posible. Hagamos que ella, al mismo tiempo que adopta a Miguel, le ascienda a la dignidad y al titulo de César. Sin duda no nos desobedecerá, pues ella es de ánimo dócil y no tiene el más mínimo motivo para oponerse».

23. El emperador aprueba este plan. Exponen entonces a la emperatriz sus proyectos y la convencen con facilidad, haciendo que enseguida se muestre dispuesta a llevar a cabo sus propósitos. Convocan luego una gran ceremonia pública y reúnen a todos los dignatarios en el templo de las Blaquernas[109]. Una vez que el recinto sagrado está lleno, hacen entrar a la emperatriz y madre junto con su hijo adoptivo, cumpliendo así lo que pretendían. Mientras ella acoge a Miguel como su hijo desde el exterior de la cancela del altar, el emperador le rinde honores y homenaje como hijo de la emperatriz y lo asciende a la dignidad de César. Los allí reunidos realizan en ese momento la aclamación. Luego se lleva a cabo para la proclamación del César todo lo que suele decirse o hacerse en esas ocasiones. Se disuelve entonces la reunión. Juan, como si lo hubiera conseguido todo al haber llevado el poder a su familia, no sabía cómo administrar la alegría que le desbordaba.

24. Este suceso se convirtió en comienzo de grandes males por venir y lo que parecía fundación de un linaje se convirtió en la ruina de todos ellos, como mostrará a continuación el relato. Las personas del entorno del emperador, después de haber dispuesto así las cosas y colocado a este joven César en el umbral del trono, como si fuera a heredar enseguida el poder una vez que el emperador fuese derrotado por la triunfante enfermedad, ya no se preocuparon más de la continuidad del poder, pensando que se habían asegurado todo para el futuro. El emperador por su parte, no sé si porque enseguida se arrepintió de lo sucedido, o porque de algún modo cambió de opinión respecto a su sobrino, no lo trataba como a un César, ni lo consideró mejor que a la mayoría y ni siquiera le daba el tratamiento que le correspondía, sino que sólo respetaba los símbolos de su rango.

[ACERCA DEL CÉSAR MIGUEL Y SUS PADRES]

25. Yo lo vi permanecer en pie, aparte, entre los dignatarios imperiales, esperando que los demás dijesen al emperador algo positivo sobre él. Pero ni siquiera compartía mesa con el emperador, a no ser ocupando el puesto de César en los banquetes oficiales. Si en alguna ocasión se disponía para él una solemne parada de lanceros para preservar en parte la imagen debida al César, ello era a ocultas y por iniciativa de los hermanos del emperador. En efecto, aquéllos, puesto que temían por la vida de su, hermano y habían depositado sus esperanzas en su sobrino, proporcionaban a éste, entre solícitos y aduladores, un séquito propio de un emperador y hacían por lo demás todo lo posible para reservarse en el futuro parcelas de poder y gestión. Por este motivo le asignaron una residencia, pero no en Constantinopla, sino que se la fijaron un poco fuera de la Ciudad. En apariencia habían acordado esto con el pretexto de rendirle grandes honores, pero en realidad no era esta situación sino una deportación disfrazada, pues no entraba y salía luego cuando quería, sino según se le ordenaba, de forma que ni en sueños pensaba que pudiera obtener algún favor de su tío.

26. Ahora bien, este hombre, por decir también algo sobre él, era por su

ascendencia paterna de una extracción muy humilde y absolutamente oscura, pues su padre procedía de alguna zona desértica o tierra remota, no sembraba ni cultivaba campo alguno porque no disponía de la más pequeña parcela y ni siquiera guiaba una boyada, pastoreaba rebaños o conducía las manadas a los pastos. En definitiva, no tenía ni se le conocía otro medio de vida. Había dirigido su atención al mar, pero no para ser mercader o navegante, ni para guiar como práctico por un salario a los que zarpaban o entraban en puerto, sino simplemente porque había perdido todas sus esperanzas en tierra y se había vuelto al mar. El hombre se labró una importante posición en la construcción naval, pero no talando árboles ni desbastando luego las maderas para piezas de navío, ni ajustándolas o ensamblándolas, sino que después de que otros las hubieran ensamblado, él mismo se encargaba entonces de embadurnar con pez las piezas ensambladas, de forma que una nave no era botada al mar después de ensambladas sus partes si él con su técnica no decidía previamente cuándo estaba a punto.

27. Yo mismo lo vi cuando ya había cambiado su suerte y se había convertido en juguete de la fortuna[110]. Nada en él era adecuado o concorde con la solemnidad de una parada, ni el caballo, ni sus vestidos, ni ninguna otra de las cosas que pueden transformar a un hombre. Por el contrario, del mismo modo que alguien que, siendo un pigmeo, quiere ser un Hércules y pretende adoptar la apariencia de aquél, queda más en evidencia por su disfraz, envuelto en la piel de león pero agobiado por el peso de la maza, así en él todo producía el efecto contrario.

28. Esto en lo que se refiere a la familia del padre, pero si alguien quisiera trazar su genealogía materna, dejando aparte a su tío, no encontraría mucha diferencia con su linaje paterno. Tales eran pues aquellos de los que él había nacido. Pero en cuanto a él, en lo que respecta a dignidad, porte aristocrático y clase, al menos en apariencia, estaba muy lejos de parecerse a sus progenitores. Era más hábil que nadie a la hora de esconder el fuego bajo las cenizas, quiero decir, una perversa intención detrás de un propósito benevolente, pero también era capaz de concebir y decidir proyectos aberrantes. A sus benefactores les correspondía con suma deslealtad y no sabía agradecer a nadie ni su amistad ni las muestras de dedicación o devoción que le profesaba. No obstante, la doblez de su carácter le permitió ocultar por completo su forma de ser. En efecto, una vez que alcanzó la posición de César, supo mostrarse paciente durante no poco tiempo, mientras que, sin que nadie lo advirtiera, se representaba a sí mismo en hábito imperial y trazaba como por anticipado aquello que había decidido hacer después. Así, ya arremetía contra toda su familia, como decidía acabar con todos aquellos que le habían hecho favores y contribuido a que obtuviera la dignidad de César, ya descargaba su furia contra la emperatriz, como asesinaba a algunos de sus tíos y mandaba al exilio a los demás; y mientras concebía todos estos planes en su interior, fingía por fuera que su afecto hacia ellos era cada vez mayor. Con el eunuco Juan, cuantas más insidias y secretas asechanzas tramaba contra él, más pérfidas eran las falsedades que fabricaba, pues se presentaba ante él con hábito humilde, le llamaba su dueño y señor y simulaba poner en él todas las esperanzas de su vida y su salvación.

29. Aunque los artificios del César pasaron inadvertidos a los demás y permanecieron en secreto los designios ocultos de su alma, por lo menos Juan, que estaba aún más atento a la hora de observar que el César a la de fingir, sospechó todo lo que ocurría, pese a que no consideró adecuado cambiar rápidamente los planes respecto a él y se reservó el momento de actuar para una ocasión más adecuada. Pero esto, a su vez, no escapó al César. De forma que habían tomado posiciones uno frente al otro y mientras mantenían en secreto sus asechanzas, fingían tenerse mutuo afecto entre ellos. Así, cada uno de ellos creía que sus planes pasaban inadvertidos al otro, pero ninguno de los dos ignoraba cuáles eran los del otro respecto a él. No obstante, Juan se dejó atrapar por el César, pues no supo sacar el máximo partido a su sagacidad, ya que, por aplazar el momento de la relegación o deposición del César, tuvo que expiar el grueso de las desgracias que se abatieron luego sobre su casa, tal como mostrará más adelante el relato.

30. Yo, que estoy acostumbrado a atribuir a la Divina Providencia el gobierno de los asuntos de mayor transcendencia y que incluso hago depender de ella todas las demás cosas que se producen, siempre que nosotros no invirtamos el orden natural, considero que también fue obra de la Providencia y del gobierno celeste el que la sucesión del emperador no recayera en cualquier otra persona de la familia, sino precisamente en este César, el instrumento del que supo servirse la Divinidad para exterminar a toda su familia. Pero de esto se hablará posteriormente.

[ACERCA DE LA RELIGIOSIDAD DEL EMPERADOR]

31. El emperador, mientras tanto, presentaba ya un cuerpo anormalmente hinchado y era evidente a ojos de todos que padecía hidropesía. Además de otros medios que utilizó para conjurar la enfermedad, como prácticas de expiación y actos de purificación, construyó sobre todo un fastuoso templo a los Santos Anárguiros, situado un poco antes de llegar a las murallas de la Ciudad, hacia el Sol Oriente, aunque no puso todos los fundamentos, sino que amplió los cimientos existentes[111]. Había allí en efecto un santuario sin prestigio alguno y que no destacaba por su arquitectura. Él embelleció la estructura de este edificio, le dotó de un recinto exterior, lo rodeó con muros y le dio esplendor construyendo nuevos edificios, para asi convertirlo en un santuario de ascesis que eclipsó prácticamente todos los esfuerzos y medios invertidos por los anteriores emperadores al fundar templos dedicados a la divinidad. Hizo que la altura y la profundidad se correspondiesen de forma proporcionada y a la armonía de su arquitectura añadió una indescriptible belleza, pues engastó en muros y pavimento las piedras más preciosas, hizo que todo el templo deslumbrara con mosaicos de oro y frescos y lo decoró, donde era posible, con iconos que se diría estaban llenos de vida. Además, con esta iglesia supo combinar, por así decirlo, en equilibrada mezcla, las delicias de los baños, la abundancia de las aguas, la belleza de los prados y todas las demás cosas que son capaces de regocijar la vista y conducir todos los sentidos hacia los objetos que les son propios.

32. Hacía esto, en parte para rendir honores a la divinidad, y en parte para propiciarse a Sus Servidores y que éstos curaran, si había algún medio, sus entrañas hinchadas. Pero no consiguió nada, pues se había cumplido el término de sus días y su organismo estaba ya quebrantado. Cuando renunció por completo a esta esperanza, se preparó entonces para afrontar el Juicio futuro y se dispuso a partir dejando su alma libre de todas las impurezas que se le habían agregado.

33. Dicen algunas personas no muy favorables a su familia y que más bien emiten sus juicios según sus simpatías, que antes de que Miguel empuñara el cetro, unos ritos secretos le empujaron hacia él, pues tuvo visiones de espíritus aéreos que secretamente le prometieron el poder y le reclamaron a cambio como pago que negase a Dios. Dicen que fueron estas borrascas las que le agitaron y zarandearon, empujándole a estas prácticas de expiación. Si esta historia fuese verdad, lo sabrían sólo los que participaron con él en esas prácticas y propiciaron las visiones, pero si es falsa, entonces prevalecería de nuevo mi enfoque. Sé que los hombres tienen por costumbre inventar historias y no me dejo llevar fácilmente por las calumnias del vulgo, sino que primero pongo a prueba lo que se me dice y sólo entonces puedo dar crédito a lo sucedido.

34. Me consta por otra parte que este hombre, después de acceder al trono, demostró toda su piedad, no sólo frecuentando los sagrados templos, sino tratando además a hombres de filosofía, de los que era especialmente devoto. Por filósofos me refiero, no a los que investigan la esencia de las cosas ni a los que indagan acerca de los principios del mundo sin preocuparse de los principios en los que se basa su propia salvación, sino a aquellos que han despreciado el mundo y viven con las realidades que lo transcienden[112]. De entre los que abrazaron este tipo de vida ¿acaso hubo alguno del que él no tuviese noticia? ¿Qué tierras o mares, qué hendiduras en las rocas o cavidades ocultas de la tierra no exploró para sacar a la luz a alguno de los que se ocultan en estos sitios? Y cuando los encontraba y conducía a Palacio ¿qué honores dejó entonces de rendirles? ¿No les lavaba los pies cubiertos de polvo? ¿No les abrazaba luego y besaba lleno de alegría? ¿No se cubría entonces en secreto con sus andrajos y acostándolos en el lecho imperial él mismo se tendía sobre un jergón a sus pies, dejando reposar su cabeza sobre una gruesa piedra? Estas y otras cosas admirables hacía el emperador y si las mencionamos aquí no es porque quiera escribir un encomio de él, sino en mi condición de simple historiador de los hechos.

35. Mientras que la gente suele rehuir el contacto con aquellos cuyo cuerpo corrompió la lepra, éste daba muestras de su grandeza de ánimo al visitarles y posar incluso su rostro sobre las llagas de sus cuerpos. Luego los estrechaba entre sus brazos y les atendía lavándoles, como si se viera reducido a la condición de un esclavo ante sus señores. Que esto, que dije a modo de digresión, baste pues para sellar las bocas de los maldicientes y que el emperador quede libre de sus calumnias.

36. El emperador, para propiciarse a la divinidad, recurría por lo tanto a toda clase de prácticas piadosas y a la compañía de espíritus puros. De forma que una parte no pequeña de los tesoros imperiales fue utilizada para construir por todo el continente conventos destinados tanto a monjes como a monjas. Erigió además un nuevo edificio oficial al que dio el nombre de Asilo de Menesterosos, en el que invirtió una gran cantidad de dinero en beneficio de los que escogieron la vida ascética. Y como no dejaba de concebir un proyecto tras otro, pensó también en lo siguiente a fin de salvar a las almas perdidas. Puesto que a la Ciudad acudía un gran número de heteras, no intentó siquiera disuadirlas mediante palabras —pues este género de mujeres es sordo ante cualquier práctica redentora—, pero tampoco intentó reprimirlas con ninguna medida para que no pareciera que recurría a la violencia, sino que fundó un centro de ascesis en la ciudad imperial, deslumbrante por su belleza y enorme por sus dimensiones, y proclamó entonces mediante un decreto a cuantas comerciaban con la belleza de su cuerpo —como si fuera un heraldo de poderosa voz—, que si alguna de ellas decidía abandonar esta práctica y vivir en la abundancia, que se cobijara allí, vistiera el hábito divino y no temiera que le faltase nada para vivir, pues ‘sin sembrar ni arar les germinarán todos los frutos[113]. Como consecuencia, un gran enjambre de aquellas que suelen vivir en los burdeles se dirigió hacia allí y cambiaron sus costumbres junto con el hábito para enrolarse así como nuevas reclutas de la virtud al servicio de la milicia de Dios.

37. Pero el emperador no se detuvo tampoco aquí, sino que, dispuesto a ganarse la salvación de su alma, se puso en manos de cuantos se han consagrado a Dios y envejecido en la ascesis, en la idea de que estas personas hablaban directamente con Dios y todo lo podían. A unos les entregaba su alma para que la formasen o reformasen, mientras que de otros exigía garantías de que intercederían por él ante Dios y se le perdonarían sus pecados. Esta circunstancia precisamente aguzó contra él la lengua de personas malintencionadas, aunque sobre todo contribuyeron a ello ciertos escrúpulos de algunos monjes. En efecto, no todos aceptaron sus proposiciones, sino que la mayoría mostró reticencias ante ellas temiendo que el emperador hubiese hecho algo prohibido y se avergonzase de confesarlo, haciéndoles así transgredir la palabra de Dios. Pero todo quedaba en sospechas mientras que evidentes eran su anhelo y deseo de obtener remisión de sus pecados terrenales.

[ACERCA DE LA SUBLEVACIÓN DE LOS BÚLGAROS]

38. Sé muy bien que muchos que han seguido el rastro de su vida en las crónicas de entonces, quizás puedan contar una versión algo distinta de la nuestra, pues en aquellos tiempos predominaban las suposiciones tendenciosas. No obstante yo me vi implicado en estos mismos sucesos y algunos de los que le trataron más de cerca me informaron de los aspectos más reservados de la historia, de forma que soy un juez imparcial de lo ocurrido, a menos que alguien me censure porque cuento lo que he visto y escuchado. Ahora bien, si la mayor parte de las cosas que he dicho hasta ahora pudiera quizás abrir la puerta a la

maledicencia de personas malintencionadas, de lo que me dispongo a decir no sé si alguien podría cuestionar su veracidad. Dado que sería largo enumerar cuántas decisiones y medidas tomó aquél tanto en las revueltas internas como en las guerras contra los pueblos extranjeros, voy a seleccionar sin embargo sólo una de entre todas, me refiero a la lucha contra los bárbaros que expondré de forma sintética y abreviada.

39. El pueblo de los búlgaros había pasado a formar parte del dominio de los romanos a costa de numerosos peligros y combates cuando Basilio, aquel astro de soberanos, hizo con ellos, como se suele decir, una presa tan fácil como la de Misia[114] y les quitó todo su poder. Pero aunque entonces se encontraron en un estado de postración absoluta y tuvieron que apoyarse en la potencia de Roma, soportaron por poco tiempo una derrota así y se dispusieron a regresar a su primitiva arrogancia. Pese a que no daban por el momento muestras de rebelarse, cuando llegó alguien dispuesto a alentar su coraje, ellos se situaron de inmediato en el bando enemigo.

40. Lo que les incitó a cometer un acto tan insensato fue un hombre portentoso, tal como ellos le juzgaban, de su propia nación, sin un linaje que merezca recordarse, pero con una inteligencia muy versátil y capaz de arrastrar a sus compatriotas a sus maquinaciones. Su nombre era Doliano, pero no sé si heredó de su padre este apellido o si él mismo se dio este sobrenombre. Este hombre, cuando comprendió que toda la nación estaba dispuesta a rebelarse contra los romanos, pero que al carecer de alguien que los gobernase y los condujese a esta empresa, no pasaban más allá de los propósitos, empieza a intentar demostrar que es el más capacitado para la empresa, el más prudente a la hora de tomar decisiones y el más preparado para conducir una guerra. Una vez que con ello consiguió captar sus voluntades, sólo le fue preciso entonces tener un noble linaje para que lo eligieran como su caudillo —pues los búlgaros tienen por costumbre confiar el mando de su nación a los que son de linaje real—, y puesto que sabía que la tradición y la ley lo imponen, se presenta como descendiente de aquel famoso Samuel y de su hermano Aarón, que no hacía mucho habían gobernado como reyes a todo su pueblo[115]. No se acredita sin embargo como descendiente legítimo del tronco real, sino que muestra o finge que es vástago lateral de ese mismo tronco y así los convence con facilidad. De esta forma, alzándole sobre el escudo, le ponen el poder en sus manos. Entonces revelan abiertamente las intenciones que albergaban e inician su secesión. Sacudiéndose de su cerviz el yugo del poder romano sancionan así su libertad e independencia, dando comienzo entonces a sus incursiones de pillaje contra el territorio de Roma.

41. Si los bárbaros hubieran iniciado esta insensata intentona nada más ascender el emperador al trono, no habrían tardado en saber de qué madera era el emperador al que se enfrentaban, pues en aquel entonces estaba en la plenitud de su forma física y afrontaba con energía los peligros. Para él no habría supuesto ningún esfuerzo coger enseguida las armas y marchar con sus mejores generales contra el país de los búlgaros para enseñarles a no hacer tan rápido defección de

Roma. Pero puesto que el parto de la revuelta se produjo cuando se estaba consumiendo y la salud de su organismo se encontraba ya irremediablemente quebrantada, cuando el más leve movimiento le causaba dolor y tenía incluso grandes dificultades para vestirse, a los bárbaros les pareció adecuado hacer como una puesta en escena de su usurpación y divertirse con esta parodia, aunque fuese por breve tiempo, hasta que el fervor de su alma y su noble afán de emulación devolvieran al emperador inesperadamente la salud y lo pusieran en pie, dispuesto a marchar de nuevo contra sus enemigos.

42. Cuando Miguel escuchó lo ocurrido, antes incluso de que el mensajero terminara de leer el discurso, quiso marchar enseguida en guerra contra ellos, poniéndose él mismo al frente de toda la formación. El cuerpo, no obstante, se le resistía y la enfermedad le empujaba a adoptar una decisión contraria. Los miembros del senado se oponían por su parte frontalmente a sus proyectos y los familiares le rogaban que ni siquiera saliera de la Ciudad, pues no lo consideraban adecuado. Él se sentía impotente y sólo bullía de impaciencia por iniciar la guerra contra los búlgaros. Consideraba algo terrible que, como él acostumbraba a decir, sin haber conseguido siquiera incrementar en nada el territorio del imperio de los romanos, se le arrebatara parte de él. Sospechaba que Dios y los hombres le juzgarían si permanecía ocioso ante lo sucedido, tolerando, sin hacer nada en contra, que los búlgaros hicieran defección de Roma.

43. Esta idea torturaba al emperador todavía más que sus sufrimientos físicos, pero el mal que ella le causaba producía en él el efecto contrario al de éstos, pues si la enfermedad le hinchaba el cuerpo, el sufrimiento ante lo que sucedía lo contraía y vaciaba, de manera que aquél se veía desgarrado por dos enfermedades opuestas. En consecuencia, antes que a los bárbaros, tiene que vencer la resistencia de las gentes más allegadas a él y logra así un verdadero triunfo sobre su familia, sobre sus amistades y sobre sí mismo cuando, devolviendo el vigor a su cuerpo enfermo gracias al ímpetu de su alma, se dispone para la guerra confiándose a Dios. Da comienzo a una deliberación, luego fija un objetivo y hace todo para conseguirlo, pero no para salir precipitadamente sin orden alguno, sino haciendo primero los preparativos que requiere el ejército y que no voy a enumerar aquí. No moviliza entonces a todo el ejército ni confía en su superioridad numérica[116], sino que escoge los contingentes mejor preparados y a los generales más experimentados en el mando y con éstos marcha contra los escitas[117]. Marcha entonces en formación, disponiendo su falange según las reglas de la estrategia.

44. Cuando llega a la frontera de los búlgaros, establece su campamento en un lugar adecuado y comienza antes que nada con las deliberaciones. Enseguida decide entablar combate con ellos, decisión verdaderamente increíble y que llenaba de incertidumbres a todos los allí presentes. Pues si de noche el emperador precisaba de atención médica y apenas le quedaba un soplo de vida, cuando se hacía de día se incorporaba de repente, como si alguien le hubiese devuelto las fuerzas, montaba a caballo, se sujetaba con fuerza a la silla, marcaba

el paso al caballo manejando con habilidad las riendas y luego continuaba cabalgando, guiando con una sola mano los dos cabos anudados. Para los que lo veían era como un prodigio.

ACERCA DE LA HUIDA DE ALUSIANO A BULGARIA

45. Mientras que la guerra todavía se demoraba, sucedió una cosa realmente prodigiosa, tanto casi como el comportamiento del emperador. El más gentil de los hijos de Aarón —éste había sido en tiempos rey de los búlgaros—, llamado Alusiano[118], una persona de un carácter agradable, de brillante ingenio y condición distinguida, se convierte en causa determinante de la victoria del emperador, pero no porque lo quisiera, sino cuando pretendía justamente lo contrario. Pero Dios que lo empujó, convirtió en una victoria para el emperador acciones de signo contrario.

46. Este Alusiano no disfrutaba de mucho predicamento ante el emperador, ni era miembro del senado, ni le alcanzaba distinción alguna, sino que se le había ordenado permanecer en sus posesiones y no dirigirse a Bizancio a menos que el emperador autorizase su ingreso. Esta situación le tenía abatido y contrariado, pero no había nada que pudiese hacer por el momento. Pero cuando se enteró de lo que sucedía en su pueblo y que, al carecer de linaje real, habían elegido como su rey a un bastardo que era además un falsario, concibe entonces un golpe lleno de audacia. Abandona a sus hijos, renuncia al afecto de su mujer y, sin confiar a ninguno de ellos su propósito, sino a unos pocos de sus hombres que sabía que eran audaces y dispuestos a empresas temerarias, planea una audaz marcha casi desde el extremo Oriente hasta Occidente. Para que no se supiera y no fuera descubierto por los de la Ciudad, se disfraza completamente, no quitándose simplemente algunas ropas y quedándose con otras de su vestimenta habitual, sino caracterizándose al modo de un mercenario. Así pudo pasar desapercibido a ojos de todos.

47. Como él mismo me dijo más tarde, se encontró en dos o tres ocasiones en la Gran Ciudad con quien suscribe estas líneas. Era en efecto este hombre un conocido mío y me saludaba con afecto, pero ni aun así lo reconocí, como tampoco lo hizo ningún otro de aquellos a los que él se aproximó. Consiguió pues escapar a los mil ojos del poderoso Orfanotrofo y ni éste le pudo capturar. Pero aunque desapareció de repente, activó la vigilancia de las autoridades, por si era posible encontrarlo y detenerlo. Y así, por decirlo de algún modo, escapó a los ojos de todos y llegó a tierra de los búlgaros. Sin embargo, no se muestra enseguida a la gente, sino que aborda a algunas personas por separado, habla de su padre como si de otra persona se tratase, ensalza su linaje y se informa de si, en el caso de que alguno de los hijos de aquél se presentase allí, los sublevados lo preferirían a él como legítimo en vez de al bastardo, o por el contrario, puesto que este último estaba al frente del poder, a aquél lo considerarían poco menos que como a un piojo.

48. Cuando vio que todos preferían al hijo reconocido antes que al dudoso, se atreve entonces a revelarse con gran secreto a una persona de éstas, que sabía con certeza que era ferviente partidaria de su familia. Aquél, posando enseguida su mirada sobre él, pues lo había conocido bien, reconoce sus rasgos y cae de rodillas ante él para besarle los pies. Exige entonces que le muestre cierta señal secreta, para así disipar por completo sus dudas. Se trataba de un lunar negro que se extendía por su codo derecho y que estaba cubierto por una mata de espeso pelo. Cuando también lo ve, entonces se abraza a él todavía más y le besa el cuello y el pecho. Ambos actúan entonces con gran habilidad y consiguen difundir la noticia abordando por separado a diferentes personas, de forma que la mayoría cambió su apoyo en favor del descendiente legítimo. La monarquía se convirtió así en algo semejante a una poliarquía, en la que unos preferían a éste y otros a aquél. Pero luego ambos bandos llegaron a un acuerdo y reconciliaron a los dos caudillos, que en adelante compartieron mesa y trataron los asuntos en común, aunque cada uno sospechaba del otro.

49. Pero Alusiano se anticipa a las intrigas de Doliano y lo hace detener de repente, sacándole los ojos y cortándole la nariz, todo con el mismo cuchillo de cocina. Así, el pueblo escita se reúne de nuevo bajo un solo poder[119]. Pero Alusiano no se pasa enseguida al bando del emperador, sino que por el momento, agrupando sus fuerzas, marcha contra él. Una vez trabado el combate, es derrotado, aunque huye y consigue salvarse. Dándose cuenta entonces de que no resultaría fácil enfrentarse en el campo de batalla con el emperador de los romanos, y acordándose de sus seres más queridos, hace saber en secreto al emperador que si obtuviese su clemencia y alguna dignidad honorífica, se pondría a su servicio, él y todo lo que de él depende. El emperador acepta la propuesta y celebra una entrevista con él, como quería, todavía más secreta. De esta forma, cuando por segunda vez se presenta para entablar combate, abandona de repente su propia falange y se pasa al bando del emperador[120]. El soberano le concede el más alto honor y le hace marchar a Bizancio, mientras al pueblo búlgaro, desgarrado ya por tantas guerras e incapaz todavía de encontrar un caudillo, lo pone en fuga, lo derrota en batalla y lo somete de nuevo al imperio, contra el que se había sublevado. El emperador regresa triunfante a Palacio, conduciendo numerosos prisioneros, que eran además las personas de más distinción entre los búlgaros. Entre ellos estaba también el bastardo que los había acaudillado, con la nariz mutilada y las cuencas de sus ojos vacías.

50. Así pues, entra en el recinto de la ciudad triunfalmente. Todo Bizancio acude a recibirle. Yo mismo vi al emperador entonces, zarandeado por el caballo que lo conducía, como si fuese un cadáver en un cortejo fúnebre. Los dedos que sujetaban las riendas parecían los de un gigante, pues cada uno de ellos tenía el grosor y el tamaño de un brazo, hasta tal punto había avanzado el mal en sus entrañas. En cuanto a su rostro, no conservaba huella alguna de semejanza con sus anteriores rasgos. Y así, conducido hasta el Palacio, marcha al frente de un espléndido triunfo, habiendo hecho desfilar a los prisioneros por en medio del hipódromo, demostrando a los romanos que la voluntad resucita a los muertos y el noble afán de emulación permite superar las debilidades del cuerpo.

51. Pero no podía vencer indefinidamente a su naturaleza, ni ser más fuerte que la enfermedad o dominarla, y ésta, poco a poco, se abría paso larvadamente, llevándolo al encuentro del fatal desenlace. Las personas del entorno del emperador al principio intentaban ocultar su situación y deliberaban acerca de la administración del Estado, para evitar que se introdujesen cambios, pero cuando la noticia de su enfermedad se difundió por todas partes y recorría ya la Ciudad entera, dejaron de lado las decisiones que habían tomado y sólo deliberaban y pensaban de qué modo evitar que se les escapase el control del poder. Esto en lo que respecta a ellos.

ACERCA DE LA TONSURA DEL EMPERADOR

52. El emperador por su parte buscaba, antes que la mudanza del cuerpo, otro tipo de mudanza más espiritual. Rechaza así el imperio del que en breve iba a separarse y, colocándose por encima de todo vínculo terrenal, muda su estado para consagrarse a Dios. Para no ser turbado en este tránsito, una vez dado su voto a Dios, abandona el Palacio y marcha al monasterio que él mismo había fundado, o mejor dicho: es llevado por sus porteadores. Y una vez que está dentro del lugar de meditación y se postra sobre el pavimento del templo, suplica a Dios que, cuando se le muestre, le acepte como una víctima propiciatoria y que, purificado, le acoja tras su consagración. Después de conciliarse así a la divinidad y granjearse su favor, se pone en las manos de los sacrificantes que inmolan gustosos su voluntaria ofrenda. Éstos, colocándose en pie a ambos lados de él, después de cantar al Poderoso los himnos preparatorios del sacrificio, le quitan el vestido imperial de púrpura y le visten con el sagrado vellón de Cristo, le retiran la diadema de la cabeza y le imponen el yelmo de la salvación. Luego arman su pecho y su espalda con la cruz, le ajustan el viril ángulo contra los espíritus del mal y lo dejan partir. En esto quedó su voluntad y decisión.

53. Pero mientras él estaba exultante y gozoso por su tránsito a la vida elevada y ligero y presuroso recorría el camino del espíritu, su familia, y especialmente su hermano mayor, se sentía toda ella cubierta de una nube de desánimo, hasta el punto de que no podían contener sus lamentos de compasión. Ni siquiera la emperatriz se pudo sobreponer al dolor, sino que tan pronto como alguien le informó de lo sucedido, afrontando las miradas de todos los hombres, marcha a pie para verlo, transgrediendo así las costumbres propias de su sexo. Él, ya estuviera avergonzado por los males que le causó, ya se quisiera olvidar de ella por entregar sus pensamientos constantemente a Dios, no le permite entrar donde está él.

54. Mientras ella volvía de nuevo a Palacio, él se incorpora despacio del lecho y se dispone a calzarse los pies, porque la hora le convocaba a rezar y debía presentarse para los himnos prescritos. Pero no le habían dispuesto las sandalias que suelen usar los monjes, sino que allí estaban sin cambios los zapatos que usaba en su hábito anterior[121]. Este descuido le irrita y se encamina hacia el templo con los pies desnudos, apoyándose en las paredes de los lados.

Su respiración era ya jadeante, estaba exhalando sus últimos suspiros. En este estado se le conduce de nuevo a su lecho y se acuesta. Luego permanece un breve tiempo en silencio, puesto que la voz se le ahogaba en la garganta. Cuando le faltó el aire, rindió su alma a Dios[122]. Muchas cosas decidió y llevó a cabo el emperador durante su reinado, y no erró en la mayoría de ellas. Cuando yo mismo considero y comparo todo lo que hizo, encuentro que sus aciertos superan a sus faltas y no me parece que a aquel hombre le haya faltado tampoco un Destino superior, sino que sin duda disfruta ahora de una posición más excelsa.

55. Concluye pues Miguel sus días con una gran y noble acción, después de siete años de reinado, cuando en el mismo día en el que hizo mudanza hacia una vida espiritual, llegó al término de su vida física. No hubo cortejo fúnebre ni entierro de excepción. Está enterrado en el propio templo, en el lado izquierdo según se entra, fuera del recinto del sagrado altar.

LIBRO V.

MIGUEL V CALAFATE

[1041-1042]

ACERCA DE LA PROCLAMACIÓN DE MIGUEL

V.1. Después de él reina su sobrino, sobre el que ya se dieron muchos detalles en el libro precedente. Cuando los hermanos del emperador se dieron cuenta de que éste iba a cambiar enseguida de estado y comprendieron que no tenía ya esperanzas de vida, entonces, a fin de que no se les escapase el control del poder y el imperio no pasase a manos de otra familia, promulgan un decreto, antes de que su hermano abandone esta vida, como si fuera del emperador, permitiendo que el César se traslade a Palacio. Y mientras el emperador salía de Palacio para morir, tal como se ha narrado, éste, por el contrario, entraba en él.

2. De los tres hermanos que tenía el emperador, Juan el Orfanotrofo, que entonces asumía todo el control del Estado, quería a su hermano más que los demás y ni siquiera cuando murió se apartó enseguida de su lado, sino que convivió con el cadáver durante tres días, como si estuviera vivo. Sin embargo, los otros dos hermanos restantes partieron enseguida con su sobrino el César hacia Palacio, tanto para custodiarlo y asistirlo, como para ganarse su favor a toda costa. Pero no era posible que en ausencia del hermano mayor, que era además el más razonable, aquellos dos pudieran concebir ningún noble proyecto, ni para la corona, ni para los asuntos públicos, sino que se limitaron a estar a su lado dándole muestras de su afecto de hermanos. Cuando Juan consideró que habla llorado suficientemente a su hermano, o mejor dicho, cuando le empezó a inquietar la idea de que un mayor retraso en la proclamación del nuevo emperador echase por tierra todas sus esperanzas, regresa entonces a Palacio.

3. Yo mismo fui testigo de estos hechos y percibí con mis ojos la verdad, que confío ahora a la escritura, sin introducir cambio alguno. Cuando se enteraron de que Juan había traspasado el umbral de la corte imperial, marcharon a su encuentro con gran pompa, tal como si fueran a ir a recibir al propio Dios. Rodeándolo, le cubrieron de besos por todas partes. El sobrino por su parte le tendía la mano derecha para que se apoyase, esperando quizás obtener como una especie de bendición de aquel contacto. Cuando toda aquella adulación le pareció ya suficiente, Juan les dio enseguida el primer consejo, lleno de sensatez, instándoles a que nada hicieran al margen de la emperatriz, sino que por el

contrario pusieran sobre ella los fundamentos del poder y de su propia vida e hicieran todo lo que ellos vieran que a ella le pudiese cautivar más fácilmente.

4. Enseguida cierran todos filas, prestos para el combate y así, con las máquinas de su ingenio, asedian el alma, fácilmente expugnable, de la emperatriz. Le recuerdan la adopción, ponen al hijo bajo la protección de su madre y señora, se arrojan a los pies de ella y la halagan con toda una cadena de epítetos lisonjeros aptos para la ocasión. La convencen así de que su sobrino sólo de nombre alcanzará el imperio, mientras que ella tendría además autoridad por derecho paterno. Que si quiere, ella misma se hará cargo de la administración del Estado, pero si no, transmitirá a Miguel cuáles son sus órdenes y disposiciones y se servirá de él como si fuese de un emperador cautivo de su voluntad. Como además le prestaron solemnes juramentos y le dieron fe por las sagradas reliquias, no tardaron en ganársela por completo. No obstante, ¿cómo era posible que ella pudiese actuar de otra manera, sola como estaba, sin nadie que la ayudase y embaucada por sus encantos, o mejor dicho, engañada y vencida por sus manipulaciones y estratagemas y completamente plegada a sus deseos?

5. Zoe confía así el poder a los hermanos y tranquiliza con sus exhortaciones a la Ciudad, que hasta ese momento estaba en vilo a la espera de su decisión. Se celebran así para el César el misterio de la entronización, la solemne procesión, el ingreso en el templo, la bendición del patriarca, la coronación y cuantas ceremonias vienen luego, según es costumbre. El primer día el emperador no se mostró ingrato, ni en sus palabras ni en sus acciones, pues constantemente estaba en sus labios un «mi emperatriz», o «mi señora», o decía que «soy su cautivo» o «la decisión que ella tome».

6. No menos complacientes eran las palabras con las que seducía a Juan, pues le decía: «mi señor», le permitía sentarse junto a él en un trono y esperaba obtener de él su asentimiento si quería hablar. Decía que era como el instrumento en manos del artista y que no es de la cítara la melodía, sino de aquel que la tañe armoniosamente. Todos estaban atónitos ante el buen juicio del joven y se admiraban de que Juan no hubiera visto frustradas sus esperanzas. Pero aunque a los demás les pasó inadvertida la falsedad de su corazón, su tío sabía perfectamente que su aparente dulzura se quedaba sólo en palabras y que en su interior albergaba secretamente escabrosos pensamientos, de forma que cuantas más cautelas empleaba aquél con ellos, más sospechaba Juan y más intuía la doblez de sus intenciones. Sin embargo no sabía qué hacer, ni cómo podría quitarle fácilmente el poder, pues ya había abandonado una vez sus planes, cuando circunstancias más propicias facilitaban su intervención. Por el momento permaneció inactivo, sin dejar totalmente de lado sus proyectos, pero dispuesto a intervenir en cuanto aquél empezase a cometer cualquier transgresión contra él. Éste, por su parte, fue dejando poco a poco de lado las exageradas muestras de respeto que había tenido hacia él al principio, de forma que, o bien no atendía su opinión en los asuntos de Estado, o bien hacía o decía cosas que sabía que él no habría permitido.

7. Esta aversión hacia su tío se vio además incrementada por obra de Constantino, el hermano de éste, que ya desde hacía mucho tiempo sentía envidia de Juan, pues sólo él entre los hermanos asumía funciones de gobierno y era como el señor de todos ellos y no un miembro más de la familia[123]. Hasta entonces no había sido capaz de manifestar su rencor, pues su hermano y emperador apreciaba y favorecía a Juan por encima de los demás, por ser el mayor de todos, una persona muy inteligente y con experiencia en las responsabilidades de gobierno del Estado, mientras que odiaba y rechazaba al resto de la familia porque ni eran capaces de contentarse con lo que les correspondía ni le podían ser de utilidad alguna para administrar el imperio. De ahí que, cuando el soberano se enfurecía con ellos, Juan procurara aplacar la cólera que sentía hacia ellos e hiciera que el hermano los tratase de nuevo con indulgencia. Por ello, aunque los hermanos, y sobre todo Constantino, sentían envidia de él por su prestigio, les era imposible intentar hacer nada contra él.

8. Pero cuando su hermano murió y la sucesión al trono recayó sobre el sobrino, Constantino encontró entonces una ocasión adecuada para empezar a actuar contra Juan. Ya había servido antes al emperador cuando éste tenía la dignidad de César, pues le había permitido sacar de su tesoro privado cuantas sumas quería, de forma que su dinero se había convertido para él en una especie de banco y caja pública. Se había ganado así su voluntad y, a la vista de su segura fortuna, anticipado a la hora de conseguir su favor. Ambos compartían secretos y estaban resentidos con Juan, pensando que se oponía a sus planes y que favorecía el acceso al poder de otros miembros de su familia. De forma que el César lo primero que hizo después de ser nombrado emperador fue ascender a Constantino a la dignidad de Nobilísimo. Lo convirtió así en su confidente, recompensando de esta forma manifiestamente su pasada generosidad.

[ACERCA DEL CARÁCTER DEL EMPERADOR]

9. Aquí interrumpo brevemente el curso de mi relato para hacer por adelantado algunas consideraciones sobre la índole y el carácter del emperador, a fin de que luego no os sorprendáis cuando diga algo de sus acciones y no penséis que actuó de forma impulsiva, sin que nada determinase previamente su proceder. Por su conducta era este hombre piedra de muchas facetas y eran volubilidad y versatilidad marcas claras de su ánimo. Su lengua se oponía a su corazón, de forma que expresaba una cosa y pensaba otra, y asi conversaba amablemente con muchos hacia los que sentía un profundo odio, y para dar fuerza a sus palabras juraba solemnemente que llevaba a éstos en su corazón y sentía un dulcísimo placer en conversar con ellos. A muchos de aquellos a los que quería infligir los más crueles castigos al llegar el alba, les invitaba antes a participar en una cena con él al caer la tarde e incluso compartía con ellos su propia copa. La apelación a los lazos familiares, o mejor dicho, la comunidad de sangre, era algo que se le antojaba baladí, y nada le habría importado que una ola hubiese engullido a todos sus parientes haciéndolos desaparecer. Recelaba de ellos no sólo por el trono, lo que habría sido razonable, sino que les envidiaba por el aire

que respiraban, la tierra que pisaban y en general por toda la prosperidad de que disfrutaban. Habría querido que compartiese el poder con él alguien sin méritos, o mejor, nadie en absoluto, pues según creo sentía envidia de las naturalezas superiores. Tan grande era, en efecto, el rechazo y la desconfianza que sentía hacia todos y por todo. Nadie como él sabía actuar y hablar servilmente cuando las circunstancias le eran adversas. Entonces adoptaba una actitud sumisa, pero cuando apenas un instante después las tornas cambiaban y le sonreía la situación, enseguida dejaba atrás el teatro, se quitaba la máscara y su cólera se desbordaba de repente, llevándole a cometer las más terribles acciones en el momento, aunque aún se reservara otras para el futuro. Como hombre inconstante que era, se dejaba vencer por la ira y cualquier incidente banal alimentaba su odio y su ira. Por eso en su ánimo ardían rescoldos de odio contra toda su familia. No obstante, no intentó suprimir a sus parientes enseguida, pues todavía temía a su tío, que sabía desempeñaba el papel de padre con todos ellos.

[ACERCA DEL ENFRENTAMIENTO ENTRE EL EMPERADOR Y SU TÍO]

10. Vuelvo ahora de nuevo a la narración de los sucesos en el punto en el que la interrumpí para adelantar algunas consideraciones a mi relato. Así pues, Constantino, cuando fue nombrado Nobilísimo, se quitó de encima el miedo a su hermano, que hasta entonces lo atenazaba, y con él le perdió también el respeto, de forma que no sólo se encaraba con él con más audacia que antes y se oponía más resueltamente a sus proyectos, sino que censuraba muchas veces al emperador por el temor servil que éste sentía hacia él, consiguiendo así sublevar su ánimo. El emperador, que ya estaba bastante agitado por este asunto, ahora se sintió todavía más aguijoneado y empezó a tratar a Juan con desprecio en casi todas las ocasiones. Éste a su vez, considerando terrible que se le privara de su rango y de la preeminencia sobre su familia, y puesto que no podía tampoco eliminar fácilmente al que estaba al frente del imperio, toma otra decisión ante esta situación, tal como yo mismo, que entonces me encontré en medio de los hechos, pude colegir, ya que el suceso pasó inadvertido a mucha gente. Pues, según pienso, quería traspasar el poder del Estado a uno de los sobrinos del emperador, que se llamaba Constantino y tenía la dignidad de Maguistro, para así no ser él en persona el que atacase al emperador, sino dar a aquél los medios para llevar a cabo la conspiración. Pero luego, temeroso de que aquél fuese descubierto, y llegase a ser procesado por usurpación y de que, al encontrarse él mismo perdido, arrastrase con él a la ruina al resto de la familia, intenta evitar anticipadamente este desenlace y, para que el poder pase al joven conforme a lo previsto, se dedica entonces a congraciar al emperador con su familia, convenciéndole de que conceda unas cosas y prometa otras y especialmente de que los libere de las estrecheces que padecen cotidianamente. El emperador al principio accede a sus súplicas y confirma por escrito sus promesas de que tendrán garantizados los medios para vivir en el futuro. Pero como el escrito se redactó con rapidez, Juan pudo insertar en él, sin ser advertido, una cláusula secreta en el sentido de que si alguno de los sobrinos del emperador era capturado por intento de usurpación, no fuera ni castigado ni juzgado, sino que obtuviera de su tío el privilegio de que no se investigara su actuación.

11. Una vez que hubo redactado esto, esperó el momento propicio, cuando vio que el emperador despachaba ciertos escritos sin prestarles excesiva atención, para entregarle el documento. Él le echó una ojeada rápida por encima y lo certificó de su puño y letra. Juan entonces, como si hubiera conseguido un apoyo decisivo para realizar sus planes, estaba radiante y satisfecho e incluso se disponía ya quizás a actuar. Pero allí dieron justamente comienzo sus desgracias, tal como mostrará a continuación el relato detallado de los hechos, pues antes de que el Orfanotrofo se le adelantase con sus planes, el emperador sospechó lo que iba a ocurrir, bien porque intuyese por sí mismo algunas cosas, bien porque las personas de su entorno le hubiesen hecho saber que en lo que a ellas concernía no estaban ya dispuestas a soportar más la sumisión del emperador a Juan y que para ellas la única disyuntiva posible era, o preservar la dignidad del emperador, o dejarse arrastrar todos por la ruina del Estado.

12. A partir de aquel momento el emperador no sólo no tributó a Juan los honores que le correspondían, sino que incluso empezó a cuestionar sus actuaciones. Los encuentros entre ellos se producían ahora sólo en contadas ocasiones y, cuando quiera que se reunían, la aversión que se manifestaban resultaba evidente. Cuando en una ocasión se hallaban juntos cenando, Constantino llevó la conversación a una cuestión de gobierno y, después de escuchar las opiniones de ambos, alabó y ensalzó la del emperador por ser la más adecuada y digna del trono, mientras proclamó que la de su hermano era insidiosa y pérfida. Yendo incluso un poco más lejos, Constantino pasó a mayores y recordó su pasada altivez, al tiempo que le censuró por la hipocresía y mala fe que ahora mostraba. Juan, incapaz de soportar tales afrentas, se levantó enseguida de la mesa y se retiró, aunque no a su alojamiento habitual, pues se hizo conducir a un lugar alejado de la ciudad, confiando en qué el emperador necesitaría en adelante sus servicios y le insistiría para que regresase cuanto antes a la corte imperial. En su partida le siguió su guardia personal, pero también le acompañó un buen número de senadores, no porque estuvieran atados a él por vínculos de amistad, sino porque en su mayoría pensaban que Juan volvería a ocupar enseguida su anterior posición y querían asegurarse por anticipado sus favores, considerando que el compartir su marcha mantendría viva la llama de su memoria.

13. Al soberano no le alegró tanto que aquél dejara sus responsabilidades, cuanto le preocupó y le resultó sospechosa la gran afluencia de gentes de la Ciudad hacia donde estaba Juan, pues temía que intentaran sublevarse contra él de algún modo. Por ello reacciona con más perfidia e insidia aún, escribiéndole una carta en la que le censura por mostrarse tan orgulloso y le llama de nuevo a su lado como si fuera a compartir con él los secretos del Estado. Juan se presenta enseguida, convencido por esta misiva de que el emperador saldría a su encuentro, le saludaría como convenía y le tributaría los honores debidos. Pero Miguel, puesto que era día de carreras, sin esperar a ver a su tío, se marcha temprano sin ni siquiera dejarle un mensaje. Cuando éste se entera de ello, se siente todavía más ultrajado y despreciado y regresa enseguida a su retiro lleno de cólera. Ya no albergaba dudas acerca de lo que pensaba el emperador de él, sino que sus propios actos le habían confirmado su hostilidad. Cualquier vinculo

de amistad entre ellos estaba pues roto y cada uno de los dos conspiraba contra el otro. Juan, por su condición de simple ciudadano, maquinaba, en secreto y a sus espaldas, vengarse de él, mientras el emperador, prevaliéndose de su potestad imperial, descarga contra él todo su odio sin tapujo alguno y ordena que se le embarque en una nave y sea conducido ante él para rendir cuentas de su desprecio al emperador y su reluctancia a obedecerle.

14. Mientras Juan navegaba hacia el emperador, éste contemplaba el mar desde lo alto de Palacio. Cuando la nave que llevaba a su tío estaba ya a punto de atracar en el gran puerto, hizo desde arriba una señal a los marineros que la guiaban hacia la rada, tal como había convenido previamente con ellos, para que viraran en redondo mientras por detrás otra trirreme, lista para zarpar, se colocaba al lado de la anterior y conducía a Juan a un lejano exilio. No respetó la anterior deferencia que había tenido hacia aquel que lo había nombrado primero César y luego emperador y ni siquiera supo mostrarse medianamente condescendiente hacia él a la hora de infligirle el castigo. Antes bien, le exilió a un país que sólo parece destinado a los ladrones, aunque con posterioridad, al remitir algo su cólera, decidió aliviar un poco su estado. Juan partió pues, pero no sólo para cumplir esta condena, sino para padecer incontables desgracias, ya que la suerte que el Destino, por usar un eufemismo, le reservó, no se detuvo allí, sino que éste aún le iba a asignar múltiples y constantes padecimientos hasta poner finalmente la mano del verdugo sobre sus ojos y sellar su final de una forma atroz, imprevista y cruel[124].

15. Cuando hubo desaparecido aquel hombre terrible, que había puesto sobre sus espaldas el peso de la monarquía, el emperador no mostró ya prudencia alguna al gobernar el imperio, sino que enseguida se dispuso a cambiarlo todo para adecuarlo a sus propósitos. A ninguno de los funcionarios dirigía una mirada o un pensamiento cordial, sino que los aterrorizaba a todos con sus palabras y modos tiránicos. Esto era precisamente lo que quería, demostrar que sus súbditos estaban verdaderamente sometidos, quitar a la mayor parte de los funcionarios sus tradicionales privilegios así como reivindicar la libertad para el pueblo, para que le dieran escolta las masas antes que los nobles. Dispuso que su guardia personal se transfiriese a unos jóvenes escitas que había comprado para su servicio hacía mucho tiempo, todos ellos emasculados pero conocedores de las inclinaciones de su señor y siempre dispuestos a servirle en lo que quisiera. Podría confiar en su fidelidad, porque además les había honrado con las más altas dignidades. A unos los tenía para su seguridad personal, a otros los utilizaba para cualquier otro de sus proyectos.

16. Así conseguía que se llevaran a cabo sus propósitos. Por otra parte se conciliaba las simpatías de los prósperos ciudadanos y de todo el populacho del mercado y de los oficios artesanales, cuyas voluntades se granjeaba con favores a fin de contar con su ayuda para sus planes, en el caso de que fuera preciso. Éstos dependían de él totalmente y daban a conocer sus simpatías mediante públicas muestras de apoyo, no dejando por ejemplo que caminase sobre el suelo

desnudo, pues consideraban verdaderamente intolerable que no marchase sobre alfombras en un caballo engalanado con gualdrapas de seda. Alentado por todo ello, el emperador empezó a revelar los oscuros designios de su alma. En efecto, contra la emperatriz, que además, contra toda lógica debida, se había convertido en su madre, sentía un odio violento desde antiguo, ya desde el momento en que obtuvo de ella el poder: sólo porque en alguna ocasión la había llamado «mi señora», habría querido cortarse la lengua con los dientes y escupir luego el órgano amputado.

ACERCA DEL ODIO Y LA ENVIDIA DEL EMPERADOR HACIA LA AUGUSTA

17. El emperador no podía contener ya su rabia cada vez que en las aclamaciones públicas oía que el nombre de la emperatriz era pronunciado en primer lugar. Por ello empezó a relegarla y rehuirla sin hacerla partícipe de sus decisiones ni darle acceso a los tesoros imperiales, sino tratándola con absoluto desprecio, podría incluso decirse que burlándose de ella. La mantenía custodiada entre muros, como si fuese una prisionera enemiga, encerrada en la más innoble prisión. Se congraciaba con sus criados y registraba cada rincón del gineceo sin prestar atención a nada de lo que había convenido con ella. Pero llegó un momento en el que ni esto le pareció suficiente y sometió a la emperatriz a una última humillación. Decidió entonces expulsarla de Palacio, pero ni siquiera con un piadoso pretexto, sino mediante el más infame y mendaz subterfugio, para poder campar solo por las estancias de Palacio, como una fiera de presa. Así pues, una vez que esta idea se le metió en la cabeza, dejó de interesarse por todas las demás obligaciones de gobierno y no había idea o estratagema que no considerara para llevar a cabo su osado plan.

18. Al principio compartió sus propósitos con las personas más audaces de entre las que eran de su plena confianza. El siguiente paso que dio, también muy calculado, fue el de sondear, de entre los restantes, a cuantos sabía eran clarividentes en sus juicios y por demás sensatos. Unos le instaban y aconsejaban hacer lo que pensaba, otros le disuadían categóricamente de ello, unos terceros le recomendaban someter el proyecto a un estudio más detallado, y a otros, finalmente, les pareció adecuado someter su propósito a una predicción astronómica para saber si el momento escogido era propicio para su realización y ninguna conjunción astral se oponía a su empresa. Él escuchaba con aire grave a todos ellos sentado en el trono y, aunque no habría vacilado en hacer cualquier cosa que pudiese resultarle útil —pues estaba impaciente por seguir sus planes a toda costa—, al final dejó de lado todos los demás consejos y quiso conocer el futuro por boca de los astrólogos.

19. Por aquel entonces había un grupo de estudiosos de esta ciencia que no carecían de cierta distinción. Yo tuve trato con estos hombres, que prestaban escasa atención a las posiciones y movimientos de los astros en la bóveda celeste, pues no podían sentar las premisas de su demostración a partir de leyes

geométricas, ni eran capaces de hacer pronósticos, sino que simplemente fijaban los puntos cardinales en la Eclíptica y luego, observando el Ascendente y el Descendente del círculo zodiacal y los otros fenómenos que acompañan a éstos —como los planetas dominantes, la situación de los aspectos, los términos y todo lo que en ellos es favorable y desfavorable—, hacían ciertas predicciones a los que les consultaban acerca de lo que les habían preguntado. Y ciertamente algunos acertaron con sus respuestas. Digo esto, porque yo mismo conozco esta ciencia que he practicado desde hace mucho y he ayudado a muchas de estas personas a interpretar los aspectos de los planetas, aunque no creo que los asuntos humanos estén dirigidos por los movimientos de los astros. Pero esta opinión, dado que suscita muchas y encontradas reacciones en los dos sentidos, será mejor dejarla para examen en otra ocasión.

20. Así pues, el que era entonces emperador, ocultando la naturaleza de su acción, hace a los astrólogos una consulta poco precisa, pues les plantea sólo esto, si hay algún obstáculo en la posición de los astros que impida a alguien concebir grandes y audaces proyectos. Éstos, después de realizar sus observaciones y hacer un examen minucioso y completo de la situación, como vieron que todo estaba lleno de sangre y desolación, prohibieron al emperador llevar a cabo la empresa, aunque los más capaces de entre ellos aconsejaron posponerla para otra ocasión. El emperador estalló en una amplia carcajada y se burló de su ciencia como si fuera una impostura. «Idos en mala hora», dijo, «pues yo superaré la exactitud de vuestra ciencia con la audacia de mi hazaña».

21. Acto seguido pone en ejecución su plan y los hechos no tardan en desencadenarse. Tejiendo una red de calumnias contra su madre, que nada había tramado contra él, este hijo miserable condena a la emperatriz como envenenadora. Y sin que ella intuyera nada hasta entonces de aquel osado plan, él, que era un extraño a su familia, la saca de la alcoba que la vio nacer, siendo ella de la más noble cuna y él de la más baja extracción. La confronta entonces con falsos testigos para juzgarla por hechos que ella no conocía, le hace rendir cuentas y la condena como autora de crímenes abominables. La embarca luego sin dilación en una nave y con ella a ciertas personas a las que previamente había confiado sus osados planes contra la emperatriz. La expulsa así de Palacio y la instala en una de las islas que están situadas frente a la Ciudad, la llamada isla del Príncipe[125].

22. Algunas de las personas que la condujeron allí y con las que yo conversé posteriormente, cuentan que cuando la nave estaba ya zarpando hacia el mar, la emperatriz, volviendo la mirada hacia la corte de los emperadores, entonó un sentido treno encarando el Palacio. Recordó entonces a su padre y a todos sus antepasados, pues el imperio se había transmitido en herencia hasta ella a través de cinco generaciones. Pero cuando recordó a su tío el emperador, me refiero a aquel famoso Basilio, que resplandeció por encima de todos los demás soberanos, prez y gloria del imperio romano, sus ojos de repente se cuajaron de lágrimas y dijo: «Tú, querido tío y emperador, a mí apenas nacida me

envolviste en paños regios y me quisiste y honraste más que a mis hermanas, porque mi apariencia era muy similar a la tuya, tal como oí decir con frecuencia a los que te conocieron. Tú me besabas dulcemente cogiéndome en tus brazos y me decías: 'Cuídate mi pequeña y vive largos años, pues eres el último rescoldo de nuestro linaje y una ofrenda divina para el imperio'. Pero tú que así me criabas y educabas y que me procurabas un glorioso destino en el imperio, has visto frustradas tus esperanzas, pues no sólo yo misma me veo deshonrada, sino que he llevado el deshonor a todo mi linaje, acusada como he sido de crímenes horrendos y expulsada de Palacio, condenada al exilio en no se qué tierra. Temo ahora que me ofrezcan como pasto a las fieras o que me hagan desaparecer entre las olas del mar. Ojalá pudieras asistirme desde lo alto y salvar a tu sobrina gracias a tu poder». Sin embargo, cuando comprendió que la isla marcaba el límite de su relegación, respiró aliviada por un instante al ver disipados sus más funestos presentimientos. Dio entonces gracias a Dios por estar viva y ofreció enseguida sacrificios y oraciones a su Salvador.

23. Ella no estaba ya pues pensando en conspiraciones de ningún tipo, pues además, relegada en el exilio de la isla junto con una sola criada, no habría podido hacer nada, pero aquel hombre perverso no dejaba de tramar intrigas cada vez mayores contra la emperatriz. Así, después de causarle un sufrimiento tras otro, finalmente envía a los que la tonsurarán, o por decirlo más propiamente, a los que la matarán haciendo de ella una víctima inmolada, no sé si al Señor, pero sí sin duda a la cólera del emperador que lo ordenó. Cuando él llevó a cabo su propósito, la abandonó a su propio destino, como si estuviera acabada, pero quiso luego dramatizar lo ocurrido y ponerlo en escena. Revela por ello ante la asamblea del senado las supuestas intrigas de la emperatriz contra él, cómo sospechaba de ella desde hacía mucho tiempo e incluso que la sorprendió a menudo en flagrante delito, pero que mantuvo en secreto su terrible descubrimiento por respeto hacia ellos. Con palabras vacías e invenciones de este tenor consiguió ganarse la aclamación de los senadores que se pronunciaron a su favor por oportunismo. Luego, después de haberse justificado suficientemente ante ellos, quiso poner también a prueba a las masas populares. Nombró entonces a algunos de ellos representantes para que se hicieran eco de las cosas que él pretendía hacer y así, mientras él mismo proponía parte de ellas, escuchaba el resto de sus labios. Pensando que también éstos estaban favorablemente dispuestos ante sus acciones, dio por finalizada esta reunión con ellos y, como si hubiera realizado una hazaña sobrehumana, respiró aliviado de la enorme tensión sufrida y se entregó a alegres bromas infantiles. Sólo le faltó ponerse a bailar y dar saltos sobre el suelo. Pero no iba a demorarse por mucho tiempo el momento en el que debería rendir cuentas por su tiránica arrogancia, sino que éste llegaría enseguida, casi de improviso.

[ACERCA DE LA REBELIÓN DEL PUEBLO DE CONSTANTINOPLA CONTRA EL EMPERADOR]

24. Las palabras se revelan insuficientes para narrar los sucesos que

tuvieron lugar a continuación, del mismo modo que la inteligencia no es capaz de abarcar los criterios que guiaron entonces a la Providencia. Digo esto juzgando las capacidades de los demás a partir de las mías propias, pues ni un poeta cuya alma estuviera inspirada por el soplo divino o cuya lengua misma fuese guiada por la Divinidad, ni tampoco un orador dotado por la naturaleza de un fecundísimo ingenio y una fluida elocuencia y que adornase sus cualidades innatas con las técnicas de su arte, ni siquiera un filósofo que tuviera exacto conocimiento de los criterios de la Providencia o que hubiera comprendido gracias a su sobresaliente inteligencia alguno de los sucesos que nos transcienden, ninguno de ellos habría podido describir adecuadamente lo que entonces sucedió, aunque el primero dramatizara el relato y distorsionase la realidad con sus coloridas imágenes, o el segundo utilizase palabras ampulosas engarzadas en rítmicos periodos para dar igualada réplica a tan descomunal suceso, o él tercero, descartando toda espontaneidad en lo ocurrido, lo explicase recurriendo a diversas causas racionales, bajo cuyo efecto se celebró, ante los ojos de todo el pueblo, aquel hecho extraordinario que propiamente habría que calificar de misterio. Por ello, yo habría guardado silencio acerca de aquella extraordinaria revolución que conmocionó al imperio, si no hubiera sabido que con ello quitaba la voz al acontecimiento más crucial de mi cronografía. Por este motivo me he atrevido a cruzar tan inmenso océano sobre un frágil esquife: voy pues a relatar, en la medida de mis capacidades, cuantos cambios introdujo oportunamente la Divina Justicia en el orden del Estado después del exilio de la emperatriz.

25. El emperador vivía por el momento rodeado de lujos, con sus ambiciones cumplidas, pero por toda la Ciudad, como si se hubiera disuelto la armonía que le era innata, empezaron a congregarse grupos de personas, y me refiero a personas de todos los orígenes, clases y edades, que alborotaban y promovían disturbios[126]. No había nadie entre todos ellos que al principio no murmurase a media voz y no albergase en el fondo de su corazón una terrible indignación por lo sucedido y que luego no diese rienda suelta a su lengua y hablase con libertad, pues como la noticia acerca del cambio de fortuna de la emperatriz estaba extendida por todas partes, el duelo por ella era bien visible por la Ciudad entera. Como sucede en los grandes cataclismos, todos los ánimos estaban atribulados y nadie sabía cómo infundirse fuerzas, pues si por una parte recordaban los males ya pasados, por otra aún esperaban otros nuevos, de forma que todas las gentes eran presa de un terrible abatimiento y una congoja inconsolable. Así, cuando llegó el segundo día, nadie pudo poner freno a su lengua, no ya entre los funcionarios y ministros del altar, sino entre todos los que eran parientes y las personas del entorno del emperador. Los artesanos de los gremios estaban dispuestos a afrontar los mayores riesgos e incluso todos aquellos extranjeros a los que los emperadores suelen mantener como tropas auxiliares, me refiero a los escitas del Tauro e incluso a otros, no podían contener por más tiempo su cólera. Todos querían sacrificar su vida por la emperatriz.

26. El populacho de las calles estaba ya fuera de control y excitado con la idea de nombrar un nuevo usurpador contra el que había usurpado el poder. Y en cuanto a las mujeres ¿cómo podría describir yo su comportamiento a quien no lo

vio? Con mis propios ojos presencié cómo muchas, a las que nadie hasta entonces había visto fuera del gineceo, se precipitaban a la calle dando gritos, golpeándose el pecho y profiriendo terribles lamentos por la desgracia de la emperatriz, mientras las restantes marchaban arrebatadas como ménades, formando contra el criminal un escuadrón de mujeres nada insignificante que gritaba: «¿Dónde está la única mujer que es noble de corazón y hermosa de apariencia? ¿Dónde está la única de entre todas que es libre, la soberana de todo su linaje, la heredera legal del imperio, aquella cuyo padre fue tan emperador como el que le engendró a él y el padre de éste? ¿Cómo pudo atreverse un villano a hacer nada contra una mujer de noble cuna? ¿Cómo llegó a concebir contra ella proyectos tan monstruosos como nunca nadie pudo pensar?». Mientras decían esto, marchaban a la carrera como si fueran a quemar el Palacio. Y como no había nada que se lo impidiera, puesto que todos se habían sublevado ya contra el usurpador, al principio desfilaron separadas, como un batallón dispuesto al combate, pero luego cerraron filas con toda la falange de los ciudadanos que avanzaba contra él.

27. Todos ellos se habían armado. Uno abrazaba un hacha, otro blandía en su brazo una pesada espada de hierro, otro manejaba un arco, otro una lanza, pero la mayoría de aquella muchedumbre corría en desorden, provista de gruesas piedras que sostenían contra el pecho o agarraban con las dos manos. Yo en aquel momento estaba ante la entrada de Palacio. Desde hacía tiempo trabajaba para el emperador como secretario y recientemente se me había introducido en los servicios de entrada. Me encontraba por lo tanto en el pórtico exterior dictando algunos documentos de carácter muy reservado, cuando de repente llegó hasta nosotros un estruendo como de caballos al galope, cuyo eco llenó de confusión a muchos de los que estábamos allí. Luego llegó alguien para anunciar que todo el pueblo se había puesto en marcha contra el emperador y que, como si obedecieran a una consigna, se habían concentrado todos con el mismo propósito. A la mayoría de los presentes aquel suceso les pareció una revuelta sin sentido, pero yo, comprendiendo por cuanto antes había visto y oído, que el rescoldo había hecho prender el fuego de un incendio y que serían precisos ríos enteros, verdaderos torrentes de agua, para apagarlo, monté enseguida sobre un caballo y me dirigí al centro de la Ciudad. Allí vi entonces con mis propios ojos cosas sobre las que incluso ahora me asaltan dudas al recordarlas.

28. Era como si toda aquella masa humana hubiera sido poseída por un espíritu superior, pues resultaba evidente que su estado de ánimo no era el de antes, sino que ahora sus carreras eran más frenéticas, sus brazos se habían vuelto vigorosos, sus miradas brillaban arrebatadas y llenas de fuego y los músculos de su cuerpo se habían fortalecido. Nadie se atrevía a hacerles recobrar la sensatez o a apartarlos de sus propósitos, nadie había tampoco que pudiera aconsejarles nada.

29. Lo primero que decidieron fue marchar contra la familia del usurpador y derribar sus nobles y suntuosas mansiones. Se entregaron pues a esta tarea y tan

pronto como se precipitaron sobre ellas, todas se vinieron abajo desmoronándose. De aquellas construcciones, unas partes resultaron cubiertas y otras salieron a la luz, pues cubiertos quedaron los tejados que caían a tierra y a la luz se mostraron los cimientos que emergían desde la tierra como si ésta quisiera liberarse de su carga y arrojar fuera las piedras que los sustentaban. Y quienes derribaron la mayor parte no fueron manos de hombres jóvenes o adolescentes, sino niños, infantes de todas las edades y ambos sexos: todas las edificaciones cedían enseguida ante sus primeros embates. El causante de la destrucción acarreaba luego indefectiblemente lo que quedaba roto o derruido y lo exponía en el ágora sin regatear para obtener mejor precio.

30. Esto era lo que ocurría en la Ciudad, cuyo aspecto habitual se vio así súbitamente alterado. Mientras tanto, el emperador permanecía en Palacio, sin que al principio le turbase nada de lo que sucedía, pretendiendo poner fin a la declaración de guerra de los ciudadanos sin derramamiento de sangre. Pero cuando la insurrección se hizo evidente, el pueblo se agrupó en batallones y estas formaciones alcanzaron unas dimensiones notables, entonces, presa del pánico, se quedó conmocionado. Como si estuviera asediado, no sabía cómo actuar, pues si por una parte tenía miedo de hacer una salida, no menos recelaba a quedarse sitiado. No contaba con fuerzas de apoyo en Palacio, ni le era posible hacerlas llegar hasta él, mientras que de las tropas extranjeras hospedadas en la corte, unos permanecían indecisos sobre la decisión que tomarían y eran algo reticentes a obedecer sus órdenes, y los demás se habían opuesto abiertamente a él, de forma que hicieron defección y se unieron a la multitud.

31. Cuando el emperador se hallaba presa de la más absoluta confusión, el Nobilísimo acudió junto a él para ayudarle. Sucedió que se encontraba fuera de Palacio en el momento en el que se enteró del peligro y que al principio, temiendo lo que podría suceder, permaneció en su casa sin salir, muy asustado por la muchedumbre que se agolpaba ante sus puertas, pensando que moriría en el acto en cuanto abandonara la casa. Pero luego, después de armar a toda su servidumbre y ponerse él mismo la coraza, abriendo de repente la puerta, lograron salir todos sin ser advertidos y marcharon por la Ciudad tan rápidos como el fuego, empuñando puñales en sus manos para deshacerse enseguida de cuantos les salieran al paso. Recorrieron así a la carrera las calles y, una vez llegados a Palacio, golpearon las puertas y entraron para ayudar al emperador en peligro. Éste los recibió con alegría y poco faltó para que besara al tío que había elegido morir junto a él. Deciden entonces hacer regresar de inmediato a la emperatriz de su destierro, pues éste era la causa del estallido de descontento popular y de los enfrentamientos que se habían producido. Así mismo, ante la situación de emergencia, alinean a las tropas de Palacio, arqueros y artilleros, frente a los contingentes que irrumpían contra ellos sin temer nada. Los defensores, al amparo de los muros, dispararon sus hondas y arcos desde lo alto y mataron a no pocos asaltantes, rompiendo sus cerradas falanges. Pero éstos, comprendiendo el peligro, se dieron entonces de nuevo ánimo entre ellos y se agruparon en formación aún más compacta.

32. Entre tanto, la emperatriz fue conducida a la corte imperial, no tanto contenta por lo que el Poderoso había decidido a su respecto, cuanto temerosa de que la perversidad del emperador le destinase a sufrir una suerte aún más cruel. De ahí que no se aprovechase de las circunstancias, ni reprochase su desgracia al usurpador, y que ni siquiera abandonase su hábito de penitencia, sino que compartiese con él su dolor y vertiese lágrimas por él. Lo adecuado entonces habría sido que ella cambiara su hábito y se cubriese con los vestidos de púrpura, pero el emperador le exigió en cambio garantías de que, una vez calmadas las procelosas aguas, no alteraría los hábitos de vida a los que entonces se atenía y se conformaría con lo que sobre ella se decidiese. Ella entonces lo promete todo y concluyen una alianza de emergencia. La conducen así a lo alto del Gran Teatro[127], para mostrarla al pueblo insurrecto. Ellos creían que la cólera que animaba a las masas cesaría cuando les fuera devuelta su Señora. Sin embargo, mientras unos decían no conocer a la que se les mostraba, cuantos efectivamente la reconocieron se enfurecieron todavía más contra el usurpador por su conducta, pensando que ni en aquellas difíciles circunstancias dejaba de comportarse con rudeza y perfidia.

33. En consecuencia prendió todavía más la mecha de la guerra iniciada contra él. Temiendo entonces que el emperador, una vez reunido con la emperatriz, los dispersase y que entonces la mayoría, dando crédito a las palabras de aquélla, acabase por ceder, los sublevados adoptaron una decisión alternativa que bastó por sí sola para frustrar las tiránicas maquinaciones del emperador.

34. Pero para que mi relato proceda con orden, quiero que mi narración retroceda ahora un poco en el tiempo. Debo recordar sucesos anteriores y enlazar con ellos mi narración. Tal como dije más arriba, Constantino no había tenido una sola hija, sino tres. De ellas, la mayor había muerto y la más joven había vivido junto a su hermana la emperatriz durante no mucho tiempo, compartiendo la dignidad imperial sólo hasta cierto punto, pues no era objeto de aclamaciones junto a ella, sino que se le tributaban honores diferentes y participaba en los fastos de la corte por detrás de su hermana. Pero puesto que ni el parentesco ni el hecho de haber nacido del mismo seno bastaban para conjurar la envidia, la emperatriz sintió envidia incluso de la inferior posición de Teodora —pues éste era el nombre de la hermana—, de forma que, tan pronto como algunos calumniadores abrieron la boca contra ella, convenció al emperador para alejar a Teodora de Palacio, tonsurarla y convertir una de las más nobles residencias imperiales en su dignísima prisión. Pronto se llevó esto a efecto y los celos que separaron a las hermanas mantuvieron a una en una elevada posición y a la otra en una inferior, aunque también muy respetable.

35. Se contentó entonces Teodora con esta decisión y no se soliviantó ni por su cambio de hábito ni por ser apartada de la presencia de su hermana. Por su parte, el soberano no la excluyó por completo de los honores que antes le tributaba, sino que incluso la hizo partícipe de algunos privilegios imperiales. Cuando éste murió y Miguel se hizo con el cetro, después de atender por poco

tiempo a la emperatriz, tal como expuso nuestro relato, se olvidó de ella y menospreció por completo a su hermana. Pero cuando también éste partió de esta vida después de cumplir el tiempo que le estaba destinado, y el sobrino asumió el poder, éste no supo entonces ni quién era Teodora, ni si era vástago del tronco imperial, ni, en lo que a él se refería, si había nacido alguna vez o su tiempo había pasado ya. Estando ella en esta situación, o mejor dicho, comportándose los emperadores así con ella, nada hizo para oponerse a sus decisiones, y no tanto porque se viera forzada como por su propia voluntad. Sirva pues esto como preámbulo a la narración de los sucesos.

ACERCA DEL APOYO DEL PUEBLO A LA AUGUSTA TEODORA

36. Así pues, el pueblo, tal como dije, una vez rebelado contra el usurpador, temía que los acontecimientos se resolviesen de manera distinta a la prevista, que por lo tanto el usurpador se impusiese por la fuerza y no hubiese habido al final más que simples disturbios. Entonces, como no eran capaces de hacerse con la primera emperatriz, ya que el usurpador la había puesto previamente bajo su control y la guardaba como una nave en puerto, se volvieron hacia su hermana por ser la segunda por su sangre imperial. Así, no de forma tumultuosa y en desorden, sino nombrando como general que guiase sus formaciones a uno de los servidores del padre de ella —una persona que no era griega por su origen, pero sí de la más noble alcurnia por su carácter, con estatura de héroe y acreedora de respeto gracias a una prosperidad que le venía de antaño[128]—, marcharon hacia Teodora con todas las falanges y tan noble comandante a su frente.

37. Ésta, sobrecogida por tan inesperado suceso, permaneció inflexible ante las primeras presiones y, refugiándose en el presbiterio, permaneció sorda a todas las invocaciones que se le hicieron. Pero el ejército de ciudadanos, desesperando de poder convencerla, utilizó la fuerza contra ella. Algunos, desenvainando sus puñales, se precipitan al interior como para matarla y luego, en un golpe de audacia, consiguen apartarla del presbiterio y conducirla al exterior. Allí la cubren con un suntuoso vestido, la montan sobre un caballo y la conducen, rodeándola en círculo, al gran templo de la Sabiduría de Dios. No sólo la facción popular, sino también toda la nobleza, reconocieron entonces a Teodora. Todos, despreciando absolutamente al usurpador, proclamaron emperatriz a Teodora en medio de aclamaciones.

ACERCA DE LA FUGA DEL EMPERADOR Y DE SU TÍO Y DE CÓMO FUERON CEGADOS

38. Cuando el usurpador se enteró de esto, temió que cayeran de repente sobre él y lo matasen quizás en el propio Palacio, por lo que se embarcó en una de las naves imperiales llevando consigo a su tío y atracó en el sagrado monasterio de Estudio[129], donde se cambió de hábito y asumió como fugitivo el hábito de suplicante. Cuando este hecho se divulgó en la Ciudad, todas las almas, que hasta ese momento vivían atemorizadas y sobrecogidas, se sintieron de

inmediato aliviadas. Unos presentaban ofrendas a Dios, otros aclamaban a la emperatriz y, mientras tanto, el populacho y las gentes del mercado formaron coros y compusieron canciones sobre lo sucedido con versos improvisados. Sin embargo la mayor parte de ellos corrieron juntos a buscar al usurpador en una carrera desenfrenada, dispuestos a hacerlo pedazos, a masacrarlo.

39. Mientras éstos actuaban así, los que apoyaban a la emperatriz Teodora despacharon un cuerpo de guardia hacia el usurpador. A su frente iba uno de los más nobles comandantes, al que yo seguía de cerca, pues era su amigo y se me había encargado que le aconsejara y le ayudara a llevar a cabo sus propósitos. Cuando llegamos ante las puertas del templo, vimos otro contingente que se había presentado allí por propia iniciativa, una falange popular que se había colocado en círculo en torno al sagrado edificio y estaba dispuesta poco menos que a derruirlo. Por ello no nos resultó precisamente fácil ingresar en el templo, y además con nosotros se precipitó en el interior una muchedumbre ingente que daba voces contra el impío y profería contra él toda serie de injurias.

40. Hasta entonces ni siquiera yo acudía allí dispuesto a ser indulgente, pues no había permanecido insensible a la suerte de la emperatriz, sino que también a mí me animaba a ir contra él un pequeño sentimiento de ira. Pero cuando llegué ante el sagrado altar, donde resultó que se encontraba el emperador, y vi a ambos fugitivos, al soberano asido a la misma sagrada mesa del Verbo y al Nobilísimo de pie en la parte derecha, ambos mudados de hábito y también de ánimo y completamente cubiertos de oprobio, entonces mi ánimo no albergó la más mínima huella de ira, sino que, como si me hubiera alcanzado un rayo, me quedé petrificado y boquiabierto: aquel inesperado suceso también a mí me había demudado. Acto seguido conseguí sobreponerme y maldije la existencia humana, porque a lo largo de ella llegaban a ser habituales hechos tan imprevisibles y extraordinarios como aquéllos. Luego brotó incontenible de mis ojos un torrente de lágrimas que parecía manar como de una fuente interior y la emoción que me dominaba acabó al final por estallar en gemidos.

41. El populacho que había irrumpido en el interior rodeaba por todas partes a aquellos dos hombres. Eran como fieras dispuestas a devorarlos. Mientras tanto, yo permanecía de pie junto a la cancela, a la derecha del altar, entregado a mis lamentos. Cuando ambos vieron la turbación que me dominaba, y que no les era del todo hostil, sino que mostraba una actitud comprensiva, acudieron entonces los dos hacia mí. Yo me recobré entonces un poco y al principio reprendí delicadamente al Nobilísimo, entre otras cosas porque había decidido unirse al emperador para causar daño a la emperatriz. Luego pregunté a la persona que había sido dueña del poder qué daño le había hecho su madre y señora para que él maquinase contra ella una acción tan trágica y dolorosa. Ambos me respondieron. El Nobilísimo dijo que ni había participado en los proyectos de su sobrino contra la emperatriz, ni le había incitado a ellos. Dijo: «Si hubiera querido detenerlo, sólo habría cosechado desgracias, pues a éste», y se volvía hacia él, «no se le podía impedir nada de lo que quería una vez que se

empeñaba en algo. Pues si hubiera podido poner freno a sus ímpetus, no estaría ahora mutilado todo mi linaje ni habría padecido hierro y fuego».

42. Para explicar qué es esto que decía, quiero interrumpir aquí por un momento el relato. Cuando el emperador expulsó al Orfanotrofo y se convirtió en soporte y columna de toda su familia, se apresuró a socavar los cimientos de toda ella. Entonces todos sus parientes, que en su mayor parte habían alcanzado el vigor de su edad, hombres verdaderamente barbados, convertidos en padres de familia a los que se les habían confiado cargos eminentes en la administración, vieron cómo él les amputaba los órganos genitales y les dejaba en vida medio muertos, pues el emperador no se atrevía a matarlos directamente y decidió suprimirlos mediante una mutilación que pareciese más compasiva[130].

43. Así pues, el Nobilísimo me replicó con tales palabras. El usurpador en cambio, sacudiendo ligeramente la cabeza, dijo con fatiga, mientras las lágrimas le apuntaban en los ojos: «Dios no es injusto actuando de este modo. La Justicia exige que yo pague por lo sucedido». Tras hablar así, de nuevo se agarró a la divina mesa. A continuación consideró que él debía proceder al cambio de hábito según lo establecido, y así los dos cumplieron el místico rito del cambio de hábito. Permanecían sin embargo ambos sobrecogidos, asustados y temiendo la irrupción del pueblo. Yo creía que los tumultos no irían más allá de ese punto y me admiraba ante el escenario de los hechos, impresionado por la evolución de los actores del drama. Pero esto no era sino un breve preámbulo para una tragedia aún más terrible. De ello haré ahora un relato pormenorizado.

44. Cuando se estaba poniendo ya el día, se presentó de repente un oficial de los que acababan de obtener el mando diciendo que Teodora le había ordenado que trasladase a los fugitivos a otro lugar. Le seguía una muchedumbre de ciudadanos y soldados. Se aproximó al altar en el que aquéllos estaban refugiados y con voz resuelta les instó a que salieran de allí. Ellos, como veían que la multitud empezaba a hablar de verdugos y se daban cuenta de que el comandante parecía seguir el rumbo de las circunstancias y que además su actitud se hacía cada vez más insolente, se negaron a salir y se asieron con aún más fuerza a las columnas que sostenían la sagrada mesa. El enviado, entonces, deponiendo su tono insolente, empezó a hablarles con más amabilidad y juró por lo sagrado, haciendo valer todo tipo de razones, que no padecerían ningún mal y que él no se comportaría con ellos con más severidad de la requerida. Pero ellos, que ya estaban aterrorizados y que sospechaban que les pudiera ocurrir cualquier desgracia a la vista de las circunstancias, se quedaron paralizados, prefiriendo ser inmolados en el presbiterio antes que confiar en obtener clemencia de ninguna clase una vez se encontraran en el exterior.

45. Entonces aquél, desesperando de poder convencerlos con palabras, pasó a usar la violencia. A una orden suya la multitud les puso las manos encima y allí dio comienzo la iniquidad, pues fueron como fieras quienes les expulsaron de sagrado mientras ellos, profiriendo toda clase de lamentos, miraban hacia los

miembros de la sagrada congregación rogándoles que no frustraran sus esperanzas y no dejaran que se expulsase inmisericordemente de allí a personas que habían buscado en Dios su refugio. Ciertamente, la mayoría de los monjes sentía vergüenza ante el sufrimiento de los refugiados, pero no se atrevieron a enfrentarse frontalmente al curso de los acontecimientos, sino que llegaron a un acuerdo con la muchedumbre y luego, confiando en los juramentos del comandante, establecieron una especie de pacto con él: que le entregarían a los refugiados, aunque ellos les acompañarían para, por decirlo así, cuidar de ellos una vez expulsados. Sin embargo nada había ya que pudiera ser de ayuda a éstos, tan adversas les eran las circunstancias y tan enconados estaban los ánimos contra ellos.

46. En efecto, los partidarios de Teodora, conscientes de la envidia que le tenía su hermana Zoe y de que ésta antes habría preferido ver sobre el trono imperial a un mozo de cuadras que compartir el poder con su hermana, pensaron que era probable que Zoe la arrinconase y de nuevo promoviese a Miguel al trono. Acuerdan todos de forma unánime quitar de en medio al fugitivo. Pero como decretar la muerte de Miguel no satisfizo mucho a los más indulgentes, preparan y conciertan entonces otro plan para privarles de toda luz de la esperanza. Envían así con la mayor premura a unos hombres audaces y resueltos con la orden de que cuando viesen a éstos fuera del sagrado recinto les sacasen los ojos con el hierro.

47. El emperador y el Nobilísimo, que ya habían salido del templo, fueron recibidos por un cortejo infamante, pues la multitud se burlaba de ellos, como era lógico esperar en aquellas circunstancias, y, o bien se reía bulliciosa en torno suyo, o bien, cuando les incitaba la ira, les empujaba para conducirlos por el medio de la Ciudad. Cuando todavía no habían recorrido mucho camino, se encontraron con aquellos a los que se les había ordenado quitarles la vista. Hicieron entonces público el decreto y mientras unos se preparaban para ejecutarlo y afilaban ya el hierro, a ellos dos, cuando el mal llegó a sus oídos y vieron que no tenían ninguna esperanza de huir —pues mientras unos aclamaban la decisión, los otros no se oponían a lo decretado—, se les ahogó enseguida la voz en sus gargantas y poco les habría faltado para caerse allí muertos de no ser por un miembro del senado que, situándose a su lado, les consoló en su desgracia e hizo que poco a poco recobraran el ánimo ya desfallecido.

48. El emperador, abatido por las circunstancias y las desgracias sufridas, dio muestras de la misma disposición de ánimo durante todo el tiempo que duró aquella tortura, pues unas veces profería sonoros gemidos, otras sollozaba con voz entrecortada, suplicaba ayuda a los espíritus puros que se le acercaban, invocaba a Dios, tendía sus manos suplicantes al cielo, al templo, a cualquier persona... El tío por su parte se comportó al principio de forma idéntica, pero cuando perdió luego toda esperanza de salvarse, dado que tenía un carácter más orgulloso y sólido, capaz de navegar contra la corriente de la vida, se dio fuerzas en su interior y, como si se armara contra el asalto de la desgracia, hizo frente con

nobleza a sus padecimientos. Cuando vio que los verdugos estaban ya listos para realizar su trabajo, fue el primero en someterse al suplicio, avanzando dócilmente hacia las manos criminales. Pero puesto que aquella falange de ciudadanos no había dejado ningún espacio libre, ya que cada uno de los que allí había acudido quería ponerse delante para contemplar cómo se los castigaba, el Nobilísimo, sin mostrar ningún temor, volvió los ojos para buscar a la persona que había recibido la orden de poner en escena aquella tragedia y le dijo: «Tú, haz retroceder esta falange de mi lado, para que yo pueda mostrarte con qué nobleza soporto mi desgracia».

49. Y cuando el verdugo se disponía a amarrarlo para que no se moviese mientras se le cegaba, dijo: «Tú, procede, pero si ves que no estoy quieto, entonces fíjame también con clavos». Una vez dicho esto, se tumbó boca arriba en el suelo, sin que cambiase nada el color de su piel, dijese una palabra o profiriese un solo gemido. Se creería incluso que no estaba vivo ya. Mientras a él se le sacaban así, el uno tras el otro, los dos ojos, el emperador estaba representándose ya su propia desgracia a partir de los padecimientos del otro y veía realizado en él el sufrimiento de aquél. Batía así las manos, o mejor, se golpeaba con ellas el rostro y plañía de un modo angustioso.

50. Uno pues se levantó del suelo con las cuencas de los ojos vacías y, apoyándose ya en una de sus personas de más confianza, hablaba con coraje ante los que se le aproximaban y decía que no le importaba incluso el tener que morir. Había conseguido sobreponerse a las circunstancias. Al emperador en cambio, cuando el sayón lo vio presa del temor y deshecho en súplicas, lo amarró más estrechamente aún y lo mantuvo inmóvil a la fuerza para que no se agitase mientras era castigado. Y cuando también a éste se le vaciaron los ojos, entonces desapareció aquella insolencia incontenible de las masas que habían dirigido su furia contra ellos. Los dejaron entonces en paz allí y de nuevo se precipitaron hacia donde estaba Teodora. De las dos emperatrices, una estaba en la corte imperial y la otra en el gran recinto de la divina Sabiduría[131].

51. Los miembros del Senado no sabían qué partido tomar. A la que estaba en Palacio la honraban por haber nacido antes y a la que estaba en el templo porque gracias a ella se había acabado la tiranía y ellos no habían visto frustradas sus esperanzas de salvarse. El poder había quedado en disputa entre ambas. Sin embargo, la hermana mayor en edad resuelve el dilema que los atenazaba y decide entonces acoger por vez primera entre sus brazos a su otra hermana y estrecharla afectuosa. Divide así la herencia del imperio entre ella y su hermana. Una vez que llega con ésta a un acuerdo respecto al poder, la hace venir a Palacio en medio de una espléndida procesión y la asocia al poder. Así actuó Zoe. Teodora por su parte no abandona por ello del todo la deferencia que debe hacia su hermana ni la priva de la preeminencia en el rango, sino que le cede las insignias de su augusta condición para de esta forma compartir el imperio con su hermana y estar al mismo tiempo sometida a ella.

LIBRO VI.

ZOE Y TEODORA

[1042]

[ACERCA DEL GOBIERNO DEL IMPERIO POR EL GINECEO]

VI.1. El imperio recae pues sobre las dos hermanas. Entonces, por primera vez en nuestro tiempo, se vio al gineceo convertido en consistorio imperial y a las masas civiles y militares marchar juntas en armonía bajo el mando de unas soberanas y obedecerlas a ellas más que si en el trono se sentase un severo emperador que las gobernase con energía. No sé si otra dinastía como la de aquéllas ha sido tan querida por Dios y me asombro al pensar que, a pesar de que sus raíces fueron plantadas y prendieron no en el respeto a la ley, sino gracias a sangrientos crímenes, aquello que se plantó pudiera florecer de tal modo y generar tantos brotes, cada uno de ellos además portador de un fruto imperial, de forma que ningún otro vástago puede compararse con éstos, ni en belleza ni en grandeza. Pero sea dicho esto a modo de digresión intercalada en mi composición[132].

2. Las dos hermanas prefirieron reinar solas por el momento y ni gobernaron el imperio mediante nuevos ministros, ni intentaron cambiar de repente el estado de las cosas. Tan sólo depusieron a los que pertenecían a la familia del usurpador y siguieron recurriendo para los cargos públicos a los servicios de los demás, personas todas ellas muy fieles y que mantenían su predisposición hacia ellas desde el tiempo de sus padres. Estos funcionarios, temiendo que en el futuro recayera sobre ellos alguna acusación, bien por subvertir el orden, bien por tomar decisiones sin fundamento o bien por actuar sin sanción legal, eran escrupulosos en todos los asuntos civiles y militares y, en la medida de lo posible, eran equitativos con cada uno de ambos partidos[133].

3. Se siguió usando para las dos hermanas el mismo ceremonial que se solía utilizar para los emperadores precedentes. Ambas se sentaban sobre la tribuna imperial en la misma línea, que apenas retrocedía un poco a la altura de Teodora. Junto a ellas estaban los lictores, los espadarios y el cuerpo de bárbaros que blande el hacha con el brazo derecho[134]. Más retirados se hallaban los grandes favoritos y los que se hacían cargo de la administración. Más allá de éstos, otra guardia armada, de rango inferior a la que era más fiel al trono, las ceñía como una corona y en ella todos posaban reverentemente su mirada en

tierra. Detrás de ellos, los miembros del Senado y los altos dignatarios. A continuación, aquellos a los que les correspondía un segundo y un tercer rango, todos dispuestos en filas distribuidas a intervalos iguales. Este orden se mantenía en todos los demás actos, ya se tratase de resoluciones judiciales, reclamaciones fiscales y contribuciones extraordinarias, como de audiencias de embajadores, debates, acuerdos y todas las demás funciones que suele llevar a cabo la administración del Estado. Aunque la mayoría de las intervenciones procedían de los que gestionaban el poder, si era preciso las emperatrices impartían en algunas ocasiones ellas mismas órdenes o respondían con voz tranquila, bien porque personas competentes las aleccionaran y les dieran consejo, bien incluso porque ellas se sirvieran de su propio criterio.

4. Para enseñar un poco cuál era el carácter de las dos emperatrices a quienes no las hayan conocido, diré que la que era mayor en edad, Zoe, era la más ágil a la hora de concebir, pero más lenta a la de expresarse, mientras que para Teodora ambas cualidades se hallaban precisamente invertidas, pues su ánimo no adoptaba con rapidez una resolución, pero tan pronto como se lanzaba a hablar daba muestras de su locuacidad con una voz autorizada y desenvuelta. Mientras Zoe era impetuosa en todo lo que decidía y su mano estaba dispuesta a actuar con la misma vehemencia en ambas direcciones, es decir, tanto para dar la vida como para quitarla —en este aspecto era semejante a las olas del mar que alzan la nave a lo alto y luego la sumergen de nuevo—, Teodora no tenía este carácter, sino que era de ánimo apacible y, por decirlo así, obtuso en los dos extremos. La una era de mano pródiga y capaz de gastar en un solo día todo un mar rebosante de polvo de oro; la otra sacaba cuenta de cada moneda que daba, en parte porque no disponía de fuentes de ingresos ilimitadas de las que echar mano, en parte porque en este respecto había heredado una forma de ser más dada al control de sus actos.

5. Y para no ocultar nada en mi exposición —pues no intento aquí hacer un encomio de nadie sino componer una historia rigurosa—, ninguna de las dos tenía por sí misma capacidad para gobernar, porque no sabían ni gestionar la administración ni seguir un criterio firme en los asuntos de Estado, y por lo general mezclaban las frivolidades del gineceo con los graves problemas del imperio. Y la misma cualidad de la hermana mayor que hoy todavía es alabada por muchos, concretamente el hecho de que fue capaz de hacer generosos donativos a muchas personas y durante muchos años, aunque para los que recibieron sus beneficios se convirtió en motivo de alabanza, resultó ser la única y primera causa que provocó la quiebra de todo el Estado y hundió en los abismos el destino de Roma. Ciertamente la virtud más característica de los emperadores es la munificencia, pero este acto resulta digno de ser emulado sólo si se realiza con juicio y lo acompañan oportunidad y fortuna así como un sentido de las diferencias existentes entre las personas, pues si no se consideran estos aspectos, el desembolso se convierte en un derroche sin sentido.

6. Pero si las hermanas tenían un carácter tan divergente, mayor aún era la

diferencia de su aspecto. La que por sus años era la mayor resultaba tener una constitución más entrada en carnes y una estatura no muy elevada. Por debajo de unas severas cejas se abría la amplia hendidura de su ojo y su nariz descendía con una ligera curvatura, sin llegar a ser muy marcada. Tenía los cabellos rubios y su cuerpo era de un blanco resplandeciente. El transcurso de los años había dejado en ella muy pocas huellas visibles. Si alguien hubiese observado la armonía de sus miembros sin saber a quién estaba viendo, la habría juzgado enseguida una joven en flor. Ningún miembro de su cuerpo presentaba arrugas y toda su piel era tersa y lisa, sin que tuviera ningún pliegue suelto. En cambio Teodora resultó ser de una gran estatura y tener un cuerpo enjuto. Su cabeza no llegaba a tener el tamaño adecuado y resultaba asimétrica con el resto del cuerpo. En cuanto a su lengua, tal como dije, era muy desenvuelta y lo era también en sus movimientos. Su mirada no era penetrante, sino agradable, y siempre estaba dispuesta a la risa y a hablar de cualquier cosa.

7. Éstos eran los rasgos del carácter y la apariencia de ambas. Parecía que la dignidad imperial había adquirido entonces mayor prestigio y crecido en consideración simplemente porque la mayoría de las gentes de la corte, tal como sucede en los papeles del teatro, se había transformado de repente por vestir suntuosos ropajes y porque el monto de los donativos llegó a alcanzar niveles nunca vistos antes, ya que, sobre todo la emperatriz Zoe, no sólo abrió las fuentes de los tesoros imperiales, sino que derramó hasta la última gota de dinero que en ellos se ocultaba. Esto no eran donativos, sino pillaje y rapiña. Todo esto, estas excesivas solemnidades, fueron precisamente el principio del receso y hundimiento del Estado. Pero por el momento eso era como una profecía, algo que presentían sólo las personas más sensatas.

8. En cualquier caso, era evidente que las recompensas destinadas a los soldados y los ingresos de la intendencia militar eran desviados sin ningún motivo y destinados a otras personas, concretamente a una muchedumbre de aduladores y al que entonces era el séquito de las emperatrices, como si el emperador Basilio hubiera llenado de dinero los tesoros imperiales para beneficiar a estas personas.

9. A muchos les parece que sólo ahora por vez primera los pueblos que nos rodean se han expandido de repente por el interior de las fronteras de los romanos y han irrumpido con violencia inopinadamente en nuestra casa. Yo por el contrario pienso que una casa se viene abajo justamente cuando se rompen los vínculos que la mantenían unida. Aunque la mayoría no se dio cuenta entonces de dónde comenzó nuestra desgracia, es sin embargo claro que ésta creció y se desarrolló a partir de aquella primera premisa y que las nubes que entonces se formaron prepararon la gran tormenta que ahora se ha desencadenado. No obstante, todavía no es el momento de hablar sobre esto [135].

ACERCA DE LAS DELIBERACIONES DE LA AUGUSTA ZOE SOBRE LA PERSONA QUE INTRODUCIRÍA EN PALACIO COMO EMPERADOR

10. En lo que sigue se hará una narración más ajustada a los hechos y más ordenada. Los asuntos de Estado requerían con urgencia una administración vigorosa e inteligente y el mando de un hombre de pulso firme y con experiencia de gobierno, que estuviese atento no solamente al presente, sino a lo que hubiera podido hacerse irreflexivamente en el pasado y a las consecuencias que de ello se derivarían, así como capaz de anticiparse al futuro y poner al imperio al abrigo de cualquier invasión o incursión. Sin embargo el ansia de poder o incluso su ausencia, la aparente libertad reinante, el no estar sometido a cálculo alguno y el deseo de obtener siempre más, convirtieron en un gineceo las estancias del emperador.

11. No obstante, el parecer de las gentes no estaba todavía demasiado formado, pues no dejaban de escucharse, una tras otra, diferentes opiniones, unas coincidentes, otras discrepantes. Unos consideraban que el poder le correspondía a Teodora por haber sido la responsable de haber salvado al pueblo y no haber tenido trato con varón, mientras que a otros la otra de las hermanas les parecía más adecuada para asumir el poder, porque ya había estado previamente en posesión de la majestad imperial y daba muestras de una incomparable prodigalidad. Puesto que las opiniones de las gentes estaban divididas de este modo, la hermana mayor se adelantó a sus pensamientos y se atribuyó sin demora todo el poder. Luego se puso a considerar y juzgar quién era el más distinguido por su linaje o el más señalado por su condición, ya procediese de los escaños senatoriales, ya de las filas del ejército.

12. Entre otras personas un hombre destacaba en aquel entonces por su belleza incomparable. Su lugar natal era Dalasa, una villa muy señalada, y su nombre Constantino[136]. La naturaleza lo había preparado en cierto modo para asumir la carga del poder, pues cuando todavía no había cumplido diez años, el rumor público lo ensalzaba y le predecía un glorioso destino. Los sucesivos emperadores habían temido por lo tanto a este hombre y todos le habían cerrado el acceso al Palacio imperial. Miguel el Paflagonio lo mantuvo incluso en prisión, no tanto porque lo temiera a él, cuanto a las simpatías del pueblo hacia él, pues la Ciudad se ponía toda en pie cuando veía pasar a aquel hombre y se agitaba como si fuera a realizar enseguida algo en su nombre. Pero el emperador lo custodiaba en una prisión y cuando después de él reinó su sobrino, nada más sentarse éste sobre el trono imperial, extinguió en él toda aspiración de obtener el imperio, pues le cambió el hábito y lo enclaustró con los que visten de negro, no porque en su benevolencia quisiera aproximarlo a Dios, sino porque con maligno propósito quería apartarlo de su supuesto objetivo. Sin embargo, cuando éste se había conformado ya con su suerte, las circunstancias lo convocaron a asumir el poder. Tenía cerca un modelo de semejante cambio de hábito, pues la emperatriz, después de haber padecido primero el estado monástico[137], había alcanzado luego la púrpura. Fue conducido a presencia de ésta después de haber sido convocado con un pretexto. Pero dado que Constantino se expresó de manera demasiado cortante y, en lo tocante al imperio, defendió ideas demasiado elevadas sin renunciar a ninguno de sus nobles propósitos, a todos les pareció un hombre difícil y de carácter rudo, por lo que suscitó recelos y frustró las expectativas creadas.

13. Así que los votos recayeron de nuevo en otro candidato. El hombre no era ahora de condición muy distinguida, pero por su deslumbrante aspecto parecía un alto dignatario. Cuando había servido como secretario al emperador Romano, no sólo fue considerado por éste como capacitado para el cargo, sino que también la emperatriz lo encontró muy atractivo, lo que precisamente dio pie a la acusación de que se había reunido con él a espaldas de su marido. Desde luego Romano, que no era una persona demasiado celosa, permaneció sordo a tales rumores, pero Miguel lo retiró de Palacio y lo alejó de la Ciudad con el pretexto de un cargo honorífico. Sin embargo, la emperatriz sentía una clara inclinación hacia él, de forma que, una vez convocado a Palacio, él pudo frecuentarla adaptando su carácter a los gustos de aquélla. Pero cuando más o menos todos se habían decidido por él, una enfermedad repentina le arrebató la vida y con ella se llevó todas sus esperanzas[138].

14. Quien realmente iba a adueñarse del cetro era Constantino, hijo de Teodosio, último vástago en línea directa del antiguo linaje de los Monómacos. Sobre él mi narración fluirá abundante cuando desemboquemos en el ancho mar de su reinado. En efecto, reinó más tiempo que los emperadores posteriores a Basilio y tomó también muchas más decisiones que los demás, unas mejores que las de aquéllos, otras —¿y por qué no tendría yo que decir la verdad?— mucho peores. Yo, que, apenas fue nombrado emperador, me encargué de servirle en todo, que fui colocado en la posición más eminente, que fui encargado de los asuntos de más relevancia, de forma que no ignoro nada, ni de cuanto él llevó a cabo abiertamente, ni de cuanto hizo en secreto, es lógico que le dedique a él más espacio que a los relatos de los demás emperadores.

ACERCA DE CÓMO Y POR QUÉ MEDIOS LA AUGUSTA INTRODUJO EN PALACIO AL EMPERADOR CONSTANTINO

15. Pero no es todavía momento de hablar de estas cosas. Es preciso decir cómo, por qué causas y con qué medios Constantino se convirtió en emperador. Este hombre estaba situado por su linaje en la cúspide del imperio, se jactaba de tener una enorme fortuna y destacaba por su belleza, de forma que las familias más sobresalientes se lo disputaban como partido. Al principio se emparentó con el personaje más notable de entonces, pero cuando perdió a su mujer por una enfermedad, enseguida le cazaron para un segundo compromiso. En efecto, el emperador Romano, que entonces todavía vivía como un ciudadano privado, pero que por su cargo y las altas expectativas que suscitaba, era persona que destacaba por encima de todos, se sintió cautivado por este hombre debido tanto a su radiante juventud como al esplendor de su linaje y decidió injertar este bello vástago de nueva alcurnia en el hermoso y fecundo olivo de su familia. Se trataba de la hija de su hermana Pulquería, la cual había estado antaño casada con Basilio Esclero —al que el destino privaría más tarde de la vista—, y dado a luz a una única hija[139]. Cuando Constantino se unió a ésta, su linaje destacó por encima de los demás, aunque siguió sin alcanzar cargos sobresalientes en el Estado, pues las personas del entorno del emperador Basilio estaban furiosas contra él por

causa del odio que sentían hacia el padre, ya que éste, encarcelado por participar en un intento de usurpación, dejó a su hijo como herencia el odio de los emperadores[140]. Por ello ni el emperador Basilio ni su hermano Constantino lo promovieron a cargos públicos, sino que lo detestaban y, aunque no le causaron daño alguno, no lo consideraron digno de un destino mejor.

16. Cuando Romano se hizo emperador, tampoco él proporcionó a Constantino ningún privilegio especial —tan errados eran siempre sus juicios—, pero al menos lo tuvo en la corte imperial, donde, aunque no fuera por otra cosa, destacaba por su parentesco con Romano. Puesto que su rostro despedía una fragancia de juventud —en nuestra época se le llamaba «fruto de primavera»— y dado que su conversación estaba llena de encanto y era un conversador sin parangón, la emperatriz estaba cautivada por él y quería a menudo tener relaciones con él. Él se multiplicaba para satisfacerla y, empleando hábilmente los recursos que sabía más le agradaban a ella, consiguió ganársela totalmente. Gracias a ello disfrutó de los favores imperiales que ella le prodigaba. Pero muchas personas a las que precisamente no les gustaban demasiado las ocasionales entrevistas secretas entre ambos lanzaron contra ellos algunos dardos de maledicencia.

17. De ahí que pareciera un candidato probable para ocupar el poder y que Miguel, que había ascendido al poder después de Romano, sospechara de él. Luego, siendo ya emperador, no remitió la envidia que sentía hacia él, sino que, aunque al principio lo trató con benevolencia, posteriormente, después de preparar ciertas acusaciones contra él y amañar algunos falsos testimonios, lo expulsó de la Ciudad y lo condenó a estar confinado en un territorio. La isla de Mitilene constituía esta frontera y en ella sobrellevó una desgracia que duró siete años, hasta que vio cumplirse el término del reinado de Miguel. Sin embargo, también el segundo Miguel heredó el odio que sentía hacia él.

18. Cuando el poder recayó luego sobre la noble emperatriz, ésta al principio, tal como tengo ya dicho, temiendo que la situación se precipitase, buscó, no ya cerca, sino en el entorno inmediato, un marido que reforzara su posición. Puesto que el primero había caído en desgracia por un golpe de fortuna[141] el segundo fue despreciado por la oscuridad de su linaje[142], de un tercero se sospechó que podría resultar peligroso, y así cada uno por un motivo diferente fueron siendo descartados, la emperatriz, perdida ya la esperanza en todos ellos, fija de nuevo sus pensamientos en Constantino. Revela sus intenciones en conversaciones con su séquito y su servidumbre y cuando vio que todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, votarían por el ascenso de Constantino al poder, anuncia entonces también su decisión al senado. Y puesto que esta decisión les pareció a los senadores inspirada por Dios, se hizo volver a Constantino de su destierro.

19. Volvió desde allí todavía sin fastos, pero cuando se acercaba a la Ciudad se dispuso para él una suntuosa acogida. Se levantó para él una tienda

imperial e imperial fue también la guardia que se dispuso en torno suyo. Ante las puertas de Palacio lo esperaba además un brillante y grandioso escenario: hombres de toda edad y condición, que corrían hacia él empujándose unos a otros y lo aclamaban con gritos de júbilo. Parecía que la Ciudad celebraba un festejo popular, o mejor, que junto a la primera ciudad del imperio, la ciudad imperial, se hubiera improvisado también una segunda ciudad, pues una multitud de ciudadanos se puso en movimiento hasta las murallas y se formaron ferias y mercados. Cuando todo quedó dispuesto y los preparativos del ingreso fueron concluidos como era preciso, se le comunicó entonces la señal de entrada y él penetró en el Sagrado Palacio en medio de un espléndido cortejo.

20. Puesto que era preciso aplicar las leyes comunes del matrimonio, el patriarca Alejo actuó con prudencia y, aunque cedió a las circunstancias, vale decir, a la voluntad de Dios, no impuso con su mano la corona a los dos esposos, aunque los abrazó una vez casados y coronados. Esta actitud no sé si es propia de un sacerdote o de un cortesano adulador que actúa según las circunstancias[143].

LIBRO VII.

CONSTANTINO IX MONÓMACO

[1042-1055]

[ACERCA DE LAS DUDAS DEL AUTOR AL ESCRIBIR LA BIOGRAFÍA DE CONSTANTINO]

VI.21. Estos hechos supusieron para las dos emperatrices el fin de toda libertad de iniciativa y de su soberanía en los asuntos de Estado. Para Constantino Monómaco en cambio fueron el principio de su poder y el primer paso en su consolidación. Ellas abandonaron el poder después de haber gobernado conjuntamente durante tres meses, mientras que Constantino —pero no hablemos todavía sobre él, pues tengo que aclarar algunos pequeños detalles para quien tenga el gusto de escucharme.

22. Muchas fueron las personas que a menudo me presionaban para que redactase esta obra, no sólo funcionarios palatinos y miembros eminentes del senado, sino también algunos de los que ofician los misterios del Verbo y además los más santos de entre ellos, que poseen un alma superior. Puesto que en efecto desde hacía tiempo las recopilaciones históricas faltaban en nuestra literatura, hasta el punto de que se corría el peligro de que los hechos quedaran ocultos por el lento paso del tiempo y de que los años transcurridos no proporcionaran material alguno que tratar desde una perspectiva histórica, consideraron por ello que yo debía poner remedio a este estado de cosas para evitar que los sucesos de nuestra época permanecieran ocultos en las simas del olvido y hechos anteriores a nosotros fueran quizás considerados por la posteridad dignos de ser registrados. Mientras ellos me empujaban a esta obra mediante tales razonamientos, yo no estaba muy inclinado a asumir este trabajo, y no porque la pereza me hiciese abandonar este propósito, sino porque temía correr uno de los dos riesgos siguientes. En efecto, si, por las razones que diré, pasaba por alto las acciones de algunos o alteraba los hechos presentándolos de otro modo, nadie creería que yo hubiera escrito una historia, sino que se me acusaría de fabular los hechos como en el teatro. Pero si fuera a la caza de la verdad por todos los medios, daría pie a que los críticos hicieran burla de mí y no se me consideraría un historiador vocacional, sino un profesional de la maledicencia.

23. Por esta razón no tenía precisamente interés en tratar los sucesos de mi tiempo, especialmente porque sabía que había mucho que reprochar al

emperador Constantino. Pero además yo sentiría vergüenza ante él si no le tributase la más rotunda alabanza, ya que sería un ingrato además de un completo necio si, por todos los beneficios que obtuve de él, bien a través de favores concretos, bien porque me proporcionó los medios para incrementar mi fortuna, no le diese una compensación, siquiera fuese mínima, mostrándole el debido reconocimiento en mis escritos. Así pues, por causa de este hombre siempre había rechazado escribir esta historia, ya que, lo que menos deseaba hacer yo, era imputarle ningún hecho reprobable o ser yo quien revelase en mi escrito algunas acciones suyas no muy honrosas y que sería bueno pasar por alto, ni quien confiase a la lectura pública un relato lleno de infamias, ni quien tomase como pretexto para las peores invectivas a la persona que hice objeto de los más laudatorios discursos, ni quien afilara contra él la lengua que depuré gracias a los estímulos que él me dio...

24. Pues si todo lo que en este mundo es superfluo y accesorio debe ser despreciado por un hombre dedicado a la filosofía y si lo que marca el objetivo de su vida es la aceptación de las cosas que son indispensables por su naturaleza, mientras que las demás permanecen fuera de los límites de una vida así concebida, entonces por esa razón yo no debo ser ingrato con aquel que me colmó de honores y me ensalzó por encima de los demás. Yo querría por lo tanto, o bien recordarle en escritos laudatorios, o bien callar aquellas acciones suyas que no estuvieran animadas por excelsos principios. Ahora bien, si yo, una vez dispuesto a escribir un encomio de su vida, dejase luego a un lado los motivos de alabanza y resultase evidente que había reunido argumentos para su crítica, sería un hombre verdaderamente perverso, como el hijo de Lixes que dio cabida en su obra a las peores acciones de los griegos[144].

25. En cambio, si no es un encomio esto en lo que ahora estoy empeñado y me propongo escribir una historia de las vidas de los emperadores, ¿cómo podría pasar por alto los hechos propios de la historia para trabajar materiales propios de los encomios? ¿No sería esto como si me olvidase de mis propósitos y traicionase las reglas de la retórica al no distinguir entre argumentos cuyos objetivos son diferentes y pretender buscar en ellos una misma finalidad? Antes de esta obra escribí muchos y hermosos discursos en honor de Constantino, y aunque las gentes se admiraron entonces ante el tono hiperbólico de aquellos encomios, yo no compuse falsas alabanzas, por más que mi forma de proceder no fue entendida por los demás. Pues las personas, dado que los actos de los emperadores son una mezcla en la que las acciones buenas se entrelazan con las malas, no saben ni censurar sin concesiones, ni alabar sin reservas, sino que les confunde la proximidad de los elementos contrarios. Yo repudié siempre la censura, a no ser en la ficción, mientras que cuando compongo alabanzas no acostumbro a recopilar todo el material sin distinción. Al contrario, entonces dejo de lado la peor parte y me quedo con la mejor y luego combino los hechos según el orden más apropiado y los ajusto unos con otros, tejiendo así mi alabanza con material de la mejor calidad.

26. Si compuse los encomios dirigidos a Constantino de acuerdo con este criterio, ahora, cuando me dispongo a escribir una historia sobre él, no podría actuar así, pues no podría, sólo por defenderme de la difamación de las gentes, falsificar la historia, cuyo máximo valor es la verdad, ante el temor de que una lengua injuriosa me acusara de haber hecho una imputación donde habría sido precisa la alabanza. Pero esta obra no es una imputación ni una acción penal contra nadie, sino una historia verídica. Por otra parte, si yo viera que los demás emperadores hubieran obrado siempre con la mejor disposición y fueran dignos de reconocimiento en todos sus actos y que sólo el gobierno de Constantino se caracterizara por los rasgos opuestos, habría renunciado a escribir sobre él. Dado que, por el contrario, no hay nadie que esté libre de toda culpa, sino que cada persona se caracteriza por aquello que predomina en ella, ¿cómo iba a poder avergonzarme de exponer las acciones injustas e inconvenientes que él pudiera haber cometido?

27. La mayoría de los que se han dedicado a las biografías de los emperadores se admiran de que ninguno de ellos conserve su prestigio hasta el final, sino que en un emperador los primeros años son los mejores, en otro lo es el comportamiento de sus últimos años; y mientras unos escogieron una vida de placeres, otros se consagraron a la filosofía pero luego confundieron los postulados mezclándolos sin ningún criterio y convirtieron sus vidas en una suma de incongruencias. A mí no es esto lo que me podría sorprender, sino más bien lo contrario, suponiendo que le hubiera podido ocurrir a alguien. En efecto, quizás alguien podría encontrar a algún ciudadano cuya vida privada discurriese derecha por una misma dirección desde el primer momento hasta el instante final de sus días, y aun esto en muy pocos casos; pero un hombre que ha recibido del Poderoso el gobierno del imperio y que luego haya vivido muchos años, no podría nunca terminar su reinado con las más bellas acciones, pues si al ciudadano privado le basta tal vez para ser virtuoso la naturaleza de su alma y el modo de vida que tenía al principio —puesto que no hay muchos obstáculos externos que se le opongan ni circunstancias que transformen su modo de ser—, ¿cómo podremos en cambio suponer esto en el caso de un emperador que no pasa ni un instante de su vida, por breve que sea, libre de problemas? Es como el mar, que aunque se calme y apacigüe por un breve momento, el resto del tiempo se hincha con las mareas o se ve sacudido por las olas, ya lo agite el viento boreal, ya el tramontano, ya desencadene en él las tempestades algún otro viento, tal como yo mismo tuve la ocasión de ver en muchas ocasiones. Por este motivo precisamente, si el soberano necesita un poco de afecto, enseguida se considera reprobable esta debilidad; si cede a sentimientos humanitarios, se le echa en cara que no sabe comportarse; si se despierta en él la inquietud por asumir sus obligaciones, se le acusa de querer injerirse en todo; si reacciona para defenderse o actúa con cierta severidad, la ira es lo único que le mueve y es cólera lo que se le reprocha; y si intenta hacer algo en el mayor secreto, antes pasaría inadvertido a los hombres el monte Atos que lo que él ha hecho[145]. No hay por lo tanto nada de sorprendente en el hecho de que no haya ningún emperador cuya vida esté a resguardo de la censura.

28. Yo habría querido que al menos mi emperador, ya que no era posible en ninguno de los demás, tuviera esta fortuna, pero no depende de nuestra elección el modo en el que se suceden las cosas. Por ello quisiera, oh espíritu divino, que tu voluntad me fuese propicia y que aunque yo no hable con mesura sobre aquellos años tuyos, sino de modo sincero y atento a la verdad, me perdones también esto. Del mismo modo que no voy a ocultar ninguna de tus grandes acciones, sino que las sacaré a la luz, así también divulgaré en mi libro cosas que quizás tú pudieras haber expresado desde un punto de vista diferente. En lo que respecta pues a Constantino, dejaremos así las cosas.

[ACERCA DE LA GENEROSIDAD DE CONSTANTINO EN SU GOBIERNO]

29. Una vez que este hombre asumió el poder, no abordó los asuntos de Estado ni con moderación ni con cautela, sino que, cuando fue nombrado emperador, se dispuso enseguida a poner en práctica sus sueños, puesto que, según parece, se había imaginado desde antes de subir al trono que disfrutaría de una situación de prosperidad nunca vista, incluso inusitada para aquel entonces, y que podría deshacer y cambiar las cosas rápidamente, sin necesidad de orden ni lógica alguna. Ahora bien, dos son los medios por los que se mantiene la supremacía del imperio romano, me refiero a las dignidades y el dinero, a los que se añade un tercero que es el control prudente de estos dos y el uso racional de su asignación. Constantino en cambio se dispuso enseguida a vaciar de dinero los tesoros, hasta que no quedó ni una moneda en el fondo de las cajas. Y en cuanto a los cargos, muchos empezaron enseguida a disfrutarlos sin ningún criterio, especialmente las personas que importunaban al emperador de la manera más grosera o que sabían decir algo en el momento adecuado e inducirle a la risa. A pesar de que existía una escala de honores en los cargos civiles y se había establecido una norma inflexible para la promoción, éste, después de perturbar el orden de la primera y suprimir la segunda, poco faltó para que hiciera miembros del senado a toda la gente de las calles y a los mendigos. Y no fue a unos pocos o a muchos a los que tributó este favor, sino que de repente, con una sola orden, promovió a todos hasta los cargos más excelsos. Estos ascensos provocaron a su vez ceremonias y fiestas y toda la Ciudad se sintió transportada de alegría porque un emperador tan liberal estaba al cargo de los asuntos del Estado. Parecía que el presente no admitía parangón con los tiempos pasados, pues la capacidad de valorar sensatamente el interés general es muy reducida en una Ciudad que vive en el lujo, e incluso los que tienen cierta sensatez se desinteresan de lo que es conveniente en tanto obtienen aquello que ambicionan.

30. Pero poco a poco el problema se hizo patente cuando el prestigio que acarreaban a sus poseedores títulos antes envidiados desapareció al ser éstos repartidos profusamente y sin discriminación. Sin embargo esta circunstancia no llegó a ser por entonces todavía del conocimiento de la gente y por ello todo seguía dilapidándose y derrochándose sin necesidad alguna. No ignoro que esto puede constituir para escritores posteriores motivo para componer un encomio de Constantino, pero yo, en todos los casos, ya se trate de acciones aparentemente

buenas como de acciones supuestamente malas, estoy acostumbrado a no considerar cada hecho aisladamente por sí mismo, sino a buscar sus causas y las consecuencias de lo que haya podido suceder, especialmente si la persona que me proporciona el argumento da pie a hacer semejantes consideraciones. Por otra parte, la experiencia ya demostró que este análisis mío es mucho más correcto que el que aquéllos puedan quizás formular en el futuro.

[ACERCA DEL CARÁCTER DEL EMPERADOR]

31. Estas primeras medidas que tomó, si puedo expresarlo así, fueron propias de un adolescente, pero lo que hizo a continuación es algo que yo mismo entonces supe alabar y que ahora considero no menos positivo, y es que no se le vio jactarse de nada, ni mirar altanero a nadie, ni hablar de forma ampulosa y afectada, ni siquiera conservar rencor contra aquellos de los que no había recibido antes un trato amable o que incluso habían tenido gestos poco comedidos hacia el poder. Antes bien, no tuvo en cuenta a nadie ninguna de las acusaciones que habían dirigido contra él y se reconcilió sobre todo con aquellos con los que más se habría esperado que hubiese mostrado un mayor resentimiento.

32. Estaba dotado de talento como ningún otro a la hora de congraciarse con sus súbditos y cautivaba a cada uno con los medios que sabía eran más apropiados para subyugarlo. Con agilidad se acomodaba a su interlocutor, pero sin usar sofismas ni fingimientos para hacerse con él, sino esforzándose en captar lealmente la voluntad de cada uno mediante los favores que él tenía a bien concederle.

33. Su conversación estaba llena de encanto y era proclive a la sonrisa. Mantenía el rostro risueño y no sólo en situaciones distendidas, cuando era preciso, sino incluso cuando tenía que mostrarse solemne. Gustaba mezclarse con las personas cuyo rasgo más sobresaliente era la simplicidad y sin posos de inteligencia en su interior. Y si se presentaba ante él alguien con aire reflexivo, como si viera más lejos que los demás y llegara para deliberar con él y examinar conjuntamente los problemas existentes, lo consideraba una persona detestable y su carácter se le antojaba completamente opuesto al suyo. De ahí que sus interlocutores se adaptaran a su misma forma de pensar. Y si alguien quería presentarle un asunto de relevancia, no se lo planteaba inmediatamente, sino que antes hacía algunas bromas o mezclaba éstas con su asunto, del mismo modo que la bebida purgante se ofrece a un estómago delicado mezclada con dulce.

34. Daba la sensación de que después de muchas tempestades y galernas, es decir, después de los padecimientos de su exilio, habia llegado a Palacio como si atracara en un puerto y por ello requería constantemente reposo y toda clase de comodidades. Se complacía así con los que se le acercaban con el rostro distendido, dispuestos a decir cualquier cosa que reconfortase su espíritu y a formular los más gratos auspicios para el futuro.

35. No había tenido mucho trato con las letras y no tenía ninguna disposición para la elocuencia. No obstante, sentía admiración por esta disciplina e hizo reunir desde todas partes en la corte imperial a las personas más elocuentes, la mayoría de las cuales eran de edad manifiestamente avanzada.

[ACERCA DE LA FORMACIÓN INTELECTUAL DEL AUTOR]

36. Por aquel entonces yo iba a cumplir veinticinco años de edad y asistía a estudios de alto nivel. Mis esfuerzos se centraban en dos sentidos, educar a la lengua en las elegancias del estilo gracias a la retórica y purificar mi mente mediante la filosofía. Hacía no mucho que había perfeccionado mi aprendizaje retórico y era capaz de distinguir el hilo conductor del argumento y relacionar con él los razonamientos principales y secundarios sin tener ningún miedo a las reglas ni seguirlas ya punto por punto como un novato, sino incluso aportando aspectos nuevos en cada parte. Ahora, pues, me consagraba a la filosofía y controlaba bastante bien el método silogístico, bien del tipo que desciende de las causas a los efectos inmediatos, bien del que asciende desde los efectos hacia las causas por caminos diversos. Me dedicaba también a la física y remontaba ya el vuelo hacia la filosofía primera a través de la ciencia intermedia de las matemáticas.

37. Y si no se me considerara inoportuno por ello, sino que por el contrario se me permitiera hablar, aún añadiría respecto de mí algo que bastaría por sí solo para concitar la alabanza de las personas más serias. Los que leáis hoy mi obra coincidiréis conmigo en que la sabiduría, que yo encontré exangüe al menos en lo que se refiere a los que la practicaban, recibió nuevo aliento gracias a mi propio esfuerzo, ya que no dispuse de maestros de talla ni hallé semilla alguna de sabiduría en Grecia o entre los bárbaros después de haber explorado todos los rincones. No obstante, puesto que había oído hablar acerca de la filosofía que cultivaron los griegos y supe que en ella se expresaban grandes cosas mediante simples definiciones y premisas, que eran como los pilares y los límites de esta disciplina, desprecié a los que no veían en ella sino pequeñas disquisiciones y busqué cómo ampliar mi conocimiento. Entonces me sumergí en la lectura de algunos de los intérpretes de esta ciencia y ellos me enseñaron el camino del conocimiento. Unos me condujeron así de la mano de otros, llevándome el peor hacia el mejor y éste a su vez hacia otro, el cual por su parte me guió finalmente hasta Aristóteles y Platón, ante los cuales todos los anteriores filósofos podrían darse por satisfechos simplemente con obtener el segundo puesto inmediatamente por detrás de ellos.

38. Ambos me dieron de nuevo el impulso para descender, como si completara un círculo, hacia los Plotinos, Porfirios y Jámblicos, con cuya compañía recorrí el camino que conducía hacia el admirable Proclo, en el que atraqué como en un amplio puerto[146]. Allí aprendí toda la doctrina y los fundamentos exactos de la intelección. Después de esto, como quería remontar hacia la filosofía primera e iniciarme en la ciencia pura, estudié precisamente la teoría de los conceptos abstractos en las llamadas matemáticas, que ocupan una

especie de posición intermedia entre, por una parte, la física de los cuerpos y nuestra intelección autónoma de ellos, y, por otra, las esencias por sí mismas, a las que se aplica la intelección pura. Mi objetivo era aprehender a partir de esta base lo que pudiera haber más allá de ello de supraintelectivo o supraesencial.

39. Por este motivo me apliqué al estudio de los sistemas aritméticos, aprendí las demostraciones geométricas que algunos denominan necesarias y cultivé la música y la astronomía y cuantas otras enseñanzas pueden estar subordinadas a éstas, sin dejar de lado ninguna de ellas. Al principio profundicé en cada una por separado, luego las relacioné todas para que convergieran entre ellas hacia un único fin, tal como pretende la *Epinomis*[147]. De esta forma ascendí gracias a estas ciencias a las doctrinas más excelsas.

40. Puesto que había leído en los mejores filósofos que existe una sabiduría que transciende toda demostración y que sólo la inteligencia presa de un entusiasmo guiado por la razón puede contemplarla, tampoco la pasé por alto, sino que me entregué a la lectura de ciertos libros esotéricos[148] y conseguí penetrar en estas materias en la medida en que, como es lógico, me lo permitió mi humana condición, pues tener un conocimiento exacto de estos asuntos es algo de lo que ni yo mismo podría jactarme, ni tampoco creería a alguien que lo afirmase. El hacer en cambio de una sola de todas las ciencias como una especie de refugio cómodo para uno mismo desde el cual poder salir para investigar y llegar a comprehender las demás ciencias, pudiendo luego regresar de nuevo al punto de partida, esto es sin duda algo que no sobrepasa demasiado nuestra naturaleza.

41. Yo había visto que son dos las partes en las que se divide el estudio de la razón y que la retórica ocupa una y la filosofía asume la otra. La primera no sabe nada de conceptos profundos, pues bulle tan sólo en la superficie de la gran corriente del lenguaje, presta su atención a la composición de las partes del discurso, propone algunos criterios de desarrollo y división de los argumentos de la oratoria política, embellece la lengua y destaca de manera absoluta en los discursos políticos. La filosofía en cambio se preocupa menos de la belleza que envuelve el discurso, sino que más bien indaga la naturaleza de los seres, explica las teorías ocultas y, aunque no se eleva hasta el cielo con palabras ampulosas, sí ensalza de múltiples maneras el orden que pudiera reinar allí. En consecuencia pensé que, a diferencia del método de estudio que han establecido o padecido la mayoría de las gentes, no era preciso abrazar la retórica descuidando la ciencia o practicar esta última y enriquecerse con un caudal de pensamientos extraordinarios despreciando al tiempo el florido ornamento del lenguaje y las reglas de división y ordenación del discurso. Por ello, y esto es algo que ya me han censurado muchos, cuando abordo un argumento retóricamente, introduzco en ocasiones también, no sin cierta elegancia, una demostración lógica, e inversamente, cuando expongo un tema filosófico lo embellezco con las gracias de la retórica, para que así el espíritu del lector no llegue a dejar de captar el mensaje filosófico al impedírselo la complejidad del concepto.

42. Puesto que hay también otra filosofía por encima de ésta[149], que se ocupa del misterio del Verbo encarnado entre nosotros —misterio que es doble, dividido según la naturaleza y el tiempo[150], por no hablar de otra duplicidad en el conocimiento adquirido, bien mediante demostraciones, bien a través de la inspiración infundida por Dios a ciertas personas—, me esforcé en el estudio de ésta más que en el de aquélla, ya fuera siguiendo las doctrinas que los grandes padres de la Iglesia escribieron al respecto, ya fuera aportando yo mismo algo a su divina perfección. Y si alguno, lo digo con sencillez y sin vanidad, quisiera alabarme por mi cultura, que no lo haga por esto, porque leí muchos libros, pues no me dejo engañar por mi amor propio, ni desconozco mis límites o el hecho de que mis conocimientos son una mínima parte de los que tuvieron los sofistas y filósofos que me precedieron, sino que lo haga porque no fue de las corrientes aguas de un manantial de donde yo recogí la pequeña parcela de conocimientos que he adquirido, sino de nacimientos de agua que encontré obstruidos y hube de abrir y despejar para así poder hacer brotar con gran esfuerzo el caudal que yacía oculto en el fondo.

43. Hoy en día ni Atenas, ni Nicomedia, ni Alejandría de Egipto, ni la Fenicia, ni ninguna de las dos Romas, la primera y más pequeña o la posterior y más poderosa, ni en definitiva ninguna otra ciudad, destaca por su fama en ninguna rama del saber, puesto que todos pueden ver claramente cómo se han obstruido los veneros de oro y después de ellos los de plata y cualesquiera otros que pudiera haber de materiales menos nobles que éstos. Yo no pude por lo tanto beber directamente en aquellos caudales de agua y tuve que aplicarme a las imágenes de ellos, con las que formé en el interior de mi alma como una especie de copias derivadas a su vez de ellas. Una vez que acumulé estos conocimientos no se los escatimé a nadie, sino que hice a todos partícipes de cuanto había reunido con tanto esfuerzo, sin vender mis lecciones a cambio de dinero e incluso dando de más a aquellos que estaban dispuestos a recibir. Pero de esto hablaré más adelante.

[ACERCA DE CÓMO EL AUTOR SE GANÓ LA ESTIMA DEL EMPERADOR]

44. Antes de que el fruto madurase, ya mi juventud en flor permitía presagiar el futuro. Aunque el emperador no sabía todavía quién era yo, todos los miembros de su séquito personal me conocían y enumeraban mis cualidades al emperador, cada uno de ellos una diferente, pero siempre añadiendo que yo destacaba por la gracia que brotaba de mis labios. Diré algo a este respecto. Cuando nacemos se nos conceden ciertas virtudes naturales o bien vicios opuestos a ellas. Por virtud me refiero ahora no a la moral, ni a la social, ni a aquella que se eleva por encima de éstas hasta llegar al modelo o la perfección del Creador, sino que del mismo modo que en los cuerpos de los recién nacidos unos están dotados de belleza desde el mismo momento en que son dados a luz y a otros la naturaleza les marcó desde el principio con lunares y arrugas, así también, entre las almas, unas se reconocen de inmediato por la enorme simpatía

y encanto que irradian, mientras que otras resultan sombrías y parecen atraer sobre ellas los más negros nubarrones. Con el paso del tiempo este encanto natural se manifiesta en las primeras, mientras que en las segundas las demás cualidades se abortan y ni siquiera las capacidades racionales se desarrollan en ellas correctamente.

45. Me han asegurado que en mi lengua brotan flores incluso en las elocuciones más simples y que de ella se destila una natural dulzura sin que yo ni siquiera lo pretenda. Yo no me habría dado cuenta de esto si no me lo hubieran declarado tantas personas cuando hablaba con ellas y no se hubieran prácticamente desvanecido al escuchar mis palabras. Fue sobre todo esta virtud mía la que me puso en contacto con el emperador y así la gracia natural que se anticipaba a mis palabras sirvió para iniciarle en el santuario de mi alma como si se tratase de una aspersión lustral.

46. Presentándome ante él, al principio yo hablaba con parquedad y sin afectación. Pero mientras yo iba exponiendo cuál era mi extracción y qué formación literaria había tenido, él, del mismo modo que las personas inspiradas por Dios caen en arrebatos sin que los otros aprecien el motivo, fue también presa de un placer sin causa aparente y poco faltó para que me besara, hasta tal punto estaba encandilado por mis palabras. El acceso al emperador estaba limitado para los demás y dependía de las circunstancias, pero en mi caso las puertas de su corazón se me abrieron entonces de par en par, de forma que se me revelaron todos sus secretos según fui avanzando poco a poco en el trato con él.

Pero que nadie me acuse de haber dejado de lado por un momento la finalidad de mi relato ni crea que esta digresión es una muestra de autocomplacencia, pues aunque haya dicho algo de ese tenor, todo se engarza en la cadena del relato. No había otra forma de presentar mi historia que diciendo previamente las causas y, si quería decirlas, era preciso que recordase algunos hechos que me concernían. Éste es el motivo por el que he mencionado antes todos estos hechos, para que mi relato avance según las reglas de la retórica, pues si yo me he remontado al principio es para fijar las premisas y poder llegar luego a la conclusión subsiguiente. Así pues, una vez que me he presentado como testigo fiel en esta parte de la historia no diré nada que falte a la verdad. Si hay algo que no se llegue a decir, es porque se ha mantenido oculto, pero no habrá nada de lo que se diga cuya veracidad pueda ser cuestionada.

47. Este emperador no comprendió demasiado bien la naturaleza de la monarquía, ni que era un servicio para favorecer a los súbditos, ni que se requería mantener siempre el ánimo vigilante para administrar mejor los asuntos del Estado, sino que consideraba que el poder era reposo de fatigas, satisfacción de deseos y descanso de tensiones, como si hubiera conducido este barco a puerto para no dirigir ya más el timón y disfrutar de los bienes que proporciona la calma. Confió así a otras personas todo cuanto tuviese que ver con el control del erario público, la autoridad judicial y el cuidado de las tropas y se reservó para él

solamente una pequeña parte de estas obligaciones. En cambio, la vida de disfrutes y placeres sí que se la quedó en exclusiva, como si fuera su legítima herencia, tal era el carácter que había heredado de la naturaleza y que él acentuó aún más con el poder, ya que en él había obtenido materia más que suficiente para proceder de esta forma.

48. Del mismo modo que a un animal robusto y que conserva su vigor en todos sus miembros no le afectan enseguida los primeros síntomas de padecimientos futuros, así, en este caso, puesto que el imperio no estaba desde luego moribundo, sino que conservaba aún aliento y energía, la incuria era apenas visible al principio, hasta que poco a poco el mal fue creciendo y, al alcanzar su punto álgido, lo trastornó y confundió todo. Sin embargo todavía no es momento para esto. Mientras tanto, el emperador, que asumía pocas responsabilidades y tomaba a cambio parte en muchos placeres y diversiones, fue la causa de que se enfermaran muchas partes del cuerpo todavía sano del imperio.

49. A esta ausencia total de criterio contribuyeron en buena medida las costumbres ligeras de las emperatrices y el querer Constantino imitarlas abandonándose a lujos y frivolidades. Él consideraba una servidumbre compartir con ellas sus diversiones y no quería oponérseles en nada, sino proporcionarles toda suerte de dulces diversiones. No obstante, el emperador se habría enfrentado enseguida a ellas cuando un incidente dio pie a ello, de no ser por el hecho de que su consorte aceptó la situación, ya fuese porque ocultase sus celos, ya porque los hubiese perdido debido a su edad.

ACERCA DE CÓMO Y DE QUÉ MANERA LA AUGUSTA ESCLERENA FUE CONDUCIDA A CONSTANTINOPLA

50. Había sucedido lo siguiente. Después de morir la segunda esposa del emperador, la que éste había recibido en matrimonio del noble linaje de los Escleros, dado que Constantino, que todavía era un ciudadano privado, tenía escrúpulos a la hora de contraer un tercer matrimonio —algo que no aprueban las leyes de los romanos—, tomó en cambio una determinación peor, que se suele tolerar sólo si uno decide no llamar la atención. Se llevó en efecto a la sobrina de la fallecida, una mujer hermosa y por lo demás prudente, para que cohabitara con él de forma ilícita, bien porque la convenciese con regalos, bien porque la sedujese con palabras de amor o emplease a este fin cualesquiera otros medios[151].

51. Hasta tal punto había llegado a unirlos su mutuo amor, que ninguno de los dos quería verse privado de la compañía del otro, ni siquiera en las circunstancias en las que parecieron ser víctimas del infortunio, pues cuando el que sería futuro emperador estaba exiliado, tal como mi relato narró más arriba, la mujer le acompañó y le prestó toda clase de atenciones, poniendo incluso su fortuna a disposición de él, consolándole de todos los modos posibles y, en definitiva, liberándole de la mayor parte del peso que le oprimía en su desgracia.

La esperanza de conseguir el poder inflamaba la imaginación de esta mujer, que consideraba secundario todo lo que no fuese el llegar a reinar algún día junto con su marido. Pensaba en efecto que, llegado ese día, su matrimonio con él seria consumado y que se produciría todo lo que ellos deseaban, como si el deseo del emperador impusiera su tiranía sobre las leyes. Pero puesto que sólo ocurrió una cosa de las que ella esperaba —me refiero al hecho de que Constantino llegase a ser emperador—, mientras que las circunstancias no permitieron que se realizara la segunda, ya que la emperatriz Zoe retuvo todo el poder, la mujer desesperó por completo no sólo de alcanzar sus más altas ambiciones, sino incluso de conservar la vida, pues temía a la emperatriz y creía que estaba llena de resentimiento hacia ella.

52. El emperador no se olvidó de la mujer ni siquiera en el mismo momento de acceder al trono, sino que, aunque miraba a la emperatriz con los ojos del cuerpo, contemplaba y reconstruía la figura de aquélla con los del alma, y a pesar de que abrazaba a la una, a la otra la tenía como un talismán dentro de su corazón. Así, sin temer las circunstancias ni los celos de la emperatriz y sin prestar atención a ningún consejo, sometiendo incluso a su voluntad toda reflexión —y ello a pesar de que sobre todo su hermana Euprepia, la más sensata de las mujeres de nuestro tiempo, se opuso a él y le aconsejó lo que más le convenía—, despreciando pues todas estas consideraciones, Constantino habló enseguida a la emperatriz, en su primer encuentro con ella, acerca de su mujer, pero no como si fuera su esposa o viviera con él como concubina, sino como una persona que había padecido muchas desgracias por su linaje y otras muchas por culpa de él. Constantino consideraba que merecía ser hecha llamar y disfrutar de una posición confortable.

53. La emperatriz se dejó convencer enseguida. No alimentaba ya celos en su interior, pues había soportado muchos sinsabores y, debido al paso de los años, no tenía edad para albergar sentimientos de esta clase. En cuanto a la mujer, cuando ya esperaba que le ocurriera lo peor, se presentaron de improviso unos enviados para llevarla a Bizancio con una guardia imperial. Le entregaron dos cartas, una del emperador y otra de la emperatriz, que le prometían benevolencia y le animaban a comparecer junto a ellos. Y así llegó ésta a la Ciudad imperial.

54. Al principio se le concedió un alojamiento más bien modesto y un séquito no demasiado llamativo. Pero el emperador, a fin de tener un pretexto para frecuentarla, transformó este pabellón en su residencia particular. Para que éste adquiriese la majestuosidad que requería y fuese apropiado para recibir al emperador, sentó por fuera de su perímetro los cimientos de un edificio mayor y se dispuso a convertirlo en una suntuosa edificación.

55. El emperador no dejaba nunca de pretextar cualquier problema relacionado con las obras y se ausentaba muchas veces al mes con la excusa de ir a ver cómo marchaban las cosas, pero en realidad iba a juntarse con esta mujer.

Puesto que lo seguían también personas de la parte de su mujer, les preparaba en el exterior, para que no fueran demasiado curiosas, una mesa ricamente aderezada y les honraba allí con un banquete. Y a cualquier demanda que ellos hubiesen planteado anteriormente, daba entonces cumplida satisfacción. Así éstos, aunque estaban al tanto de la finalidad de aquellas ceremonias, no mostraban tanto su disgusto pensando en su Señora, cuanto su alegría por haber obtenido lo que querían. Y de esta forma, cuantas veces veían que el emperador ardía en deseos de marchar hacia allí, pero que los escrúpulos que sentía le hacían muchas veces vacilar a la hora de partir, ellos, buscando cada uno una excusa, le allanaban el camino hacia su amante. Así se granjearon totalmente el favor del emperador.

56. Al principio los encuentros con su mujer se disimulaban de esta forma y por el momento su amor no daba motivos de escándalo. Sin embargo, poco a poco él fue a más, perdió toda vergüenza y desveló todo lo que se tramaba, de forma que, desmontando todo aquel escenario, se encontraba y trataba con ella a la vista de todos y cuantas veces quería. Para decirlo todo de una vez y sin demorarme más: quien veía o escuchaba estos hechos los consideraba increíbles, pues no frecuentaba ya a esta mujer como a una concubina, sino como si se tratase de su legítima esposa.

57. Para ella vaciaba los tesoros imperiales dándole cuanto quería. Cuando, por ejemplo, encontró en Palacio una enorme tinaja de bronce decorada por fuera con diversas figuras y relieves cincelados, llenándola toda de monedas se la envió como regalo a la mujer. Y esto lo hacía no esporádicamente, sino que constantemente entregaba a su amante un regalo tras otro.

ACERCA DE CÓMO LA AUGUSTA FUE CONDUCIDA A PALACIO

58. Esta relación amorosa se desarrollaba por el momento de una manera sólo en parte pública, pero cuando con el paso del tiempo el secreto acabó poco a poco por revelarse del todo, el emperador declaró entonces su amor abiertamente y después de una conversación pormenorizada con la emperatriz, la convenció para que aceptase que conviviera con ella. Y cuando ya tuvo el consentimiento de Zoe, no se detuvieron aquí sus deseos, sino que concertó un contrato de amistad, a cuyo efecto dispuso un ceremonial imperial. Así, mientras ellos presidían sobre el trono, los senadores accedían a la estancia para sancionar aquel escrito inusitado, avergonzados y en general murmurando por lo bajo, aunque alababan públicamente aquel pacto, como si fuese un diploma otorgado por los cielos, lo llamaban cáliz de la alianza y le daban otros empalagosos nombres con los que se suele adular o engañar a las almas superficiales y débiles.

59. Cuando se cerró el acuerdo y todos prestaron juramento, fue introducida en las estancias más reservadas de Palacio la que hasta entonces era su amante. Después de esto, ya no recibió este nombre, sino directamente el de Señora y Emperatriz y, lo que resultó más sorprendente de todo, mientras la

mayoría de los servidores se sentía dolida porque su emperatriz había sido manifiestamente engañada y despreciada, ésta en cambio no se mostraba en absoluto alterada, antes bien, se la veía sonreír a todos y radiante por lo sucedido. Muchas veces incluso se acercaba a saludar a la que compartía el poder con ella y las dos acompañaban al emperador y hablaban sobre las mismas cosas. Éste por su parte sopesaba por igual las palabras que dirigía a ambas, aunque en ocasiones la segunda emperatriz salía beneficiada en el reparto.

60. En cuanto al aspecto de ésta, no era de una belleza extraordinaria, pero así tampoco daba pábulo a acusaciones y maledicencias. En cuanto a su carácter y su energía interior, mientras que con el primero era capaz de cautivar a las propias piedras, la segunda le capacitaba más que a nadie para abordar cualquier empresa. No había voz como la de ella, pues era delicada, florida y su cadencia poseía cualidades propias de los sofistas. Las palabras afluían dulce y espontáneamente a sus labios y una gracia indescriptible la envolvía cuando hacía un relato. A mí al menos me cautivaba cuando una y otra vez me volvía a preguntar sobre los mitos griegos y añadía ella misma algo que al respecto había oído de algún experto. Prestaba atención a todo lo que se decía más que ninguna otra mujer —esto no era, según creo, una cualidad natural, sino que se derivaba del hecho de que sabía que era el objeto de todas las conversaciones—, y lo que cualquiera susurraba entre dientes, ella lo captaba como si fuese una conversación, construyendo sus suposiciones a partir de simples murmullos.

61. Cuando un día estábamos reunidos los secretarios, las personas del séquito de la emperatriz pasaron en procesión. Al frente marchaban la emperatriz y su hermana Teodora y detrás de ellas la Augusta, pues éste era el título nuevo con el que las emperatrices habían querido honrar a esta mujer siguiendo el parecer del emperador. Cuando se aproximaban —la procesión las conducía al Hipódromo y era la primera vez que la gente la veía marchar junto a las emperatrices—, uno de los más conocidos aduladores pronunció con voz muy queda el verso ‘No es reprensible...’, sin llegar a terminar la cita[152]. Ella entonces no manifestó nada ante estas palabras, pero cuando la procesión concluyó y reconoció al que había hablado, le preguntó por sus palabras, y ello sin cometer ningún solecismo y poniendo gran cuidado en que su dicción fuese correcta. Cuando el que había hablado expuso la historia con exactitud y la mayoría de los presentes asentía mientras él exponía su explicación, ella, henchida enseguida de orgullo, recompensó al autor de la lisonja, no con pocas y viles mercedes, sino con las que ella acostumbraba a recibir y devolver, pues para que las emperatrices y los demás cortesanos vivieran en la mayor concordia con ella, el emperador le permitía que diera a cada persona, fuese hombre o mujer, lo que le correspondía.

62. Puesto que de las dos hermanas, la una estaba dominada por su pasión por el dinero —pero no porque quisiera tenerlo o atesorarlo, sino porque lo derramaba como si fuera líquido sobre otras personas— y por los más selectos perfumes de las Indias, entre otros especialmente las maderas que conservan todavía una fragancia natural, algunos tipos de olivos enanos y los blanquísimos

frutos del laurel, mientras que la otra, la más joven, contaba cada día inmensas sumas de dáricos para las que había confeccionado cofres de bronce, la Augusta, para corresponder a ambas, sabía repartir a las dos aquello que más deseaban. La primera emperatriz ya no sentía celos de ningún tipo debido al declive de su edad y, consumida como estaba por los años, ni sentía resentimiento hacia ella, ni la enfermedad de la envidia le hacía enfurecer. Y en cuanto a su hermana, ya que podía disfrutar de todo cuanto quería, tenía aún menos preocupaciones que ella.

[ACERCA DE LAS OCUPACIONES DE ZOE]

63. En consecuencia, todas las riquezas que el emperador Basilio había atesorado en Palacio con tantos sudores y fatigas estaban ahora a disposición de aquellas damas, para su recreo y solaz. Los donativos y las recompensas se sucedían continuamente y el dinero se derrochaba entre diferentes personas, de forma que en poco tiempo se dilapidó y consumió todo. Pero la historia no ha llegado todavía a este punto y debemos antes completar el tema que nos ocupa. Al hacer el reparto de las estancias, el emperador escogió la central de las tres, mientras que ellas habitaban en las naves laterales. La Augusta ocupó el área sagrada y la emperatriz solamente frecuentaba al emperador cuando previamente sabía que éste permanecía en su estancia y estaba lejos de su amante, pues, en el caso contrario, se dedicaba a sus asuntos. Pero éstos ¿en qué consistían realmente?

64. Zoe se abstenía por completo de las labores propias de mujeres, pues nunca ocupó sus manos con un huso, se puso a tejer o se dedicó a cualquier otra tarea. Despreciaba los ornamentos imperiales, aunque no sé decir si ya desde cuando estaba en la flor de su juventud, pero desde luego al envejecer sí perdió todo deseo de agradar a los demás. Su único afán, al que dedicaba todos sus esfuerzos, era cambiar las cualidades de las plantas aromáticas y destilar nuevas fragancias, bien creando aromas únicos, bien transformando los existentes, de forma que la estancia que se le había reservado como alcoba no tenía más solemnidad que las tiendas del mercado en las que desarrollan su actividad los artesanos y herreros, pues ardían muchos braseros en torno a su habitación y entre sus sirvientas una distribuía las resinas aromáticas según el peso, otra las mezclaba y una tercera realizaba alguna otra labor similar. Durante el invierno aquellas actividades parecían poder serle beneficiosas, pues todos aquellos focos de fuego le caldeaban el frío aire de su estancia, pero durante la estación veraniega resultaba insoportable para los demás incluso el pasar cerca de allí, mientras que ella, como si no se diera cuenta del sofocante calor, estaba rodeada por una numerosa guardia de braseros. En ella y en su hermana parecía que se habían subvertido las inclinaciones naturales, pues les repugnaba el aire puro, las estancias luminosas, los prados y los jardines y nada de todo esto les atraía. En cambio cuando permanecían retiradas en el interior de sus estancias privadas, la una poniendo bajo llave el caudal de oro y la otra dándole paso para que fluyera fuera, sentían que ningún placer podía sustituir a éste.

65. En cuanto a otros rasgos de la primera emperatriz —digamos todavía alguna cosa más sobre ella, mientras que el emperador está descansando con la Augusta— no tengo mucho que alabar, aunque hay un solo aspecto que no deja de admirarme y es su devoción a Dios, que superaba a la de todas las mujeres y la de cualquier naturaleza masculina. Pues del mismo modo que aquellos que se unen a Dios en la contemplación —o mejor, que aquellos que, elevándose por encima de esto, se hallan auténticamente inspirados por la Divinidad—, sólo desean la perfección de su deseo y dependen totalmente de ella, así su ardiente veneración de la divinidad condujo a ésta, por así decirlo, a la unión perfecta con la primera y más prístina Luz. No hubo nunca nada entre sus labios que no fuera el nombre de Dios.

ACERCA DEL ICONO INTERCESOR

66. Había confeccionado, por ejemplo, una representación de Jesús muy detallada, para que, por así decirlo, fuera la imagen de su devoción, y la había adornado al efecto con los materiales más nobles. Poco faltaba para que el icono que había hecho pareciese animado, pues respondía a lo que se le preguntaba con cambios de color y el tono de su superficie revelaba el porvenir. Fueron así muchas las ocasiones en las que ésta hacía por él conjeturas acerca de sucesos futuros. De forma que, tanto si le sucedía algo agradable como si le sobrevenía algún contratiempo, ella acudía enseguida a su icono, bien fuera para expresarle su reconocimiento, bien para conseguir su favor. Yo la vi a menudo en contingencias difíciles, ya estrechar en su pecho aquel divino icono, contemplarlo y hablar con él como si tuviese vida propia, dirigiéndole una letanía de los más hermosos calificativos, ya arrojarse a tierra e inundar el suelo con sus lágrimas y lacerarse el pecho a fuerza de golpes. Si veía que el icono palidecía, ella se marchaba abatida, pero si su color se avivaba como el fuego y deslumbraba con un brillo radiante, anunciaba enseguida al emperador lo sucedido y le predecía el futuro.

67. Sé, por haberlo leído en los libros de los griegos, que el humo que exhalan los inciensos, cuando se eleva en el aire, expulsa a los espíritus malignos y convoca la presencia de potencias benignas en las cenizas de la combustión, del mismo modo que en otras circunstancias se producen teofanías mediante piedras, hierbas y rituales. Cuando al principio leí estas cosas, no les di crédito y después no creí en los hechos que vi y que rechacé casi a golpe de piedra. La emperatriz, en cambio, no rendía honores a la Divinidad a la manera de los antiguos griegos ni con otras extravagancias, sino manifestando el anhelo de su alma y consagrando a Dios lo más noble y preciado de lo que nosotros consideramos bienes.

68. Habiendo llegado a este punto en el relato de la emperatriz, debemos volver de nuevo a la Augusta y al emperador. Si parece bien, les haremos actuar de nuevo y los trataremos por separado. Reservaremos el relato de aquél para un momento posterior y en el presente capítulo retomaremos el hilo de la vida de la otra.

ACERCA DE LA MUERTE DE LA AUGUSTA [Y DE LOS CONTENIDOS DE LA PRESENTE HISTORIA]

69. El emperador estaba tal vez preparando ya un futuro matrimonio que le daría el trono a ella —los rumores que circulaban al respecto eran muy insistentes, aunque ignoro cómo podría ocurrir esto; no obstante, era evidente que él se deleitaba con tales pensamientos—, cuando un hecho puso fin a los proyectos de él y a las esperanzas de ella. Se apoderó de la Augusta una enfermedad repentina que era resistente a todo tratamiento y a toda práctica médica, pues no reaccionaba ante ninguna de las terapias a las que se sometía: padecía fuertes dolores en el pecho y tenía una gran dificultad al respirar. Así se le arrancaron prematuramente sus esperanzas, a ella que hasta aquel momento se había imaginado los más altos destinos.

70. Sería superfluo, en el contexto de la presente historia, enumerar cuanto hizo el emperador a la muerte de la Augusta, los sentidos lamentos que vertió por ella, las acciones que llevó a cabo y todas las expresiones de dolor a las que se entregó, como un adolescente dominado por su desgracia, pues enumerar con detalle todas y cada una de las cosas que se hicieron o dijeron y entrar en esas minucias, no es propio de los que escriben historia, sino o bien de los censores, si es que estos detalles evidencian la bajeza de las acciones, o bien de los encomiastas, si es que por el contrario dan pie al encomio. Y si yo mismo, en alguna ocasión, utilicé procedimientos como estos que ahora rechazo que usen los historiadores, no hay por qué admirarse de ello, pues el estilo histórico no tiene los contornos tan definidos como para distinguirse tan nítidamente de todo lo que lo envuelve, sino que, cuando se presenta la ocasión, se permiten divagaciones y digresiones. No obstante, es preciso que el historiador desande de nuevo enseguida el camino recorrido, considere el resto como algo incidental y lleve todo el argumento hacia su conclusión.

71. Pienso por ello que conviene dejar de lado los demás aspectos, y respecto a la manifestación más señalada del duelo del emperador —las obras que se realizaron en la tumba de la fallecida—, diferiré por ahora el hablar sobre ello, algo que haré llegado el momento, después de haber contado todo lo que ocurrió antes de este suceso. En efecto, en mi narración, al querer tocar todo lo relativo a la Augusta y aspirar a ilustrar toda su historia en su conjunto, pasé por alto sucesos anteriores de gran relevancia, para no verme obligado a mencionar su participación en cada uno de los acontecimientos y cortar así el hilo del argumento. De forma que el relato acerca de ella cesó en el justo momento que cesó su vida. Regresemos pues de nuevo hacia el emperador, al que hacemos ahora sujeto del presente apartado de nuestra historia.

72. Tal como ya he dicho en numerosas ocasiones, el emperador, después de muchas tempestades, había anclado en las placenteras playas y resguardados puertos del imperio y no quería zarpar de nuevo hacia alta mar. Esto equivale a decir que ejercitaba su poder de forma pacífica y no con la guerra, algo que

también habían pretendido hacer la mayoría de los emperadores precedentes. Sin embargo, puesto que los sucesos no acostumbran a salimos al paso de acuerdo con nuestra elección, sino que hay una fuerza externa superior a nosotros que dirige nuestras vidas adonde ella quiere, bien de forma ordenada, bien de acuerdo con ciclos irregulares, tampoco a aquél los hechos se le concertaron con sus propósitos, sino que las borrascas se sucedieron una tras otra y, así, tan pronto guerras intestinas sacudían el poder, como los bárbaros en sus incursiones saqueaban la mayor parte de nuestro territorio y después de tomar cuanto botín y bienes querían, regresaban a sus países.

73. Dejo por el momento para otra ocasión, por ser asuntos que requieren demasiado tiempo y palabras, el hacer un relato de todos los sucesos posteriores, detallando en cada caso qué los ocasionó y cuál fue el final que tuvieron, enumerando los contingentes y la toma de posiciones, las luchas cuerpo a cuerpo y las refriegas a distancia, en definitiva, todo cuanto acostumbran a decir los cronistas más exactos. Lo que tú me pediste, que eres la persona que más aprecio de cuantas conozco[153], no fue una crónica ambiciosa, sino una relación sucinta. Por ello omití consignarte en mi historia muchas cosas que son dignas de mención y tampoco calculé el tiempo por los años de la Olimpiadas o, tal como hizo el Historiador[154], distribuí el material de acuerdo con las estaciones del año, sino que simplemente mencioné en ella los hechos más importantes y todo lo que estaba almacenado en mi memoria en el momento de escribir esta historia. Pero, como dije, renuncio por ahora a detallar todo lo sucedido y prefiero seguir un camino intermedio entre los anticuarios que narraron el poder y acciones de la vieja Roma y los que en nuestros días acostumbran a componer cronografías. No emulo pues la prolijidad del discurso de aquéllos, ni imito la concisión de los demás, para que así este escrito no resulte pesado ni deje de lado aspectos esenciales.

ACERCA DE LA REVUELTA DE MANIACES

74. No se diga más a este respecto. Mi relato, siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos, abordará como primer sujeto de su historia al que suscitó la primera guerra contra el emperador. Pero antes me remontaré un poco para dotar de una cabeza al cuerpo que estoy tejiendo. Los bienes son escasos, según se dice en los libros de proverbios. Desde luego esto es verdad, pero es que además la envidia ataca a los elegidos y, donde quiera que surja una flor —hablo en general, pensando en cualquier circunstancia—, ya brote ésta de una naturaleza fecunda, de una inteligencia lúcida, de la nobleza de sentimientos, de un ánimo perseverante y valeroso o de cualquier otra virtud, enseguida se presenta alguien con unas tijeras y corta esta parte del brote mientras crecen al lado las partes leñosas y sin frutos, y la espesura se cubre de espinos. No hay desde luego nada de extraordinario en el hecho de que alguien que está por debajo de las naturalezas más admirables suela sentir envidia de éstas. No obstante, veo que también los emperadores se ven afectados por este mal, pues no les basta con la corona y la púrpura, sino que, si no son los más sabios de los

sabios y los más hábiles especialistas, si no, por decirlo claramente, representan la excelsa culminación de todas las virtudes, se toman el asunto muy a mal y no quieren gobernar si no es dominándonos como si fueran dioses. Yo vi a algunos que habrían muerto gustosos por rechazar la ayuda de algunos antes que reforzar su posición gracias a éstos. Y cuando habría sido preciso que estuvieran orgullosos porque Dios dispuso una mano para ayudarles, ellos prefieren amputarla porque de ella les vino el socorro.

75. He hecho todas estas prolijas consideraciones previas con la mente puesta en un hombre que floreció en nuestro tiempo y mostró todas las capacidades del arte de la estrategia y que al mismo tiempo, poniendo freno a los asaltos de los bárbaros con sus audaces campañas y su experiencia, consiguió para los romanos una libertad exenta de peligros.

76. Este hombre era Jorge Maniaces. Él no había pasado de repente de servir como escudero a ser general y soplado un día la trompeta o desempeñado el puesto de heraldo, para que al siguiente se le confiara el mando de una falange, sino que partió de la línea de salida, avanzó poco a poco y, después de obtener los grados correspondientes, llegó a la cúspide de la jerarquía militar. Pero tan pronto como conseguía algún éxito y ceñía la corona de la victoria, se le cargaba de cadenas; cuando regresaba victorioso a Palacio era para residir en prisión; y si se le despachaba como general y comandante de todas nuestras fuerzas, he aquí que por todas partes aparecían personas que le importunaban como mando supremo del ejército y le empujaban a marchar por donde no debía, para que así las cosas marcharan al revés de lo esperable, y ello tanto para él como para nuestros intereses. Capturaba Edesa y entonces era sometido a proceso. Se le enviaba a Sicilia para conquistarla y entonces se le ordenaba volver de nuevo ignominiosamente para que la isla no cayese en sus manos[155].

77. Yo he conocido a este hombre y lo he admirado, pues la naturaleza le había provisto de cuantas cualidades son propias de un general. Por su estatura alcanzaba los diez pies y los que lo miraban era como si alzasen la vista hacia una colina o la cumbre de una montaña. Su figura no era ni delicada ni agradable, sino que se asemejaba en cierto modo a un vendaval. Tenía una voz de trueno y sus manos eran capaces de sacudir murallas y pulverizar puertas de bronce. Su ímpetu era como el de un león y su ceño infundía miedo. Todos los demás rasgos de este hombre reflejaban en definitiva de modo congruente su carácter, pero su fama superaba su aspecto, pues no había bárbaro que no le temiera, unos por haberlo visto y admirado, otros por haber oído relatos sobre él que los llenaban de temor.

78. Cuando se nos despojó de Italia y perdimos con ello la región más noble del imperio, el segundo Miguel lo envió a combatir a los que nos la habían arrebatado, a fin de que reintegrara el territorio a nuestro dominio. Por Italia me refiero no a todo el perímetro de sus costas, sino sólo a la parte que mira hacia nosotros y que se ha apropiado del nombre del conjunto del país. Cuando

desembarcó en aquellas regiones con todo su ejército, recurrió a todo tipo de estrategias y parecía ya evidente que iba a expulsar del país a los que lo habían ocupado, oponiendo su propia fuerza, más que ningún otro baluarte, a los asaltos de los invasores[156].

79. Cuando Miguel fue expulsado del poder y el gobierno del imperio recayó sobre el emperador Constantino, sobre el que me he propuesto escribir aquí, habría sido preciso que éste reconociese enseguida ante todos sus méritos por escrito y ciñera sus sienes con mil coronas victoriosas, que hiciese en suma todo lo posible para mantenerlo a su servicio en el futuro. Pero al emperador no le interesaba nada la suerte de estos territorios y por ello sembró en Maniaces la semilla del descontento y determinó así la futura evolución de los acontecimientos en el imperio. Y cuando finalmente se acordó de la existencia de este hombre, supo de sus problemas y descubrió que acariciaba la idea de una usurpación, ni siquiera entonces tomó las medidas adecuadas contra él, pues en vez de fingir que desconocía lo que por el momento no era sino un proyecto, rompió las hostilidades contra él como si fuera ya un usurpador.

80. Constantino le envía entonces a personas, no para que le sirvan de ayuda o le aplaquen de algún modo y le hagan volver al orden, sino, por expresarlo abiertamente, para que le maten, o por decirlo más prudentemente, para que le censuren por su hostilidad al emperador y poco menos que lo marquen de latigazos, lo carguen de cadenas y lo deporten fuera de la Ciudad. El jefe de la embajada no era un diplomático experimentado en tales menesteres ni había asumido anteriormente responsabilidad alguna en la gestión de asuntos civiles o militares, sino que era una de esas personas que habían dejado de repente las calles para entrar en Palacio[157].

81. El enviado pone así rumbo por mar hacia quien por el momento sólo amenazaba con la usurpación —y que además comandaba ejércitos y sospechaba de su llegada— pero sin revelarle previamente que venía como portador de un mensaje de paz o anunciarle siquiera de algún modo su llegada. Por el contrario, como si pretendiera ocultarle un ataque, se presenta de improviso a caballo ante él y sin decirle nada que pudiera aplacarlo ni empezar su discurso con palabras que facilitaran su entrevista con él, enseguida le cubre abiertamente de reproches y lanza contra él las peores amenazas. Maniaces, comprendiendo que era verdad lo que sospechaba y temiendo además otras medidas ocultas contra él, se inflama de ira y levanta su mano contra el enviado, no para golpearle, sino para asustarle. Éste, como si hubiese sorprendido por esto a aquél en flagrante delito de usurpación, le denuncia públicamente por su osadía y añade que no podrá evitar que se le condene por tales acciones. La situación pareció desesperada a Maniaces y a su ejército, que, pasando a la acción, matan al embajador, convencidos de que el emperador no les reservaba otro tratamiento, y dan comienzo así a la usurpación.

82. Muchas personas se unieron a él por ser un hombre lleno de coraje y

perfecto conocedor de la estrategia militar. Estaban allí no sólo todas las personas que se hallaban en edad militar, sino también las que la habían superado o no llegaban a ella. Maniaces, puesto que sabía que las victorias se consiguen no por el número de combatientes, sino por su preparación y experiencia, reunió a los veteranos con los que había destruido muchas ciudades y se había apropiado de gran cantidad de dinero y hombres, y después de formar un contingente con ellos, cruzó al continente al otro lado del estrecho eludiendo a todas las guarniciones de la costa[158]. Ninguno de los que habrían debido combatirlo se atrevió a marchar contra él, pues todos, presa del temor, le dejaron el camino expedito.

83. Esto en lo que se refiere a Maniaces. Por su parte el emperador, cuando se enteró de la muerte del embajador y de la insensata ofensiva del usurpador, concentró contra él un ejército muy numeroso. Sin embargo luego, temiendo que el que comandaba aquellas fuerzas, después de poner en fuga a Maniaces, utilizara su victoria contra aquel que lo había enviado y se convirtiera para él en un usurpador aún más peligroso que el anterior por haber reunido un número ingente de tropas capaz de llevar enseguida a término cualquier empresa que se propusiesen, no confía los contingentes a uno de los generales más aguerridos, sino que pone a su frente a un eunuco que, aunque le era fiel en sus planes, no hacía valer su autoridad ante nadie[159]. Este hombre parte pues de allí con un enorme ejército al encuentro del usurpador. Cuando Maniaces se enteró de que todas las milicias romanas se habían movilizado contra él, ni se atemorizó por su número, ni se intimidó por la movilización, sino que, subordinándolo todo a sus ambiciones usurpadoras, intentó sorprenderlos mientras no estaban en formación y cayó sobre ellos con sus tropas ligeras cuando todavía no le esperaban[160].

84. Cuando los soldados imperiales consiguieron poco a poco reagruparse para hacerle frente, se convirtieron más en meros espectadores de las acciones de este hombre que en verdaderos rivales de armas, y a muchos incluso no se les dio oportunidad para verlo, pues se les aparecía como si fuera un rayo, lanzando a sus soldados órdenes como truenos y recorriendo a caballo las falanges, mientras que aquellos que llegaban a contemplarlo quedaban enseguida aterrorizados. Pero aunque su valor hizo retroceder a aquella multitud desde el primer momento, fue derrotado por designios superiores, cuyas razones nosotros no somos capaces de precisar. Pues a pesar de que había sembrado el desorden entre nuestras falanges, cuya motivación era mucho menor que la suya, y de que por donde quiera que él acometía se rompían las filas de escudos y retrocedía el frente de nuestro ejército, cuando ya todo éste estaba desperdigado y la resistencia se desmoronaba, de repente Maniaces recibió una herida en el costado derecho, no superficial, sino profunda, de la que brotó enseguida una gran cantidad de sangre. Él parecía que no sintiese la herida, pero al ver luego correr la sangre, se palpó con la mano el lugar por donde ésta manaba y, comprendiendo que había sido alcanzado mortalmente, perdió toda esperanza e intentó regresar a su campamento, alejándose un poco de las tropas del frente. No podía ya controlar el caballo, pues le habían abandonado todas sus energías. Las tinieblas se espesaban ya en su cabeza y gemía quedamente, lo poco que le permitían sus escasas fuerzas. No tardó en soltar las riendas y resbalarse de su silla para caer

en tierra. Fue aquél un lastimoso espectáculo.

85. Nuestro ejército no se atrevió a marchar contra él, ni siquiera al verlo caído, sino que los soldados continuaron tirando de las riendas a los caballos temiendo que tras aquel espectáculo se encerrase alguna sorpresa. Pero cuando observaron que su escudero no estaba allí y que su caballo galopaba sin bridas ni control por el terreno que separaba a los dos ejércitos, entonces cayeron todos en masa sobre el cadáver. Cuando lo vieron, se admiraron de la enorme extensión de tierra que cubría su cuerpo extendido. Entonces le cortaron la cabeza y se la llevaron al comandante de la falange. Más tarde fueron muchos los que se atribuyeron su muerte y se concibieron y forjaron historias con este fin. Y como no era posible verificar estas versiones, se inventaron entonces que unos jinetes desconocidos habían caído sobre él y le cortaron la cabeza. Al ser muchas las historias que se habían fabulado, no hubo finalmente posibilidad alguna de verificar lo que se decía. A pesar de que el desgarro en el costado probaba que la herida era de lanza, hasta el momento en que escribo esta historia se desconoce quién se la infligió.

86. Éste fue el final con el que cerró su vida Maniaces, que aunque había padecido algunas injusticias, también había cometido actos censurables. Y en cuanto al ejército que se formó en torno a él, mientras algunas unidades regresaron sin gloria a sus respectivas patrias, la mayoría se incorporó a nuestras tropas. Pero antes de que los ejércitos regresaran junto al emperador, se le envió la cabeza del usurpador. El soberano, como si se viese liberado de una ola que lo envolviese, después de recuperar algo el aliento, dirigió agradecido sus oraciones a Dios e hizo fijar su cabeza empalada en lo alto del Gran Teatro para que todos pudieran contemplarla, incluso a mucha distancia, expuesta al aire libre.

87. Cuando las falanges regresaron tocadas en su mayor parte con coronas al valor y acampaban ya junto a las murallas delante de la ciudad, el emperador decidió que era preciso celebrar un triunfo por la victoria obtenida. Como era un hombre que sabía organizar bien los espectáculos y hacer las cosas a lo grande, dispuso la procesión de la siguiente manera. Ordenó que la infantería ligera marchase en cabeza con sus armas, todos mezclados y sin mantener la formación, llevando escudos, arcos y lanzas. A continuación de éstos seguía la caballería de élite, armada con sus corazas, que infundía miedo por sus equipos militares y su marcial formación. Luego iba el ejército del usurpador, pero no en orden, ni llevando hermosos uniformes, sino montados sobre burros, vueltos hacia la cola, con las cabezas rasuradas y llevando en torno al cuello ristras de desperdicios a modo de humillación. Después de éstos desfilaba en procesión la cabeza del usurpador y tras ella algunas de las insignias de su usurpación. Enseguida venían algunos espadarios y lictores y los que blanden el hacha con el brazo derecho[161]. Esta gran multitud precedía al comandante de las tropas imperiales, que destacaba sobre todos montado a caballo con su uniforme y que precedía a la guardia imperial al completo.

88. Mientras éstos desfilaban así, el emperador los presidía sentado en el trono, altanero y majestuoso, desde la Guarnición de la llamada Puerta de Bronce, en el mismo lugar en el que está el sagrado recinto que hizo construir aquel grande entre emperadores, Juan, el sucesor de Nicéforo Focas[162]. Las emperatrices se sentaban a ambos lados de él para contemplar el triunfo. Después de haber conseguido realizar una procesión así, el emperador, ciñendo la corona en medio de vivas aclamaciones, se retiró hacia el interior de Palacio. Por un breve momento había disfrutado del esplendor de la victoria, pero de nuevo volvía, como era su costumbre, a su habitual moderación.

89. En estas situaciones la noble actitud del emperador resultaba digna de encomio, pues no se vanagloriaba por sus éxitos ni pronunciaba palabras jactanciosas, sino que se aprovechaba de los acontecimientos mientras podía y enseguida regresaba a sus costumbres habituales. Ésta era su forma de ser. Sin embargo, no permanecía demasiado vigilante, sino que, como si requiriese descanso tras múltiples empresas, permanecía ocioso en las restantes ocasiones. Y por esta razón su reinado se veía sacudido constantemente por terribles tormentas.

ACERCA DE LA SUBLEVACIÓN DE LOS RUSOS

90. Por este motivo, a la resolución de la usurpación siguió una guerra contra los bárbaros. Después de forzar la entrada del estrecho o burlar tal vez la vigilancia de los que les cerraban el acceso, habían llegado a la Propóntide[163] barcos rusos en un número que, por así decirlo, excedía a cualquier cálculo. Era como una nube de desgracia que se formase de repente en el mar y cubriese la Ciudad. Llegado sin embargo a este punto de mi relato quiero exponer las causas por las que aquellos rusos, que nunca se habían enfrentado al emperador, cogieron la ruta del mar y realizaron esta expedición.

91. Este pueblo bárbaro siempre ha sentido odio y rabia contra el dominio de Roma y ha aprovechado todas las circunstancias para buscar cualquier motivo que le sirviera de pretexto para declararnos la guerra. Cuando murió el emperador Basilio, que les aterrorizaba, y después su hermano y sucesor Constantino completó la cuenta de los días que se le habían asignado, quedando así extinguido el poder de este noble linaje[164], ellos reavivaron de nuevo el viejo odio que sentían hacia nosotros y se fueron preparando poco a poco para nuevas guerras. Pero también el reinado de Romano gozaba todavía a sus ojos de prestigio y esplendor y ellos además no habían podido concertar aún sus preparativos, de forma que sólo cuando murió éste —después de haber sobrevivido poco tiempo a su ascenso al trono— y el poder recayó entonces en una persona tan oscura como Miguel, empezaron ellos a armar a todas sus fuerzas para marchar contra él. Sabiendo que para caer sobre nosotros les era preciso ir por mar, cortaron árboles en el interior del país y vaciaron sus troncos para formar barcas tanto pequeñas como grandes. Poco a poco, sin que nadie lo advirtiera, se prepararon a conciencia y estaban ya a punto de zarpar contra

Miguel con una gran escuadra. Pero mientras ellos se aprestaban para la guerra, que era ya inminente, también este emperador se sustrajo por anticipado a su desembarco abandonando esta vida. Ya que quien le sucedió se fue también sin dejar en Palacio ni el rastro de sus huellas, el poder se asentó finalmente en manos de Constantino. Aunque los bárbaros no tenían de qué acusarle para iniciar la guerra, sin embargo rompieron contra él las hostilidades sin pretexto alguno a fin de no verse obligados a dar por perdidos todos aquellos preparativos. Ésta es pues la causa infundada de su expedición contra el emperador[165].

92. Como ya habían conseguido penetrar inadvertidamente en la Propóntide, al principio nos propusieron la paz si nosotros estábamos dispuestos a pagar un alto precio a cambio de ella. Fijaron la cifra en mil estateres por cada barca, un dinero que se les haría efectivo sólo individualmente a cada una de ellas. Esto era lo que ellos pretendían, bien porque creían que teníamos fuentes de oro, bien porque estaban dispuestos a luchar fuese como fuese y plantearon exigencias imposibles de cumplir, para tener así pretextos fáciles de cara a la guerra. De forma que, cuando sus embajadores no fueron ni siquiera considerados dignos de recibir una respuesta, ellos se dispusieron ya a coordinar su ataque. Tan grande era la confianza que tenían en su gran número, que pensaban iban a poder tomar la Ciudad con todos sus habitantes.

93. La potencia de nuestra flota dejaba por aquel entonces mucho que desear y las naves portadoras del fuego estaban esparcidas por diversas localidades de la costa, para que así cada una de ellas vigilara un punto de nuestro territorio. Por ello el emperador reunió algunos restos de la vieja flota y los hizo carenar, luego les agregó algunas naves de carga que estaban a su servicio e hizo también equipar algunas trirremes. Embarcó entonces algunos soldados en ellas y proveyó abundantemente a las naves del fuego líquido alineándolas frente a las barcas bárbaras en el puerto situado en la costa opuesta[166]. Acompañado entonces de los miembros más distinguidos del senado permaneció anclado toda la noche en el puerto, algo retirado hacia el fondo. Luego, nada más amanecer, después de declarar solemnemente la guerra por mar a los bárbaros, dispuso a sus naves en formación de combate. Los bárbaros, zarpando de los puertos que estaban situados en la costa enfrentada a la nuestra —que eran como el campamento en el que se habían atrincherado—, se alejaron un poco de tierra firme y formaron una línea continua con todas sus naves, con la que bloquearon todo el espacio de mar comprendido entre los dos puertos. Se dispusieron asi tanto para atacar como para hacer frente a nuestra ofensiva. No había nadie que al ver lo que estaba ocurriendo no se llenase de turbación. Yo personalmente estaba entonces junto al emperador, que se sentaba en la cima de una colina que descendía suavemente hacia el mar para contemplar a distancia los acontecimientos[167].

94. Ambos bandos estaban pues dispuestos en formación de combate, pero nadie avanzaba para luchar, sino que las dos alineaciones permanecían inmóviles y prietas sus filas. Cuando ya había transcurrido buena parte del día, el emperador

dio una señal a dos de los navíos de guerra, ordenándoles que avanzaran lentamente contra las barcas de los bárbaros. Mientras avanzaban ligeros y a buen ritmo, los lanceros y honderos lanzaban desde lo alto sus gritos de guerra y los que disparaban el fuego se colocaban en orden para realizar sus lanzamientos. Entonces, la mayoría de las barcas de la expedición bárbara se precipitó contra nuestras naves surcando las aguas con gran rapidez. Luego se dividieron y rodearon en círculo a cada una de las dos trirremes intentando perforar sus cascos por debajo mediante sus lanzas. Desde arriba de éstas se les golpeaba con piedras y espadas. Pero cuando se les disparó el fuego y sus ojos se llenaron de humo, unos se arrojaron al mar para alcanzar a nado su base, mientras que otros no sabían qué hacer y renunciaron a intentar nada.

95. En ese momento se dio otra señal y zarpó la mayoría de las trirremes y otras naves las siguieron o se colocaron en sus flancos. Nuestras tropas ya habían cobrado valor, mientras que el enemigo se hallaba paralizado por el terror. Cuando las trirremes, después de cruzar el mar, llegaron a la altura de la flotilla de los bárbaros, la cadena que ellos habían hecho se rompió y su estrecha formación se disgregó. Aunque algunos se atrevieron a permanecer en sus puestos, la mayoría volvió sobre sus popas. El sol atrajo entonces de repente hacia sí una nube y, dado que ésta se elevó bastante por encima del horizonte, cambió la dirección del aire y provocó un viento fuerte que soplaba desde el levante hacia el poniente. El mar se erizó con olas de tormenta y sobre los bárbaros se desencadenó una tempestad que hizo que algunas naves fueran allí mismo engullidas por las aguas que se habían alzado a gran altura sobre ellas y empujó a otras un buen trecho por el mar hasta lanzarlas contra los escollos y acantilados de la costa. Las trirremes persiguieron a algunas de estas naves hundiendo a unas en el abismo con su tripulación, mientras que las demás fueron averiadas por las tropas a bordo de nuestras naves y arrastradas con la proa medio sumergida hacia la línea de costa más próxima. Muchos fueron los bárbaros masacrados y una verdadera corriente de sangre, como si descendiese de los ríos, tiñó de púrpura el mar.

[ACERCA DE LA SUPUESTA PRESCIENCIA DEL EMPERADOR]

96. El emperador, que había aplastado así a los bárbaros, regresó victorioso del mar a Palacio. Muchos decían —aunque yo, al examinar sus palabras, no encontré en sus vaticinios fundamento ni ciencia alguna—, decían pues, que muchas amenazas iban a abatirse sobre este emperador, unas exteriores, procedentes de los bárbaros, otras de la mano del pueblo que por el momento era su súbdito, pero que todas ellas se desvanecerían, pues una especie de destino propicio acudiría en auxilio del soberano y disiparía fácilmente todas las sublevaciones contra él. El propio emperador, cuando se vanagloriaba de las profecías y auspicios relativos a su reinado, recordaba ciertas visiones y sueños que o bien él mismo había tenido, o bien había escuchado de otras personas que se los habían vaticinado. A este respecto contaba cosas verdaderamente increíbles. Por esta razón, cuando sobrevenía un peligro, mientras los demás estaban llenos de terror y sus almas se estremecían pensando

en el futuro, él, plenamente confiado en la favorable resolución del problema, aliviaba los temores de todos y, como si la gravedad de la situación no le afectase, afrontaba los hechos sin perturbarse.

97. Yo, sin embargo, no sé que este hombre tuviera conocimiento alguno en las artes de la adivinación y lo atribuyo todo más bien a su indolencia y despreocupación. En efecto, todos aquellos que permanecen vigilantes ante lo que pueda suceder y que saben que con frecuencia pequeñas causas ocasionan grandes males, prevén cualquier contingencia, aun cuando sea extraordinaria, y cuando los males arrecian sobre ellos, sienten miedo pensando en las consecuencias, tiemblan ante cualquier rumor desfavorable y ni siquiera se sienten confiados cuando cambia a mejor el curso de los acontecimientos. Luego están los simples, que no intuyen el comienzo de los males futuros, ni reaccionan cuando se inician ya las desgracias, sino que se entregan a los placeres y quieren disfrutar siempre de éstos, así como hacer que las personas de su entorno participen de idéntica disposición, de forma que, para poder permanecer ellos ociosos entregados a su indolencia, vaticinan a éstos que los pesares que les afligen pronto cesarán. Hay también una tercera clase de almas, que es la mejor y que cuando algún mal sobreviene inadvertidamente, no las sorprende ignorantes de lo que acontece, ni las aturde desde luego con ruidos externos, ni las asusta, ni las somete, sino que, mientras todos abandonan ya, ellas permanecen imperturbables frente a las desgracias, sin recabar apoyos materiales, sino sosteniéndose gracias a la firmeza de su razón y a la superioridad de su juicio. Sin embargo, este carácter todavía no lo he podido encontrar entre las gentes de mi generación. El mejor comportamiento que puede esperarse entre nosotros es el de quien ataja las causas del mal desde que intuye lo que ocurrirá en el futuro o el de quien se apresta a la defensa si este mal ya ha llegado. Pero el emperador, como a él los sucesos nunca llegaban a asustarle, convenció a muchas personas de que una de las potencias superiores le anticipaba siempre el desenlace de los acontecimientos que se producían y que por eso despreciaba estas cosas y vivía completamente despreocupado.

98. He adelantado estas consideraciones en mi relato para que, cuando yo exponga a lo largo de mi historia que el emperador aprobó tal cosa o rechazó tal otra, no crea la gente que este hombre era un adivino, sino que piense que sus criterios iban acordes con su carácter y atribuya a la voluntad del Poderoso el final que tomaron los acontecimientos. Ahora pues, ya que quiero relatar una segunda sublevación contra el emperador, más terrible aún que la anterior, voy a plantear de nuevo las cosas desde el principio, avanzando cuál fue el origen de esta revuelta y qué causas tuvo, qué otra revuelta la precedió, cuál era ésta y de dónde se originó, así como quién fue el que se atrevió a iniciar las dos y de dónde sacó el coraje para preparar su usurpación.

[ACERCA DE LA SUBLEVACIÓN DE TORNICIO]

99. Para empezar por los hechos más lejanos, diré que por parte de madre

el emperador tenía un primo, cuyo hijo se llamaba León y pertenecía a la familia de los Tornicios. Vivía este León en Adrianópolis[168] y destilaba la arrogancia de los macedonios por todos sus poros. No era vulgar por su aspecto, pero tenía un carácter insidioso y no dejaba nunca de concebir en su interior nuevos planes de subversión. Las gentes pronosticaron a este hombre, cuando no había alcanzado todavía la edad viril, un destino glorioso. Se trataba de las habituales necedades que con frecuencia se les dicen a algunas personas, pero cuando León se hizo hombre y mostró una cierta firmeza de carácter, el grupo de los macedonios se adhirió a él incondicionalmente. Muchas veces, llevados por su audacia, intentaron alguna empresa arriesgada, pero escogían mal la ocasión, pues o bien no podían contar con éste, ausente en ese momento, o bien no disponían de un pretexto suficiente para la rebelión, de forma que ocultaban en lo profundo de sus almas sus ideas de usurpación, Pero finalmente se produjo un acontecimiento que provocó a la vez su defección y la sublevación[169].

100. El emperador Constantino tenía dos hermanas. La mayor se llamaba Helena y la menor Euprepia. A Helena no le prestaba la menor atención, pero en cuanto a la otra, puesto que desde el principio se daba aires de importancia y había alcanzado una posición de gran prestigio, y como era además una mujer llena de orgullo, la más enérgica y obstinada de todas cuantas yo he conocido, a su hermano, aunque le tenía cierto respeto, tal como ya dije antes, no le gustaban sus injerencias y, más que deferencia, era temor lo que sentía hacia ella. Así pues, ella, al ver frustradas las altísimas esperanzas que había puesto en su hermano, a pesar de que se abstuvo por completo de tomar parte en ninguna trama insensata contra el emperador, dejó de frecuentarlo y tampoco lo trataba con la confianza que es propia de hermanos, sino que cada vez que conversaba con él, le hablaba con arrogancia y con la altivez de antes, censurándole la mayor parte de sus actos y llenándole de reproches, hasta que veía que el emperador se enfurecía, momento en el que ella se retiraba llena de desprecio y musitando en sus labios ofensivas palabras. Así, cuando Euprepia vio que su hermano negaba totalmente su favor —por no decir que le era abiertamente hostil— al ya mencionado Tornicio, ella le prestó su apoyo y pasó a hacerlo su mejor amigo, manteniendo con él frecuentes conversaciones a pesar de que antes no le había prodigado muestras de afecto semejantes. El emperador estaba desde luego furioso, aunque mantenía bien ocultos sus pensamientos, pues carecía por el momento de un pretexto aceptable para castigar a Tornicio. En consecuencia, para mantenerlos alejados a uno de la otra, aunque ocultó por el momento el secreto a su hermana, finalmente hizo que Tornicio abandonara la Ciudad con una excusa adecuada: le confió el mando de la provincia de Iberia y le proporcionó así un destierro más que honorable[170].

101. Pero a pesar de que se le había deportado lejos, su reputación no dejó de acompañarle. Mejor dicho, las gentes utilizaron la reputación de Tornicio como base para sus acusaciones y le acusaron falsamente de pretender usurpar el trono. Presionaban así al emperador para que previniese esta amenaza. Éste sin embargo, aunque escuchaba estas cosas, no se alteró mucho al principio, pero cuando comprobó que su hermana defendía a Tornicio y escuchó un día que ella

decía algo así como que sin duda a su primo no le ocurriría ningún mal puesto que el Poderoso velaba desde lo alto por su suerte, se quedó conmocionado por estas palabras y ya no pudo contener más sus impulsos. Sin embargo, ni siquiera entonces se decidió a acabar con él, sino que pensó en quitarle toda base en la que apoyar su usurpación y envió con urgencia emisarios para que lo tonsuraran y lo vistieran con el manto negro. De esta forma, aquél vio cercenadas sus esperanzas y quien deslumbraba antaño por su boato regresó de repente junto al emperador vistiendo harapos de monje. Ni siquiera entonces el emperador le dirigió una mirada amable, ni se lamentó de su suerte, la cual, después de dar aliento a sus más altas esperanzas, lo había reducido de improviso a ese estado de postración, sino que antes bien, a menudo, cuando éste acudía a su presencia, él lo despedía con brusquedad y se burlaba de su lastimoso estado. Únicamente Euprepia, bien por el trato familiar, bien por cualquier otra razón, le abrió su casa y le prodigó benevolente su afecto, pues el parentesco entre ambos era la excusa que la resguardaba de cualquier crítica por su favor hacia él.

102. Residía entonces en la ciudad una numerosa colonia de macedonios, sobre todo personas que habían vivido en origen en Adrianópolis, hombres de mente astuta y lengua retorcida, dispuestos no sólo a tomar parte en cualquier empresa insensata, sino también muy capaces de llevarla a cabo, expertos a la hora de ocultar sus propósitos y los más fieles a sus compromisos recíprocos. El emperador, como si el león estuviera ya amansado y se le hubieran cortado las puntas de sus garras, no se preocupaba en absoluto de ellos, pero los macedonios, considerando que aquél era el momento que tantas veces habían buscado para llevar a cabo su revuelta, después de debatir el asunto entre sí —brevemente, porque ya se habían puesto hacía tiempo de acuerdo sobre su objetivo—, instan a Tornicio a participar en aquella insensata y temeraria empresa al mismo tiempo que reafirman su mutua adhesión a este golpe de audacia. Sacan así a Tornicio de noche de la ciudad, una acción en la que participaron unas pocas personas, y aún éstas de los más bajos fondos, y cogen sin desviarse el camino hacia Macedonia. Para evitar que un destacamento a caballo, saliendo por detrás en su persecución, les cerrase el paso llegando antes que ellos o los capturase siguiendo sus huellas, matan a los caballos de postas allí donde había establos. De esta forma recorren sin descanso su camino y llegan al interior de Macedonia[171]. Después de ocupar la ciudad de Adriano, que convierten en su baluarte, entran inmediatamente en acción.

103. Puesto que necesitaban reclutar tropas y no disponían de dinero ni de ningún otro medio para persuadir a los comandantes de las guarniciones a que pusieran sus ejércitos bajo el mismo mando y obedecieran sus órdenes, lo primero que hacen es enviar enseguida por todas partes a personas para que propalen falsos rumores. Éstas se presentaban ante cada uno de los militares y aseguraban al punto que el emperador había muerto y que Teodora, haciéndose con el poder, había escogido, por delante de todos los demás candidatos, a León de Macedonia, un hombre no sólo lleno de sensatez, sino resuelto a la hora de actuar, y que contaba con ilustres antecesores en su linaje. Mediante esta treta, los impulsores de este engaño reúnen en unos pocos días a los ejércitos

procedentes de todas las regiones de Occidente. Pero no había sido sólo aquel engaño el que los había reunido, sino también el odio que alimentaban hacia el emperador, porque les prestaba muy poca consideración y porque, sospechando de ellos a causa de una sublevación que había tenido lugar, se disponía en breve a castigarlos. Por este motivo decidieron sorprender al emperador antes de que él les sorprendiera a ellos.

104. Así pues, en contra de lo que se esperaba, se reúnen todos con rapidez. Luego, cuando consiguen concertar sus propósitos, escogen como su emperador a León. Disponen entonces cuantos preparativos para su proclamación les permitían las circunstancias y después de vestir a León con un traje majestuoso, lo alzan sobre un escudo. Éste, tan pronto como asumió su nuevo hábito, como si ya hubiera alcanzado el control efectivo de las cosas y no fuese un actor en escena desempeñando su papel, empieza a gobernar con autoridad y como un verdadero emperador sobre los que le habían nombrado tal, pues también ellos querían que dirigiese el poder con mano firme. Y en cuanto a la masa de las tropas, puesto que no podía distribuir dinero para ganárselas, consigue su obediencia con una exención de impuestos y dándoles total libertad para que hagan expediciones de saqueo y añadan a sus propios bienes todo el botín que obtengan. Después de elegir en asamblea a funcionarios y senadores, a unos los nombra comandantes de los ejércitos, a otros los coloca cerca del trono imperial y a otros les confía los escaños del senado. Así, una vez que reparte adecuadamente a cada uno su cometido de acuerdo con lo que tanto él como ellos habían decidido, emprende enseguida la marcha hacia la Ciudad. Su propósito era anticiparse a las decisiones del emperador cogiéndolo por sorpresa y movilizar a sus soldados contra él antes de que éste a su vez movilizase a las tropas de Oriente contra ellos. Creían que las tropas de la Ciudad no iban a apoyar al emperador ni se opondrían a ellos, pues estaban irritadas contra el emperador porque éste había empezado a adoptar medidas sin precedentes contra ellos, de forma que detestaban su gobierno y querían ver sobre el trono a un militar capaz de correr peligros por ellos y poner freno a las incursiones bárbaras.

105. Ciertamente, antes incluso de que se aproximase a las murallas, una gran masa de gente se les unió en el camino, como obedeciendo a un impulso espontáneo. Se incorporó a ellos también una muchedumbre de soldados procedente de las regiones montañosas del interior. Todo el territorio hasta la Ciudad era también proclive a sus propósitos y les acogía favorable. Y mientras a ellos les iban así las cosas, la situación parecía volverse contra el emperador. No se había podido reunir ningún contingente, fuese nacional o de los aliados, a no ser una pequeña formación de extranjeros que acostumbraba a desfilar en las procesiones imperiales. En cuanto al ejército de Oriente, ni siquiera los diversos contingentes estaban cada uno acuartelado en su respectivo territorio como para poder concentrarlos rápidamente a todos con una orden a fin de que ayudasen al emperador, que corría un grave peligro, sino que se hallaban en campaña en las regiones más profundas de Iberia para rechazar un ataque bárbaro. Por esto las esperanzas abandonaron al emperador, que podía respirar únicamente mientras el

perímetro de la muralla lo protegiese. De ahí que concentrara allí su esfuerzo, restaurando las partes abandonadas y sembrando los bastiones de catapultas.

106. Se daba la circunstancia de que en aquel momento el emperador padecía en las articulaciones un ataque tan fuerte de gota, que tenía los huesos de las manos totalmente desencajados, mientras que los pies, con los que no podía caminar, se le hinchaban además en medio de fuertes dolores. A estos padecimientos había que añadir una descomposición intestinal que había hecho estragos en todo su organismo y una consunción general que le aniquilaba y devoraba su cuerpo, de forma que ni podía moverse ni mucho menos celebrar audiencias públicas. De ahí que la población de la Ciudad creyese que había muerto y se reuniese en masivas asambleas en distintos lugares considerando si era preciso hacer defección y sumarse al bando del usurpador. Por ello también el emperador se veía obligado a forzar su naturaleza y, si no a dirigirse a las masas cada cierto tiempo, sí al menos a dejarse ver desde lejos y hacer algún movimiento para que se cercioraran de que no había muerto.

107. Ésta era la situación. Mientras tanto el usurpador había recorrido el país a la velocidad del viento y estaba acampado con todo su ejército delante de la Ciudad[172]. Lo que estaba sucediendo no era ya una guerra ni un encuentro de dos ejércitos, sino un asedio en toda regla y un asalto a las murallas. Yo había oído, de los propios soldados y de algunos ancianos, que nunca ninguno de los que había iniciado una usurpación llevó hasta tal punto su audacia como para disponer que se colocaran catapultas delante de la Ciudad, se tensaran ballestas contra los baluartes y se rodeara con tropas por el exterior todo el perímetro de las murallas. Así pues, el pánico y la confusión se apoderaron de todos. Parecía que todo iba a ser tomado al asalto. El usurpador, por su parte, se situó a escasa distancia de los muros, donde levantó una empalizada, y estableció su campamento bien a la vista de todos. Después de vivaquear allí una pequeña parte de la noche, pasó el resto montado a caballo, ordenando a sus tropas que subieran también a sus monturas y formando a la infantería ligera. Marcharon entonces al paso y en el mismo momento del amanecer se presentaron de repente ante las murallas, pero no desordenadamente ni como una masa confusa, sino dispuestos marcialmente y alineados en formación de combate. Para asustarnos, como si careciéramos de experiencia en la guerra, todos se habían cubierto con armaduras de hierro. Los más equipados se armaron con grebas y corazas y cubrieron con lorigas a sus caballos, mientras que los demás se habían equipado cada uno como había podido.

108. El usurpador en persona, montado sobre un caballo blanco, ocupaba el centro exacto de la falange con lo más selecto de la caballería y el grueso del ejército. Le rodeaba la infantería ligera, toda ella formada por excelentes tiradores, con poca impedimenta y buenos corredores. El resto de la falange permanecía formado en las dos alas, bajo el mando de sus comandantes. Las compañías, aunque conservaban su formación, estaban constituidas no por grupos de dieciséis hombres, sino por menos, para que sus contingentes cubrieran una

mayor extensión de terreno. Por ello no estaban muy agrupados ni las filas eran muy compactas. Y en cuanto a las tropas de la retaguardia, desde las murallas parecían cuantiosas e imposibles de calcular. También aquellas estaban distribuidas en grupos, de forma que entre las carreras de los soldados y el trote de los caballos más que una fuerza militar organizada daban la imagen de ser una simple multitud.

109. Así se dispusieron los asaltantes. En cuanto al emperador, a pesar de estar asediado en el interior, quiso sentarse con las emperatrices en lo alto de un bastión de uno de los palacios imperiales, vestido con las ropas imperiales, para que así el ejército enemigo viera que por el momento seguía vivo[173]. Su respiración era entrecortada y gemía quedamente. Del ejército asaltante sólo veía la sección inmediata que estaba delante de sus ojos. Los enemigos en cambio, que estaban ya cerca de las murallas en formación de combate, empezaron a recordar a los defensores que permanecían en las murallas, uno a uno, todos los males que habían padecido por culpa del emperador, detallándoles de cuántos más se verían libres si éste era capturado y cuántos sufrirían aún si quedaba libre. Les pedían que les abrieran las puertas y dejaran así entrar en la Ciudad a un emperador indulgente y honesto que los trataría con humanidad y haría crecer el poder de los romanos con guerras y victorias sobre los bárbaros.

110. Pero puesto que ninguno de aquellos a los que se dirigían estas palabras les respondió con aclamaciones, sino que, por el contrario, vertieron toda clase de injurias, toda clase de ofensas sobre ellos y el usurpador que los guiaba, entonces ellos, renunciando definitivamente a las esperanzas que habían puesto en la población de la Ciudad, lanzaron funestas imprecaciones contra el emperador, ya fuera ultrajándolo por la parálisis que afectaba a su cuerpo, ya fuera llamándolo maldito y aficionado a impíos placeres, o ruina de la Ciudad y perdición del pueblo, ya añadiendo a éstos otros insultos más monstruosos y llenándolo de oprobio. La mayor parte de los macedonios, que es un pueblo que se complace en su propia arrogancia y osadía y que no está acostumbrado a la sobriedad militar, sino a las chanzas de la ciudad, la mayor parte, como digo, desmontó de los caballos y, formando coros al aire libre, improvisaron farsas contra el emperador, golpeando rítmicamente la tierra con sus pies y danzando al son de la música. El emperador, que de todo esto veía unas cosas y escuchaba otras —yo estaba de pie a su lado, indignándome por las palabras de aquéllos e intentando animarle con las mías—, no sabía qué hacer y soportaba además del ultraje de sus palabras, el de sus actos.

111. Algunos de los defensores de la Ciudad, saliendo fuera de las murallas, hicieron retroceder a su caballería, bien lanzándoles piedras con hondas, bien disparándoles con arcos. Aquéllos fingieron entonces emprender una fuga que ya tenían preparada y, cuando vieron que les habían engañado para que corrieran detrás de ellos, dándose la vuelta de improviso, los mataron con sus espadas y lanzas. Uno de los enemigos, que sabía disparar desde el caballo, pasando inadvertido a nuestros ojos, se colocó al pie de las murallas justo a la altura del

emperador y, tendiendo la cuerda de su arco hacia su frente, dispara contra él una flecha. El proyectil cubrió veloz la distancia de aire que había entre ambos, pero como el emperador se inclinó un poco hacia un lado, pasó rozando levemente el costado de un joven paje de cierto renombre que estaba a su servicio. El miedo nos dejó paralizados y el emperador cambió el emplazamiento del trono y se puso un poco más a resguardo de las formaciones enemigas. Éstas permanecieron entregadas, como decía, a sus juegos verbales hasta el mediodía, diciéndonos unas cosas y escuchando otras, bien intentando adularnos, bien lanzándonos amenazas, hasta que recogieron los caballos y regresaron a la empalizada para preparar las catapultas y poner asedio a la Ciudad sin más dilación.

112. Por su parte el emperador, cuando se recuperó del susto, consideró entonces que cometería un grave error si no preparaba algunos soldados para hacerles frente, no detenía sus incursiones mediante un foso, no les bloqueaba el acceso con un terraplén y, finalmente, no se situaba algo más lejos para no escuchar lo que le decían ni verse cubierto de injurias. Desde el primer momento estas ideas que tuvo no eran acertadas, pero además se las confió luego a personas que carecían de experiencia militar. Puesto que a la mayoría le pareció bien lo que él opinaba, antes que nada se empezó a inspeccionar las cárceles por si por un casual había encerrada en ellas gente de armas. Entonces los liberó, les armó dándoles arcos y lanzas, y los preparó para el combate. Luego agregó al resto de la tropa una muchedumbre nada despreciable de civiles que se presentaron voluntarios para integrarse en filas, como si la guerra fuese un juego como cualquier otro. Durante toda la noche cavó un foso en un paraje que estaba delante de la Ciudad y levantó allí una empalizada. Nada más amanecer, antes de que los enemigos cayeran sobre la Ciudad, hizo formar este ejército de élite de nuestros hombres situándolo frente al enemigo —por una parte los escuadrones de caballería, por otra las unidades de infantería ligera, todos ellos acorazados con armas defensivas— y los distribuyó a todos en compañías. Él se sentó de nuevo en lo alto de las murallas y se dispuso a ver desde la distancia lo que iba a ocurrir.

113. Los enemigos nada sabían de estos preparativos, sino que cuando se aproximaron y se toparon con nuestras compañías ya agrupadas, al principio tiraron de sus bridas pensando que debían informarse primero acerca de cómo habíamos conseguido concentrar allí tan rápidamente un ejército así, pues temían que se hubiese presentado algún destacamento de Oriente para ayudarnos. Pero cuando se dieron cuenta de que nuestras fuerzas no eran sino una muchedumbre de desocupados y vieron que el foso no era ni profundo ni infranqueable, se rieron de la incapacidad del emperador. Entonces, dándose cuenta de que ésta era la oportunidad que habían estado buscando, cierran filas y, lanzando el grito de guerra, todos agrupados cargan al unísono con sus caballos, saltan con facilidad por encima del foso y ponen enseguida en fuga a nuestras tropas, que hasta entonces mantenían la formación. Los alcanzaron luego por la espalda y, bien con espadas, bien con lanzas, los mataron en masa. Los nuestros, en su mayoría, se veían arrollados por los suyos y caían de sus caballos para ser enseguida allí mismo atropellados y muertos. Y no sólo huían los que se hallaban fuera de la

Ciudad, sino también todos los que en aquel momento permanecían junto al emperador, pues creían que el usurpador iba a entrar enseguida y los masacraría a todos.

114. Exceptuando los posibles cálculos de la Providencia, nada había ya que impidiera a los asaltantes pasar al interior de las murallas y obtener sin obstáculos lo que pretendían, pues los que debían vigilar las entradas de las murallas abandonaron sus puestos de guardia y buscaban sólo un lugar en el que alguien pudiera defenderlos. En toda la Ciudad, mientras unos se habían retirado ya a sus casas, otros se disponían a salir al encuentro del usurpador. Sin embargo éste, como si temiera por vez primera entrar en la Ciudad, o más bien, confiado en que nosotros le llamaríamos al trono y sería conducido a Palacio precedido de antorchas en imperial procesión, postergó su entrada para el día siguiente. Conducía así su caballo donde quiera que se hallasen sus tropas y gritaba que nadie atacase o se manchase con la sangre de sus hermanos, y cada vez que veía a un soldado blandiendo una jabalina o disponiéndose a clavar su lanza sobre alguien cercano, le sujetaba el brazo y dejaba que el otro huyera sin trabas.

115. Entonces el emperador, que se había quedado solo, como si fuese a morir de inmediato, cuando escuchó estos gritos y vio que el usurpador detenía la matanza, se volvió hacia mí y me dijo: «De entre todas las cosas, la única que realmente me angustia es que este hombre feroz, que está resuelto a usurparme el trono, pronuncie palabras llenas de humanidad y dulzura. Temo que con ello se gane el favor de la potencia divina».

116. Dado que la hermana se lamentaba —me refiero a la mayor, pues Euprepia había sido condenada al exilio— y le instaba a que huyera y se refugiase en cualquier templo, él le lanzó una mirada de través como si fuera un toro y dijo: «Que se la lleve alguien, si es que nos queda alguien, para que haga el planto en su casa y no ablande mi espíritu, pues», dijo entonces volviéndose de nuevo hacia mí, «la fortuna del usurpador no traspasará el límite del día de hoy: en adelante los acontecimientos se volverán en su contra y le engullirán como si fueran arenas movedizas».

117. Mientras tanto, el usurpador, después de hacer esto y capturar no pocos prisioneros, regresó en formación a su campamento. El emperador, por su parte, no pensó ya en tomar de nuevo la iniciativa contra él, sino que después de atrancar las puertas de las murallas y adular al pueblo de la Ciudad mostrándoles su satisfacción por sus pasadas muestras de favor hacia él, y aun añadiendo nuevas recompensas por las futuras, como si fuera un certamen, se dispuso a soportar en calma el asedio. A su vez el usurpador, después de acampar tras la empalizada sólo aquella noche, cuando amaneció reunió a sus fuerzas y las condujo como si el imperio estuviera ya al alcance de sus manos. Llevaba con él a los prisioneros encadenados, a los que colocó delante de las murallas, instruyéndoles acerca de lo que debían decir en aquellas circunstancias. Ellos, situados a distancia de nosotros, con voz y aspecto lastimeros, sin dirigirse en

ningún momento al emperador, suplicaban al pueblo que no despreciara la sangre de sus compatriotas y hermanos, que no contemplara gustoso con sus propios ojos tan lamentable espectáculo, el de sus cuerpos despedazados como si fueran víctimas sacrificiales, y que no fuéramos a caer en tamaña desgracia por despreciar a un emperador cual no hubo nunca antes otro igual, algo de lo que ellos mismos tenían ya la prueba cierta, pues a pesar de que habría podido matarlos en el acto y tratarlos como a enemigos, él difería por el momento su ejecución regalándonos sus vidas. Además de esto, dramatizaban las desgracias que se cernían sobre nuestro emperador, porque aunque éste al principio alentó las esperanzas de la Ciudad, finalmente desde las nubes nos había precipitado al abismo. Esto es en esencia lo que dijeron los prisioneros, pero las respuestas que daba el pueblo eran las mismas que antes.

118. Luego sucedió lo siguiente. Desde el interior de las murallas se dispararon contra los enemigos piedras de un peso considerable, pero ninguna acertó en el blanco, pues no alcanzaron su objetivo al caer. Entonces los que disparaban la catapulta doblando aún más hacia atrás la cuchara para tensarla, lanzan contra el usurpador una roca de gran tamaño, que aunque no lo alcanza, siembra el pánico y pone en fuga a éste y a los que lo rodeaban. Agitados por el miedo, se mezclaron unos con otros, rompiendo así la formación, y regresaron al campamento.

119. A partir de aquel momento los acontecimientos se volvieron en contra de ellos. Por un breve instante, sus esperanzas —o mejor dicho, nuestra penosa situación— les habían llevado hasta lo más alto, pero pronto cayeron en tierra y se disiparon. Ya no se aproximaron de nuevo a las murallas de la Ciudad, sino que después de permanecer acampados unos días donde habían levantado las tiendas, regresaron por donde habían venido, la mayoría en desorden, como desertores. Si en aquel momento se hubieran presentado en su retaguardia unos dieciséis jinetes, ni siquiera muchos más, de aquel ejército disperso y en desbandada no habría quedado ni el abanderado. No obstante, el emperador, aunque había previsto su fuga, no se dispuso a perseguirlos, sino que lo retuvo el miedo que había sentido antes, y por esta razón no supo tomar una decisión adecuada.

120. A nosotros ya el simple abandono de su campamento nos pareció el más glorioso de los triunfos. La muchedumbre de la Ciudad se dispersó por aquel lugar, encontrándose con las abundantes provisiones de los que allí habían acampado, pues éstos no pudieron cargarlas sobre las bestias y acarrearlas, ya que se habían preocupado más de ver cómo podrían retirarse de allí sin ser vistos, que de emprender la fuga de manera confortable y bien pertrechados. Tan pronto como se retiraron, sintieron ira contra su comandante, pero aunque el miedo que cada uno de ellos sentía en su interior les impulsaba a abandonarlo, el temor hacia los compañeros y lo impracticable de este propósito, de nuevo les disuadían de intentarlo. Mientras tanto, todos cuantos pudieron aprovecharse de las circunstancias para escapar inadvertidos, corrían sin tomar aliento hacia la

Ciudad, junto al emperador. Y no eran sólo soldados rasos, sino dignatarios y generales. En cuanto al usurpador, un segundo mal vino a su encuentro, y un tercero, y luego aún toda una cadena de ellos. En efecto, a pesar de que atacó las fortalezas del Occidente, fácilmente expugnables entre otras cosas por su vulnerable ubicación y por las brechas de sus murallas —pues desde hacía mucho tiempo no se había previsto ataque enemigo—, no se vio que pudiera reducir una sola de ellas por asedio, pues aquellos a los que se les había encargado el asalto de las murallas no se preocupaban del asedio, sino que se daban la vuelta y mostraban de este modo a los asediados que no querían enfrentarse a ellos a no ser con ataques simulados.

121. Entonces el usurpador, que había abandonado de forma humillante la Gran Ciudad, cosechó aún mayor humillación al ser rechazado por todas las fortalezas que fue atacando sucesivamente. El emperador por su parte hizo convocar a las fuerzas de Oriente y tan pronto como regresaron, las envió contra las de Occidente, formadas tanto por nacionales como por bárbaros. Cuando éstas se enteraron de la llegada de los ejércitos de Oriente, no deliberaron ya entre ellas sobre si luchar o no, sino que se dispersaron enseguida maldiciendo al usurpador, y mientras unos regresaron a sus hogares, la mayoría corrió a unirse al emperador. De esta forma, a pesar de que antes habían prestado muchos juramentos y garantizado su mutua lealtad sobre objetos sagrados, prometiendo que morirían unidos y de común acuerdo ante los ojos del usurpador, entonces, paralizados por el miedo, no se acordaron lo más mínimo de sus juramentos.

122. Una sola persona entre todas, de nombre Juan y de apellido Vatatzes, compañero de milicia del usurpador desde antiguo, un varón que por la naturaleza de su cuerpo y el vigor de sus brazos podía equipararse a aquellos famosos héroes de antaño, permaneció hasta el mismo final con el usurpador y, de hecho, cuando éste huyó y se refugió en un templo de Dios, compartió su fuga y su refugio, pues aunque le habría sido posible abandonarlo y obtener los mayores honores, él puso todas las demás consideraciones en un segundo plano y no faltó a la lealtad que le había jurado. Así pues, ambos se refugiaron en un santuario[174] y desenvainando las espadas amenazaban con matarse si alguien pretendía sacarlos de allí a la fuerza. Una vez que obtuvieron garantías mediante juramento, salieron de allí y se entregaron al que actuaba de garante[175]. Pero mientras el usurpador enseguida se vino abajo ante aquella prueba y tan pronto profería voces lastimeras como se entregaba a súplicas o revelaba su falta de dignidad haciendo cualquier otra cosa, Vatatzes por su parte, ni aún en aquellas terribles circunstancias, se olvidó de su orgullo, sino que reveló un carácter altanero y ante todos se mostraba digno e imperturbable.

123. Entre tanto el emperador no quería guardar rencor a nadie ni causar daño alguno a los que se habían atrevido a rebelarse contra él y había revelado a Dios su promesa, lanzando además las más terribles amenazas contra sí mismo si no se mostraba amable e indulgente con todos los que habían levantado su mano contra él. Pero apenas llegaron éstos ante las murallas[176], recordando entonces lo

que se habían atrevido a hacer, sin que se le planteara ningún conflicto interior y sin intentar sofocar sus pensamientos, ordena que al punto se les saquen los ojos. Entonces el usurpador emitió una voz lastimera y se lamentó amargamente, sin mostrar dignidad alguna, pero el otro, después de decir tan sólo que «el imperio romano acaba con un noble soldado», se tumbó enseguida en el suelo y soportó con dignidad el castigo. Con éstos el emperador celebró un triunfo mayor que cualquiera de aquellos tan afamados de antaño, pero el arrebato de su cólera no fue más allá de este punto y así se comportó con magnanimidad con los otros conjurados.

124. Pero antes que nada se me olvidó mencionar cuál era la constitución del emperador cuando accedió al trono, cómo, de ser una persona vigorosa y de una fuerza inquebrantable, pasó a encontrarse en el estado contrario, y cómo no conservó hasta el final la belleza perfecta que le caracterizaba, sino que, como si fuera un sol cubierto por nubes, sólo proporcionaba un pálido reflejo de su luz natural a los que lo contemplaban. Expondré ahora esto empezando por el extremo contrario.

[ACERCA DE LA CONSTITUCIÓN FÍSICA DEL EMPERADOR Y SU ENFERMEDAD]

125. La naturaleza lo trajo al mundo como si fuera un modelo de belleza, ajustando tan armónicamente sus miembros, conformándolo tan proporcionadamente, que nadie podría igualársele en nuestro tiempo. Añadió además a esta armónica configuración una fuerza inquebrantable, como si pusiera sólidos fundamentos a una hermosa casa. Pero la naturaleza encerró esta fuerza que le dio, no en la longitud de sus brazos o en el tamaño de otras partes o miembros, sino, según creo, ocultándola en lo más profundo de su corazón y renunciando a manifestarla en su cuerpo, al que se adecuaban más la belleza y la proporción que desmesuras portentosas. Sus manos, en efecto, y especialmente sus dedos, a pesar de su moderado tamaño, tenían una fuerza que iba más allá de sus proporciones, de forma que no había ningún objeto, ni entre los más consistentes y compactos, que no se desmenuzase fácilmente cuando él lo apretaba entre sus manos. Y si decidía apretar el brazo a una persona, ésta necesitaba muchos días para poder curarse. Dicen así mismo que montaba magistralmente a caballo, que no llegó a haber hombre más veloz que él y que, flexible y ligero como era, no tenía rival posible en el pentatlón. Tal era su fuerza, la agilidad de su cuerpo y la rapidez de sus pies.

126. Hemos oído que su belleza era similar a la de Aquiles o de Nireo[177], pero mientras que la lengua del Poeta modela el cuerpo de aquéllos con todos los atributos de la belleza gracias al poder de su fantasía y por ello apenas nos satisface, a éste es la naturaleza quien lo ha modelado y tallado en la realidad, como si lo cincelara con su arte perfecto y lo embelleciera, superando así con el arte que le es inherente la magia de su rival. Después de hacer que cada uno de sus miembros fuera proporcionado al conjunto de su cuerpo —la cabeza y las

partes inmediatamente contiguas, las manos y lo que va tras ellas, las piernas y los pies—, esparció en cada uno de ellos el color que le correspondía. De esta forma resaltó la cabeza con un rojo fulgurante, mientras que, tomando la medida adecuada, cubrió con una excelsa blancura todo el pecho, el vientre hasta los pies y la zona opuesta. Y si alguien se hubiera puesto a mirarlo atentamente, cuando estaba en la flor de la edad y sus miembros todavía no se habían vuelto fláccidos, habría comparado su cabeza con un hermoso sol radiante, como si sus cabellos resplandecieran a modo de rayos, y el resto del cuerpo con el cristal más límpido y diáfano. También la armonía equilibraba su carácter, pues su lengua tenía un acento lleno de urbanidad y un aura de seducción le acompañaba al hablar. Y si llegaba a sonreír, entonces te veías de inmediato preso en las redes puras de sus gracias.

127. Ésta era pues la belleza que tenía el emperador cuando accedió al trono. Pero cuando todavía no había transcurrido un año, la naturaleza que le había adornado haciéndole un objeto digno de tanta admiración y placer, como si no fuese ya capaz, sino que fallase y se agotase, le arrebató la fuerza que tenía y descompuso su hermosura. Los principios del cuerpo, me refiero a las combinaciones elementales de los humores, no tardaron en disolverse y confundirse, y se precipitaron, bien sobre sus pies y los intersticios de sus articulaciones, bien sobre sus manos, impregnando a su vez los tendones y los huesos de la espalda, como si unas corrientes se hubieran precipitado sobre una nave que en principio era sólida, para desestabilizarla.

128. El mal no dio comienzo enseguida ni de repente, sino que los pies padecieron primero el flujo de la gota. Al punto tuvo que guardar cama y, si por algún motivo tenía necesidad de caminar, era como movido por un motor externo. Este mal era cíclico y periódico, de tal forma que el flujo reumático parecía remitir durante el mismo número de días que había durado previamente su inmovilidad, aunque luego los intervalos se acortaron y las pausas no llegaron a ser largas. Y mientras esto ocurría, el flujo reumático avanzaba desde los pies hasta las manos y a su vez, como si refluyera, sobre las espaldas, para finalmente ocupar todo el cuerpo. A consecuencia de ello cada uno de sus miembros, impregnado por aquel terrible flujo, se quedaba sin energía y las fibras y ligamentos se deshacían. Los miembros perdían entonces su armónica trabazón, de lo que se derivaba descoordinación y atonía. Yo mismo vi aquellos gráciles dedos suyos repudiar su propia forma y retorcerse enfrentados, unos hacia afuera y otros hacia adentro, hasta el punto de que no podía asir ningún objeto. Y mientras los pies se le curvaron hacia adentro, la rodilla se le hinchaba hacia afuera como si fuera un codo. De ahí que ni pudiera tener firme el paso, ni permanecer completamente erguido, sino que la mayor parte del tiempo la pasaba recostado, y cuando decidía dar audiencia, se le componía y arreglaba a tal efecto.

129. Cuando quería retribuir a los ciudadanos con esta especie de obligación ineluctable que son las procesiones imperiales, entonces se quejaba amargamente. Esta habilidad que tenía en el arte de la equitación le permitía

entonces ajustarse a la silla y adaptarse a ella, pero cuando luego marchaba sobre el caballo, apenas podía respirar y las riendas resultaban inútiles: mientras la bestia lo cargaba sobre sus lomos, algunos palafreneros altos y forzudos le proporcionaban apoyo por ambos lados, y así lo sostenían y aguantaban su peso, tal como si fuera un fardo, para conducirle al lugar en el que pensaba hacer un alto. Él, a pesar de encontrarse en situaciones tan difíciles, no se olvidaba de ninguna de sus pautas habituales de conducta y componía una expresión llena de dulzura, siendo capaz de moverse y desplazarse de un lado a otro él solo, para que los espectadores no creyeran que le asaltaban dolores o que su cuerpo estaba paralizado. Esto en lo que respecta a las procesiones, cuando el pavimento del suelo se cubría de tapetes para que el caballo no se resbalase sobre las losas. En los aposentos de Palacio, cambiaba de estancias transportado como un fardo y era conducido a donde quería. Pero si le atacaba el reúma entonces, ay, qué dolores tan atroces eran aquéllos.

130. Todavía hoy, cuando escribo esto, me admiro de cómo este hombre fue capaz de enfrentarse entonces a tales dolores. En efecto, los estados de parálisis se apoderaban de él uno tras otro, en rápida sucesión, consumiendo lo que quedaba de sus carnes y descoyuntando por completo lo que todavía se mantenía unido. No era capaz de encontrar una postura que le permitiera reposar lo suficiente en el lecho, sino que toda posición le resultaba insoportable. De esta forma, sus ayudas de cámara, empujando aquel pobre cuerpo de un lado para otro, tan pronto como encontraban la inclinación que le permitiese descansar un poco, le acomodaban en ella y lo sujetaban mediante contrapesos y otros ingenios que apoyaban en él para que pudiera mantenerse estable en aquella postura. A él no sólo el moverse le resultaba doloroso, sino que incluso la lengua le causaba dolor al hablar y la simple inclinación de los ojos ponía en movimiento el flujo reumático, de forma que lo dejaba totalmente inmóvil, paralizado.

131. Afirmo, y empeño en ello mi palabra poniendo a Dios como testigo, que a pesar de que se hallaba agotado y sacudido por los embates de tan terrible mal, siendo su estado verdaderamente lastimoso, nunca profirió una sola palabra blasfema contra Dios, sino que, por el contrario, si se enteraba de que alguien no podía soportar verlo sufrir así, lo despedía con durísimas palabras y declaraba que el mal había caído sobre él para castigarle. Es más, denominaba su enfermedad freno de su naturaleza. Temía, en efecto, sus propios impulsos y decía: «Puesto que no ceden ante la razón, se retiran ante los dolores corporales, y así, mientras mi cuerpo sufre, permanecen quietos los pensamientos desordenados de mi alma». Así filosofaba aquél sobre su enfermedad. Si alguien, dejando de lado otras consideraciones, examinara a este hombre por esta cualidad, en verdad que podría llamarlo santo.

132]Tenía otra cualidad que se unía a ésta y que, aunque yo no alabo del todo, él en cambio apreciaba especialmente. Pero que juzgue el que quiera: descuidaba por completo su seguridad. Ni siquiera se cerraban las puertas cuando dormía, ni había centinelas fuera que permanecieran vigilantes. Muchas veces

incluso se retiraban todos los ayudantes de cámara y cualquiera habría podido pasar fácilmente junto a él y retirarse de nuevo sin que nadie le cerrara el paso. Y si alguien lo censuraba por su descuido a este respecto, él no se molestaba por ello y despedía a aquél como si su concepto de la Divinidad fuera enfermizo. Con estas palabras quería decir que su gobierno venía de Dios, que sólo Aquél lo custodiaba y que disponiendo de su infalible protección despreciaba la humana y falible.

133. Yo, por mi parte, muchas veces le replicaba mencionando a los timoneles, los arquitectos y finalmente a los oficiales y generales. «Ninguno de éstos», le decía, «realiza su propio trabajo sin tener esperanzas en Dios, pero a pesar de ello, el uno nivela su construcción mediante la regla, el otro dirige la nave con el timón y cada uno de los que participa en las guerras porta escudo y espada. Mientras que para la cabeza les basta un yelmo, la coraza les cubre el resto del cuerpo». Con esto intentaba persuadirle mejor de que esta manera de actuar conviene todavía más al emperador, pero no conseguí en absoluto lo que pretendía. Su comportamiento revelaba un carácter honesto, pero daba facilidades a los que querían atentar contra él...

[ACERCA DEL ATENTADO CONTRA EL EMPERADOR]

134. Sin duda ésta fue la causa de muchas desgracias. Expondré una o dos, dejando a los lectores que deduzcan las demás a partir de ellas. Pero antes diré algo brevemente, a modo de digresión de mi relato: que en las ciudades bien gobernadas, los cuadros dirigentes se forman de los mejores ciudadanos, sean de noble origen o de humilde nacimiento, y esto tanto en la administración civil como entre los ejércitos. De esta manera eran gobernados los atenienses y cuantas ciudades imitaron su democracia, pero entre nosotros esta cualidad ha sido desterrada y despreciada y no se tiene ninguna consideración con la nobleza. Desde antaño este mal se ha transmitido por herencia hasta nosotros, siendo Rómulo el primero que inició esta confusión, cuando el senado se envileció y fue hecho ciudadano todo el que quiso[178]. Entre nosotros cualquiera podría encontrar sin duda a muchas personas que, después de vestir pieles de cabra, cambiaron de ropa: muchas veces nos gobiernan aquellos que nosotros compramos a los bárbaros como esclavos, de forma que se confían nuestros más altos poderes no a los Pericles, no a los Temístocles, sino a los más innobles Espartacos[179].

135. Hubo en mi época cierto individuo, hez de la barbarie, que superaba en arrogancia a cualquier romano y que llevó su insolencia a tal extremo que mostrando primero su desprecio al poder, maltrató a alguno de los destinados a convertirse en emperadores y luego, cuando éstos fueron llevados al trono, se jactó ante algunas personas de que «con esta mano», y mostraba su derecha, «he golpeado muchas veces a los emperadores de los romanos». Ante esta afirmación yo me exasperé tanto una vez que poco faltó para que estrangulara a aquel bárbaro jactancioso con mis propias manos, incapaz de soportar la afrenta que me causaron sus palabras.

136. Un deshecho humano no menos repulsivo que éste había manchado no mucho antes la nobleza de nuestro senado, pues aunque al principio había servido al emperador, luego corrompió la voluntad de los dignatarios y se le contó ya entre los poderosos. Era éste un hombre que, en cuanto a su linaje, tal como he indicado, carecía de distinción y, si se quisiera añadir aún algo, era de la más baja ralea y condición. Pero una vez que probó las deleitosas aguas de los romanos, consideró que sería un grave error no hacerse dueño de la fuente misma, de forma que él, que no era sino un esclavo comprado con dinero, pudiera reinar sobre los nobilísimos romanos. En consecuencia, aquel hombre innoble, después de reflexionar sobre esto, consideró que era un verdadero golpe de fortuna para su propósito que el emperador careciese de guardia, de forma que, sin revelar su empresa a ninguno de los nobles, consideró que nada impediría el éxito de su intentona. Cuando el emperador celebró la procesión desde el Hipódromo hasta Palacio, él le siguió formando entre los guardias que marchaban detrás y, una vez que consiguió entrar en las estancias reservadas al emperador, se quedó allí como al acecho, cerca de las cocinas. Todo el que se lo encontraba al pasar creía que el emperador le había dicho que estuviese allí vigilante y por este motivo ninguna persona lo expulsó de los apartamentos imperiales. Pero él pensaba, tal como reveló más tarde cuando se le interrogó acerca de sus ocultas intenciones, abalanzarse sobre el emperador cuando éste durmiese y matarlo con un puñal que guardaba en su seno y así apoderarse del poder.

137. Con este propósito, cuando el emperador se retiró a descansar quedando al alcance de todos, tal como dije antes, este aventurero se dispuso a actuar. Pero apenas había avanzado un poco cuando siente que le falla su determinación y se llena de vértigo y confusión. Y así, mientras corría de un lado para otro, fue capturado. El emperador, arrancado enseguida de su sueño cuando los guardias ya se habían congregado e interrogaban sin contemplaciones al bárbaro, tomó muy a mal esta audacia y se indignó, como es lógico, porque un hombre de esa condición hubiera despreciado al emperador. Enseguida manda que lo encierren, y al día siguiente toma asiento para interrogarle implacablemente acerca de su audaz intentona, preguntándole si tenía cómplices en su conspiración, si había alguien al frente de esta trama, si alguna persona le había instigado a acometer esta audacia. Pero como no revelase nada fiable ante sus inquisiciones verbales, se le somete a los más duros tormentos, colgándole desnudo de una madera por cada una de sus piernas y dejándolo medio exangüe a fuerza de latigazos. Forzado por aquellos golpes, según creo, denuncia a algunos dignatarios como cómplices de su intentona y entonces personas extremadamente respetuosas con la ley y de una lealtad irreprochable se convirtieron en el juguete de la demencia de un bárbaro. No obstante, ha transcurrido ya tiempo desde aquello y aunque a él se le considera todavía una persona de la más innoble condición, estas personas han recuperado su antigua dignidad.

[ACERCA DEL FAVORITO DEL EMPERADOR]

138. En cuanto al emperador, a pesar de que durante un breve espacio de tiempo se preocupó de su seguridad personal, luego volvió a desentenderse de su vigilancia, de forma que poco faltó para que se le quitara la vida y la Ciudad cayera en una tempestad y peligro todavía mayores. Mi relato mostrará ahora a partir de qué punto comenzó el mal y hasta dónde llegó y cómo el emperador, al que la fortuna daba ya por desahuciado, de nuevo se salvó contra toda esperanza. El soberano tenía un carácter risueño y siempre dispuesto a la broma y quería que se le entretuviera constantemente. Pero no le solazaba ni la música de órgano, ni el sonido de las flautas, ni el canto armónico de una voz, ni coros o danzas, ni ninguna otra cosa similar. En cambio, si alguien tenía alguna traba natural en la lengua y no podía expresarse correctamente, o simplemente si alguien actuaba como un charlatán diciendo sin pensar todo lo que se le ocurría, aquello sí que le divertía sobremanera. En suma, era la contemplación de lo deforme la ocupación que le servía de pasatiempo.

139. Por aquel entonces frecuentaba las estancias de la corte imperial un despojo humano de esta naturaleza, una persona medio afásica, cuya lengua o bien se le trababa completamente al hablar, o bien se le deslizaba entre los dientes sin control. Este hombre, exagerando su defecto natural, conseguía que produjera el mismo efecto que la afasia, pues en ambos casos la audiencia se quedaba sin saber qué es lo que pretendía decir.

140. A este individuo al principio el emperador lo trataba con indiferencia, de forma que él se presentaba muy de vez en cuando, después de la ablución de manos tras las comidas. Pero luego, dado que el emperador tenía estos gustos, se mostró cada vez más receptivo al placer que le provocaba su necio parloteo y llegó finalmente a no poder prescindir un instante de su compañía. A partir de entonces no hubo momento en el que no se entregase a ese pasatiempo, sino que aquél, haciendo ostentación de su natural defecto y desempeñando con habilidad su papel, le acompañaba siempre, ya estuviese el emperador en una audiencia, nombrando funcionarios, o asumiendo cualquier otra función. Sin duda fue el emperador el que creó a este hombre, o mejor, lo recreó con la mejor de las arcillas, sacándolo de las calles para montarlo en el carro del poder romano y haciéndolo ascender sin preparación en la escala de honores para situarlo junto a las personas de más alto rango. Le abrió así todas las puertas y le nombró comandante supremo de los guardias palatinos. Éste mostraba entonces la simplicidad de su carácter presentándose ante el emperador, no en el momento en que debía, sino siempre que se lo dictara su propio criterio. Al acercarse le besaba el pecho y la cara y le dirigía la palabra sin que él hubiera abierto la boca. Luego estallaba en carcajadas y se sentaba sobre su lecho. Apretaba entonces entre las suyas las doloridas manos del soberano, causándole dolor y alivio a la vez.

141. Yo en verdad no sabía de qué sorprenderme más, si de este hombre, que había sido transformado de acuerdo con la voluntad y deseos del soberano, o si del emperador, que había conformado su propia voluntad a la de él, pues cada uno de ellos cedía ante el otro como si éste le cautivara su voluntad, y así, lo que

deseaba el emperador, lo cumplía el comediante, y lo que éste hacía, aquél lo deseaba. Aunque el emperador era consciente por lo general de la pantomima, no obstante se complacía en dejarse burlar por aquél. Y así, a costa de la estupidez del soberano, iba creciendo la insolencia del comediante, que a cada escena fingía una nueva, adaptándose perfectamente a la ingenuidad de aquél.

142. El emperador desde luego no quería estar privado de su compañía ni el más mínimo instante, pero a él le fastidiaba aquella continua disponibilidad y se complacía en pasar el tiempo a su libre albedrío. Una vez que había perdido un caballo de esos que están preparados para jugar al polo, se incorporó de repente en medio de la noche y, puesto que se acostaba junto al emperador, lo despertó mientras estaba durmiendo, pues no era capaz de contener su entusiasmo, transportado como estaba de placer. El emperador, sin incomodarse lo más mínimo por levantarse, le preguntó qué le había pasado y de dónde le venía aquella excitación. Éste, rodeándole el cuello con sus brazos y cubriendo de besos su rostro, le dijo: «He encontrado, emperador, el caballo que se me había perdido. Lo monta un eunuco, que ya es mayor y está lleno de arrugas y, si quieres, ahora mismo saldré de aquí al galope y te lo traeré con su montura». El emperador se rió con ganas ante estas palabras y le dijo: «Ea, te doy permiso, pero debes regresar lo más rápido que puedas para celebrar tu hallazgo». Éste partió enseguida para entregarse a los placeres que tenía previstos y, cuando puso fin al banquete, regresó al atardecer, jadeante y sin aliento, arrastrando a un eunuco. «Éste es pues», dijo, «emperador, el que se llevó mi caballo. Aún teniéndolo no lo quiere dar, es más, jura incluso no haberlo robado siquiera». En ese momento aquel anciano, como confuso ante aquella injuria, parecía que iba a llorar, mientras el emperador no sabía cómo contener la risa.

143. Consoló finalmente al comediante con otro caballo aún más hermoso, mientras enjugó las falsas lágrimas del eunuco dándole tantos regalos cuantos ni siquiera en sueños él mismo había esperado. Éste era uno de los que habían servido más a nuestro hombre en sus comedias y su atendido dueño había querido desde hacía mucho tiempo que se beneficiase de la generosidad imperial. Pero como no sabía cómo llamar la atención del soberano hacia un hombre desconocido, fingió la escena del sueño y convirtió al emperador en el juguete de aquel hombre, de un sueño mendaz y de un espíritu grosero. Pero lo más terrible era que todos éramos conscientes de la comedia, pero denunciar al comediante requería mucho coraje y nosotros, que nos encontrábamos presos entre la insensatez del emperador y la parodia que se representaba ante nuestros ojos, nos veíamos obligados a reír por cosas ante las cuales las circunstancias exigían que hubiéramos llorado. Si no hubiera prometido un relato de hechos memorables, sino de necedades e intranscendencias, podría haber reunido muchas historias en mi obra. Baste sin embargo esta sola en representación de muchas. Ahora se relatará lo que sucedió a continuación.

144. Este hombre no sólo conquistó los apartamentos masculinos, sino que también se introdujo con engaños en el gineceo imperial, subyugando a ambas

emperatrices. Aseguraba, inventándose por completo esta ridícula historia, que había nacido de la hermana mayor, y también juraba por lo más sagrado que la menor le había dado a luz. Como si su nacimiento se hubiera producido así y se acordara de cómo fue alumbrado, relataba uno tras otro los dolores del parto y recordaba sin pudor los pezones maternos. Pero lo que él describía con más gracia era sobre todo el parto de Teodora, lo que ella le decía a él cuando lo llevaba en su vientre y cómo fue alumbrado. La estupidez de aquellas mujeres, cautivadas por el comediante, franqueó a éste todas las puertas de los accesos secretos de Palacio. Nadie podría enumerar fácilmente todos los regalos que constantemente le llegaban tanto de las estancias del soberano como del gineceo.

145. Durante un cierto tiempo las bromas se quedaron sólo en eso, pero cuando la emperatriz abandonó este mundo, algo sobre lo que enseguida hablaremos, la extrema simplicidad de este hombre le llevó a cometer actos nefandos que fueron causa de grandes males. Del argumento que abordaré en mi relato posterior tomaré ahora prestadas algunas partes para exponerlas aquí por anticipado. Era amante del emperador una joven que habíamos tomado como rehén a la gran nación de la que procedía. No tenía nobleza alguna, pero el emperador la honraba como si fuese de sangre real y ella disfrutaba de los más altos honores. Por esta joven había concebido aquel comediante una violenta pasión. Si aquélla se había entregado a su enamorado, es algo que no puedo asegurar, pero desde luego parecía corresponder a su amor. No obstante, ella era capaz de moderar su pasión, pero él era justamente esto lo único que no sabía cómo fingir, pues la miraba de manera desvergonzada, constantemente la abordaba y su pecho se abrasaba entero de amor por ella. Pero como no sabía de qué modo podría dominar el objeto de su pasión y hacer totalmente suya a su amada princesa, le rondó por la cabeza una idea increíble y totalmente absurda para el que la oiga, bien se la inspirara el trato con hombres perversos, bien la concibiera por su sola iniciativa: la de hacerse con el poder de los romanos. Su propósito se le mostraba fácil de cumplir, ya que no sólo consideraba que matar al emperador no suponía complicación alguna —pues él disponía de las llaves de los accesos secretos y abría y cerraba todas las puertas según quería—, sino que además se había engañado a sí mismo pensando que su acción era deseada por muchas personas, ya que él mismo mantenía una no pequeña cohorte de aduladores y uno de los más destacados, totalmente entregado a su persona, resultaba ser el comandante de los mercenarios.

146. Al principio mantuvo en secreto su propósito y nadie en absoluto llegó a descubrir que él meditaba una acción semejante. Pero puesto que la tempestad de su amor se había desencadenado hasta llegar a anegarlo, se decidió a actuar y reveló a muchas personas su intención, con lo que fue arrestado sin dilación. Pese a todo, fue arrestado no una hora, sino pocos minutos antes de llevar a cabo aquella terrible acción, pues cuando cayó la tarde y el emperador dormía como acostumbraba, mientras él afilaba ya probablemente el arma homicida, una de las personas con las que él había concertado su plan se presentó de improviso como si tuviera algo que anunciar al emperador y, apenas cruzó el velo, dijo, con la respiración entrecortada y sin poder todavía contener el resuello: «Enseguida te

matará, emperador, quien es tu favorito», y mencionó aquí a la persona por su nombre[180]. «Piensa, pues, cómo escaparás a una muerte inminente». Esto decía mientras el emperador se hallaba perplejo y no podía darle crédito. Nuestro hombre, sabiéndose descubierto, arroja entonces el puñal, entra en el templo contiguo y se refugia en el sagrado altar. Confiesa entonces su plan y toda la comedia representada a tal efecto, así como todo lo que había tramado anteriormente y que pensaba asesinar al emperador sin dilación.

147. El emperador en cambio no dio gracias a Dios por haber sido salvado, sino que se enfureció contra el que denunció a su favorito por haberlo sorprendido en flagrante delito y asumió incluso la defensa de éste antes de que se formulara la acusación. Pero puesto que no era posible ocultar la conspiración una vez que ésta había salido a la luz, constituye para el día siguiente una farsa de tribunal y conduce ante él al reo cubierto de grilletes para que sea juzgado. Cuando lo vio entonces con las manos encadenadas, poco faltó para que gritara de dolor, como si presenciara un espectáculo inusitado y monstruoso. Con los ojos llenos de lágrimas dijo: «Pero, liberad a este hombre, que mi alma se ablanda sólo de verlo así». Y cuando las personas a las que había dado esta orden lo liberaron de sus prisiones, le incitó dulcemente a defenderse, olvidando enseguida cualquier acusación. «Tú tomas tus decisiones», dijo, «con completa libertad, pues sé que eres un espíritu libre y sencillo. Pero dime ¿quiénes te indujeron a tomar esta monstruosa decisión? ¿Quién engañó tu ánimo sincero? ¿Quién secuestró tu voluntad, ajena a toda malicia? Dime además esto, ¿qué es lo que deseas de mis bienes? ¿Cuál de entre todos es el que más te seduce? Pues no te será negado nada de lo que más desees».

148. Esto dijo el emperador. Sus ojos estaban hinchados y su rostro bañado por las lágrimas que de ellos fluían. Aquél, en cambio, a las primeras preguntas no respondió una sílaba, como si no se le hubiese preguntado nada, pero al oír las últimas, en las que se trataba de sus deseos y anhelos, representó de manera asombrosa su falaz comedia y después de besar las manos del emperador y apoyar la cabeza en sus rodillas, dijo: «Siéntame en el trono imperial, adórname con la corona de perlas, regálame también este collar» —y señalaba el que adornaba el cuello del emperador— «y haz que me aclamen junto a ti. Esto es lo que deseaba antes y es lo que ahora deseo más que cualquier otra cosa».

149. Ante estas palabras el emperador, exultante, dejó traslucir su satisfacción. Esto era precisamente lo que quería, pues pretendía que se le eximiera de todo cargo por aquella absurda intentona, y librarlo de cualquier sospecha o condena alegando la simpleza de su carácter. «Te ceñiré», dijo, «la cabeza y vestiré con un vestido de púrpura. Basta con que te reconcilies conmigo y aplaques la tempestad que me agita. Disipa la noche que cubre tu rostro y mírame de nuevo como sabías, con la dulce luz de tu rostro». Estas palabras divirtieron a las personas responsables, mientras que los jueces no siguieron ni un momento más con sus pesquisas, antes bien, todos se rieron y abandonaron la escena a mitad de la acción. El emperador, por su parte, como si él fuese el

acusado y hubiese resultado vencedor del proceso, hizo ofrendas a Dios por su salvación y elevó ante él sus preces en agradecimiento, además de celebrar un banquete más suntuoso que de costumbre. El anfitrión era el emperador, que convidaba a todos los comensales, pero el convidado de honor no era otro que este farsante y conspirador.

150. Pero cuando la emperatriz Teodora y Euprepia, la hermana del soberano, murmuraron furiosas, iguales a las diosas del Poeta[181], ante las decisiones tomadas y no sólo no tuvieron ningún gesto amable, sino que censuraron duramente la simplicidad del emperador, éste sintió vergüenza ante ellas y condenó al reo al destierro. Pero no lo envió a un lejano exilio, sino que le ordenó establecerse en las cercanías, en una de las islas que están frente a la Ciudad[182], invitándole a tomar allí baños y a no privarse de ningún placer. Y todavía no habían transcurrido diez días, cuando convoca a éste de nuevo a Palacio con todos los honores y lo considera digno de una confianza y un favor todavía mayores que antes. La presente narración ha pasado en silencio no pocos de los hechos más escandalosos, que causan todos tanto vergüenza al que escribe como fastidio a los que leen. Pero puesto que mi relato no ha concluido totalmente, sino que necesita que yo entrelace todavía algunos hechos más para completarlo, voy a insertar ahora otro argumento tal como lo exige el sentido de mi narración y luego volveré de nuevo al mismo punto para añadir al relato previo lo que le falta ahora.

151. La emperatriz Zoe había pasado ya la edad de tener trato con hombres, pero el emperador ardía todavía en deseos carnales. Se le había muerto además su Augusta y en sus íntimas relaciones amorosas se perdía entre una multitud de imágenes y representaciones extrañas. Siendo como era curioso por naturaleza en asuntos de amor e incapaz de aliviar su mal con la fácil resolución de una cópula, pues siempre desencadenaba nuevas olas de pasión en sus primeros encuentros amorosos, se enamoró de una joven de Alania que, tal como he dicho en un pasaje anterior de mi relato, estaba entre nosotros en calidad de rehén[183]. Este reino no era especialmente ilustre ni tenía un gran prestigio, pero siempre había dado al poder de Roma garantías de su lealtad. La joven en cuestión era hija del que allí reinaba y ni por su aspectlo llamaba la atención al verla, ni por su séquito denotaba opulencia, sino que sólo dos cualidades la adornaban: la blancura de su piel y el fulgor de sus hermosísimos ojos. En cuanto al emperador, una vez prendado de ella, renunció a todas las demás relaciones amorosas y sólo junto a ella instaló sus reales, pues concibió por la bárbara una violenta pasión.

152. Mientras la emperatriz Zoe siguió con vida, no divulgó demasiado su amor, sino que prefería pasar inadvertido y ocultarse. Pero cuando ésta murió, encendió la llama de su amor y reavivó su pasión y poco faltó para que construyera una cámara nupcial y condujera allí a su amada como si fuera su esposa. La metamorfosis de la mujer fue tan súbita como radical: adornos extravagantes ceñían su cabeza, su cuello resplandecía de oro, pulseras áureas

serpenteaban en torno a sus brazos, pesadas perlas colgaban de sus orejas y, en cuanto a su cintura, la moldeaba y embellecía una cadena de oro y perlas. Aquella mujer era un auténtico Proteo, cambiante y multiforme.

153. Quiso pues ceñir a ésta con la diadema imperial, pero tenía miedo de estas dos cosas: de la ley, que limitaba el número de sus matrimonios[184] y de la emperatriz Teodora, que no habría soportado esta carga y que no aceptaría gobernar y ser gobernada a la vez. Por estas razones no compartió con ella la dignidad imperial, pero le dio su nombre, haciéndola llamar Augusta, puso a su disposición una guardia imperial, franqueó todas las puertas a sus demandas y, en definitiva, vertió sobre ella caudalosos ríos de oro, canales de opulencia y las ilimitadas corrientes de la fortuna. Una vez más se gastaban y consumían todas nuestras riquezas, una parte diseminada dentro de los muros de la Ciudad, la otra expedida hacia tierra bárbara. Entonces por vez primera el país de los alanos se vio colmado de los bienes de nuestra Roma. Sus naves atracaban en nuestro puerto y de nuevo partían cargadas hasta los topes de nuestros tesoros, por los que antaño era envidiado el imperio de los romanos.

154. Si yo ya entonces me lamentaba amargamente al ver cómo se iban consumiendo todos nuestros bienes, hoy no siento menos dolor, pues soy tan patriota y tan romano como el que más, y me avergüenzo todavía por mi señor y emperador. En efecto, dos o tres veces al año iban a buscar desde Alania a esta joven augusta servidores del padre, ante los que el emperador, mostrándosela en el Hipódromo, la proclamaba y llamaba su cónyuge y emperatriz. Unos bienes él mismo se los entregaba a aquéllos, y los demás encargaba que se los dieran a su bella esposa.

155. En fin, aquel comediante, del que he dejado de hablar por un poco, se enamoró de esta mujer y, al no poder conseguirla, planeó su conspiración. Una vez obtenido el perdón, tan pronto como regresó de su destierro, de nuevo se sintió poseído por un intenso amor hacia ella. Yo, que era perfectamente consciente de lo que ocurría, creía que el emperador no estaba al tanto, o quizás que tenía dudas al respecto, pero él mismo puso fin a mi error. En efecto, una vez marchaba yo con el séquito del emperador cuando éste era conducido a presencia de su amada. Su enamorado formaba también parte del cortejo. Ella se encontraba entonces en sus apartamentos, de pie, junto a una cancela. Cuando el emperador no la había abrazado todavía, un pensamiento lo detuvo y, mientras estaba absorto en él, el enamorado lanzaba continuas miradas a la amada. Al verla le sonrió dulcemente y después prosiguió con otras señales amorosas. Puesto que su rostro revelaba que se hallaba presa de un gran extravío, el emperador, tocándome suavemente el costado con la mano, me dijo: «Mira qué hombre más taimado. Todavía está enamorado y nada de lo que sucedió antes ha podido corregirlo». Yo, al escuchar estas palabras, enrojecí enseguida por completo. Mientras tanto, el emperador avanzaba hacia la Augusta y el otro actuaba cada vez de manera más desvergonzada, mirándola con más audacia. Pero de todo aquello no vino al cabo a pasar nada, pues el emperador murió, tal

como dirá mi relato más adelante, y de las otras dos, a la Augusta se la consideró de nuevo un simple rehén y al comediante el fuego del amor no pasó de alumbrarle simples ilusiones.

156. Tal como acostumbro a hacer en esta obra, dejo ahora de lado muchas cosas que tuvieron lugar durante los hechos aquí relatados y vuelvo de nuevo a la persona del emperador. Pero en primer lugar expondré lo relativo a la emperatriz Zoe, completando el relato con su muerte. Luego volveré de nuevo a este otro tema.

[ACERCA DE LAS CARACTERÍSTICAS FÍSICAS DE LA EMPERATRIZ ZOE]

Sobre cómo era la emperatriz en su juventud, no sé todavía hoy decir nada con certeza, salvo aquello de lo que tuve conocimiento por el relato de algunos y que confié a la escritura en un pasaje anterior de mi obra. [157. En cambio, cuando se hizo vieja, no parecía tener ya mucha capacidad para juzgar nada correctamente. No quiero decir que estuviera demente o se hubiera salido de sus cabales, sino que no tenía noción alguna de gobierno y que carecía por completo de sensibilidad en cuestiones de fasto imperial. Aunque le adornaban ciertas cualidades espirituales, su carácter ni siquiera permitió que conservara éstas intactas, sino que al hacer gala de ellas más de lo que sería preciso, dio muestras con ello, no tanto de magnificencia, cuanto de un pésimo gusto. Pero debemos excluir de todo esto su devoción religiosa, pues no quiero yo acusarla en este punto de demasía porque esta virtud llegase a alcanzar en ella cumbres no superadas, ya que en efecto dependía por completo de la Divinidad y consideraba que todo lo que sucedía procedía de ésta: en algún pasaje anterior de mi relato recibió ya por ello la alabanza que le corresponde. En cuanto al resto de sus costumbres, o bien eran relajadas y ligeras, o bien excesivamente austeras e inflexibles, y estos dos estados de ánimo se alternaban cada poco tiempo en intervalos idénticos y sin que mediara motivo alguno. Así, si por ejemplo alguien al verla de repente fingía caerse como si le hubiera alcanzado un rayo —pues muchos representaban esta comedia ante ella— al punto le recompensaba con cadenas de oro. Pero si luego, al darle las gracias, empleaba más palabras de las debidas, eran entonces cadenas de hierro las que los aprisionaban. Y puesto que sabía que su padre había procedido con prodigalidad a la hora de vaciar cuencas de ojos, no hubo nadie que dando el mínimo paso en falso no fuera sometido a semejante suplicio. Si el emperador no hubiera dejado de consentir tales acciones, a muchos se les habrían sacado los ojos sin motivo alguno.

158. Llegó a ser la más generosa de todas las mujeres y precisamente por esto consiguió echarlo todo a perder, ya que para ella esta virtud no tenía límite alguno y así, con una mano distribuía dinero a uno y con la otra rogaba al Todopoderoso para que beneficiase al que lo recibía. Si alguien le describía con entusiasmo las nobles acciones de su linaje y especialmente cuantas realizó su tío Basilio, ella se sentía exultante y enseguida su alma se dejaba transportar de

alegría. A pesar de que había superado ya los setenta años de edad, no tenía arruga alguna en el rostro, sino que irradiaba belleza como si estuviera en la flor de su juventud. Pero en cuanto a las manos, no tenía el pulso firme, sino que se veían agitadas por temblores. Sus espaldas estaban también curvadas. No se cuidaba para nada de los adornos corporales y ni utilizaba trajes recamados en oro, ni diademas, ni sortijas en torno a su cuello, pero tampoco se vestía de manera vulgar, sino que cubría su cuerpo con ropas ligeras.

159. En cuanto a las preocupaciones de gobierno, ella no compartía ninguna con el emperador, sino que quería estar por completo al margen de todas estas fatigas. Y respecto a aquellos trabajos a los que suelen dedicarse las mujeres, me refiero a la lanzadera, la rueca, la lana y el telar, de ninguno de ellos se preocupaba lo más mínimo. Pero había una cosa a la que ella se entregaba con pasión y en la que ponía todo su empeño: ofrendar su homenaje a Dios, no tanto, preciso decir, mediante oraciones de alabanza, exvotos o confesiones, sino a través de inciensos y cuantos perfumes procedentes de las tierras del Indo y Egipto suelen llegar a nuestras fronteras.

160. Cuando se cumplió el tiempo que le estaba asignado y le llegó el momento de morir, en la condición física de la emperatriz se manifestaron algunos leves síntomas premonitorios. En efecto, perdió todo apetito a la hora de alimentarse y su debilidad, al ir en aumento, le provocó una fiebre mortal, de forma que su cuerpo se consumía por dentro y, por así decirlo, se apagaba, señales estas que pronosticaban la inminencia de su muerte. La emperatriz entonces volvió rápidamente su pensamiento hacia las cárceles, ordenó la remisión de las deudas, liberó de sus penas a los condenados y abrió los tesoros imperiales, dejando que el oro que en ellos se guarda fluyese como un río: tanta fue la prodigalidad, tanto el desgobierno con el que ésta se prodigó. En cuanto a ella, después de una breve agonía y con el rostro apenas cambiado, abandonó esta vida después de haber cumplido setenta y dos años[185].

[ACERCA DE LAS NOBLES ACCIONES DEL EMPERADOR]

161. Después de concluir el relato referente a la emperatriz, vuelvo pues de nuevo al emperador. Yo quisiera no escribir historia y que no se me llamara por ello amante de la verdad, sino componer encomios en honor de este emperador, pues para servir al banquete de su elogio habría podido disponer de muchas y abundantes palabras basadas en la copiosa inspiración que él me proporcionó. En efecto, el que escribe un encomio evita mencionar todos los defectos que acompañan al elogiado y teje su alabanza a partir de las acciones más nobles de aquél. Y aun cuando fueran numerosos los rasgos negativos, al orador le basta incluso un único episodio que contenga una noble acción, digna de elogio, a menos que manipule sus defectos a la manera de un sofista para obtener a la fuerza algún motivo digno de elogio. En cambio, el que compone historia, a la manera de un juez insobornable y ajeno a vínculos personales, no puede desnivelar la balanza con un desigual reparto de las acciones, sino que se entrega

al relato con el fiel equilibrado y no emplea artificio alguno ni para las nobles, ni para las viles acciones, sino que expone los hechos pura y simplemente. Y aunque entre los personajes que incluye en su relato, uno, de noble corazón, le hubiera hecho alguna vileza y otro, de la opuesta condición, le hubiera prodigado algunos favores, en su historia no tiene en cuenta hechos de ninguna de las dos clases porque le afecten a él, sino que en su relato atribuirá a cada cual los hechos que le correspondan. Pues si se concediera al historiador la facultad de corresponder con buena voluntad y magnanimidad al que mostró su benevolencia hacia él, pervirtiendo así su obra por este motivo, ¿qué otra persona mejor que yo habría engalanado con los elogios de mi discurso a este emperador que, sin haberme visto antes de subir al poder, tan pronto como me conoció fue preso de tal modo de mi elocuencia que parecía que estaba prendado de mi lengua por sus orejas?

162. Pero no sé de qué modo podría entonces conservar la verdad histórica y tributar además a aquél el homenaje que le corresponde. No obstante, mi exagerada escrupulosidad en lo que respecta a la verdad histórica permite que este príncipe conserve una parte de la alta consideración que merece, pues si al mismo tiempo que examino abiertamente lo que parecen ser sus defectos, queda a salvo por el otro costado el brillo de sus virtudes y, como en una balanza, el platillo de sus bienes desciende repleto por haber sido cargado con acciones de un peso considerable, ¿cómo no podría entonces superar aquél a todos los emperadores que hasta ahora han sido objeto de encomios, pero cuyas alabanzas parecen sospechosas y más próximas a lo verosímil que a lo verdadero? ¿A quién de entre todos los hombres —y que sea esto una apología de sus defectos— y sobre todo de entre los que han obtenido el poder imperial, a quién, digo, se vio nunca que tuviera la cabeza ceñida con una corona formada por los encomios que provocaron todas y cada una de sus acciones?

163. Cuando vemos que aquellos antiguos soberanos a los que se cantó por sus juicios, palabras o acciones, me refiero a Alejandro el Macedonio, a los dos Césares, a Pirro de Epiro, a Epaminondas de Tebas o a Agesilao de Lacedemonia[186] —por no citar a los otros a los que los encomiastas tributaron elogios más breves—, no reparten en igual proporción sus virtudes y vicios, tal como sabemos por los que redactaron sus vidas, sino que se inclinan manifiestamente del lado del mal, ¿qué podría decirse acerca de los que los imitaron cuando se les vio marchar sólo un breve trecho por detrás de ellos, no digo ya en toda clase de virtudes, sino incluso justamente en aquellas en las que los antiguos triunfaron más claramente sobre los demás?

164. Yo, por mi parte, cuando comparo a este gran emperador con aquéllos, reconozco que es inferior por su valor, pero que por sus demás cualidades se sitúa por encima de las otras nobles acciones en las que aquéllos le aventajan. En efecto, era una persona de natural aguda, sagaz como nadie y con una memoria excepcional y dominaba de tal modo los arrebatos de cólera que parecía que no había nadie dotado de un carácter tan apacible como el suyo. A mí, sin embargo, no me pasaba inadvertido el modo en el que él, a la manera de un auriga, tiraba

de las bridas del caballo de su cólera, pues cuando la sangre se le inyectaba en los ojos y el cuerpo se sobresaltaba repentinamente, él se serenaba todavía más rápido y recuperaba rápidamente la razón. Y si en alguna ocasión, al desempeñar las obligaciones propias de un emperador, empleaba un tono de voz más áspero o amenazaba a alguien físicamente, enseguida parecía enrojecer, como si sintiera pudor por haber utilizado un lenguaje contrario a sus hábitos.

165. Cuando actuaba como juez no se apreciaba claramente cuál era la parte vencedora o la condenada. Mejor dicho, la parte que había obtenido la bola blanca absolutoria se marchaba desde luego radiante, pero la otra parte, que antes incluso de conocer su derrota no esperaba vencer, recibía una compensación y se retiraba victoriosa contra toda esperanza.

166. Muchos fueron los que conspiraron contra él y, de éstos, la mayoría incluso llegaron a blandir su espada contra su cabeza, pero el deseo del emperador era echar un velo sobre su audacia y seguir tratando con ellos como de costumbre, como si no se hubiera enterado de lo que intentaban o hubiera olvidado enseguida su ultraje. Cuando los servidores del trono y cuantas personas disfrutaban de libertad de palabra en su presencia le alentaban a que cediese a su cólera, diciéndole que sucumbiría enseguida si no se resolvía a hacer frente a los autores de las intentonas, él se preocupaba más de hacer valer su superioridad sobre éstos que de someterlos a los rigores de una minuciosa instrucción, pues después de hacer comparecer a los acusados en el centro de un tribunal y de denunciar su audacia con tono exaltado —dúctil como era su lengua y abundante el torrente verbal que de ella fluía—, desde el momento en que los veía atemorizados ponía fin al discurso con una breve exculpación, que impartía con tono burlón, y acto seguido les eximía del castigo.

167. Dejaré el relato de sus actos públicos a los muchos analistas que de ellos quieran levantar acta y revelaré ahora una pequeña parte de sus actos más íntimos, aquella justamente que está en el centro de todas las conversaciones y que resulta ambivalente tanto para quienes lo elogian como para quienes lo denuestan. Yo la destaco entre todas las que han cimentado la alta consideración de la que goza. Pero ¿de qué se trata? Él sabía que su alma era clemente y benévola en grado extremo e incapaz de guardar rencor alguno a nadie de entre todos los que habían querido dar rienda suelta a su furia contra él. Ésta era al menos la actitud que adoptaba cuando, con indiferencia, trataba a aquellos que habían cometido faltas modestas —y por modestas me refiero a aquellas cuyo mal no se transmite a otras personas—; a aquellos en cambio que proclamaban abiertamente su injusticia hasta llegar a los oídos del Todopoderoso, o bien les condenaba al destierro, o bien les marcaba unos límites que no podrían cruzar, o bien les cargaba de pesadas cadenas para que no escaparan. Incluso se obligaba a sí mismo mediante secretos juramentos a no concederles nunca la remisión de sus faltas.

168. Cada vez que yo le insistía en que él no podría respetar fácilmente sus

juramentos, él pensaba que me convencería de que, de no ser así, no sería capaz de frenar la agresividad de los malhechores. De hecho, durante algunos días se atenía a su propia resolución, mientras una legítima cólera todavía bullía en su interior, pero llegaba un momento en el que se relajaba aquella tensión —le sucedía esto cuando oía que alguien alababa la clemencia y ensalzaba por ello a algunos de los emperadores anteriores— y acordándose entonces de repente de aquellos condenados y de sus cadenas, tan pronto se ponía a llorar como mostraba su confusión al no saber cómo resolver aquel asunto de la mejor manera. Acudía entonces a mí para que le aconsejara en el debate que sostenía con sus propios pensamientos y cedía entonces abiertamente a sus sentimientos humanitarios, que era otra manera de aplacar a Dios.

169. Nunca vi yo antes un alma más compasiva, ni ahora en ninguna otra persona puedo descubrir un alma así, pero tampoco una más generosa o más digna de la condición imperial. Pues aquél, como si le hubiese correspondido el trono por este motivo, pensaba que no era emperador el día en el que no hacía gala de su humanidad o no revelaba con algo la magnanimidad de su carácter. Pero no sembraba, por así decirlo, en almas feraces las semillas de su actividad benefactora, para que brotara así enseguida la espiga de la conciliación, ni aquéllas producían mayores frutos de gratitud que la que él repartía generosamente al sembrar 'una tierra pingüe y feraz'[187].

170. Para los que quieran escucharme narraré ahora un pequeño episodio como prueba de esta virtud suya. Una persona fue detenida por robar fondos de la administración militar y fue castigada con el pago de una suma ingente, muchas veces superior a la que él poseía. Ahora bien, este individuo pertenecía precisamente a las clases prósperas y adineradas, mientras que el agente del fisco no era de los que se dejaban conmover, pues se trataba del tesoro imperial y del erario público. Aquél pidió audiencia al emperador, para que dictara sentencia y no se le impusiera en su totalidad la decisión del tribunal del Estado. Ambas partes fueron admitidas a presencia del emperador —y comparecieron muchos a los debates, incluido yo, que en calidad de secretario debía consignar las resoluciones de Temis[188]—, y cuando los dos entraron en la estancia, el ladrón, real o presunto, pronunció un discurso directo y emotivo, pidiendo que sólo se le privara de sus propios bienes en beneficio del fisco, pero que al menos sus hijos no heredasen sus obligaciones de deuda. Acto seguido se despojó de sus vestidos, como si sólo de su propio cuerpo fuera a disponer libremente.

171. Ante esto, el emperador, con los ojos bañados en lágrimas, dijo: «buen hombre, ¿no te avergüenzas de deshonrar tu próspero linaje al reducirte tú mismo de repente a una situación de tan extrema pobreza que necesitarás que alguien te dé de comer y te cubra el cuerpo desnudo?». A esto replicó aquél: «Emperador, ni aunque pusiera en ello toda mi voluntad, podría en modo alguno conseguir fondos para cubrir la deuda». ¿Qué dijo entonces el emperador ante estas palabras? «Si alguien te proporcionara», dijo, «la deuda que se te reclama, ¿aceptarás compensar así tu deuda?». «Será», dijo él, «un *deus ex machina*[189], pero no veo a

nadie que descienda del cielo, ya sea un mensajero angélico o un alma divina, 'para supervisar el buen gobierno de los hombres recorriendo sus ciudades'[190]». «Yo soy esa persona», le respondió de nuevo el emperador, «y te eximo del pago de la mitad de tu deuda».

172. Así habló aquél. Mientras tanto, el otro no sabía cómo contenerse, e hincando la rodilla en tierra poco faltó para que, desbordante de alegría, exhalara allí el último suspiro. Por su parte el emperador, compadeciéndose de la reacción del hombre, dijo: «Es más, te perdono dos terceras partes de la deuda». Y antes de que estas palabras resonaran en sus oídos añadió enseguida: «Y también la tercera parte restante». Aquel hombre, que ni se había figurado que el emperador fuera capaz de tanto, se quitó todo el peso que agobiaba su alma y, como si hubiera obtenido una victoria completa, se vistió lujosamente y con la cabeza laureada inmoló a Dios ofrendas en agradecimiento.

173. Estas y otras cosas similares podrían decirse respecto a este soberano, si es que alguien lo deseara. Pero el más persuasivo de los oradores, si quisiera hacer un encomio de este hombre, no dejaría fuera del correspondiente elogio hechos que quizás desapruebe el relato histórico. Por recordar también algunos de ellos, más propios de esta otra categoría, diría que consagraba parte de su tiempo al ocio. Para las demás personas el nombre y la realidad de estas ocupaciones no podían ser otros, pero él las consideraba actividades de gran importancia y las revestía de solemnidad. Así, si quería un día plantar un bosquete, o rodear de muros un jardín, o ensanchar un paseo para caballos, no sólo hacía esto tal como había pensado al principio, sino que enseguida tomaba decisiones contrarias a esta primera, de forma que mientras cubría de tierra un vergel, otro acababa de ser vallado, y mientras unos viñedos y árboles eran arrancados de raíz, otros brotaban solos de la tierra con sus frutos.

174. ¿Pero qué quiere decir esto? Pongamos que el emperador quería transformar una llanura pelada en un hermoso vergel. Pues bien, al punto se cumplía su deseo: las plantas que habían crecido en otra parte eran transplantadas allí con sus frutos y enterradas con sus raíces, y los terrones de mantillo, arrancados de la tierra de frondosos bosques de montaña, tapizaban el suelo subyacente. Él entonces, si las cigarras no cantaban enseguida sobre los árboles que crecían allí espontáneamente, o los ruiseñores no envolvían con sus trinos el bosque, lo consideraba una enorme desgracia y, después de dedicar todo su esfuerzo a este asunto, no tardaba en disfrutar de los más variados conciertos canoros.

175. Desde luego estas ocupaciones, y cuantas siguen a éstas, a mí no me parecen quizás adecuadas para un varón que conduce asambleas, al que se confían las huestes y que tiene tan graves responsabilidades', según canta la poética Calíope[191]. Otra persona, en cambio, admirada de la belleza exterior, admirará al emperador por su magnificencia y dirá cuanto crea que pueda convencer a su auditorio de que su capacidad intelectual era tan grande que

podría repartir sus tareas diarias entre el ocio y el negocio, sin que una actividad interfiriese en la otra. Pero realmente él no creía que fuera preciso añadir nada a sus obligaciones —pues una belleza inherente las adornaba ya—, mientras que pintaba su ocio con un tinte resplandeciente, o mejor, lo coloreaba con una apariencia de dignidad. En esto se agotaba su inteligencia, en añadir una cosa a otra, en vencer a la diligencia con el ingenio, en hacer fructificar los campos sin arado ni esfuerzo, en substanciar sus creaciones a partir de la nada, como el primer Demiurgo, dotándolas de sus respectivas cualidades, en vencer las estaciones con transplantes oportunos, en prescindir de los brazos de los campesinos gracias a sagaces invenciones y, en definitiva, en materializar al instante todas las fantasías que se le ocurrían, hasta el punto de que la mayoría no podía creer que la llanura que vieron el día anterior y la colina de la antevíspera apareciese al tercer día como un campo cultivado.

176. Afirmo esto manteniéndome por ahora de algún modo en los últimos confines de la retórica y del arte suasoria, puesto que si alguien quisiera dar al discurso una elaboración más acabada, se haría con las voluntades de toda su audiencia para llevarla a donde quisiera. No obstante, a mí tales acciones no me parecen dignas de alabanza y los artificios del lenguaje que nos hurtan la verdad me resultan odiosos.

[ACERCA DE LOS FAVORITOS DEL EMPERADOR]

177. Me atengo pues a la verdad histórica y excluyo estos aspectos de la esfera de los méritos del emperador, al igual que el pueril comportamiento que tuvo con respecto a un jovencito simple e ignorante al que, cuando todavía no llevaba un año manejando la pluma y el tintero, sacó de los bajos fondos y las callejas para instalarlo en el carro del poder de Roma: el emperador estaba tan subyugado por este canalla, que poco faltó para que le confiriese la dignidad imperial[192]. Lo llamaba en efecto ‘dulcísimo joven’ y le puso al frente del senado. Pero éste era una persona completamente inepta para llevar a cabo cualquier acción, aunque todo lo que hiciese o dijese el emperador lo consideraba palabra y obra de Dios. La explicación de la súbita pasión que el emperador sintió por él y de su no menos rápida mudanza, fue la que sigue —pero antes retrocederé un poco en mi relato a los momentos anteriores a su ascenso en el poder—.

178. Cuando este emperador se hizo con el cetro de Roma, como si atracase en el puerto imperial viniendo desde alta mar, pensó que debía tomarse un respiro y confió a otra persona la administración del poder. Era éste un hombre noble y sumamente erudito; su lengua estaba entrenada y preparada para expresar con vigor cualquier argumento y tenía además un conocimiento exacto de la práctica jurídica. Al unir a la disciplina retórica —que él había asentado sobre bases más amplias haciéndola así más persuasiva— su conocimiento de las leyes cívicas, conseguía, mediante precisas inferencias, establecer estrechos nexos entre las leyes, o lo que es lo mismo, gracias a los procedimientos técnicos de la retórica daba amplitud y variedad al texto de la ley y luego, pues estaba dotado

por la Divinidad de una mente esencialmente práctica, examinaba la acción pública con una lógica e ingenio insuperables. Aunque cultivaba con pasión una dicción elegante bajo todas sus formas, se había adaptado al género práctico en la argumentación oratoria, de forma que, mientras su estilo en los discursos retóricos era elegante y preciso por su expresión ática, en la praxis jurídica era sencillo, común y diáfano. Se distinguía este hombre por sus rasgos, su cuerpo espigado y su lengua versátil, que emitía una voz melodiosa y penetrante, sobre todo cuando declamaba desde lo alto de la tribuna los decretos imperiales[193].

179. A esta excelente persona el emperador le confió el gobierno mientras él recuperaba tranquilamente su aliento apenas desembarcado de un viaje por mar y escupía el salitre de sus desgracias. Los asuntos de Estado, que ya entonces iban bien, cambiaron incluso a mejor y nuestro hombre, discretamente, llegó a ser una figura insigne, aupada a la atalaya más eminente del poder. Pero luego ¿qué sucede? El emperador sintió envidia de él y no podía soportar la deshonra de ver cómo el imperio se transfería a manos de aquél. Quiso así ser dueño absoluto de la administración, pero no para mejorarla, sino para que se llevara a efecto su voluntad. Le parecía que gestionaba el poder como un subalterno, pues aquel hombre poderosísimo le coartaba cada vez que él se disponía a seguir las huellas de sus predecesores en el imperio.

180. Yo, por mi parte, cuando intuí lo que pasaba a partir de ciertos indicios, fui espontáneamente a anunciar a aquel hombre cuáles eran los ocultos propósitos del emperador. Pero él, como era persona de elevadas miras, no cedió ni un ápice en su rigor, ni le pasó las riendas al emperador. Profería en cambio palabras propias de un filósofo, como que él no podría destruir al emperador deliberadamente, sino que, cuando tuviera que desmontar del carro y la administración recayera sobre éste, no le guardaría rencor por este vuelco radical de su fortuna.

181. Tan pronto como el emperador se malquistó con él, lo retiró de la administración imperial y, para que nadie interfiriese ya en su voluntad, hizo oídos sordos a toda argumentación. Alguien podría componer una alabanza retórica de esta actitud, diciendo que el emperador, lleno de sabiduría, se bastaba a sí solo para hacer frente a cualquier decisión y no precisaba de la ayuda de nadie. El emperador retiró por lo tanto a este hombre del poder, pero Dios lo colocaría luego en una posición más elevada nombrándolo mistagogo e iniciándolo al mismo tiempo en los misterios de Su Divina Sabiduría[194], tal como más adelante expondrá detalladamente nuestro relato.

[ACERCA DE LOS EXCESOS DEL EMPERADOR]

182. Estas decisiones del emperador eran discutibles y valorables en un sentido u otro de acuerdo con las diferentes consideraciones de los hombres. Pero en cuanto a las demás que precisamente me dispongo a contar, no había ninguna entre todas en la que él actuase con mesura, sino que en todo lo que resolvía

había tensiones, extremos e ímpetus. Así, si deseaba a alguien, su deseo no tenía medida; y si se malquistaba con otro, dramatizaba con cólera soterrada los males reales que éste le había causado y fingía otros nuevos. Y si amaba, no había nadie que pudiera concebir excesos como los que le provocaba a él este sentimiento.

183. Cuando la emperatriz Zoe abandonó este mundo en edad avanzada, la añoranza que el emperador sentía por ella permaneció arraigada en el fondo de su corazón, de forma que no sólo entonó trenos por su muerte, no sólo hizo libaciones con sus lágrimas sobre su tumba, o rezó para que la Divinidad le fuera propicia, sino que quiso rendirle honores propios de Dios. Por ejemplo, cuando una columnita recubierta de plata de las que estaban en torno a la tumba de la emperatriz recogió algo de humedad por un costado en el que el noble metal se había resquebrajado y por un proceso natural produjo un pequeño hongo, él desbordaba de entusiasmo y atronaba con sus voces el Palacio, como si el Todopoderoso hubiese realizado un prodigio en la tumba de la emperatriz a fin de que todos supieran que el alma de aquélla se encontraba ya entre las huestes angélicas. Aunque nadie ignoraba lo que realmente había ocurrido, todos alimentaban el fervor del soberano, unos por temor, los otros porque consideraban que aquella farsa les permitiría medrar.

184. Éste fue el reconocimiento que dio a la emperatriz. Pero en cuanto a su propia hermana Helena, poco faltó para que no llegase ni a reconocer su muerte cuando se produjo. Ni siquiera cuando alguien le mencionaba el tránsito conseguía suscitar su compasión. Si la otra hermana, aquella de la que se hizo mención en un pasaje anterior de mi relato, hubiese partido de esta vida antes que él, habría tenido el mismo comportamiento respecto a ella.

185. Mi relato, en la denuncia de los excesos del emperador, llega ahora al capítulo principal, me refiero al templo que él fundó en honor del mártir Jorge, que él destruyó e hizo desaparecer por entero para reedificarlo luego finalmente sobre sus ruinas[195]. No fue desde luego un impulso espiritual, sobre el que yo no tendría que decir nada, el que le impulsó a comenzar el proyecto. Al principio parecía que el templo no iba a ser de grandes dimensiones, pues los cimientos que se habían cavado eran de un tamaño razonable y todo lo demás estaba en proporción a ellos. La altura a la que se elevaba ni siquiera era muy grande. Pero luego, transcurrido un cierto tiempo, le empezó a consumir el deseo de rivalizar con todas las construcciones que se habían hecho hasta entonces y de intentar superarlas ampliamente. Un recinto más amplio circundó entonces el área consagrada, de forma que hubo que elevar algunos fundamentos del edificio para luego cubrirlos de tierra, mientras que otros, por el contrario, tuvieron que ser excavados aún más profundamente. Sobre éstos se colocaron columnas, más grandes y de formas más variadas, todo ello hecho con una gran pericia. El oro recubrió el techo, mármoles de verde brillante cubrían el pavimento o se encajaban en las paredes como flores que brotaran unas junto a otras, idénticas de color o alternando por contrastes de tono... Y el oro del tesoro público, como si manara de copiosas

fuentes, seguía fluyendo en fragorosa corriente.

186. Pero cuando el templo estaba apenas concluido, de nuevo cambiaron y se alteraron todos los planes, se deshizo el acabado engaste de las piedras, se derruyeron muros y todo quedó a ras de suelo. La razón era que en la lucha que aquel templo sostenía con los demás, no había alcanzado un triunfo completo, sino logrado un segundo puesto, derrotado por uno solo de entre todos[196]. De nuevo se erigieron otros muros, se trazó, por así decirlo, con más pericia un círculo exacto que tenía por centro al templo edificado por tercera vez y todo resultó esplendente, etéreo. El templo, como si fuera la bóveda celeste, estaba sembrado por todas partes de astros de oro, o mejor dicho, mientras que el cuerpo del éter aparece dorado sólo a intervalos, en aquel templo el oro, como si fluyera en copiosa corriente desde un centro, inundaba toda la superficie sin dejar espacios libres. Alrededor había construcciones porticadas, bien por sus dos lados o en todo su perímetro. Toda aquella extensión, que se podía recorrer a caballo, no podía abarcarse a simple vista, sino que los confines no se apreciaban y lo que se veía después superaba a lo antes visto. A esto se sumaban aún praderas llenas de flores que se extendían, bien en torno al complejo, bien incluso dentro de él, así como canales de agua y albercas rebosantes alimentadas por ellos. Y de los árboles, unos se elevaban a lo alto, otros extendían sus ramas hacia el suelo. Finalmente, el placer indescriptible de los baños. Si alguien hubiera querido censurar aquellas dimensiones colosales, enseguida se habría reprimido, deslumbrado por su belleza, que abarcaba todas las secciones de aquel complejo, y habría incluso deseado que las dimensiones de aquella construcción fuesen aún mayores para que su encanto se transmitiese a las áreas que aún carecían de él. Y en cuanto a aquellos vergeles de su interior, nadie habría podido abarcarlos todos fácilmente ni con la mirada ni con el pensamiento.

187. No sólo el conjunto era extraordinariamente bello por estar integrado por bellísimas secciones, sino que cada una de ellas por sí misma atraía igualmente al espectador, que ante el despliegue excepcional de atractivos no podía saciarse nunca de disfrutarlos. Cada detalle arrastraba tras de sí la mirada y, lo que es más prodigioso, cuando contemplabas lo que creías más bello de todo, entonces un elemento insignificante se te aparecía de repente y atraía tu atención y no podías juzgar qué era lo más sobresaliente, qué iba después y qué ocupaba el tercer lugar, pues cuando las partes están tan integradas, hasta el elemento menos bello de todos es capaz de producir un placer completo. Cada cosa suscitaba entre los visitantes la más extraordinaria admiración: las magnitudes del templo, la belleza de las proporciones, la correspondencia entre las partes, la mezcla y la fusión de los encantos, el flujo de las aguas, el recinto que lo rodeaba, las praderas floridas, las flores cubiertas de rocío y regadas constantemente, las sombras de los árboles, el placer de los baños y, como si se tratase de una órbita perfecta, todos creían que no existía nada fuera del recinto que estaban viendo.

188. No obstante, el emperador consideraba todo aquello simple preludio

de lo por venir, pues se disponía a concebir otros prodigios tras los ya realizados, tan elevados eran sus pensamientos. En efecto, lo que ya estaba hecho, como quiera que hubiese sido realizado y cualquiera que fuese la belleza que irradiase, era enseguida despreciado por él y olvidado, mientras que lo que pretendía hacer para añadirlo a lo anterior, esto le hacía consumirse de impaciencia y lo cautivaba por simple amor a lo desconocido.

189. Era una persona algo particular en sus opiniones, no demasiado constante, que deseaba que su reinado adquiriese más renombre que ningún otro. Y en verdad que no fracasó del todo en su propósito, pues había desplazado mucho hacia el Oriente los límites de nuestra supremacía, apropiándose de una parte no pequeña de la tierra de Armenia, expulsando de allí a algunos príncipes e incorporándola a la esfera de los países vasallos[197]. Pero por otra parte, en sus embajadas a otros pueblos, cuando habría sido preciso que les interpelara haciendo valer su posición de superioridad, cortejaba en cambio su amistad enviándoles misivas más condescendientes de lo que habría sido preciso.

190. Así, al príncipe de Egipto[198], como si fuera a propósito, le concedía siempre más de lo debido, de forma que éste disfrutaba de su permisividad y, como si se tratara de un púgil que ha caído fuera del círculo de combate, no le ofrecía volver a la posición anterior, sino que le aplicaba cada vez presas más violentas. En muchas ocasiones él me confiaba asuntos confidenciales con aquel príncipe y me encomendaba la correspondencia con él, puesto que sabía que yo era un patriota y fiel a los romanos. Me daba entonces algunas indicaciones de cómo yo podría rebajar deliberadamente con expresiones humildes la importancia de mi señor y reconocer en cambio a aquél una posición más elevada de la que tenía. Pero yo, como si no me diera cuenta, mediante circunloquios, hacía justo lo contrario, transmitiendo una imagen del emperador bien distinta de la que él me pedía y tendiendo al mismo tiempo algunas trampas al otro para humillarlo secretamente con sutilezas lógicas. Por ello, puesto que el emperador consideró mi estilo algo oscuro, él mismo decidió dictar las cartas dirigidas al egipcio.

ACERCA DE LA TONSURA DE PSELO

191. Lo que dice Hipócrates de Cos que sucede a propósito de los estados de los cuerpos, que una vez que crecen hasta alcanzar un límite, puesto que no pueden permanecer fijos a causa del movimiento continuo en que se hallan, recaen entonces en el extremo contrario, es lo mismo que lo que el emperador, no digo ya padecía él mismo, sino que hacía a sus amigos, pues los ascendía poco a poco para de repente dejarlos caer bruscamente y tratarlos al revés que antes, aunque de nuevo a veces, como en los juegos de dados, a algunos de ellos les volvía a conferir los cargos anteriores. Esta cuestión que acabo de enunciar se convertirá precisamente en causa y fundamento de mi conversión a la vida contemplativa. La mayoría de la gente estaba sorprendida de que yo abandonase de repente una posición de prestigio, que había ido labrándome progresivamente, para consagrarme a una vida de santidad justamente cuando había conseguido

superar las envidias de la corte. A actuar así me indujo tanto un deseo innato que inundaba mi alma desde mi más tierna edad, como el repentino vuelco que dieron los acontecimientos. Sentí temor por lo tanto ante la volubilidad del emperador, ya que veía que, como si de una guerra se tratase, arrastraba tras de sí una víctima tras otra. Pero para que vosotros podáis seguir paso a paso toda la trama de mi historia, voy a dar comienzo por el principio a la narración de este relato.

192. Había tenido entonces ocasión de trabar amistad con muchas personas, pero fueron sobre todo dos hombres, que procedían de otras regiones y se quedaron a vivir en la augusta Roma[199], los que me cautivaron y me guardaron en lo más profundo de sus corazones. La razón de esta afinidad fue la afinidad misma de nuestros estudios. Pero ellos dos eran mayores y yo mucho más joven que ambos. Y si no fuese porque alguien podría acusarme de faltar a la verdad, diría que mientras aquéllos amaban la filosofía, yo en cambio era un filósofo completo. Cuando trabaron relación conmigo, cada uno me descubrió las capacidades que tenía y yo no contribuí tampoco menos a las de ellos, de forma que establecimos una relación de mutua dependencia. Pero como mi elocuencia había madurado antes y en mi desarrollo intelectual, por así decirlo, les llevaba igual ventaja, por ello ingresé en Palacio antes que ellos. No obstante, como no podía soportar bajo ningún concepto la idea de que se me separase de ellos, introduje a ambos ante el emperador, a uno enseguida, a otro poco después, pues no quiso que se le condujera enseguida a su presencia.

193. Cuando estábamos los tres junto al trono imperial y disfrutábamos hasta la saciedad de eso que suele llamarse fortuna, éramos conscientes, como era lógico, de la situación y no nos mostrábamos muy confiados de todo aquel brillo y apariencia exterior. Sin embargo, cada uno de nosotros vacilaba a la hora de decir lo que realmente quería, o bien lo encerraba en su pecho para administrarlo a la espera de que llegase la oportunidad para expresarse. El primer responsable de nuestra caída fue el emperador, pues él mismo puso en movimiento la rueda del poder con todos los que habían montado sobre ella, abatiendo y derribando a la mayoría de ellos. Y puesto que también nosotros habíamos entrado en el círculo, fuimos presa de un gran temor al pensar que si sacudía con más violencia aquel aro, también a nosotros nos haría caer de allí, pues no nos habíamos asido muy fuertemente a sus llantas.

194. Ésta fue la premisa del vuelco común que dieron nuestras vidas y éste fue el suceso que nos condujo a la vida contemplativa. Un día, pues, cuando nos encontrábamos reunidos, cada uno de nosotros, como si obedeciera a una señal, reveló a los otros su secreta intención y, después de establecer una especie de pacto sobre estas cuestiones y cerrar un acuerdo irrescindible, aplazamos, como lo exigían las circunstancias, llevar a cabo todos a la vez, de manera brusca e inmediata, el cambio de hábito, pero nos comprometimos con solemnes juramentos a que cada uno de nosotros seguiría en turno la senda del que diera el primer paso.

195. Aquel al que la fortuna había elevado más alto fue el primero entre nosotros que partió para tomar el camino que lleva a Dios[200]. Actuó como solía. Así, después de dar sólido fundamento a su decisión de consagrar su voluntad a Dios, simula una enfermedad de su cuerpo para justificar su cambio de hábito. Luego, con la respiración entrecortada, revela poco a poco la enfermedad al emperador y pide permiso para cambiar de hábito. Éste, aunque enfadado por esta decisión, consintió a la mudanza, pero estaba muy afectado porque iba a verse privado en breve de un hombre de aquella clase.

196. A mí aquel hecho no me dejaba ni dormir ni respirar siquiera, pero tampoco podía esperar indefinidamente a que llegase el momento oportuno. Cuando me encontré con él, vertí verdaderos torrentes de lágrimas y le afirmé mi esperanza de seguirle lo más pronto posible. Él, por su parte, se justificó de nuevo con aquel otro pretexto, el de que apenas asumido el hábito monástico alcanzaría la curación de manos de Dios, y, sin dilatarse nada, partió enseguida al divino monte Olimpo[201].

197. Yo tomé la mudanza de aquél como ejemplo para imitar y no tardé en simular un mal de hígado y una grave insuficiencia cardíaca. Fingía que mis facultades estaban alteradas y discutía como ante individuos responsables de la cura de almas, pero con la voz ahogada y haciendo con los dedos el gesto de cortarme los cabellos. Pronto empezaron a llegar al soberano con una cierta frecuencia noticias que le hablaban de mi próxima partida de este mundo: yo estaba agonizante y mi alma, ahogada por el dolor de mi desgracia, cuando yo recuperaba el juicio, ardía en deseos de una vida contemplativa y superior. El emperador, ante el anuncio de mi enfermedad, se quedó más abatido de lo que realmente merecía mi representación. Al principio se lamentaba y suspiraba profundamente porque mi vida estaba en peligro, pues la perspectiva de verse privado de mí lo desasosegaba profundamente, ya que —y no tengo motivos para no decir la verdad— sentía una verdadera pasión por mi conversación. Es más, si se me permite enorgullecerme un poco de mis aptitudes naturales, cumplí para él todo tipo de funciones, pues aunque yo procuraba vivir como un filósofo, me adapté a su voluntad haciendo uso de la retórica. Él se hastiaba en efecto enseguida de sus propios impulsos y buscaba cambios. Descendía así, según se suele decir, de la nota más grave a la más aguda e incluso pretendía combinar ambas. Por este motivo yo a veces le hablaba de filosofía, razonando acerca de la Causa Primera y el Bien Universal, o sobre la Virtud y el Alma, y le mostraba qué parte de ésta es visible en el cuerpo y qué otra parte, a la manera de un corcho que flota en la superficie, apenas está en contacto con el sedal que la ata, o como una cometa que se eleva en lo alto con ala ligera, obedece a su solo impulso y no está retenida por el hilo.

Pero cuando lo veía fatigarse con estos discursos y proclive a otros más amenos, yo cogía entonces en mis manos la lira de la retórica, lo seducía con los acordes de mis palabras y lo conducía con sus regulares cadencias a una imagen diferente de la virtud: a la de las virtudes de la composición y de las figuras, que

determinan la eficacia de la retórica, ya que la belleza de ésta no se construye sólo mediante mentiras persuasivas y la ambigüedad de los argumentos, sino que debe atenerse a una Musa rigurosa, de forma que sea filosófica por sus conceptos a la vez que la elegancia brota de sus palabras, atrayendo así al auditorio por ambos motivos. La retórica articula los pensamientos, sin confundirlos ni encabalgarlos, sino repartiéndolos y distinguiéndolos, como si los guiara delicadamente. Su eficacia reside no en la confusión o en la oscuridad, sino en la justa adecuación a las circunstancias y a las realidades y ello aunque alguien hable sencillamente y no utilice periodos ni discursos de largo aliento. Mostrándole todas estas cosas, yo despertaba en él la pasión por la retórica. Pero desde el momento en que me daba cuenta de que también ante esto él mostraba su incomodidad, cambiaba de nuevo de tema, fingiendo que había perdido la memoria de todo lo que sabía y que poco faltaba para que me ocurriera lo de Hermógenes, que se apagase el fuego que ardía en mí por su excesiva intensidad[202].

198. El emperador recordaba puntualmente todo esto y no quería permitir de ningún modo que me dedicara a la vida contemplativa y cambiara el hábito de vida. Al principio intentó disuadirme de mi propósito enviándome cartas y recurriendo a la intercesión de personas eminentes. Prometía que me libraría enseguida de mi enfermedad y que me recompensaría con una dignidad aún mayor. En cuanto a las cartas, todavía hoy no puedo leerlas sin derramar lágrimas. Allí me llamaba «ojos míos», «bálsamo de mi alma», «mis entretelas», «mi luz», «mi vida» y me suplicaba que no lo dejara ciego de mi presencia. Ante todo aquello yo permanecía sordo, pues el que me había precedido a la hora de adoptar la vida contemplativa me atraía más hacia él. Pero cuando el emperador desesperó de poder convencerme con dulzura, entonces dejó la piel de la zorra para vestir la del león y, alzando sobre mí su maza, juró que me haría quemar junto con los que me aconsejaban la mudanza y que no sólo yo, sino toda mi familia, sufriría toda clase de desgracias.

199. Pero yo, acogiendo sus amenazas como el anuncio de una vida mejor, atraqué en el Puerto de la Iglesia y después de descubrir mi cabeza, corté los lazos con la vida sensible. Cuando el emperador se enteró de mi tonsura, no se mostró resentido por mi acción, sino que se avino enseguida a la situación en sus nuevas cartas, en las que me saludaba por haber abrazado la vida espiritual, me daba fuerzas para soportar la mudanza y, al tiempo que censuraba el hábito ilustre y esplendente de la corte, alababa el sayo y me coronaba con la diadema de la victoria por haber actuado venciendo toda persuasión.

200. Pero, basta ya de hablar de mí. No era mi intención imponer mi presencia en esta historia, sino que han sido las digresiones de mi narración las que me han obligado a hacerlo. Lo que me ha empujado a tratar ahora este asunto fueron los repentinos cambios de opinión del soberano, pues fue el temor que nos causaban el que nos hizo dejar la vida mundana por la contemplativa, la vida confusa y desordenada, por la sosegada.

[ACERCA DE LA MUERTE DEL EMPERADOR]

201. Cuando el emperador se vio privado del consuelo que le proporcionábamos y la cítara de la elocuencia no pudo ya seducirle, se refugió de nuevo en los placeres materiales. Entonces, en medio de un vergel exuberante de frutos de todas clases, excava una profunda piscina, cuyos bordes deja al nivel mismo del suelo en todo su perímetro y hace que viertan en ella corrientes de agua. Si alguien que no estaba advertido previamente de que el vergel había sido excavado en su mitad, avanzaba entonces por él descuidadamente para coger una manzana o una pera, y caía entonces en el agua hundiéndose en el fondo para luego salir a la superficie de nuevo y ponerse a nadar, aquel suceso constituía el pasatiempo del emperador. Pero para que aquel asunto de la piscina no sólo sirviese para hacer bromas, construyó un pabellón de recreo que aisló adecuadamente el recinto inferior. Como nadaba muchas veces al día en el agua caliente, al entrar y salir con frecuencia de la piscina, un golpe de aire le dio en el costado sin que lo advirtiera. Al principio no le afectó demasiado aquella punzada, pero después el veneno, esparciéndose por sus entrañas, acabó por extenderse por la membrana de la pleura.

202. Cuando renunció ya a luchar por su vida —pues estaba postrado como una víctima recién sacrificada y agonizante—, no pensó en la emperatriz Teodora para ocupar el poder, sino que ocultó a aquélla sus intenciones y buscó en secreto un candidato al trono. Pero puesto que no era posible que esta maniobra pasase inadvertida, Teodora tiene noticias de sus intenciones. Ella monta enseguida en un barco imperial con las personas más destacadas de su entorno. Como si emergiera de entre las olas, llega al recinto de Palacio. Una vez allí, se gana el apoyo de toda la guardia. La púrpura con la que había sido envuelta de niña, la dulzura de su carácter y los sufrimientos de su vida anterior, lo pudieron todo con todos. Al enterarse de lo sucedido, el emperador se queja amargamente. Le aumentan los dolores. Pero como no era posible ni curar su enfermedad ni tomar una decisión verdaderamente razonable, se hunde enseguida en sus propias cavilaciones. Cierra los ojos. Se le turba entonces el juicio y emite palabras confusas. Después, recuperando por un instante la conciencia, comprende a qué extremo había llegado su mal. Apesadumbrado, encomienda entonces su alma a Dios.

203. El emperador Constantino Monómaco permaneció en el trono doce años y dejó así esta vida[203], después de haber cosechado una gran gloria por sus acciones de gobierno y dejado con su comportamiento un ejemplo no menos importante para los que quieren vivir excelsamente, pues si se prescinde de sus súbitos cambios de humor, en lo demás resultó ser el más humano de todos los hombres. De ahí que su historia parezca en cierto modo estar llena de contradicciones, puesto que ha compartido sus transformaciones y vaivenes. Pero es una historia hecha de verdad, no de retórica, y por ello ha acabado por asimilarse al emperador, por compartir en cierto modo sus sentimientos.

LIBRO VIII.

TEODORA

[1055-1056]

[ACERCA DE LA EMPERATRIZ Y SU PRIMER MINISTRO]

VIa.1. Cuando el emperador abandonó este mundo, el poder recayó en Teodora, hija de Constantino[204]. Todos esperaban de ella que confiase el poder a un hombre de mando y de noble familia, pero ella, en contra de la opinión y las expectativas de todos, asumió personalmente el poder imperial de los romanos. Consciente como era de que no hay mayor muestra de desmemoria que la que ofrece una persona con aquella otra que la condujo al poder, es más, que el hombre se muestra siempre sumamente ingrato con aquel que le colma de beneficios —una opinión ésta en la que ella se había ratificado al considerar sus propias vicisitudes y las del anterior emperador, así como los ejemplos que le proporcionó el comportamiento de su propia hermana—, no quiso entronizar en el solio imperial a ninguno de todos los candidatos posibles, sino que ella misma se puso al frente de todo y heredó íntegro el ejercicio del poder. Sus servidores y allegados le dieron fuerza a la hora de tomar esta resolución, pues eran hombres que desde hacía mucho estaban al tanto de los asuntos de Estado y eran expertos conocedores de todos los ámbitos de la administración.

2. De esta forma la propia emperatriz asumió sin disimulos el poder absoluto e interpretó abiertamente un papel masculino, sin necesidad de máscaras. Se la podía ver así nombrar a los funcionarios, impartir justicia con voz firme por la autoridad de su cetro soberano, así como emitir su veredicto y actuar como árbitro, pronunciando sus sentencias, bien mediante rescriptos, bien oralmente, y comunicar sus decisiones, unas veces con tono condescendiente, otras con una fría distancia.

3. Aunque entre los romanos es costumbre que en el momento del ascenso del emperador al poder se produzca una asignación de nuevos títulos, tanto entre el estamento civil como entre los cuadros militares, ella, a pesar de transgredir esta ley, convenció a los súbditos de que no la había transgredido. Decía a todos que ella no asumía entonces el gobierno de los romanos por vez primera y que no recibía en ese momento el poder, sino que ya lo había obtenido de su padre y que, aun cuando al principio hubiera sido apartada de él por advenedizos, ahora volvía a asumir aquello que le pertenecía por derecho de sangre. Esta justificación

pareció convincente al pueblo y todos los que habían afilado entre tanto su lengua contra ella, callaron entonces.

4. A todos les pareció poco procedente que el gobierno de los romanos, abandonando su porte viril, se afeminara, pues aunque no creyeran realmente que era así, ésta era al menos la impresión que daba. No obstante, con la única excepción de esta circunstancia, el poder por lo demás ni experimentó cambios, ni perdió su magnificencia y no hubo una sola conspiración contra el trono o alguien que despreciase las declaraciones o decisiones que emanaban de él. Por el contrario, el curso de las estaciones resultó a todos propicio y abundantes las cosechas, mientras que de entre todos los pueblos existentes ninguno realizó a traición incursiones de saqueo y pillaje en el territorio romano ni nos declaró la guerra formalmente. En ninguna parte del imperio había descontento y en todas se respetaba la justicia.

5. Muchos contaban largos años de vida para la emperatriz, más años incluso que los de una vida ordinaria. Es verdad que su cuerpo no se había encorvado mucho a pesar de la gran estatura que tenía y que no le faltaba nunca la lucidez si era preciso trabajar o discutir algo más tiempo de lo debido. Es más, tanto si estudiaba los asuntos por anticipado, como si los analizaba en el momento, le sobraba siempre elocuencia para articular sus razonamientos.

6. No obstante, la administración necesitaba un hombre de noble familia, conocedor de las prácticas de la administración y experto en los usos de la cancillería imperial. Ella no confió este cargo a ninguna de las personas de su entorno, consciente de que el elegido, presa fácil de la envidia de sus semejantes, sería enseguida derribado de su posición, sino que buscó al mejor entre los miembros del senado. Al no encontrarlo allí, no puso al frente del gobierno a una persona que se señalara desde hacía tiempo por su palabra y su elocuencia, sino que el saber callarse y el mirar hacia el suelo, y el no estar capacitado para las relaciones humanas o para cualquier otra de las cosas que suelen caracterizar a un hombre de política, fueron las cualidades que condujeron al escogido al puesto más insigne del Estado. Pues los emperadores prefieren colocar en las posiciones más elevadas antes a las personas menos despiertas, con tal de que éstas sean distinguidas, que a aquellas que son de lengua desenvuelta y refinada educación, si están dotadas de un talento para las relaciones políticas. No obstante, aquel hombre tenía una cierta disposición hacia la elocuencia, aunque lograba su propósito más con el gesto de la mano que con la lengua, pues a pesar de que con ninguna de las dos era desenvuelto, al menos con la mano era más eficaz, de forma que sólo en ella era sabio, ya que cada vez que intentaba demostrar su ciencia con palabras, era la impresión contraria la que transmitía a su audiencia, tan confusa y desabrida era su conversación[205].

7. Este hombre, que sobrellevó sobre sus espaldas el peso de la administración imperial, a las gentes les pareció un simple mozo de carga, pues carecía, como dije, de talento para las relaciones políticas. No era por lo tanto una

persona especialmente encantadora, ni avisada era la conversación que sostenía con los que lo abordaban, sino que siempre hizo gala ante todos de la rudeza de su carácter y rehuía cualquier encuentro. Y si alguien no le decía enseguida cuál era la clave del asunto tratado, sino que por el contrario hacía algunas consideraciones previas, se sentía irritado y molesto, haciéndose así odioso a ojos de todos, de forma que nadie quería tratarlo a no ser que fuese absolutamente necesario. Por mi parte, admiro la firmeza de sus decisiones, pero considero que es más adecuada para la eternidad que para nuestro sentido del tiempo y más propia de la vida futura que de la presente, pues sitúo la impasibilidad total y la insensibilidad por encima de todas las esferas, fuera de los confines de nuestro mundo, mientras que la vida en el cuerpo, por su naturaleza política, se adapta mejor a las circunstancias del presente, o mejor, la parte afectiva del alma se corresponde con la vida corporal.

8. Son en efecto tres los grupos en los que considero que se han de distribuir los estados de las almas. El primero, cuando el alma vive por sí misma, liberada del cuerpo, bien tensada y sin ceder prácticamente en nada. Los otros dos estados por el contrario los concibo en la convivencia del alma con el cuerpo. Si el alma asume un modo de vida medio entre la impasibilidad y el sufrimiento constante, escogiendo un centro exacto como en un círculo, produce a un hombre político y no se convierte en algo exactamente divino o intelectivo, ni se entrega a las pasiones o al cuerpo; pero si se aparta de esta centralidad y avanzando decididamente vive una vida entregada a las pasiones, produce un carácter sensual y hedonista. Si admitimos en cambio que algún mortal pueda transcender el cuerpo y colocarse en el vértice de la vida intelectiva, ¿qué tendría entonces en común con las cosas? 'Me he despojado', dice la Escritura, 'de mi túnica, ¿cómo la volveré a vestir?'[206]. ¡Que ascienda pues a una excelsa cumbre entre las nubes y que se quede allí con los ángeles para que lo ilumine una luz superior, ya que él fue quien se excluyó a sí mismo y excluyó a los hombres! Pero dado que ningún mortal pudo jactarse nunca de una naturaleza así, si por un casual se le confían a alguien asuntos de orden político, que los gestione entonces políticamente y que no finja como éste seguir la recta senda que marca el modelo, pues no todos los hombres son medidos con la precisión de la regla. De forma que, del mismo modo que se rechaza la oblicuidad de la eclíptica, se repudie también el movimiento recto opuesto a ésta.

9. Por este motivo, aquél, que filosofaba sobre cuestiones materiales, no era un filósofo, sino que parecía un simple aficionado a la filosofía. Pero si consideramos a este individuo en todas sus facetas, en su comportamiento privado daba la impresión de ser algo distinto. En efecto, en sus hábitos de vida era suntuoso y espléndido, aunque mantenía su independencia de criterio y no se dejaba corromper por el dinero. Y si alguien, al compartir con él una comida, mostraba el rostro risueño y 'sobre las viandas prestas lanzaba sus manos'[207], como dice el poema, aunque él se servía también con avidez de lo que se le ofrecía, charlaba animoso y desplegaba todos sus encantos, se adaptaba en suma al comportamiento del otro, luego, cambiando de nuevo, volvía como antes a sus costumbres. No quería que nadie en absoluto compartiese con él la administración

—pero esto que digo, una vez más, me obligará a dar un rodeo en mi historia—.

[ACERCA DE LA ORTODOXIA DEL AUTOR Y SU REGRESO A PALACIO]

10. Sucedía que, no mucho antes de que Teodora asumiese el poder, yo había abrazado la vida contemplativa. Por ello precisamente, porque vestí el hábito divino poco tiempo antes del deceso de Monómaco, muchos consideraron profética mi decisión, como si hubiera conocido por anticipado el momento y por eso hubiera mudado el hábito, pues muchas personas me rinden más honores de los que yo merezco por mis cualidades naturales. Y así, porque me dediqué a la geometría, creen que puedo medir el cielo. Y puesto que comprendí algo de lo relativo a la esfera celeste, no dejan de atribuirme conocimiento de las fases, o de la oblicuidad de la eclíptica zodiacal, o de los eclipses, o de los plenilunios, o de los ciclos y epiciclos, y consideran que yo, aunque ya me aparté de esas lecturas, soy capaz de hacer nuevas predicciones.

11. Puesto que me interesé también por la cuestión de los horóscopos con el fin de saber algo de aquellas necedades —pues mi condición de profesor y la heterogeneidad de los que me interpelan me han llevado a estudiar toda clase de ciencias—, no puedo impedir que nadie me inquiera sobre esto y me importune. Reconozco que me he aplicado a todos los aspectos de la cuestión pero sin hacer mal uso de ninguna de las ciencias prohibidas para los teólogos. Conozco no obstante la Parte de Fortuna y la Infortuna, aunque no creo que las acciones de nuestro mundo sublunar estén reguladas por las configuraciones y posiciones de los astros. ¡Lejos de mí aquellos que prometen una vida espiritual y confían su tutela a esta especie de nuevos dioses! Ellos desmembran nuestra existencia, pues por una parte la hacen nacer y descender libre desde el alto Creador, mientras que a las cualidades irracionales, después de generarlas a partir de los astros y de las esferas del universo, las establecen antes en el cuerpo y luego ya en éste les insuflan el espíritu racional.

12. Ninguna persona en sus cabales acusaría a nadie por saber estas cosas mientras no creyera en las doctrinas que las sustentan. Pero si alguien, abandonando Nuestras Enseñanzas, se convirtiese a aquellas ideas, cualquiera se compadecería de él por la vana doctrina que abraza. En mi caso, para decir la verdad, no fue la ciencia la que me apartó de estas cuestiones, sino que fue una fuerza divina la que me retuvo; y no es a silogismos ni a demostraciones de otra clase a lo que yo presto mi atención, sino que aquello que me refrena y a la vez me exalta y confirma mi fe en nuestro Verbo es el pensar que espíritus más excelsos y sabios cayeron por aceptar el Verbo de los paganos. De forma que la Madre del Verbo y aquel Hijo suyo no engendrado por padre, la Pasión de Aquél, las espinas en torno a su cabeza, la caña, el hisopo, la cruz sobre la que extendió sus brazos, son para mí motivo de orgullo y de íntima satisfacción, aunque mis acciones no guarden correspondencia con mis palabras[208].

13. Pero es preciso recuperar de nuevo el hilo del discurso y volver a la

exposición inicial. Resultaba pues que yo, no mucho antes de la muerte del emperador, me había retirado de la vida mundana. Pero cuando Teodora se hizo con el poder, me hizo llamar enseguida para narrarme de modo dramático todo lo que su cuñado le había hecho padecer y comunicarme también algunos planes secretos que tenía. Me ordenó entonces que acudiera con frecuencia a su presencia y que cualquier cosa que yo llegase a saber, no se la ocultase. No era entonces la primera vez que yo tenía acceso a su trato, sino que ya en vida del emperador, cuando ella quería escribir algún mensaje reservado o hacer alguna otra cosa en secreto, me comunicaba sus palabras e intenciones.

14. Cuando, tal como se me había ordenado, llegué a la corte, mi llegada suscitó envidias y puesto que los que me habían precedido en el favor de la emperatriz no podían fabricar ninguna acusación contra mí, me recriminaron el hábito y la castidad de mi vida[209]. Ella dio crédito a los que así hablaban, pero por otra parte tenía ciertos reparos a la hora de hacer a estas personas partícipes de una confianza y familiaridad similares. Cuando me di cuenta de la situación, dejé de presentarme allí a menudo, pero la emperatriz, cambiando de nuevo de parecer, me censuró entonces por mi desidia y me acusó de desatender sus órdenes.

[ACERCA DEL GOBIERNO DE LA EMPERATRIZ Y DE SU SUPUESTA INMORTALIDAD]

15. Como su voluntad era muy difícil de quebrar, sus actuaciones irreflexivas debían ser aceptadas. No confiaba demasiado, en efecto, en sus propios criterios, y dado que además temía que, al margen de esto, la situación del imperio no marchase bien, confiaba en otros antes que en ella misma. Ciertamente, ella honraba al que había sido antes emperador, incluso después de muerto, tenía presentes sus virtudes y quería que no se minusvalorase ninguna de las decisiones que él había tomado. Sin embargo, no consiguió su objetivo y por ello se echaron a perder la mayoría de las cosas que él había hecho. Efectivamente, aquel al que se había confiado la administración de todo el Estado —sobre el que ahora mismo he dejado de hablar—, dado que el emperador no lo había considerado digno de las posiciones de más responsabilidad y tampoco le dio una posición de confianza junto a él como la que solían dispensarle los emperadores precedentes, no sólo lo censuró cuando vivía, sino que una vez muerto le guardó rencor por la deshonra que había padecido.

Pero mientras que cualquiera podría justificar que se comportaran así tanto la emperatriz como todas aquellas personas a las que aquel emperador hubiera podido tratar mal, ¿quién en cambio disculparía a la emperatriz por no haber pensado en su inminente partida de este mundo o en dejar la administración en buenas manos? ¿O a las personas de su entorno por no haberle inducido a hacer esta reflexión y por creer en cambio que ella iba a vivir siempre con la misma edad y que, como si deshiciera el curso de los años, de nuevo volvería a florecer como un pimpollo, de forma que su felicidad les estaría asegurada siempre? ¿O por no

poner a nadie al frente del poder ni arbitrar medidas para dirigir el cambio de rumbo de la mejor manera posible? ¿Quién les disculparía por esta vergonzosa y absoluta negligencia?

16. Por mi parte, cuando veía que aquélla entronizaba en las cátedras de la Iglesia a determinadas personas y pregonaba hasta la náusea, por así decirlo, tales nombramientos, no podía contenerme, sino que murmuraba en mi interior y abordaba el asunto con aquellos con los que tenía más confianza. Yo estaba sorprendido, pues sabía que ella sentía un temor reverencial hacia la Divinidad, pero el amor por el poder absoluto le incitaba a transgredir Sus Leyes y fue también el que le hizo abandonar la piedad que sentía hacia Dios, de forma que ya ni siquiera conservó su carácter compasivo. No sé si ello se debió a que ella volvió a su condición natural mostrando así que toda su vida anterior no era sino máscara, o a que cultivó expresamente esta pose para no ser vulnerable a los deseos de la mayoría y no dejarse arrastrar enseguida por las lágrimas de nadie[210].

17. En cuanto al patriarca de toda la ecúmene —pues así se acostumbra a llamar al de la Ciudad de Constantino—, que entonces era Miguel, el que subió al sagrado solio después del beato Alejo, aunque ella lo habla reverenciado y tratado con gran familiaridad en el tiempo que precedió a su ascenso al trono imperial, desde el momento en que fue emperatriz sin contestación alguna, empezó a detestarlo y a rechazarlo. La causa de un cambio tal fue que el patriarca no soportaba que los asuntos del imperio fueran dirigidos por una mujer y que, como persona que era de carácter fuerte en esas cuestiones, declaraba abiertamente lo que pensaba. Quizás ella incluso lo habría depuesto del patriarcado si se le hubieran concedido largos años a su vida de mortal.

18. En cuanto a esas personas que suelen mostrarse tan desprendidas y que superan a cualquier espíritu liberal con sus magníficas dádivas[211], no actuaban desde luego como mensajeros celestiales que transmitieran los decretos del Todopoderoso a la emperatriz, sino que, aunque por su porte parecían imitadores de los ángeles, por sus actitudes resultaban ser unos hipócritas. Me refiero a nuestros nazarenos, que, modelándose a imagen divina —o más bien, imponiéndose a sí mismos como norma simular que lo hacen—, antes de haber transcendido la humana naturaleza se comportan ya entre nosotros como si fueran semidioses y desprecian todas las demás cosas que atañen a la Divinidad, pues no ponen las almas en acuerdo con la vida superior, ni aplacan nuestras humanas pasiones, ni ponen freno a unas de éstas o espolean a las otras con sus palabras, sino que dejan de lado estas cosas como si fueran insignificantes y así, mientras unos hacen predicciones oraculares y se convierten en mensajeros de la voluntad divina, otros cambian los límites prefijados a nuestra existencia, restándoselos a unos y añadiéndoselos a otros, de forma que inmortalizan nuestra naturaleza finita y detienen nuestro movimiento natural al tiempo que dan fuerza a sus palabras por el hecho de que visten siempre una armadura de hierro, como los antiguos acarnienses[212], y caminan durante mucho tiempo por los aires, de los que en

realidad descienden enseguida tan pronto como huelen el humo grasiento de los sacrificios terrenales destinados en su honor. Yo he visto muchas veces a personas como éstas y ya emití mi sentencia al respecto. Fueron éstos los que engañaron a la emperatriz diciendo que iba a vivir siempre y por esto poco faltó para que aquélla no sólo se destruyese a sí misma, sino que también arruinase por completo el imperio.

19. Pero mientras estas gentes se inventaban siglos de vida inmortal para la emperatriz, ésta se aproximaba a la hora fatal (aunque utilizo esta palabra de forma inadecuada, pues en realidad había colmado ya la medida de su existencia y su fin era inminente). Una terrible enfermedad se apoderó pues de ella. Su capacidad evacuadora se bloqueó y anuló su apetito, pues se aliviaba por vía oral. Luego le afectó una repentina diarrea y poco faltó para que expulsara todos los intestinos. Sólo le quedó entonces un soplo de vida. Cuando todos vieron que su situación era desesperada, me refiero a aquellos que formaban su entorno, se preocuparon enseguida del gobierno, pero también de su propia suerte, y comenzaron a deliberar al respecto. Digo esto no porque se lo haya oído a alguien, sino porque yo mismo asistí a sus decisiones y conciliábulos, vi con mis propios ojos y escuché con mis propios oídos cómo la suerte del imperio daba vueltas en sus manos como si de un juego de dados se tratara.

20. El sol del mediodía no había alcanzado todavía el cénit, cuando la emperatriz, apenas con aliento vital, parecía próxima a fallecer. Los servidores del trono, reunidos en una sala con su corifeo en el centro, estaban considerando a quién confiarían el gobierno por encima de los demás, de forma que después siguiera unido a ellos sin cambiar de propósito y garantizase su prosperidad. Al que eligieron por encima de los otros no pretendo ahora describirlo, ni diré que ellos hayan fracasado del todo en su loable intento, a no ser porque el elegido no estaba tanto dotado para gobernar cuanto más bien para ser gobernado y dirigido. Estaba ya próximo al otoño de su vida y dentro del último cuatrimestre del año, pues los cabellos de su cabeza eran todos argénteos.

21. Así pues, la convencieron para que le impusiese la corona. Ella quedó enseguida convencida, de forma que le ciñó la cabeza y lo proclamó emperador. Luego permaneció por poco tiempo en el poder, pues murió una hora antes de que empezara el año nuevo[213]. Miguel se hizo dueño absoluto del poder, aunque destinado a ser privado de él en breve. Pero antes de hablar sobre él, como es mi intención, haré un breve preámbulo a mi narración.

LIBRO IX.

MIGUEL VI EL VIEJO

[1056-1057]

ACERCA DE LA LLEGADA DE LOS JEFES MILITARES A PRESENCIA DEL EMPERADOR

VII. 1. A los que acaban de obtener el trono imperial les parece que para asentar su poder les basta con contar de algún modo con el aplauso de la clase política, pues, al estar en estrecho contacto con ella, creen que si sus reacciones les son favorables, la integridad de su poder estará asegurada. De ahí que, tan pronto como se apoderan del cetro, autoricen a estas personas a hablar en su presencia. Y ellas no tardan en realizar piruetas, decir bufonadas y pronunciar necias arengas, de forma que los soberanos, como si tuvieran asegurado el auxilio divino, no sienten necesidad de tener ningún otro apoyo. Por lo tanto, a pesar de que la garantía de su poder se apoya en tres principios, el pueblo, el orden senatorial y el estamento militar, los emperadores se preocupan menos por el tercero y no tardan en repartir con los otros dos los beneficios que dimanan del poder.

2. En cuanto al anciano Miguel, realizó el reparto de títulos haciendo gala de más prodigalidad que la requerida, pues no destinó a cada persona al puesto inmediatamente superior del escalafón, sino que los promovía al que estaba por encima de éste o incluso a otro más elevado. Pero si alguien se colocaba a su lado y le solicitaba ascender cuatro niveles, su petición encontraba igualmente una acogida favorable en el emperador. Y si acto seguido otra persona se situaba junto a él y le importunaba por el otro costado, no dejaba tampoco de ascender hasta el quinto nivel. Aquella generosidad era pura y simplemente el caos.

3. Cuando los militares oyeron esto, sobre todo los más destacados entre ellos, que tenían el rango de general, se acercaron a Bizancio para obtener prebendas iguales o mayores. Se les marcó un día para que comparecieran ante el emperador. Yo mismo estuve entonces presente junto al soberano. Penetraron en la estancia hombres bravos, verdaderos héroes, y después de inclinar sus cabezas ante él y aclamarle como era costumbre, se fueron situando por turnos, a la señal del emperador, en una hilera. Luego, cuando habría sido preciso llamarlos aparte uno a uno y agasajarlos con palabras generosas, propias de un emperador, él comenzó censurando a todos por su comportamiento ignominioso y a

continuación, después de colocar en el centro de la sala a su cabecilla, Isaac Comneno, que estaba al frente de toda la legación, y al inmediatamente subalterno, Cecaumeno el Coloniata, descargó sobre el segundo un torrente de injurias porque poco le había faltado para echar a perder Antioquía junto con sus tropas, porque no había tenido un comportamiento ni noble ni marcial, porque se había apoderado además del dinero de muchas personas y había usado el poder no como fuente de gloria, sino de lucro[214]. Mientras aquél se quedó paralizado ante lo inesperado de aquellos reproches, pues se había esperado grandes honores y era por el contrario injurias lo que recibía, sus compañeros de armas intentaron salir en su defensa, pero el emperador les impuso silencio. Incluso aunque hubiera despreciado a los demás, habría sido preciso que hubiera gratificado a Isaac con toda clase de alabanzas y honores, pero también a éste le negó su favor.

ACERCA DE LA REVUELTA DEL COMNENO

4. Este fue el primer ultraje que se causó a los militares y el acontecimiento que desencadenó su sublevación contra el emperador, pues aquella escena los conmocionó y los indujo por vez primera a pensar en una revuelta. La idea de una conjura por el poder imperial no les vino desde luego enseguida, sino que hicieron antes un segundo intento, por si acaso conseguían que el emperador se mostrase mejor dispuesto hacia ellos. Pero éste, si ellos pedían picos, él les daba palas, y si hacían objeciones, no las aceptaba, sino que las rechazaba y descartaba de plano. Poco faltó para que todos de repente se abalanzasen sobre él y le pusiesen las manos encima, echándolo del poder. Pero los contuvo Isaac, diciendo que aquel asunto requería una prudente deliberación. Luego, cuando pusieron en marcha la sublevación[215] buscaron al que estaría al frente de las tropas y sería capaz de asumir el poder.

5. Isaac renunció ante todos a la dignidad imperial, pues decía que cualquiera de ellos estaba capacitado para asumir el poder, pero todos le cedieron este honor. Era realmente el más destacado de ellos, no sólo por su linaje, sino porque su figura imponía autoridad y tenía un carácter noble y gran firmeza de ánimo. Parecía en efecto que se hacía respetar por su sola presencia. Pero dejemos ahora por el momento un poco la descripción del carácter de esta persona. Cuando acordaron entre ellos lo que querían hacer, intercambiaron todavía algunas breves palabras con el emperador y luego se retiraron todos a sus territorios. Al estar situados hacia Oriente, muy próximos al orto solar, las distancias que les separaban a unos de otros eran cortas y por ello, después de dejar pasar unos pocos días, pudieron concentrarse rápidamente en un punto y dar así inicio a la sublevación. Todavía no habían llegado a organizarse, cuando se les unió un bravo ejército de aguerridos soldados que en gran número confluyó hacia ellos y reforzó su determinación. En efecto, una vez que todos se enteraron de que un bravo general se había proclamado su emperador y de que las familias más poderosas se habían aliado con él —sus nombres eran conocidos—, sin perder tiempo marcharon enseguida a su encuentro, compitiendo todos por llegar

los primeros como si fueran corredores a la carrera.

6. Ya antes de esto todas las fuerzas militares habían querido dominar el imperio de los romanos y que fuese un general el emperador que los comandase, rompiendo así la continuidad en el poder de los civiles de la administración. No obstante, ellos mismos ponían siempre el freno a sus aspiraciones y se limitaban a concebir ese deseo, porque no aparecía entre ellos nadie que se mostrase a la altura del cargo. No obstante, cuando observaron que Isaac —al que ni en sueños habían previsto que pudieran ver con los atributos del poder debido a los rigores que implicaba una empresa tal— se ponía al frente del proyecto de usurpación y dictaba las decisiones que luego habría que tomar, dejaron por completo de lado sus dudas y corrieron a unirse a él, marchando en viril formación y preparándose para la guerra.

7. Él en cambio, aunque entonces era la primera vez que se ponía al frente de una conjura de esa clase, afrontó aquella empresa con más prudencia que audacia. Así, puesto que sabía que, antes que cualquier otra cosa, un ejército requiere mucho dinero, lo primero que hizo fue bloquear todos los caminos a la Ciudad, dejando en cada uno una guarnición adecuada y no permitiendo que nadie entrara o saliera por allí a menos que él lo supiera y autorizase el tránsito en las dos direcciones. Después de tomar esta disposición, cobró los impuestos públicos, pero no sin orden ni concierto, sino estableciendo archivos fiscales y designando recaudadores que registrasen minuciosamente cada asiento, para así, una vez convertido en emperador indiscutido, poder tener un inventario exacto de los ingresos recaudados. De este modo su proceder resultó ser más prudente que audaz. Pero aún hay otra cosa por la que merece que se lo admire y es el hecho de que a pesar de la gran multitud de hombres que se le unieron, él supo distribuirlos en contingentes distintos y separar a los soldados más valientes de los demás, de forma que encuadró en compañías y falanges a aquellos que sabía que templaban su audacia con el cálculo y su valor con el aplomo y confió a éstos la suerte de la guerra. Las tropas escogidas eran mayores en número y las restantes no estaban a la zaga de éstas.

8. Ante todo les ordenó que se reagruparan, no de manera tumultuosa y confusa, sino formando sus falanges como en orden de combate, para avanzar en silencio y acampar del mismo modo. Luego, después de asignar a cada soldado su paga y los pertrechos necesarios para la campaña militar, procedió a la promoción de los mandos, nombrando a los mejores para los más altos puestos y a los peores para los de menos responsabilidad. Además, confió su seguridad personal a un pariente de sangre y así, rodeado como por un cinturón de seguridad, marchaba y acampaba sin temer nada. Ciertamente pasaba las noches en vela, pensando en las consecuencias de su usurpación, pero de día se mostraba radiante de satisfacción frente a los problemas y parecía como que el objetivo hacia el que marchaba estuviese al alcance de la mano. Y mientras que en los ejércitos suelen producirse muchos incidentes, ya que la mayoría de los soldados resultan ser más audaces que sensatos, él en cambio no alzaba su

espada contra nadie y tampoco procedía enseguida contra los que cometían una falta, sino que los amedrentaba con una simple mirada. Bastaba con que frunciera el ceño para que cualquier castigo corporal estuviese de más.

9. De este modo, con sus tropas dispuestas en formación cerrada, Isaac había llegado ya cerca de la Ciudad, mientras el emperador conservaba en su poder sólo Bizancio y las personas más destacadas de su entorno, como si no hubiera ocurrido nada extraordinario, ni tomaban decisión alguna para hacer frente a los rebeldes, ni enviaban contra las formaciones de éstos a las tropas que aún les quedaban, ni hacían absolutamente nada para romper la formación del usurpador. Pero como algunos de sus allegados, a fuerza de golpear en su conciencia diciéndole que necesitaba consejeros, mucho dinero y contingentes militares, habían hecho mella en su ánimo, entonces convocó a su presencia a un gran número de personas de noble espíritu a las que hasta entonces no había tenido en cuenta. En ese momento también me adoptó a mí y fingió arrepentirse, como si hubiera hecho algo horrible, por no haberme tenido desde mucho antes en lo más profundo de su corazón.

ACERCA DE LOS CONSEJOS DADOS POR EL AUTOR AL EMPERADOR ACERCA DE LA SUBLEVACIÓN

10. Yo, que no le guardaba ningún rencor, le aconsejé enseguida que hiciera tres cosas. Puesto que sabía que se había enfrentado al Gran Arzobispo por una divergencia de opiniones y que aquél estaba resentido contra él, el primer consejo que le di fue éste: que pusiera fin a todas las discrepancias que tenían y concertase con él pensamientos y propósitos, pues en aquellos momentos el poder de éste era determinante y habría podido apoyar a los usurpadores si el emperador no se les adelantaba y no se aseguraba su fidelidad sin ambages. Luego le dije que enviara una embajada al usurpador para que licenciara a sus tropas, pero prometiendo concederle todo cuanto no llegase a comprometerle demasiado y añadiendo a éstas todavía otras promesas; y que al mismo tiempo sembrara la disensión entre sus tropas e intentara romper la unidad de sus falanges. A estos dos añadí un tercer consejo crucial, el más importante de todos: que reuniese a las tropas de Occidente, agrupase las fuerzas que le quedaban, apelase a la alianza de los pueblos bárbaros vecinos, reforzase los contingentes extranjeros que ya teníamos, diese el mando sobre éstos a un valiente general, formase los batallones que fuesen necesarios y, finalmente, resistiese en todos los frentes a la multitud que se había sublevado contra nosotros. El emperador aceptó entonces mis consejos.

ACERCA DE LA EXPEDICIÓN MILITAR CONTRA ISAAC

11. Luego, no obstante, se abstuvo de seguir el primer consejo, cuyo simple incumplimiento bastó para llevarle a la ruina, aunque se dispuso a adoptar el segundo y el tercero. Sin embargo, no llevó tampoco a cabo nada en cuanto al segundo, aunque las fuerzas de que disponía en Occidente, pertrechadas

perfectamente para la guerra y con el refuerzo de otras tropas aliadas, sí se dispusieron, divididas en compañías y reagrupadas en falanges, así como perfectamente entrenadas y con ánimo de combate, frente a las tropas de Oriente. Ambos ejércitos levantaron sus empalizadas a no mucha distancia entre sí, de forma que sólo dejaron entre ellos una pequeña explanada y ninguno de los dos salió al encuentro del otro, sino que el campo de batalla permaneció vacío. Por su número, las tropas imperiales se mostraban superiores, pero por su capacidad de combate y disciplina, prevalecían las del otro bando. Pero lo que más asombraba era que mientras estas últimas mantenían compacta su formación y una fe inquebrantable e inamovible en su comandante, nuestro ejército se iba vaciando y disgregando cada día debido a los muchos desertores que se pasaban a la formación rebelde. El comandante de nuestras fuerzas —cuyo nombre no necesito decir aquí[216]—parecía vacilar entre ambos bandos, o incluso, según pienso, inclinarse claramente por uno.

12. De forma que se nos atacaba desde dos frentes, y antes incluso de que se decidiera entablar combate, ya habíamos sido derrotados por la decisión de los generales. No obstante, las compañías y todas las tropas nacionales que nos quedaban, cuando formaron frente a las líneas enemigas, como varones que eran, según dice el poema, “marciales y de violento resuello”[217], no conocían todavía el doble juego de sus mandos. Pertrechados con las mejores armaduras y asiendo con sus manos o llevando al cinto las más nobles armas que se conocen, lanzaron su grito de guerra contra los enemigos y, dando rienda suelta a sus caballos, avanzaron hacia ellos con un empuje incontenible[218]. Los que ocupaban nuestra ala derecha hicieron retroceder a la izquierda del enemigo y los persiguieron por ese flanco un largo trecho.

13. Cuando las tropas de su ala derecha comprendieron la situación, no esperaron la señal de ataque y la carga de los enemigos, sino que retrocedieron enseguida y se dispersaron, pues temían que los nuestros, victoriosos, se volvieran contra ellos después de empujar a la huida a los del ala izquierda y entonces se les echaran también encima con todas sus fuerzas. Se dieron así la vuelta y huyeron exactamente igual que sus compañeros. La victoria parecía entonces quedar limpiamente del lado de sus enemigos, nosotros, pero el usurpador permanecía aún de pie, firme, en medio de la lucha, conteniendo tanto a perseguidores como a fugitivos. Cuando algunos hombres de nuestro ejército lo vieron —eran no más de cuatro escitas del Tauro— apuntaron sus lanzas contra él y las arrojaron desde los dos flancos. Aunque las puntas de hierro se clavaron en la armadura de aquél, no le alcanzaron sin embargo la carne y tampoco lo derribaron hacia uno de los dos lados, sino que cada lanza contrarrestó la fuerza que impulsaba a la contraria, dejando así que el hombre se mantuviera erguido, pues ni alteraron el equilibrio de su cuerpo, ni desplazaron su centro de gravedad. Aquél tomó como un presagio favorable el permanecer invicto después de haber sido alcanzado en ambos costados y enseguida ordenó a sus fuerzas que cayeran con más ímpetu sobre los enemigos en una lucha a cuerpo, que tuvieran confianza al luchar, para así hacer retroceder a los enemigos y perseguirlos un largo trecho.

14. Consiguieron así dar un vuelco a la batalla y entonces noticias terribles y espantosas llegaron a nuestros oídos. A nosotros nos perturbaron, pero al emperador lo conmocionaron y le convencieron de que su situación era totalmente desesperada. No era posible, en efecto, hacer regresar a las tropas de Occidente de manera precipitada después de una derrota asi y no podía tampoco preparar nuevos reclutas de refresco. Por su parte, el comandante en jefe de nuestras fuerzas, el eunuco Teodoro, al que la emperatriz Teodora había primero designado presidente del senado y luego le había encomendado los ejércitos de Oriente, disuadía al emperador por todos los medios posibles de que emprendiera una campaña, no tanto porque no confiara en el resultado de una segunda batalla, cuanto porque había cambiado de bando y pactado secretamente con Comneno.

ACERCA DEL ENVÍO DE EMBAJADORES AL COMNENO

15. El emperador dejó transcurrir unos días y luego consideró que yo debía negociar un acuerdo con el Comneno: transmitiría en calidad de embajador sus propuestas secretas al enemigo y gracias a mi elocuencia y mi capacidad dialéctica doblegaría su voluntad para que se congraciase con él. Apenas había oído yo estas palabras, que realmente habían retumbado como un trueno en mis oídos, cuando rehusé ese honor y dije: «No estoy dispuesto a obedecer esta orden que me das, pues corro mucho peligro y el resultado no es dudoso, sino que sólo puede ser uno, ya que es evidente que nada más haber obtenido una victoria, encumbrado como está por el éxito, no accederá a renunciar al poder para recibir alguna otra dignidad menor como pago por su cambio de opinión».

16. Pero él, sacudiendo la cabeza, replicó enseguida que yo faltaba a mis obligaciones de amistad y lealtad hacia él: «Tú que aprendiste a hablar con persuasión ¿no pensaste de qué modo podrías ayudar a tus amigos en desgracia, o por mejor decir, a quienes, si le place a Dios, son tus señores? Yo, que después de obtener el poder no he cambiado en lo más mínimo el trato que te doy, sino que hablo contigo en un tono cordial, te beso y te abrazo tal como solía y disfruto cada día, como es debido, de la miel de tus labios, creía que me merecía una cierta reciprocidad, pero tú no me das siquiera lo que un hombre indulgente concedería a su enemigo en peligro. Yo seguiré el camino que me trazó el destino, pero tú siempre tendrás a alguien que te acuse y censure porque negaste tu amistad a tu amigo y señor».

17. Al oír estas palabras poco faltó para que me quedara de piedra, como paralizado por su efecto. No veía entonces de qué modo podría mantener mi propósito inicial. Así que cambié rápidamente de tono: «Pero, mi emperador», dije, «no rechazo tus órdenes para evitar tener que servirte, sino que declino esta misión porque el asunto provoca mis recelos y sospecho que me granjeará muchas envidias». «¿Qué cosa es ésta», dijo él, «de la que recelas y que hace que no confíes demasiado en el resultado de la embajada?». «El hombre ante el que me ordenas que me presente como emisario», dije, «es una persona victoriosa que tiene esperanzas muy sólidas puestas en el futuro. No creo que me

acoja favorablemente ni que cambie de opinión al escuchar mis palabras. Hablará quizás con altanería, deshonrará mi embajada y me despachará de vuelta sin que yo haya conseguido nada. Entonces las gentes de la corte me acusarán de traicionar la palabra que te di y al mismo tiempo de aumentar las expectativas de aquel hombre, haciendo ver que iba a hacerse enseguida con el poder simplemente porque no aceptó un mensaje del emperador y no quiso negociar con su embajada. Pero si quieres», dije, «que yo obedezca tus órdenes, envía conmigo en la embajada a otra persona, un miembro del senado, para que todas las palabras que digamos y se nos digan, tanto las nuestras como las del usurpador, lleguen a oídos de la gente en dos versiones complementarias».

18. El emperador alabó mi discurso y dijo: «Escoge pues al miembro que tú quieras de la cámara alta». Yo escogí a la persona más recta y más prudente, que sabía que tenía ánimo sobrado para acompañarme en aquella legación[219]. Así pues, tan pronto como aquél escuchó la proposición, aceptó la embajada y mi compañía. Después de reunimos e intercambiar opiniones, escogimos a su vez a otra persona para que tomara parte con nosotros en la embajada. Era uno de los más notables romanos, presidente de la asamblea del senado, un hombre cuya inteligencia rivalizaba con su elocuencia y su elocuencia con su inteligencia, que atendió al principio al emperador Monómaco como a un fiero león, pero que luego prestigió el oficio patriarcal: una vez convertido en victima de su verbo, consagró entonces el Verbo a Dios Padre[220].

19. Esta persona, en verdad un leal patriota romano, no se demoró por lo tanto en su respuesta y se convirtió en el miembro más eminente de nuestra embajada. Una vez que recibimos del emperador la carta para el usurpador, o mejor dicho, cuando consideramos entre nosotros cuál podría ser su contenido y la redactamos como convenía —para que el usurpador fuese coronado con la dignidad de César, pero al mismo tiempo siguiera subordinado al emperador— nos atrevimos a ponernos en camino hacia él. Después de haber pasado por la primera estación a la salida de la Ciudad, hicimos anunciar nuestra llegada al usurpador y aseguramos que no nos entrevistaríamos con él si no nos juraba antes solemnemente que ni nos retendría una vez concluida la embajada, ni nos causaría ningún otro daño, sino que nos permitiría regresar después de tributarnos los debidos honores.

20. Cuando aquél accedió a todo e incluso dio más garantías de las requeridas, nos embarcamos enseguida en las trirremes y llegamos a las proximidades del lugar en el que aquél estaba acampado[221]. Saludos y gestos cordiales de bienvenida nos acogieron enseguida, antes de que llegásemos a hablar con él: uno tras otro, los mandos supremos de su ejército se presentaban ante nosotros, nos dirigían los apelativos más lisonjeros, nos besaban la cara y las manos y vertían lágrimas porque se habían ceñido la cabeza con cintas de la victoria después de quedar ahitos de la sangre de sus compatriotas y estar manchados por crímenes contra congéneres suyos. Luego, escoltándonos por ambos lados, nos acompañaron hasta la tienda de su comandante, pues resultaba

que habían acampado al aire libre. Llegados al lugar, ellos desmontaron de sus caballos y después de hacernos descender de los nuestros, nos invitaron a esperar allí. Acto seguido se nos dejó entrar sólo a nosotros, pues el sol se había puesto y aquél no quería que se reuniesen muchas personas en el pabellón imperial.

21. Al entrar nos saludó. Estaba sentado sobre un escaño elevado y una pequeña guardia lo rodeaba. Su actitud era no tanto la propia de un emperador como la de un general. En efecto, se incorporó ligeramente ante nosotros y luego nos invitó a sentarnos. No preguntó nada acerca de los motivos por los que habíamos venido, pero expuso brevemente las razones que le habían hecho ver que su expedición militar era necesaria. Luego compartió con nosotros el vino de la crátera y nos dejó marchar hacia nuestras tiendas, que estaban levantadas justamente al lado de la suya. Nos retiramos entonces admirados por la actitud de aquel hombre, que no nos dirigió enseguida un largo discurso y que no quiso saber de nosotros nada más que detalles de nuestro viaje y si habíamos tenido la mar agitada en nuestra travesía. Luego nos separamos unos de otros y entramos en las tiendas. Después de un breve sueño, nos reunimos de nuevo con las primeras luces del alba e intercambiamos algunas palabras sobre cómo conduciríamos la entrevista con él. Creimos adecuado no dar la palabra a uno solo para hablar con él, sino hacer todos conjuntamente las preguntas y aceptar también del mismo modo sus respuestas.

22. Mientras hablábamos así, el día se iba levantando y el sol, abandonando el horizonte, se elevaba ya en el cielo con su disco brillante. Todavía no había cubierto la mayor parte del trayecto, cuando se presentaron los miembros más prominentes de su consejo para convocarnos y, como si nos dieran escolta, nos condujeron hacia su comandante. Nos encontramos pues ante una tienda de grandes dimensiones que habría podido albergar todo un ejército con sus contingentes extranjeros. En el exterior, en torno a ella, permanecía de pie una gran multitud y no precisamente de soldados ociosos y en desorden, pues unos formaban con las espadas al cinto, otros blandían por encima de sus hombros pesadas hachas de hierro y otros sostenían sus lanzas contra el pecho, todos erguidos en prietas filas concéntricas, dejando apenas espacio entre ellos. No se oía ni un murmullo salir de sus bocas, sino que todos permanecían de pie como paralizados de miedo, con las piernas juntas y la mirada fija, vuelta hacia el que presidía el ingreso a la tienda. Éste era el comandante de la guardia personal, un hombre que unía a su valor su versatilidad y eficacia, que controlaba sus palabras y sabía aún mejor cuándo callar, insuperable incluso a la hora de razonar: el duque Juan, que había heredado su bravura y firmeza de una larga línea de ancestros[222].

23. Cuando nos acercábamos al ingreso, éste nos ordenó que nos detuviéramos y entró en el pabellón imperial. Después de hacernos esperar unos breves instantes allí, salió y, sin decirnos nada, alzó de repente el paño que cubría la entrada para impresionarnos con lo inesperado de la visión que se nos ofreció,

toda ella verdaderamente digna de un déspota y capaz de hacer estremecer a cualquiera. Para empezar, nuestros oídos quedaron ensordecidos por los bramidos de aquella multitud, cuyas voces no resonaron todas a la vez, sino que sólo cuando la primera fila concluía con sus aclamaciones, cedía el turno a la contigua y ésta a su vez a la siguiente, lo que producía una extraña disonancia. Luego, cuando las gargantas del último círculo de soldados dejaron de bramar, de nuevo todos al unísono se pusieron a gritar y poco faltó para que nos atronaran con sus voces.

24. Cuando finalmente llegaron a callarse, nos dieron entonces permiso para contemplar el interior de la tienda, pues no penetramos en ella nada más descubrirse la entrada, sino que permanecimos un poco retirados, esperando la señal del ingreso. Diré ahora lo que había en el interior. El emperador en persona estaba sentado sobre un trono para dos personas que se elevaba a gran altura del suelo y estaba recubierto de oro. Apoyaba los pies en un escabel y un vestido suntuoso embellecía su figura. Su cabeza erguida sobresalía del cuerpo y el pecho le resaltaba prominente. El esfuerzo había empurpurado sus mejillas. Los ojos, fijos en sus pensamientos y revelando un corazón lleno de inquietudes, se alzaron luego, como si atracaran en la calma del puerto viniendo de una tempestad. Lo rodeaban muchas filas de personas puestas en pie. La primera que lo flanqueaba era la más corta, la de los próceres, hombres estos que eran las cabezas de los mejores linajes y que en nada desmerecían de la majestuosidad de los héroes antiguos. Permanecían allí de pie, como modelo para las filas posteriores, y constituían así el primer rango. Un coro circular envolvía a éstos, el de sus asistentes y los oficiales de más graduación. Algunos de ellos ocupaban también los batallones contiguos de detrás. Otra fila era la de los jefes de los primeros manípulos, que formaban el ala izquierda. Como una corona, envolvían a éstos las milicias ligeras, sin armas al cinto, y tras ellas las fuerzas aliadas que se les habían unido de entre los pueblos extranjeros, concretamente ítalos y escitas del Tauro. Éstos son pueblos de aspecto y pose fieros y ambos de ojos glaucos, pero mientras los primeros se dan afeites para cambiar de color y se depilan los arcos superciliares, los otros conservan la apariencia que les es propia; aquéllos son impulsivos en sus ataques, ágiles y arrojados, mientras éstos son encarnizados y furiosos; de aquéllos es incontenible el ímpetu de su primer ataque, pero luego su acometida enseguida pierde vigor, mientras que éstos no son menos impetuosos, pero no se preocupan de ver derramada su sangre y desprecian las heridas de su carne. Así pues, éstos cerraban el círculo del escudo humano, portando largas lanzas y hachas de un solo filo. Mientras sostenían éstas sobre sus espaldas, tendían las puntas de sus lanzas desde los dos lados hacia adelante, cubriendo con ellas, por así decirlo, la arena central.

25. Ésta era su disposición. Entonces el emperador nos dio la señal de ingreso, convocándonos con la mano. Bastó un ligero movimiento de su cabeza para que nosotros nos desviásemos hacia el lado izquierdo. Cruzamos así entre el primer y el segundo círculo y cuando ya habíamos llegado muy cerca del emperador, él volvió a informarse sobre las mismas cuestiones sobre las que nos había preguntado la víspera, y cuando se quedó satisfecho con las respuestas,

dijo entonces con sonora voz: «Que uno de vosotros vuelva sobre sus pasos y que después de colocarse en medio de éstos», y señaló a los que permanecían de pie flanqueándolo por ambos lados, «me tienda la carta del que os envió y me diga las palabras que éste os comunicó para que nos las transmitierais».

26. Puesto que cada uno de nosotros cedía al otro su derecho a pronunciar el discurso, deliberamos sobre esta petición. Pero como mis dos compañeros me obligaron, diciendo que era a mí a quien correspondía la libertad de palabra dada mi condición de doble filósofo[223], y me prometieron además que acudirían en mi ayuda si mis argumentos llegaban a fracasar, conseguí serenarme aplacando los súbitos latidos de mi corazón y me dirigí hacia el centro. Recobré entonces fuerzas y le tendí después la carta. Cuando me dio la señal de hablar, empecé mi parlamento. Si el alboroto que reinaba entonces allí no me hubiese disturbado cuando hablaba y no me hubiera interrumpido con frecuencia haciendo que perdiera por ello el hilo de mi largo parlamento, quizás podría recordar ahora aquellas palabras recogiendo y enlazando las ideas que dije, tanto en engarzadas cláusulas como en extensas tiradas llenas de aliento. Pero a ellos les pasó inadvertido que mi discurso era sencillo y erudito a la vez, pues quise imitar con él la cotidianidad de las palabras propias de un Lisias, pero al tiempo adorné aquel léxico común y simple con los conceptos más elaborados[224]. Recordaré al menos los puntos esenciales de mi parlamento, en la medida en que no se me hayan olvidado.

27. Empecé directamente con un exordio ingenioso en el que no empleé tanto oscuras sutilezas cuanto recursos de la retórica. En efecto, sin acusarles al principio de nada, empecé hablando del título de César y de las aclamaciones que comparte con el emperador y les enumeré los otros elevados privilegios y honores que el soberano le otorga. Los que estaban junto a nosotros rodeándonos permanecieron en silencio y acogieron el exordio favorablemente, pero la muchedumbre situada más atrás empezó a gritar al unísono que ellos no querían ver a su comandante vestido de otra manera que no fuese con el hábito imperial. Quizás la mayoría no quería esto, pero aquellas palabras estaban cargadas de adulación y se adecuaban a las circunstancias. Sus gritos intimidaron también a los sectores que estaban tranquilos y les obligaron a expresar su acuerdo con ellos, de forma que el emperador, temiendo tal vez que pareciera que quería algo distinto de lo que pedía la multitud, se expresó en el mismo sentido.

28. Yo no me eché atrás en ningún momento, pues ya había conseguido encajar mis ideas en una sólida estructura y, tal como es mi costumbre, había perdido el miedo una vez metido en liza, así que dejé de hablar y esperé de pie tranquilamente a que la multitud se calmase. Cuando hubieron gritado cuanto quisieron, se apaciguaron, y yo entonces retomé de nuevo el discurso donde lo dejé, pero empezando ya a desvelar en mis palabras, con serenidad, aspectos más conflictivos, aunque sin censurarles todavía por nada. Recordé así cómo se sube por una escalera y censuré el pie que se salta peldaños, al tiempo que alababa el ascenso gradual al poder imperial, diciendo que éste debe ser el orden:

primero la praxis, luego la teoría, así como primero viene el hombre práctico y después el teórico, pues la mayoría de los emperadores, y especialmente los mejores, fueron aupados al poder desde su condición de Césares.

29. Cuando ante mis palabras algunos replicaron que este ascenso era propio de simples ciudadanos, pero que Isaac ya había sido elegido para reinar, yo les refuté enseguida: «Pero todavía no ha sido investido emperador y, a menos que me hagáis alguna burda objeción, tampoco es un nombre elogioso el que se corresponde ahora a la situación en que os halláis» (tenía en efecto miedo de mencionar la usurpación por su propio nombre). Tras un instante, continué diciendo: «Pero cuando tú rechaces esta apelación, serás entonces emperador y estarás revestido de una dignidad incontestable». Cuando saqué a colación la adopción que había prometido el emperador, dijeron: «Pero ¿cómo estaremos seguros de que un hijo del emperador no será privado del poder?». «Así es», dije, «como actuaron los mejores emperadores con respecto a sus hijos carnales». Y al punto recordé al divino Constantino[225] y a algunos otros emperadores que honraron primero a sus hijos con el título de Césares y luego los condujeron a la atalaya del imperio. Recapitulando entonces mi discurso hice esta comparación silogística: «Si aquellos se comportaron así con los hijos de sus entrañas, éste, una vez convertido en hijo adoptivo...» —y después de pronunciar este calificativo, dejé en suspenso la cláusula—.

30. Ellos captaron la alusión y empezaron a enumerar muchas causas de su movilización, pues con este eufemismo la llamaban. Yo no presenté enseguida objeciones a sus palabras, sino que me puse en cierto modo de su lado y, después de enfatizar sus desgracias, dije: «Yo ya sabía estas cosas y en muchas ocasiones laceraron mi corazón. Es justa», añadí, «vuestra cólera y vuestro desánimo por todo lo que habéis padecido». Una vez que hube así serenado sus ánimos, entonces cambié bruscamente de banda y dije que, aun cuando aquellos hechos eran terribles, no eran motivo suficiente para realizar una usurpación y que ninguna otra acción en el mundo podría justificarles por hacer esto. «Si tú mismo fueses emperador», añadí dirigiendo mi discurso hacia su jefe, «y tuvieses un acceso de cólera, pongamos incluso que con el que es el primero del senado o del estamento militar, y luego aquél se conjurase con otros que aceptase como cómplices de su perverso plan, escenificando entonces una conjura contra tu poder y reprochándote todos los males que padeció y el deshonor del que fue objeto, ¿te parecería entonces este reproche motivo suficiente para iniciar una conjura?». Cuando él dijo que no, añadí: «Tú ni siquiera has sido deshonrado, a no ser porque no has obtenido todo lo que deseabas. De los males que dices haber sufrido, hay otros responsables y no el que es ahora emperador». Puesto que tenía la boca cerrada —pues había cedido no tanto a la persuasión de mis palabras cuanto a la evidencia de la verdad de lo que estaba oyendo—, añadí aún: «Cambia pues tu indumentaria y toma la mejor decisión: honra a tu anciano padre para así heredar legítimamente su cetro».

31. Cuando ya le había persuadido con mis palabras y añadido a éstas

muchos otros argumentos, surgió por detrás un clamor que todavía hoy resuena en mis oídos. Eran voces confusas, cada una de las cuales me atribuía algo distinto, unas un dominio insuperable de la retórica, otras el poder de la elocuencia, otras el vigor de mi argumentación. Por mi parte yo no repliqué a ninguna de ellas, pero el emperador, haciéndoles callar con la mano, dijo. «Este hombre no ha dicho nada que parezca mágico ni nos ha hechizado con un ensalmo, sino que se limitó a seguir los hechos y a exponerlos de forma sencilla. No es pues necesario alborotar la asamblea ni interrumpir la discusión». Así habló él, pero algunas de las personas de su entorno, que querían inquietarme, dijeron: «Emperador, salva al orador o morirá enseguida, pues la mayoría ha desenvainado ya la espada contra él y lo harán pedazos cuando salga». Yo sonreí al oír estas palabras y dije: «Si ahora que os he traído el imperio y la sucesión al trono para que seáis sus dueños con sólo tomarlos, a cambio de esta buena nueva me despedazáis con vuestras propias manos, ¿no certificaréis entonces vosotros que sois usurpadores? ¿No os acusaréis vosotros mismos? Tú hablaste para sofocar mi voz o para obligarme a cambiar de opinión, pero yo ni pensaré ni haré ya ninguna proposición nueva».

32. Ante esta afirmación el emperador se levantó del trono y, después de honrarme con toda clase de elogios, disolvió la asamblea. Después de ordenar a los oficiales que salieran, nos llevó a nosotros aparte y nos dijo: «¿De verdad creéis que he asumido este hábito imperial por mi propia voluntad o que si fuera posible rechazarlo yo aplazaría un instante mi renuncia? Sin embargo es verdad que al principio me convencieron para llevar a cabo esta empresa y ahora me tienen rodeado. Pero si me juráis que transmitiréis al emperador algunas propuestas secretas de mi parte, os revelaré enseguida mis ocultas intenciones». Cuando nosotros le juramos solemnemente mantener en secreto sus secretas propuestas, él prosiguió: «Yo no busco ahora el poder imperial, me basta con la dignidad de César. Que me envíe pues el emperador una segunda carta diciéndome que no cederá a otra persona el poder cuando se vaya de esta tierra, que a ninguno de los que han hecho conmigo esta campaña le privará de los honores que ambiciona y que compartirá conmigo la potestad imperial, para que pueda, si quiero, honrar a algunos con algunas dignidades civiles de menor rango y ascender a otros a puestos de mando en el ejército. Pido esto no por mí, sino en atención a mis muchos partidarios. Si me promete esto, me presentaré enseguida ante mi emperador y padre y le rendiré los honores debidos. Puesto que mis gentes no quieren este compromiso, os entregaré dos mensajes distintos: con uno, que haré que se lea en público, daré satisfacción a los míos, mientras que el otro será secreto y quedará depositado en vuestra memoria. Pero concededme también otro favor para mi gente: apartad de la administración a ese hombrecito menudo[226], pues antes demostró su hostilidad hacia nosotros y ahora resulta sospechoso. Por lo demás, hoy compartiréis conmigo la comida y mañana os iréis de aquí y llevaréis a cabo lo que secretamente os he encomendado».

33. Así, una vez sentados con él a la misma mesa, no dejamos de admirar sus excelentes maneras, pues aquel hombre, descendido ya de su pose de usurpador, nos trató de manera más cordial. Cuando nos despedimos de él al

rayar el alba, recibimos en secreto la segunda misiva y escoltados por la misma guardia nos dirigimos de nuevo hacia el mar. Lo encontramos en calma, así que soltando amarras nos embarcamos para Bizancio. El día ya se había levantado cuando atracamos en el puerto imperial. Expusimos toda la escena al emperador, incluidas las secretas propuestas del Comneno, y le entregamos las dos cartas. Él, después de leerlas muchas veces y pedirnos que repitiéramos de nuevo lo que nos había encomendado, dijo: «Es preciso hacer todo lo que quiere y que no le falte nada. Es más, que se le corone solemnemente y que ciña su cabeza con una diadema imperial y no con una simple corona, aunque aquélla no sea la insignia del César. Que comparta el poder conmigo y que conmigo decida el nombramiento de los funcionarios. Que se le asigne un ceremonial propio, digno de un emperador y se le conceda una magnífica escolta. Que todos los que compartieron junto a él su usurpación disfruten sin temor de todo lo que aquél les dio, tal como si lo hubieran recibido del propio emperador, ya se trate de dinero, de propiedades o de altas dignidades. Sellaré mis promesas con mi propia mano para que se cumplan de palabra y de obra, pues después de consignarlas por escrito yo mismo las ratificaré y mis labios pronunciarán los más solemnes juramentos, que nadie transgredirá jamás. Pero del mismo modo que aquél os confió un secreto mensaje para mí, yo os voy a entregar para él una embajada aún más secreta. Debéis jurarle que en el transcurso de no muchos días le haré partícipe del poder imperial, una vez que encuentre las excusas necesarias para ascenderlo hasta él. Si ahora aplazo este momento, que sepa disculparme, pues temo a la masa de la población y al orden senatorial y no estoy muy convencido de que vayan a compartir mis propósitos. De forma que para no suscitar una reacción contra mí, aplazo por ahora esta acción, que se llevará a cabo en el momento propicio. Todas las demás cosas podéis certificárselas con la carta que se le envía, únicamente esto debéis guardarlo en vuestro corazón. Regresad pues lo más rápidamente posible junto a él, sin dilación alguna».

34. Cuando sólo habíamos dejado pasar un día, de nuevo nos embarcamos juntos para ir al encuentro del César y le entregamos la carta. Ahora presidía la asamblea, no con el mismo fasto con que se nos había mostrado en la anterior audiencia, sino en un ambiente más distendido y sencillo. Después de coger la carta ordenó que se leyera en público para que todos la oyeran. Con ella se hizo merecedor del agradecimiento de todos porque se había preocupado, más que de sí mismo, de las personas que junto a él habían trabajado para llevarle al poder. Él y todos convinieron entonces que había que renunciar a llevar adelante la usurpación. Cuando, reunidos a solas con él, le comunicamos el mensaje secreto, él se dejó enseguida transportar de entusiasmo y notificó sin dilación a sus tropas que ahora sí podían regresar a sus casas, aunque comparecerían ante él cuando su situación estuviese ya asentada. Y cuando se enteró de que había sido expulsada de la administración la persona que se hacía cargo de la gestión del imperio, todavía confió más en nuestras palabras y aun reconoció la sinceridad y la pureza de espíritu del emperador. Quiso que todo se llevara a efecto lo más rápidamente posible y nos ordenó que partiésemos al día siguiente para anunciar al emperador que se presentaría ante él sin recelo alguno. Él mismo se disponía a zarpar de allí en dos días con una pequeña guardia y dirigirse a la zona de costa

situada enfrente del Palacio Imperial. Tal era la confianza que tenía en el emperador que ni siquiera quería que su entrada en Bizancio fuese especialmente solemne. Nos pidió, sin embargo, que de nuevo regresásemos junto a él y que flanqueándolo le diéramos entonces escolta hasta el soberano. Nuestra segunda embajada se había pues coronado con éxito y nosotros fuimos entonces presa de una alegría indescriptible porque habíamos hecho a nuestra patria una importante contribución con nuestra elocuencia y nuestra sensatez. Nos preparamos pues para partir al día siguiente.

35. Pero cuando todavía no había caído la tarde, varios correos venidos del campamento rodearon el pabellón imperial llevando al César la buena nueva de que el emperador había sido depuesto del poder debido a la conspiración de algunos miembros del orden senatorial, que le habían obligado a mudar el hábito y a buscar refugio en el templo de la Divina Sabiduría. Esta noticia ni elevó la moral del César ni tampoco nos sumió directamente en la confusión, pues creimos que todo era un bulo y regresamos de nuevo a nuestras tiendas.

36. Cuando el eco de la primera noticia no se había extinguido todavía, otras nuevas llegaban ya hasta nosotros y acudía un mensajero detrás de otro para certificarnos que era verdad el rumor. En esta ocasión fuimos presa de una gran agitación. Nos reunimos entonces y nos preguntamos unos a otros qué base de verdad había en todo aquello. El que entre nosotros desempeñaba el papel principal nos demostró que el rumor era auténtico, pues nos dijo que acababa de llegar ahora de la Ciudad uno de sus servidores, una persona escrupulosa e intachable, el cual le había expuesto todo claramente: unos agitadores y sediciosos —que nosotros sabíamos que habían seducido la voluntad del senado — habían sembrado la confusión por la Ciudad y creado desórdenes por todas partes, amenazando con incendiar sus casas y con toda suerte de represalias a los que pretendían no tomar parte en su movimiento; que éstos irrumpieron con violencia en el recinto de la Divina Sabiduría, que se atrevieron incluso a violar el presbiterio y que luego consiguieron fácilmente hacer descender al Patriarca y nombrarlo corifeo de su coro[227]; que en medio de grandes gritos maldijeron al emperador y lo cubrieron de toda suerte de insultos al mismo tiempo que aclamaban a Isaac como la única persona realmente digna del imperio. El recién llegado decía que sólo sabía esto, pero que no tardaríamos en enterarnos de lo que hubiera podido ocurrir a continuación.

37. Nos pareció entonces conveniente dirigirnos a la tienda del César para conocer por él los últimos acontecimientos. Cuando llegamos todos juntos a donde estaba, lo encontramos dictando una carta al emperador. Las palabras que tuvo con nosotros fueron las mismas que antes, pues ninguno de los rumores lo había alterado. Luego salió con nosotros al aire libre. El sol no se había puesto todavía cuando alguien desde lejos se acercó jadeante hacia nosotros y al llegar a nuestro lado cayó al suelo y se le ahogó la voz en la garganta, en lo que me pareció una actuación deliberada. Luego fingió recobrar el sentido y anunció que el emperador había mudado de hábito y que la Ciudad estaba preparada para acoger al César;

que una nave imperial había sido equipada para él y estaban ya dispuestos los portadores de antorchas que lo escoltarían. Dijo haber sido testigo de todo lo que anunciaba y haber visto al que por la mañana era emperador convertirse poco después en simple ciudadano, poniéndose la túnica monástica y cambiando por completo su apariencia. Todavía no había aquél dejado de hablar y ya llegaba otro de nuevo y después de éste un tercero y todos relataban la misma versión. Finalmente se presentó ante nosotros una persona llena de inteligencia y sentido común y nos representó todo el desarrollo del drama. Sólo a éste dio finalmente crédito el emperador Isaac. Nos invitó entonces a retiramos a descansar a nuestras tiendas: para él había dado comienzo su reinado.

38. Cómo pasaron la noche mis compañeros de embajada es algo que no puedo decir, pero en cuanto a mí, me pareció que no tenía nada que esperar de mi vida. Creía que enseguida iba a ser inmolado como una víctima sacrificial, pues sabía que todos estaban furiosos conmigo y que no tardaría en morir masacrado y despedazado. Y temía sobre todo al propio soberano, no fuera que, acordándose de las palabras que le había dirigido y en las que a punto estuve de convencerle de que se retirase a vivir como un simple ciudadano, me aplicase toda clase de castigos y suplicios. Así que mientras todos iban siendo presa del sueño, sólo yo esperaba a mis verdugos, y cada vez que sentía una voz o un ruido en torno a la tienda me quedaba enseguida petrificado de miedo, creyendo que acababa de llegar mi verdugo. De esta forma transcurrió la mayor parte de la noche sin que me diera cuenta y aparecieron las primeras luces del alba. Entonces recuperé un poco el aliento, pues consideré que era una desgracia menos terrible el morir a la luz del día. Me asomé un poco fuera de la tienda y vi fuegos encendidos así como unas antorchas ardiendo en torno al pabellón imperial. Reinaba una gran confusión por todas partes, pues todos habían recibido la orden de prepararse y trasladarse a la Ciudad. Cuando todavía no había aparecido el astro solar, el emperador salió de repente a caballo. También nosotros partimos tras él, aunque no enseguida, sino un poco más atrasados.

39. Yo creía que cuando transcurriese un cierto lapso de tiempo sería convocado a su presencia y debería dar cuenta de la persuasión de mis palabras. Sin embargo él, después de convocarme exactamente como yo esperaba, sin acordarse de nada de esto, ni de las premisas, réplicas, confutaciones, procesos y métodos del arte retórica, ni de la persuasión o los artificios que yo había usado, empieza a revelarme sus secretos propósitos y me hace partícipe de sus preocupaciones respecto al imperio. Me pregunta cómo podría ejercer mejor el poder y qué es lo que debería hacer para emular a los más grandes emperadores. Ante estas palabras cobro fuerzas y, lleno ya de aliento, le detallo en un largo discurso mi opinión al respecto. Mi reputación salió victoriosa de la prueba. El emperador expresó su admiración por todo lo que yo decía y me hizo por ello repetidas preguntas. Daba en efecto vueltas a mis argumentos y no dejaba de insistir hasta que yo no le exponía claramente lo que él pedía. Después congregó en torno a él a mis compañeros de embajada y nos trató como si fuéramos confidentes y consejeros de sus primeras decisiones. Mientras departíamos así entre nosotros, se elevó el astro solar y pronto todo quedó iluminado.

[ACERCA DE LA ENTRADA TRIUNFAL DE ISAAC EN CONSTANTINOPLA]

40. Toda la población de la Ciudad se había esparcido por las calles. Unos llevaban antorchas encendidas, que le presentaban como si fuera un dios, otros lo perfumaban con aromas de incienso y así, mientras cada uno lo homenajeaba a su manera, todos lo festejaban y bailaban a su alrededor como si consideraran que su ingreso en la Ciudad Imperial fuese una especie de celeste epifanía. Pero ¿cómo podría describiros brevemente un hecho tan extraordinario? Yo al menos, que me había encontrado en muchas procesiones imperiales y presenciado las más sagradas ceremonias religiosas, no había visto hasta entonces un fasto como aquél. En efecto, no sólo toda aquella multitud de ciudadanos, no sólo el orden senatorial, no sólo los campesinos y comerciantes en pleno participaban en aquel festejo, sino que también los ascetas que profesan una filosofía superior y los eremitas que se han establecido en las cumbres de las montañas y se refugian en los nichos excavados de las rocas habían abandonado sus retiros habituales junto con todos aquellos cuya vida transcurre entre los cielos[228], y así todos, unos saliendo de las rocas, otros descendiendo de sus celestes moradas, otros cambiando las cimas por las calles pavimentadas, convirtieron la entrada del emperador en un espectáculo portentoso.

41. Pero aquél —pues era una persona sagaz como la que más y no se dejaba arrastrar ni confundir por estas vacías manifestaciones— receló enseguida de este ascenso de su fortuna y así, cuando todavía no había puesto en orden sus pensamientos, se volvió de repente hacia mí y dijo: «Me parece, amigo filósofo, que esta cima de éxito en la que nos hallamos es engañosa y no estoy seguro de que todo concluya de manera favorable». «Filosófica es», dije, «tu reflexión, pero no siempre a los inicios faustos siguen infaustos finales, ni, aunque así haya sido fijado por el destino, deja de ser posible deshacer su veredicto. En efecto, yo que tuve trato con libros eruditos y súplicas propiciatorias, sé que si alguien cambia a mejor su vida, al instante deshace la trama del destino. Y afirmo esto basándome en las doctrinas paganas de los antiguos griegos, porque en nuestras propias enseñanzas nada nos ha sido fijado en cambio por el destino, ni se nos impone por necesidad, sino que los resultados son concordes a las acciones que los han precedido. Así pues, si tú abandonas tu temple de filósofo dejándote arrastrar por estos fastos, enseguida la justicia divina te hará frente con resolución. Pero si no es así, ten el ánimo tranquilo, que la divinidad no es envidiosa de lo que nos da, sino que con frecuencia ha conducido a muchas personas por la derecha senda del éxito. Para empezar, puedes ejercitar conmigo tu virtud y no guardarme rencor por las cosas que te dije resueltamente en mi calidad de embajador, pues servía a la voluntad del emperador y no traicioné la fidelidad que le debía. No pronuncié mi discurso porque te tuviese inquina, sino porque me debía a aquél».

42. Ante esto sus ojos se cubrieron de lágrimas y dijo: «Más apreciaba antes tu lengua cuando me fustigaba que ahora cuando me aclama y me adula. Empezaré, como dices, por ti, pues te considero el primero de mis amigos. Desde ahora ya te concedo el honor y el título de presidente de la asamblea del senado».

Mientras hablábamos así, el sol estaba ya en el mediodía y ante nosotros se mostró el golfo que nos debía acoger. Cuando se presentó la nave imperial, montó en ella cubierto de una lluvia de flores y saludado por gritos y aclamaciones. El trayecto a través del mar desde la Propóntide al Palacio Imperial fue un triunfo. En medio de aquellos preparativos estuvo sentado junto a nosotros. Y así se hizo limpiamente con el poder[229].

43. El emperador Miguel el Viejo, después de cumplir el ciclo de un año en el imperio, descendió del poder. Sobrevivió apenas algo más de tiempo como un simple ciudadano. Luego abandonó esta vida.

LIBRO X.

ISAAC I COMNENO

[1056-1057]

[ACERCA DEL CARÁCTER DEL EMPERADOR]

VII.44. Nada más apoderarse del imperio, el Comneno, un hombre expeditivo en cualquier cosa que emprendía, se hizo con el control de todo y empezó desde el primer instante a administrar el imperio. En efecto, nada más llegar al Palacio Imperial al caer la tarde, antes de sacudirse el polvo de la batalla, cambiar de hábito y ordenar las ceremonias de purificación para el día siguiente[230], cuando todavía no había escupido siquiera el salitre marino y recobrado el aliento —tal como hubiera hecho quien alcanzase a nado el puerto después de escapar de forma venturosa y a duras penas de una gran tormenta en el mar—, enseguida empezó a gestionar la administración civil y militar, consumiendo en estas preocupaciones lo que aún quedaba de día y la noche entera.

45. Temía que los contingentes de tropas que habían confluido en la Ciudad —soldados todos ellos que habían compartido con él el albur de su destino arrostrando peligros por él— se atrevieran a hacer en la Ciudad algún desaguisado y que, confiados en su indulgencia, provocasen tumultos que afectasen a la población civil. Por ello su primer empeño fue recompensar a éstos como era debido y dejarlos partir hacia sus propias casas, para que pudieran recuperar fuerzas en poco tiempo y luego, volviéndose a reagrupar, lucharan con el emperador contra los bárbaros. Se calculaba que esta operación podría llevarse a cabo en un periodo de varios meses. Pero él, apenas concibió el plan, ya los había distribuido en grupos y despachado a sus destinos, aunque antes recordó a cada uno por sus acciones de guerra, alabando a unos por su bravura en el combate a cuerpo y a otros por su disciplina marcial y atribuyendo a cada cual la virtud que le era propia, preocupándose en definitiva de todos a la vez y asignándoles las recompensas correspondientes. Yo comparé esta actuación suya con la de un cúmulo de etéreas nubes y un sol que, brillando de improviso, disipase enseguida aquella niebla.

46. Cuando la Ciudad se vio libre de la presencia embarazosa de aquellas gentes, el emperador suscitó la admiración general y se le pronosticó un gran futuro. Dado que se habían encontrado con que había sucedido aquello que no creían posible que pudiera suceder, ahora pronosticaban que tendrían lugar

hechos que nadie habría esperado nunca que sucedieran. Tenían puestas también sus más altas esperanzas en el carácter de aquel hombre. Si alguien ocasionalmente trataba con él mientras estaba sentado en el trono gestionando asuntos de la administración, o despachando con embajadores, o incluso lanzando terribles amenazas contra los bárbaros, se encontraba en presencia de un hombre cortante y severo y no habría creído nunca que esa persona hubiese podido adoptar un tono más afable. Pero si luego lo veía en el ambiente doméstico o al nombrar a los funcionarios, creía hallarse ante un desdoblamiento sorprendente de personalidad, como si alguien oyese la misma cuerda emitir unas veces un sonido vibrante y otras uno sordo al ser tañida. A mí al menos, que tenía acceso a él en los dos ambientes, el de tensión y el de distensión, se me antojaba una persona de dos rostros y no habría podido creer que una vez relajado pudiera volver a tensarse, ni que una vez tensado y tirante, llegara a aflojarse de nuevo y descender de su tono altivo. Tan pronto podía ser agradable y accesible en unas ocasiones, como en otras cambiar de expresión, echar rayos por los ojos y fruncir el ceño amenazante, como si una nube, por así decirlo, cubriera la luz de su alma.

47. Cuando estaba sentado en el nono y los miembros del senado se colocaban a ambos lados, no decía nada al principio, sino que imitaba exactamente la pose de Jenócrates[231] y se quedaba envuelto en sus propios pensamientos. Esta actitud infundía no poco miedo a las filas de los senadores. Unos estaban allí clavados y, como si les hubiera alcanzado un rayo, permanecían firmes en la posición en la que éste les había fulminado, secos, exangües, como si hubieran perdido el alma, mientras que de los demás a cada uno se le veía hacer un gesto diferente, siempre con cautela, y así uno juntaba los pies sin hacer ruido, otro ceñía un poco más estrechamente su pecho con los brazos, un tercero inclinaba su cabeza hacia el suelo y luego también otro, de forma que todos sucesivamente, presas de un terror paralizante, reprimían con su voluntad, en silencio y disimuladamente, los movimientos de sus cuerpos. Y cuando alguna vez el emperador levantaba la cabeza hacia los asistentes, la respiración de éstos se entrecortaba y su alteración se reconocía mediante un simple cálculo aritmético del ritmo.

48. Era parco en sus palabras como ningún otro y aunque no hacía fácilmente concesiones a su lengua, tampoco expresaba deficientemente sus pensamientos. Así como los que caracterizan la prosa de Lisias, me refiero al orador hijo de Céfalo[232], además de reconocer otras virtudes en su estilo, atribuyen a su elegante dicción la contención necesaria y sostienen que al que tiene el don de la palabra le basta con expresar las cosas esenciales para que cualquiera pueda deducir todo lo que no ha manifestado, del mismo modo, la elocuencia del emperador irrigaba, no mediante un torrente de palabras, sino con una fina lluvia, aquella naturaleza que estuviera dispuesta a captarla y penetraba suavemente en su interior, induciéndole a comprender el sentido profundo de lo que decía. No quería en efecto que nadie llegase a criticarlo por sus palabras y le parecía inoportuno, siendo emperador y soberano absoluto, intentar labrarse un falso prestigio por el camino de la elocuencia.

49. De ahí que nos confiase a nosotros, los de abajo, los que vivíamos como simples ciudadanos, el cuidado de la palabra, mientras que él consideraba que un simple gesto, un movimiento de la mano o una inclinación de la cabeza hacia un lado le bastaban para expresar todo lo que quería. Puesto que no sabía mucho de leyes, adaptó la práctica jurídica a sus capacidades. Así, sin adelantar nunca su sentencia, confiaba la decisión a los jueces y él apoyaba luego la opinión mayoritaria. Entonces, como si él hubiese intuido ya antes aquello, se hacía portavoz de esta sentencia y emitía su veredicto. Para no cometer solecismos al formular los textos legales[233], delegaba en otros este trabajo, aunque él siempre añadía a la redacción alguna cosa que faltase o suprimía algo superfluo.

50. Cuando despachaba con las embajadas, aunque no mostraba la misma actitud con todas, sí correspondía con todas desde la majestad de su posición y era especialmente entonces cuando sus palabras se desbordaban más que el Nilo al descender sobre Egipto y el Éufrates al abatirse fragoroso sobre Asiría. A los que solicitaban la paz se la concedía, pero les amenazaba con la guerra si intentaban cometer la más mínima transgresión de lo pactado. El mismo tono usaba con los partos y los egipcios[234], mientras que al resto de las naciones, que le cedían sus numerosas ciudades e importantes contingentes militares, e incluso se mostraban dispuestas a abandonar sin dilación sus propios territorios, no les permitía actuar así y les ordenaba que permanecieran tranquilas en sus países, pero no porque viese desfavorablemente una expansión de los límites de la hegemonía romana, sino porque sabía que la incorporación de tales territorios exige mucho dinero, tropas aguerridas y un respaldo adecuado y que cuando no se dan estas circunstancias, entonces lo que parece suma se convierte en resta. En cuanto a los muchos caudillos bárbaros con pequeños principados, cuando tenía la oportunidad de poder recibirlos en audiencia, les censuraba por su cobardía y les acusaba de ejercer su poder de modo negligente, aunque luego estimulaba sus ánimos abatidos. Hacía esto para que actuaran a modo de baluarte frente a la hegemonía de las naciones más poderosas.

51. Esto basta para perfilar un encomio del emperador, y si se saca de ello alguna enseñanza para el futuro, el historiador se sentirá satisfecho con su trabajo. Ahora bien, si el emperador, del mismo modo que en los otros terrenos, con pequeños avances y progresos, había enderezado el rumbo del Estado, también hubiera purgado a la administración civil de la enfermedad que la consumía, rebajando al principio su maligna inflamación y aplicándole luego la pertinente cura, sin duda se habría visto eternamente coronado de elogios y el cuerpo del Estado no habría padecido conmoción alguna. No obstante, aquél, en su deseo de cambiarlo todo, se apresuró enseguida a roturar la frondosa selva en la que se había convertido desde hacía muchos años el imperio romano, que no era sino un cuerpo monstruoso dividido en múltiples cabezas, de ancha y dura cerviz, provisto de manos en número incalculable y dotado de idéntico número de pies, un cuerpo que estaba además gangrenado en su interior, presa de una enfermedad maligna, tumefacto en unas partes y consumido en otras, hinchado de humores y a la vez descompuesto y enfermo de consunción, un cuerpo pues en el que él se dispuso a aplicar sin dilación su cirugía, amputando sus excrecencias

sobrantes y buscando su equilibrio, suprimiendo algunos miembros y añadiendo otros, curando sus entrañas e insuflándoles su espíritu vivificador. Pero ni fue capaz de llevar a término su obra ni pareció tampoco que estaba a la altura de ella. Sin embargo, para que no parezca que nuestro relato es confuso, diré en primer lugar de qué modo el cuerpo de nuestro Estado creció más de lo necesario, luego cómo el emperador intentó amputarlo, y en tercer lugar cómo no todos sus intentos resultaron satisfactorios. Después de añadir a esto de qué manera abandonó el poder, pondré término a mi historia[235].

[ACERCA DE LAS FINANZAS DEL IMPERIO]

52. Después de la muerte del gran Basilio —me refiero al hijo de Romano, que hacía remontar sus derechos al trono a tres generaciones de su familia[236]—el hijo menor de éste y hermano de aquél[237] se hizo cargo de un imperio rebosante de dinero, pues su hermano Basilio, que había vivido en el poder largos años, tantos como nunca gobernó ningún otro emperador, se hizo dueño de muchas naciones y depositó la riqueza que de ellas obtuvo en el Palacio Imperial, haciendo así que se multiplicaran los ingresos por encima de los gastos. De esta forma, cuando se fue de este mundo, dejó a su hermano Constantino en el tesoro cantidades indescriptibles de dinero. Éste, que había asumido la corona imperial en una avanzada edad después de haberla deseado desde hacía mucho tiempo, ni emprendió campañas militares para aumentar la fortuna heredada, ni pensó siquiera en preservarla, sino que, entregado a una vida de placeres, decidió gastarlo y consumirlo todo, de forma que si la muerte no se lo hubiera llevado enseguida, él solo habría bastado para hacer lo que muchos no pudieron: arruinar el imperio.

53. Éste fue el primero que empezó a corromper y a hinchar el cuerpo del Estado. Mientras a algunos de sus súbditos los engordaba mediante grandes sumas de dinero, a otros les confería dignidades ampulosas permitiendo que llevaran una vida mórbida y depravada. Pero cuando murió y heredó el poder su yerno Romano, éste, pensando que tenía el poder en exclusiva por haberse ya extinguido la estirpe porfirogénita, creyó que pondría sólidos cimientos a un nuevo linaje similar a aquél. Y para que tanto la administración civil como la clase militar estuvieran contentas y predispuestas a aceptar la sucesión en el seno de su familia, se apresuró a repartir entre ellas grandes sumas de dinero, incrementando así las dimensiones de aquel cuerpo excesivo y haciendo crecer la enfermedad. Así, mientras aquella naturaleza ya corrompida se vio hinchada por exceso de grasas, él fracasaba en sus dos objetivos, el de crear una nueva dinastía y el de dejar tras él un Estado organizado.

54. Cuando la vida de éste llegó a su término y la sucesión del imperio recayó en Miguel, éste pudo contener en gran medida el avance de los agentes infecciosos, aunque no llegó a tener tanto poder como para atreverse a aliviar, siquiera fuese en lo más mínimo, aquel cuerpo acostumbrado a nutrirse de perniciosos fluidos y a hincharse con alimentos corrompidos, sino que también él,

aunque con moderación, contribuyó a cebarlo, dado que si no hubiera imitado al menos en una pequeña parte a los emperadores precedentes, habría muerto sin duda enseguida. No obstante, si él hubiera vivido más años en el poder, quizás sus súbditos hubieran llegado un día a aprender a comportarse de una manera más sabia. Pero era imposible que éstos no llegaran a reventar algún día después de haber engordado hasta el límite por la vida de bienestar que llevaban.

55. Después de que muriese este emperador, ascendió a la atalaya del poder —por no mencionar a su sobrino, que después de haber tenido un reinado desdichado abandonó el poder de forma aún más desdichada— Constantino el Evergeta —pues éste era el nombre que le daba la mayoría—, me refiero al Monómaco. Él había asumido el poder como si se tratara de una nave de carga que estuviera cargada hasta la misma línea de flotación y que sólo por poco consiguiera remontar las corrientes del mar, y entonces la abarrotó hasta el borde mismo y consiguió hundirla, o mejor, por expresarlo de una manera más clara y volver a recuperar la imagen que usé antes: añadió gran número de miembros y partes nuevas al cuerpo del Estado, ya desde hacía tiempo corrompido, e insufló fluidos aún más perniciosos en sus entrañas, de forma que lo desnaturalizó, lo arrancó de la vida regalada y sociable en que se hallaba y poco faltó para que lo convirtiera en una bestia furiosa e indomable, pues había transformado a la mayoría de sus súbditos en monstruos de muchas cabezas y cientos de brazos. Después de él, la emperatriz Teodora, convertida en soberana legítima, pareció no querer enfurecer demasiado a aquella fiera extraña y así también ella, inadvertidamente, le añadió nuevos brazos y piernas.

56. Cuando, después de que la emperatriz saliera de escena, se confiaron las riendas del imperio a Miguel el Viejo, éste fue incapaz de controlar el movimiento del carro imperial y los caballos lo arrastraron enseguida. Dejó así que las carreras se desarrollasen desenfrenadamente en el escenario del Hipódromo, mientras él, aturdido por el estruendo, dejó su puesto de auriga y se quedó de pie como mero espectador. Cuando habría sido pues preciso que reaccionase y no aflojase demasiado las riendas, él en cambio daba la impresión de despojarse de su autoridad y volver a su vida anterior.

57. A esta primera fase, que convirtió en fieras a la mayoría de los hombres y los hizo engordar hasta tal punto que habrían necesitado dosis masivas de purgantes, era preciso que sucediera otra muy distinta, me refiero a una de amputaciones, cauterizaciones y purgaciones. Y, en efecto, esta fase llegó cuando Isaac Comneno montó con la corona al carro del poder romano. Pero para que entendamos lo que significó este periodo a la luz de la alegoría, primero supongamos que era un auriga y luego contémoslo entre los seguidores de Asclepio [238].

58. Este emperador, que deseaba vivir como un filósofo y rechazaba todo comportamiento enfermizo y corrompido, se encontró en la situación contraria y descubrió que todo estaba enfermo y podrido, pues los caballos del imperio

corrían sin control nada más abandonar la línea de salida, insensibles por completo al bocado y a las riendas. Cuando, según la primera imagen, habría sido preciso esperar el momento de la amputación y la cauterización y no aplicar enseguida el hierro al rojo en sus entrañas, o bien, según la otra imagen, reducir suavemente el paso del vehículo con las bridas, amansar a los caballos, acariciarlos con arte y guiarlos con simples chasquidos de la lengua para luego poder montarlos de nuevo y soltar riendas —tal como hizo el hijo de Filipo[239] para domar a Bucéfalo—, él en cambio quiso ver enseguida al carro guiado disciplinadamente y conducir de nuevo a su estado natural a aquel cuerpo que se había desnaturalizado. Pero a pesar de que quemaba y amputaba o tiraba constantemente de las bridas para frenar a unos caballos que corrían desbocados, no valoró la gravedad de la enfermedad antes de poner orden o reconducir la situación. No critico por lo tanto a este hombre por su iniciativa, sino que lo acuso por haberse equivocado en el momento. Pero que espere aún la tercera fase de este proceso, pues vamos a extendernos un poco más ampliamente en la segunda.

59. Los anteriores emperadores, tal como he dicho en muchas ocasiones, sacaban dinero del tesoro imperial para satisfacer sus caprichos personales, mientras que utilizaban los ingresos del fisco, no para pagar a las tropas del ejército, sino para favores y munificencias con la población civil. Es más, al final todos ellos, para que su cuerpo fuera conducido en fastuosa procesión y enterrado con todos los honores una vez que ellos hubieran muerto, se aparejaban mausoleos de piedra frigia o italiana o de mármol del Proconeso, en torno a los que hacían levantar edificios e incluso templos que los honrasen y plantaban bosquetes y rodeaban los límites del terreno con un cinturón de vergeles y jardines. Y como luego necesitaban tanto dinero como tierras para dotar estos ‘lugares de ascesis’ —tal era el nombre que improvisaron para designar estas fundaciones— vaciaban el tesoro de Palacio al tiempo que minaban los depósitos del fisco obtenidos de los ingresos públicos. No consideraban sin embargo suficiente la contribución que destinaban a sus “lugares de ascesis” —empleemos pues esta palabra—, sino que disipaban toda la riqueza del imperio, en parte para una vida de placeres, en parte para fastuosas construcciones nuevas, en parte incluso para que personas indolentes por su propia naturaleza y parásitos que en nada contribuían al fisco tuvieran una vida de ocio y degradasen el nombre y la práctica de la virtud, mientras que el colectivo del ejército iba disminuyendo en número y disgregándose. Frente a ellos este emperador, por estar a la cabeza de la jerarquía militar, se había dado cuenta por muchos síntomas, ya antes de acceder al trono, de cuál era la razón por la que la hegemonía de los romanos se veía desprestigiada, crecía el poder de las naciones enemigas al tiempo que nuestra situación marchaba a la deriva y, en definitiva, ninguna persona podía poner coto a las incursiones y pillajes de los bárbaros. De esta forma, cuando estuvo en sus manos la potestad imperial, se dispuso de inmediato a arrancar de raíz las causas de nuestros males. Esta resolución era verdaderamente digna de un emperador, pero el propósito de acabar con todos los problemas a la vez no es algo que yo considere debo incluir entre las acciones suyas que son dignas de alabanza. Pero que sea el relato mismo el que cuente lo que hizo aquél.

60. Nada más asumir el cargo de emperador, desde el mismo momento en que fue coronado y dejó de llamarse usurpador, acabó con las prácticas seguidas por Miguel el Viejo. Anuló así todas sus donaciones y revocó cualquier acto de munificencia que éste hubiera llevado a cabo. Luego, procediendo por etapas, superó entonces esta fase y no sólo restringió y anuló el efecto de muchas decisiones tomadas por éste, sino que derogó completamente no pocas de ellas. Por ello las masas populares empezaron a odiarlo y también una no pequeña parte de los soldados a los que privó de sus beneficios. Cuando había hecho esto, sin retroceder lo más mínimo en sus propósitos, fue aún más lejos, y del mismo modo que los analíticos proceden de los elementos complejos a los simples, él enlazó toda la cadena de emperadores desde el principio hasta el fin y después de examinar sus decisiones una tras otra, las transgredió todas a la vez. Continuando luego con esta progresión, añadió a la lista de los desposeídos también a "los quemadores de incienso"[240], a los que privó de la mayor parte de las prebendas asignadas a sus templos e hizo que fueran tributarios del fisco. Se les dejó sólo lo que se calculó que les bastaba para vivir, haciendo que el nombre de 'lugares de ascesis' adquiriera para ellos un significado real. Hacía esto como quien coge arena de la playa, tendiendo la mano y sin que jamás se produjera un solo ruido. No he visto nunca a ningún hombre que ponga tanto empeño en sus ideas y al mismo tiempo lleve tan discretamente a la práctica sus propósitos.

61. Estas acciones conmocionaron de momento a muchas personas, pero luego la calma se impuso en los ánimos de la mayoría de ellas, ya que el saneamiento de las finanzas bastó para refutar a los que querían criticar las acciones del emperador. Sus medidas habrían podido resultar admirables si se hubiera tomado un breve respiro, tal como habría hecho alguien que alcanzase a nado la costa saliendo del mar, pero él, sin pensar en anclar o en permanecer fondeado en el puerto un solo instante, de nuevo se aventuró por otro mar, y luego por otro, y después de éste por uno aún más vasto y pavoroso, y era como si no estuviera remontando las procelosas aguas de la política, sino limpiando los establos de Augías[241].

62. Tal como he dicho ya muchas veces, si este emperador hubiera realizado cada una de sus acciones en el momento adecuado y suprimiendo unas cosas hubiera permitido que otras siguieran por el momento en pie para luego poder eliminarlas a su vez, y si después de cada amputación se hubiera tomado un respiro antes de proceder de nuevo con la siguiente y hubiera ido progresando poco a poco, sin que nadie lo advirtiese, hasta acabar con el mal, entonces habría actuado del mismo modo que el Demiurgo de Platón, de forma que, haciéndose cargo de la organización de un Estado dirigido de forma confusa y desordenada, él lo habría conducido del desorden al orden e introducido realmente concierto en la administración. Ahora bien, mientras que ante Moisés, cuando era el guía de su pueblo, Dios se presentó como el Creador del orden del mundo en seis días, aquél en cambio consideraba inaceptable no hacerlo todo en un solo día. Tan excesivo era el impulso que sentía por ver cumplidos todos sus deseos, que no había nada que lo contuviese, ni un buen consejo, ni el miedo por el futuro, ni el odio de las gentes, ni en definitiva nada de cuanto suele aplacar un espíritu orgulloso y

refrenar un ánimo exaltado. Si alguien le hubiera ajustado una brida, habría podido recorrer el mundo en todo su perímetro e incontables victorias habrían ceñido de lauros su cabeza, sin que ninguno de los emperadores anteriores hubiera podido rivalizar con él. Pero la ausencia de freno, su carácter indómito y el rechazo a someterse a un plan echaron a perder sus nobles propósitos.

63. De esta forma turbio y agitó las aguas de la política interna. Pero también quería acabar simultáneamente con los bárbaros de Oriente y de Occidente. Éstos se quedaron aterrorizados y aunque al principio intentaron rebelarse, cuando se enteraron de la determinación de aquel hombre pusieron fin a sus ataques y buscaron un parapeto para esconderse detrás. El propio sultán de los partos, audaz motor de tantos procesos, inició prácticamente un movimiento retrógrado y, sin detenerse en modo alguno u ocupar una posición estacionaria, pasó a orbitar, cosa inaudita, debajo del sol, desapareciendo de la vista de todos en el firmamento. Y en cuanto al que ocupa el poder en Egipto, todavía hoy tiene miedo a este hombre y lo envuelve de elogios, como si se lamentase de su cambio de fortuna. El aspecto del emperador y sus palabras pudieron en efecto tanto como sus brazos, que habían devastado muchas ciudades y abatido muros defendidos por miles de guerreros.

64. Quería siempre estar informado absolutamente de todo, pero como comprendía que esto era imposible, perseguía su objetivo de otra manera: convocaba a su presencia al que sabía informado, pero no le preguntaba nada directamente de lo que él ignoraba, sino que lo envolvía con sus palabras, de forma que revelara lo que desconocía, tal como si hablara con él de cosas sabidas por los dos. Incluso a mí me cazó muchas veces de esta forma y cuando una vez me atreví a decirle que una cosa era secreta, él bajó los ojos y enrojeció como si le hubiera pillado en falta. Pues, como persona orgullosa que era, no soportaba los reproches, no digo ya los explícitos, sino incluso los velados.

[ACERCA DE LA DEPOSICIÓN DEL PATRIARCA MIGUEL Y DEL NOMBRAMIENTO DE SU SUSTITUTO]

65. Por esta razón, cuando el patriarca Miguel le habló una vez francamente y con más insolencia de la debida, él entonces se lo toleró y contuvo su cólera, pero luego, después de madurar en su interior su secreto propósito, estalló de repente y, como si no contraviniera ningún precepto, lo expulsó de la Ciudad y lo castigó con el confinamiento en un lugar, en el que murió posteriormente. No obstante, explicar lo que hizo requeriría una larga exposición, que de momento aplazo[242]. Si alguien quisiera juzgar el enfrentamiento entre ambos, acusaría al patriarca por haberlo iniciado y censuraría al emperador por cómo lo concluyó y porque se quitó de encima al patriarca como si fuese un fardo pesado que llevase sobre sus espaldas. Hay, no obstante, un hecho que casi se me pasó por alto. Un mensajero de regreso de una lejana misión le trajo la buena nueva del deceso del patriarca, una noticia que liberaba en cierto modo al emperador de muchas preocupaciones de cara al futuro. Sin embargo, cuando la

oyó, se quedó de repente conmocionado en su interior y lanzó un grito de dolor, algo que no acostumbraba a hacer. Muchas veces desde entonces lamentó su muerte y se arrepentía de lo que había hecho. A menudo incluso imploraba perdón al alma del fallecido y, como si se excusara, o mejor dicho, para aplacarlo, concedió a los miembros de su familia el derecho de palabra en su presencia y los incluyó entre los dignatarios próximos al trono[243]. Quiso honrarlo revistiendo con el sagrado hábito y consagrando a Dios, para que le sucediera en el oficio de patriarca, a un hombre que podía exhibir un pasado irreprochable y cuya elocuencia le permitía incluso rivalizar con los antiguos sabios.

66. Éste era el ilustre Constantino[244], que ya desde antes había contribuido a dar estabilidad al imperio después de salir de muchas tormentas y que luego había sido disputado por muchos emperadores. A él se le confió finalmente el sumo sacerdocio, pues todos renunciaron a este cargo ante él y reconocieron su indiscutible primado sobre ellos. Él dio lustre a esta dignidad uniendo a su sagrada condición de sacerdote su alto y noble espíritu de hombre de Estado. Las demás personas, en efecto, consideran que es virtud algo así como no plegarse ante las circunstancias, expresar sin miramientos lo que se piensa o no intentar ganarse a los recalcitrantes con buenas maneras, y por ello, después de aventurarse por todos los mares e ir contra todo viento y marea, unos suelen hundirse engullidos por las olas y otros son rechazados con gran violencia. Pero en el caso de este hombre, la índole compuesta de su vida le hizo apto tanto para el mayor rigor como para la máxima indulgencia, de forma que asumió sus funciones, no como un hábil orador, sino como un verdadero filósofo, pues no se mostraba locuaz por un lado y por otro disimulaba sus pensamientos, sino que una única cualidad le bastaba para obrar desde su doble condición. Por ello, si alguien lo examinaba como político, lo encontraba adornado de una dignidad propiamente sacerdotal, pero si se acercaba a él como prelado, aunque por lo general sintiera miedo o le intimidara, descubría que en él se reflejaban cualidades propias de un hombre de Estado, acompañadas además de una firme elegancia en el trato y una solemnidad que sabía condescender con sonrisas. Debido a ello, gentes de toda vida y condición tenían confianza en él, ya se tratase de militares o de civiles, ya fuese por su majestad o por su accesibilidad. Yo había predicho a éste en muchas ocasiones, antes de que fuese patriarca, que alcanzaría el sumo sacerdocio, pues adiviné por su índole cuál sería su futuro, y hoy, después de obtenido el sacerdocio, lo contemplo adornado todavía de estas excelentes cualidades.

[ACERCA DE LA EXPEDICIÓN DEL EMPERADOR CONTRA LOS LLAMADOS MISIOS]

67. El emperador, después de honrar al patriarca fallecido eligiendo a una persona de esta valía, una vez que puso freno a los ataques de los bárbaros de Oriente —empresa esta que le costó poco esfuerzo—, marchó con todas sus tropas contra los bárbaros de Occidente, que antaño se denominaban misios y que luego cambiaron su nombre por el que ahora tienen. Habitaban éstos todos los territorios que el río Istro separa del dominio romano, pero de repente los

abandonaron y emigraron hacia nuestra tierra. La causa de este desplazamiento fue la nación de los getas, que lindaban con ellos y losi sometían a pillajes y saqueos, forzándoles así a emigrar[245]. Cuando un invierno el río Istro se quedó cerrado por el hielo, lo cruzaron como si fuese tierra firme y se trasladaron así desde su país al nuestro, transportando con ellos a todas sus gentes dentro de nuestros confines, pues es un pueblo que no sabe permanecer en paz ni dejar de molestar a las naciones limítrofes.

68. Más que ningún otro pueblo, estos guerreros son difíciles de combatir y de reducir por las armas, aunque no tienen cuerpos vigorosos ni son especialmente audaces. Es más, tampoco visten corazas, ni se ciñen grebas, ni se protegen las cabezas con cascos empenachados. Tampoco asen con sus manos escudo alguno, ni alargado como dicen que eran los de los argivos, ni redondo, y ni siquiera llevan espadas al cinto. Sólo empuñan lanzas y ésta es la única arma a la que confían su defensa. No se dividen en compañías y tampoco les guía estrategia alguna en sus combates, ni saben qué es la línea del frente de una formación, ni el flanco izquierdo o el derecho, y tampoco suelen erigir empalizadas ni saben excavar un foso en torno a un campamento, sino que se precipitan en desorden contra el enemigo todos juntos a la vez, en medio de grandes gritos, con la fuerza que les da su desprecio a la vida. Si consiguen entonces hacer retroceder al enemigo, caen sobre ellos como escuadrones compactos y los persiguen sin misericordia hasta masacrarlos. En cambio, si la falange contraria resiste su embate y la formación de sus escudos no se rompe ante el asalto de los bárbaros, éstos enseguida se dan la vuelta y buscan salvarse huyendo. Pero no huyen ordenadamente, sino que se dispersan cada uno por una dirección distinta. Así, uno se arroja al río para salvarse a nado —o bien ahogarse envuelto en un torbellino—, otro penetra un bosque espeso para escapar a la vista de sus perseguidores y de esta forma cada uno sigue su camino. Y cuando todos están desperdigados, entonces vuelven de nuevo a concentrarse de improviso en un punto, acudiendo cada uno rápidamente desde un sitio distinto, quien desde una montaña, quien desde un barranco, quien también desde los ríos. Cuando necesitan beber, si se encuentran con agua de fuentes o de ríos, se echan enseguida a tierra y la sorben directamente con la lengua. Pero si no, entonces cada uno de ellos desmonta de su caballo y lo sangra abriéndole las venas con el hierro para calmar su sed, pues utilizan su sangre a modo de agua. Luego descuartizan al más grueso de sus caballos y encienden la leña que encuentran, sobre la que sólo chamuscan un poco los miembros seccionados del caballo antes de devorarlos aún sanguinolentos. Después de haber recuperado así sus fuerzas, regresan a las chozas de las que salieron. Anidan como las serpientes en barrancos profundos y hoces escarpadas, de las que se sirven como si fueran obras fortificadas.

69. Este pueblo es temible en su conjunto y sus gentes son de espíritu traicionero. Ni los tratados de amistad los vinculan, ni respetan los juramentos que prestaron sobre las víctimas de sus sacrificios, puesto que no honran, no digo ya un Dios, sino una potencia divina, antes bien, para ellos todas las cosas ocurren de forma espontánea y creen que la muerte pone fin a toda nuestra existencia[246].

Por este motivo cierran fácilmente acuerdos de paz, pero como necesitan combatir, no tardan en violar lo pactado. Si tú los vences en la guerra, ellos invocan de nuevo una segunda alianza de amistad, pero si son ellos los que vencen en la lucha, matan a unos de sus prisioneros y hacen buen negocio de la venta de los otros. Suelen poner un precio muy alto a los ricos y si no se les da, los matan.

70. El emperador Isaac partió contra este pueblo con una nutrida falange a fin de expulsarlos del interior de las fronteras romanas. Sin dar crédito a las supuestas facciones y disidencias internas surgidas entre ellos, dirigió su ejército contra el grupo más poderoso de entre ellos, gentes difíciles de combatir y de capturar. Cuando se acercó a ellos los aterrorizó con su sola presencia y la de sus tropas, pues si los bárbaros no se atrevían ya ni a sostener la mirada frente al que se les antojaba portador del rayo, cuando vieron la compacta formación de escudos del ejército, se dispersaron por sí solos. Por ello atacaron en pequeños grupos y cayeron sobre nuestras compactas filas dando grandes alaridos. Pero como no podían ni sorprender a los nuestros en emboscada ni enfrentarse a ellos en formación abierta, aunque habían anunciado que lucharían al cabo de dos días, aquel mismo día levantaron su campamento y se dispersaron por zonas inaccesibles con viejos, niños y cuantos no estaban en condiciones de huir. Y así, cuando el emperador, según lo acordado, salió a presentar batalla con su falange en formación, no se vio rastro alguno de los bárbaros. No consideró adecuado perseguirlos, en parte porque temía emboscadas ocultas, pero también porque habían huido con dos días de ventaja. Después de abatir sus tiendas y llevarse el botín que encontró, inició el regreso triunfante. Pero el camino de vuelta no les fue propicio, pues se abatió sobre ellos de repente una violenta tormenta que causó graves pérdidas en sus tropas[247]. Pese a todo, regresó finalmente a la Ciudad con la cabeza ceñida con las coronas de la victoria.

71. A partir de ese momento, por cuanto yo pude constatar —ya que iba conociendo cada vez mejor su carácter—, se acentuaron sus inclinaciones naturales y se hizo cada vez más altivo, pues sentía desprecio por todos. Su propia familia tuvo el mismo trato que los demás e incluso su hermano, cada vez que se acercaba a la puerta más externa de Palacio, debía desmontar enseguida del caballo de acuerdo con sus órdenes y luego dirigirse al encuentro del emperador con un ceremonial que en nada sobresalía del de las demás personas. Pero éste, que tenía el mejor carácter que yo haya conocido nunca, aceptó dócilmente el cambio y no se ofendió ante el nuevo protocolo, sino que cada vez que lo convocaba su hermano, se acercaba a él con respeto y se mantenía por lo general en un segundo plano, convirtiéndose en un ejemplo para que los demás se adaptaran también del mismo modo a la nueva situación.

[ACERCA DE LA ENFERMEDAD DEL EMPERADOR]

72. De esta forma se operó la transformación de carácter del emperador y concluyó la segunda fase de su reinado. A partir de aquí empieza ya la tercera. El

emperador sentía una viva pasión por la caza y más que a ninguna otra persona le gustaban las presas difíciles, como excelente cazador que era. Cabalgaba vestido con ropas ligeras y mediante silbidos y gritos alentaba a su perro y ponía freno a la carrera de la liebre. Muchas veces, incluso, cogía a su presa con la mano en plena carrera y nunca desde luego erraba su disparo. Todavía mayor era su afición a la caza de las grullas, una especie que nunca dejaba de reconocer cuando surcaba los cielos. Él las abatía y al caer desde lo alto era verdaderamente como si al placer se uniese el estupor: estupor porque un animal tan grande, que se sirve para andar de unas patas que son como lanzas y al que casi ocultan ya las nubes, hubiese sido alcanzado por uno más pequeño; placer, por el que nos causaba su caída, pues la grulla caía en una danza de muerte mostrando en sus vueltas el vientre y el dorso alternativamente.

73. El emperador disfrutaba con ambos tipos de caza y a fin de no causar daño excesivo a los animales de los cotos, salía de caza al aire libre y allí, sin encontrar obstáculos, formaba batidas con perros o utilizaba el halcón, según le pareciera. Una villa imperial, situada un poco antes de la Ciudad, lo hospedaba. Estaba rodeada por el mar y un cazador la habría considerado lugar más que suficiente para practicar las dos modalidades de caza. No así este emperador, que se levantaba por la mañana para cazar y sólo regresaba ya avanzada la tarde. A fuerza de arrojar su lanza constantemente contra osos y jabalíes y tender sin cesar hacia delante su brazo derecho, un golpe de aire frío le afectó el costado. En ese momento no se manifestó el mal, pero enseguida cayó presa de la fiebre y se vio sacudido por escalofríos.

74. Entonces yo, sin saber nada de lo sucedido, me dirigí a verlo para rendirle pleitesía como era habitual. Él me saludó tumbado en el lecho. Una pequeña guardia lo rodeaba y estaba presente el más destacado de los servidores de Asclepio. Después de saludarme me dirigió una mirada risueña y me dijo: «Has venido a tiempo», y me tendió enseguida la mano para que le tomase las pulsaciones, pues sabía que yo tenía también práctica en la disciplina médica. Cuando comprendí qué enfermedad podría ser aquella, no declaré enseguida nada, sino que volviéndome hacia el asclepíada le pregunté: «Y a ti, ¿qué clase de fiebre te parece que es ésta?». Él, con voz alta y clara, para que lo oyera también el emperador, dijo: «Pasajera, pero si no se pasa en el día de hoy, no hay por qué sorprenderse, pues hay una fiebre de esta clase, aunque su nombre puede inducir a engaño». «Yo en cambio», dije, «no comparto del todo tu aviso, pues el pulso arterial presagia a mi entender un ciclo de tres días. Pero ojalá diga la verdad tu bronce de Dodona y que sea en cambio falso mi trípode de Delfos —falso quizás porque mi preparación no es suficiente para poder emitir oráculos—»[248].

75. Llegó entonces el tercer día y el ciclo de su enfermedad, superando apenas el tiempo marcado, demostró que él era un diletante y que yo pecaba de inexacto. A partir de ese momento se le prescribió al emperador una dieta de alimentos no demasiado pesados, pero no llegó siquiera a iniciarla, pues de repente una fiebre violenta estalló en su interior. Dicen que Catón[249], cuando era

presa de la fiebre o de cualquier otra enfermedad, permanecía todo el tiempo inmóvil y sin revolverse en el lecho, hasta que el ciclo de la enfermedad concluía y su estado cambiaba. El emperador, al contrario que aquél, no hacía más que dar vueltas y cambiar su cuerpo de posición, y jadeaba pesadamente, como si su naturaleza no le diese un solo momento de tregua. Cuando finalmente la fiebre remitió, su primer pensamiento fue volver a Palacio.

76. Embarcó enseguida en la trirreme imperial y atracó en las Blaquernas[250]. Una vez dentro de Palacio, se sintió más aliviado y, como si su estado le diera licencia, habló con más desenvoltura que nunca y gastó más bromas de lo acostumbrado en él. Nos tuvo junto a él hasta caer la tarde contándonos viejas historias y dichos certeros del gran emperador Basilio, el hijo de Romano.

77. Cuando se ocultó el sol, nos dejó partir y él se dispuso a dormir. Yo me marché confiado, alimentando dulces esperanzas por su salud. Pero cuando de nuevo de buena mañana me dirigía hacia allí, de repente una persona, ya a las puertas de Palacio, me alarmó diciéndome que el emperador padecía fuertes punzadas en el costado, que jadeaba y que no conseguía respirar bien. Al oír aquello, me quedé paralizado, y después de entrar sin hacer ruido en la habitación en la que él yacía, mi semblante se ensombreció enseguida y permanecí de pie, en silencio. Él me interrogó con la mirada, como si me preguntara si acaso era tan grave el mal y si moriría. Y enseguida me tendió la mano. Pero antes de que yo pusiese mis dedos en su muñeca, el protomédico, cuyo nombre no es preciso mencionar aquí, dijo: «No tomes el pulso a la arteria, pues yo ya he controlado su ritmo y su intensidad es discontinua, pues unos tonos llegan hasta los dedos y otros se quedan más atrás, y del mismo modo que la primera pulsación es igual a la tercera, la segunda lo es a la cuarta y así sucesivamente, alternándose como los dientes de un cuchillo».

78. Yo presté poca atención a aquel hombre y examiné atentamente su pulso, midiendo cada frecuencia. No reconocí las pulsaciones de sierra, sino que subían cada vez más débilmente, semejantes no tanto a un pie inerte, cuanto a uno atado y que se esfuerza por moverse. El estado en el que se encontraba era el más agudo de la enfermedad que lo afectaba y había engañado a la mayoría de los presentes. Poco faltó incluso para que todos dudasen de que seguiría vivo.

79. Una gran confusión se apoderó por ello del Palacio. La emperatriz —un prodigio de mujer, la primera entre las suyas por su nobleza y en nada inferior a ninguna otra por su piedad— y la hija de la pareja imperial —también ella una mujer adornada por ambas cualidades y que, aun con los cabellos cortados antes de tiempo, incluso después de aquella tonsura lucía un rostro brillante como el ámbar y un pelo rubicundo que daban dignidad a su porte—, ambas pues, así como el hermano del emperador y además el sobrino, rodeando el lecho del soberano le dirigían sus últimas palabras y vertían lágrimas de despedida[251]. También le insistían para que marchase enseguida al Gran Palacio [252], a fin de

que, una vez allí, tomase las medidas necesarias para no dejar que su linaje compartiese con él su triste destino y perdiese su próspera posición en el imperio. Éste se preparaba pues para partir hacia allí. Le asistía, oportunamente, el arzobispo de la Divina Sabiduría[253], aconsejándole espiritualmente y fortaleciéndolo con todo tipo de palabras.

80. Cuando también el patriarca estuvo de acuerdo con el traslado, el emperador salió de la habitación, sin perder en absoluto su noble compostura y sin dejarse llevar de la mano, sino que, tal como era, similar a un ciprés de alta copa sacudido por los vientos, se tambaleaba al andar, pero con todo, andaba, no apoyándose con las manos en nadie, bastándose él solo. Del mismo modo montó sobre el caballo, aunque ya no sé de qué modo realizó la travesía en barco, pues yo me di prisa en llegar antes por el camino de tierra. No conseguí sin embargo lo que me proponía y cuando lo alcancé estaba ya allí, completamente mareado y confuso. Lo rodeaba su familia. Todos sus miembros lloraban amargamente, dispuestos a compartir con él, si era posible, sus últimos suspiros. La emperatriz dirigía los lamentos fúnebres y la hija daba réplica aún más lúgubre a los plantos de la madre.

81. Mientras ellos se comportaban de ese modo, el emperador por su parte pensó en convertirse a la vida espiritual y solicitó que se le permitiese cambiar de hábito. Pero la emperatriz, ignorando que el deseo del emperador nacía del interior de su alma, nos hizo a todos, antes que a él, responsables de este propósito suyo. Entonces, mirándome también a mí, me dijo: «Ojalá podamos aprovechar todos los consejos que nos proporcionas, querido filósofo. Hermosa recompensa nos das al inducir al emperador a que cambie de vida y se haga monje».

82. Yo le juré enseguida que nunca había concebido una idea semejante e incluso pregunté al enfermo que de dónde le había venido este propósito. Él respondió exactamente con estas palabras: «Esta mujer, fiel al carácter femenino, nos coarta cuando estamos deliberando sobre asuntos tan elevados y os acusa a todos menos a mí de haber tomado esta decisión». «Es verdad», respondió ella, «pero yo sí estoy dispuesta a cargar sobre mis espaldas con todos los errores que tú has cometido, aunque te recuperes, cosa que pido y anhelo, y aun no siendo así, yo misma intercederé por tus errores ante Dios, supremo Juez. Y ojalá entonces tus acciones no merezcan reproche; pero, si no es así, con gusto dejaría que por ti los gusanos me devorasen, que me cubriese una espesa tiniebla y que un fuego me consumiese desde fuera. En cambio tú, ¿no te compadeces de nuestra soledad? ¿Qué clase de alma tienes, que te alejas voluntariamente de Palacio, dejándome a mí en una soledad insufrible y a tu hija con la grave carga de su orfandad? Y no nos bastará siquiera esto, sino que aún seguirán desgracias mayores y manos tal vez no compasivas nos deportarán llevándonos a un lejano destierro o quizás tomen decisiones más graves y un hombre incapaz de sentir piedad juzgue a tus seres más queridos. Mientras tú sobrevives a tu mudanza de hábito o quizás mueras en paz, nuestra vida continuará, pero será más amarga

que la muerte».

83. Esto es lo que dijo la emperatriz, pero no consiguió convencerlo. Cuando ella comprendió que su consejo era inútil, añadió: «Al menos danos como sucesor al trono a una persona cuya fidelidad y buena voluntad hacia ti estén fuera de duda, para que a ti te conserve el honor mientras vivas y a mí me sirva como un hijo». El emperador se reanimó ante estas palabras e hizo que compareciera inmediatamente ante él el Duque Constantino, un ilustre varón descendiente de una familia de nobles orígenes, pues su linaje se remontaba a aquellos famosos Ducas —me refiero a los Andrónicos y Constantinos de cuya determinación y bravura se habla tanto en los relatos históricos—, aunque también los sucesores de éstos contribuían en no menor medida al prestigio de aquél[254].

ACERCA DE DUCAS, SU COMPARECENCIA ANTE EL COMNENO Y SU DESIGNACIÓN COMO EMPERADOR

84. Esto basta simplemente para acreditar su prestigio. No obstante, el que se disponga a hablar sobre él, podría considerarlo, no sin razón, un Aquiles, pues del mismo modo que en el caso de este héroe, aunque fue ilustre el origen de su linaje —Éaco era en efecto su abuelo, al que los mitos hacen nacer de Zeus, y Peleo su padre, cuyas acciones ensalzan los relatos de los helenos que lo presentan como consorte de Tetis, la diosa marina—, sus propias acciones bastaron para superar la fama de sus padres, y del mismo modo que no es tanto Aquiles el que debe su fama a sus progenitores, cuanto éstos los que han obtenido de su hijo el renombre que tienen, así también, en el caso del Duque Constantino —al que parece que nuestro relato está deseando ya ver ascender al trono imperial—, aunque eran ilustres las acciones de sus ancestros, más ilustres aún fueron las que llevó a cabo gracias a sus propias cualidades y por su libre elección.

85. No obstante, el relato de su reinado debe esperar aún. Cuando éste todavía vivía como un simple ciudadano, rivalizaba con los mejores emperadores en cuanto a capacidad de mando y prestigio de su linaje, pero antes que de cualquier cosa se preocupaba por vivir prudentemente, por no resultar nunca incómodo a sus iguales y no tratar con arrogancia a nadie, por mostrarse obediente y servicial ante los emperadores. Así, para que nadie lo juzgase por la propia aureola que lo envolvía, hizo como el sol y se ocultó tras una nube.

86. Afirmo esto, no porque se lo haya oído a otros, sino porque yo mismo lo verifiqué con mis propias observaciones y guiado por mi juicio en todas las circunstancias posibles. Pues aunque éste se haya ganado su prestigio gracias a muchas y nobles hazañas, para mí sólo cuenta una cosa entre todas: que un hombre como éste, que era tan admirable como parecía, si bien se preocupaba poco de los demás, conmigo en cambio, ya fuese porque observase en mis opiniones algo más de juicio que en las de los demás, ya fuese porque a él le agradase mi carácter, se mostraba tan próximo y tan afectuoso, sobre todo en

comparación con los demás, que dependía realmente de mis palabras y de mi persona y me confiaba aquello que más apreciaba.

87. Él no quería llamar la atención en su forma de vida y aborrecía hasta el extremo los cargos ostentosos, por lo que vestía descuidadamente y se comportaba de una manera algo rústica. Pero, del mismo modo que las mujeres verdaderamente hermosas, cuanto más descuidadas se muestran en su indumentaria, tanto más intenso es el fulgor que irradian desde detrás de la nube que las cubre, de forma que este negligente abandono se convierte en ellas en el más preciado ornato, así estos discretos hábitos no sólo no ocultaban su personalidad, sino que la revelaban más vívidamente aún. Todos se hacían lenguas de él y lo destinaban ya al trono, unos como si sus pronósticos fueran oráculos, otros ateniéndose a la probabilidad en lo que decían de él. Por ello él temía no tanto a sus enemigos cuanto a sus partidarios, y les cerró todas las vías de acceso a él. Éstos eran sin embargo personas muy aguerridas y audaces, dispuestas a vencer cualquier obstáculo.

88. Destacaba tanto por su prudencia y buen juicio que, una vez que se produjo entre las filas de los militares la elección en la que se nombró al Comneno por delante de los otros candidatos, y el mismo Comneno, designado ya para ocupar el poder, quiso ceder a Constantino el mando supremo después de su elección, éste rechazó de palabra y de obra una elección que recaía sobre él en tales condiciones. Ciertamente, los que se habían reunido allí entonces nunca se habrían podido poner de acuerdo para llevar a cabo su acción, si Constantino no hubiera mediado entre ellos y mantenido unida la asamblea con su propio prestigio. De forma que todo el ejército estaba amarrado como a dos anclas, una grande y otra pequeña, o por mejor decir, una pequeña y otra grande, pues si Isaac había sido elegido como emperador, a éste le había sido prometida la dignidad menor de César, pese a que la superioridad de su linaje y la particular fascinación que ejercía su personalidad le atraían el favor de la mayoría. Y para que se admire más aún a esta persona, diré que cuando finalmente la usurpación concluyó y comenzó el imperio, estando ya Isaac sentado en el trono, Constantino renunció también al segundo título cuando habría sido preciso que le disputara el primero. Tan generoso era pues el carácter de este hombre incomparable. Añadiré sólo esto a lo ya contado: que debía ser voluntad de Dios que no ocurriese entonces lo que ahora ocurría, para que así Constantino fuese aupado a la atalaya del imperio, no desde el vestíbulo de la usurpación, sino desde lo más profundo del santuario de las leyes.

89. Cuando fue convocado entonces por el Comneno que, según parecía, estaba a punto de exhalar su último suspiro, Constantino permaneció de pie, ocultando, como era habitual en él, las manos en el vestido. Su rostro estaba enrojecido, sus ojos bajados púdicamente. El emperador, intentando expresar de forma concisa sus ideas, dijo entonces: «Más que a estos que me rodean», y señaló con la mano a su familia, «mi hermano y mi sobrino, y más que a estas queridísimas mujeres, mi consorte y emperatriz y mi hija, que bien puedo decir es

mi única descendencia, más que a éstos mi temperamento se siente próximo a ti. Y puesto que la afinidad de espíritu ha vencido los vínculos naturales, es a ti a quien confió el imperio y las cosas que más quiero y no con la oposición de éstos, sino incluso con su pleno consenso. Esta nueva decisión no fue tomada hoy y no han sido las circunstancias de mi enfermedad las que me empujaron a ella, sino que desde que fui elegido para el imperio consideré que tú eras mejor, que a ti te convenía más el hábito imperial. Además, fue después de comparar cada una de tus cualidades con las de los demás, cuando consideré que tenías más votos que nadie para merecer la dignidad imperial. Mi parte ha concluido ya y mi vida se limita a unos pocos soplos. A partir de este momento tú te apoderarás del poder y pondrás orden en los asuntos de gobierno. Ya fuiste designado por Dios para esta empresa, pero es ahora cuando empuñas el cetro de mando. En cuanto a mi mujer, hija, hermano y sobrino, a ellas te las confío en depósito inviolable, mientras que de éstos te encargo que cuides y te preocupes».

90. Ante estas palabras resonó un fuerte aplauso acompañado de lágrimas y los presentes que lo rodeaban prorrumpieron en aclamaciones. Mientras tanto, el escogido para el imperio, como si participara en ritos sagrados y fuera iniciado en actos mistéricos, permanecía de pie junto al emperador, manteniendo la deferencia y la compostura[255]. Esto fue el proemio del poder para este hombre, pero en cuanto a lo que siguió, no puede exponerse con la simple progresión de un discurso, pues si bien algunas de las cosas que le sucedieron marcharon derechas, otras en cambio se torcieron o dieron incluso un vuelco.

91. Si en algún suceso intervine por él, no podría yo decirlo, pues mi vanidad no tendría que llegar hasta ese punto, pero el emperador mismo sabe cómo equilibré fuerzas opuestas, cómo contribuí a que se enderezaran los acontecimientos que se habían desencadenado y cómo, cuando los acontecimientos se abatieron tempestuosos en tomo suyo, yo, debido al enorme celo y devoción que sentía hacia él, me hice cargo del timón y, tan pronto soltándolo como teniéndolo firme, conseguí llevar a éste diligentemente al puerto imperial.

92. Cómo fue su reinado y la índole de sus acciones, qué ideas introdujo en el gobierno, de qué bases partió y a qué resultados llegó, cuál era el objetivo de su principado, qué defectos corrigió plenamente y qué nuevas medidas adoptó por vez primera, las acciones suyas que son dignas de admiración y las que no lo son, cómo gestionó la administración civil y cómo actuó ante el ejército, así como otras cosas, es algo que pretendo narrar a partir de ahora.

LIBRO XI.

CONSTANTINO X DUCAS

[1059-1067]

[ACERCA DEL EMPERADOR, A MODO DE PROEMIO]

VIIa.1. Acerca de este emperador, primero, como es lógico, haré un bosquejo rápido de su reinado, manteniéndome dentro de las dimensiones habituales en una historia, y luego diré y explicaré más detalladamente cómo era su familia, el ambiente que había en su casa, cuál era su carácter, las cosas que apreciaba y las que rechazaba, tanto antes como después de acceder al poder. ¿De qué otro emperador podría hablar yo más ampliamente sino es de aquel al que dirigí mis alabanzas cuando él era un ciudadano privado y al que admiré cuando se convirtió en emperador? ¿De quién sino de aquel que no me abandonó un solo instante y junto al que yo permanecía siempre de pie, en una posición destacada por encima de los demás, cuando él se sentaba en el trono imperial? ¿De quién sino de aquel con el que me reunía para conversar, cuya mesa compartí y del que obtuve privilegios indescriptibles?

2. Este divino emperador, nada más subir al poder, se propuso como primer objetivo restablecer la equidad y el imperio de la ley en la administración, acabando con la rapacidad de los funcionarios e imponiendo mesura y justicia. Y como estaba dotado de una naturaleza capaz de resolver cualquier asunto, se entregó a todas las tareas de gobierno del imperio. Así, si presidía un proceso judicial, no ignoraba los presupuestos del derecho civil, sino que emitía juicios extraordinariamente certeros. Y aunque no tenía demasiada formación filosófica ni retórica, no se quedaba a la zaga de ningún filósofo y orador cuando promulgaba un decreto, declamaba un discurso o pergeñaba un escrito. Y si se ocupaba de la intendencia militar, destacaba en este aspecto por encima de todos.

3. Al ver que el imperio se encontraba en un callejón sin salida, pues todas sus finanzas estaban exhaustas, se convirtió en un administrador equilibrado que ni llevaba a cabo gastos absurdos, ni recolectaba, por decirlo así, lo que no había sembrado o recogía lo que no había distribuido, sino que, sólo después de poner él mismo las bases con su esfuerzo, aprovechaba sus frutos. Con ello consiguió que el tesoro imperial, aunque no repleto o rebosante, sí estuviera al menos medio lleno. Y convertido en el más piadoso de cuantos emperadores han sido, aunque superaba a todos en este aspecto, resolvió en numerosas ocasiones conflictos

militares que parecían fuera de control y ciñó su cabeza con las coronas de la victoria.

4. Después de hacerse cargo del poder por poco más de siete años, murió consumido por una enfermedad, dejando así enfrentados a un enorme reto a aquellos que pretendían escribir su encomio. En efecto, siempre dominaba su cólera y no actuaba nunca según sus impulsos, sino de acuerdo con la razón. Jamás quitó la vida a nadie, aunque hubiera cometido los peores crímenes, o mutiló a ninguna persona; antes bien, empleaba sólo amenazas, aunque por poco tiempo, para renunciar a ellas no mucho después: más que aplicar crueles castigos, vertía lágrimas por todos.

[ACERCA DE LOS ORÍGENES DEL EMPERADOR Y DE SU ACCESO AL PODER]

5. Una vez que he esbozado su figura, pasaré acto seguido a describirla de forma más extensa y articulada, tal como anuncié que haría con este hombre admirable y emperador sobresaliente[256].

6. Su linaje, al menos a partir de sus bisabuelos, era ilustre y próspero, tal como lo celebran las historias. En boca de todos están incluso hasta el día de hoy las figuras de aquellos Andrónico y Constantino, y la de Panterio, que eran parientes suyos, los unos por parte de padre y el otro por parte de madre. No menos destacaban sus ascendientes inmediatos. Pero del mismo modo que Aquiles, a pesar de ser descendiente de los famosos Éaco y Peleo, resplandeció más que aquéllos, así este emperador, a pesar de contar con tales modelos dentro de su propio linaje, no sólo los imitó fielmente, sino que incluso rivalizó con sus ascendientes y consiguió ser muy superior a ellos al sobresalir en toda clase de virtudes. Desde los primeros años de su vida se lo consideró enseguida un candidato probable para el trono imperial, pero él supo gestionar tan bien este capital, que esquivó las críticas de todos. En efecto, se mantenía lejos de la prominencia y los enredos sutiles de la plaza pública y permanecía la mayor parte del tiempo en el campo, ocupándose del predio paterno. Tras casarse con una mujer que era insigne por su linaje —pues era la hija de aquel Constantino al que trajo al mundo la villa de Dalasa[257] y cuya fama proclamó Roma por todo el mundo — y sobresaliente por su belleza, la prudencia se convirtió en el emblema de su vida. Y cuando luego la muerte le arrebató a su mujer, para no ser objeto de maledicencias y no dar pie a las calumnias de las personas malintencionadas, se unió enseguida a otra mujer[258] —también ésta de buena familia, noble de espíritu y extraordinariamente hermosa por su constitución—, con la que tuvo varios hijos, varones y mujeres, tanto antes como después de subir al poder. El primero en nacer de entre ellos, Miguel, que heredó de su padre el imperio y asoció a sus hermanos al poder, sobresalió por encima de todos los demás emperadores. Después de escribir sobre su padre, el relato narrará enseguida la historia de éste[259].

7. No obstante, al llegar a este punto de mi relato, quisiera introducir también a mi propia persona en la historia y así participar de las bondades de aquél. Entonces mi elocuencia estaba en plena floración y no tanto mi linaje cuanto mi lengua difundía mi fama. Y como no había nadie que sintiera por la elocuencia una pasión más viva que el emperador, esta circunstancia se convirtió en el punto de partida de mi íntima amistad con él. Después de que en una ocasión entablásemos una conversación y hubiésemos así adquirido conocimiento el uno del otro, surgió entre nosotros un sentimiento de recíproca admiración y nos llegamos a identificar hasta tal punto, que empezamos a frecuentarnos a menudo para disfrutar de los placeres de nuestra mutua amistad. Otro hecho contribuyó también a nuestra amistad. La elocuencia me había conducido a Palacio, haciéndome servir al emperador como secretario. Era entonces emperador Constantino, sin lugar a dudas el miembro principal de la familia de los Monómacos, y yo contaba con veinticinco años de edad. Puesto que yo necesitaba ahora disfrutar de una posición más ilustre y residir en una mansión más suntuosa, el emperador no dejó que quedara desatendida esta particular necesidad mía, sino que me trasladó a la casa de este hombre pagando mucho dinero, una circunstancia que desde entonces nos unió en una estrecha amistad. En todo momento mi convivencia con él estuvo basada en la plena confianza y yo describía favorablemente su persona al emperador, dejando que mi lengua realizase su alabanza, de forma que favorecí en alguna medida su posición. ¿Qué ocurrió luego? Muere este emperador y —para no volver a recordar de nuevo los muchos acontecimientos que ocurrieron entre tanto— Miguel el Viejo se sienta en el trono. Entonces estalla la crisis del Estado, cuando muchos generales consideran que actuarían mal si no asumen la lucha por el poder y arriesgan sus vidas para hacerse con el gobierno del imperio. Desencadena en gran medida este conflicto la política de nombramiento de cargos en la administración que sigue el senado, que no intuye el peligro latente. Y al mismo tiempo el emperador inflama la cólera de los militares proporcionándoles el pretexto para su insensata intentona. Ellos, después de ponerse de acuerdo entre sí dentro de la Ciudad respecto a sus planes de rebelión, parten hacia sus casas, tal como expuso detalladamente mi relato en la sección consagrada al Comneno.

8. Toda la población apoyaba y favorecía a Constantino como emperador y le empujaba a que asumiera el trono, pero él en cambio lo rechazaba enérgicamente y mostraba en público su renuncia, al tiempo que cedía a Isaac Comneno su posición, como si Dios hubiera querido regular su destino a distancia para que asumiera el poder de forma más legítima. A continuación —y para no desgranar por dos veces los mismos detalles en mi relato— el Comneno se hizo con el poder del imperio faltando a la mayoría de las promesas dadas a Constantino Ducas. Pero éste, una vez más asumió filosóficamente su posición de segundón y no se enfrentó para nada con el emperador. No obstante, cuando éste, enfermando, marchaba ya hacia la muerte, se acordó de los pactos que lo ligaban a Constantino. Entonces pidió que yo le aconsejara en este asunto —pues de entre todos los emperadores de mi tiempo no hubo ninguno que me alabase o admirase más— y decidió entonces ignorar los derechos de su familia y dirigirse con las velas desplegadas hacia Constantino.

9. Sobre el cómo y el porqué de estos sucesos quiero que mi relato se demore ahora un poco. Era entonces mediodía. La acometida de la enfermedad ahogaba al emperador y la crisis del mal era más aguda que las anteriores. Como si fuera a morir enseguida, convoca a Ducas y lo nombra emperador con unas palabras, poniendo en sus manos de forma solemne aquello que le era más querido, es decir, la mujer, la hija, el hermano y el resto de la familia. Todavía no le habla cedido las insignias imperiales, pero ya era expreso el enunciado de la cuestión.

10. ¿Qué ocurre acto seguido? El emperador se restablece un poco y cuando cree que su estado se estabiliza empieza a tener dudas sobre las decisiones que tomó. Por su parte aquel que había sido promovido al trono se encuentra entonces en una situación difícil y presa de la confusión, pues temía no sólo ver frustradas sus expectativas, sino además las calamidades y sospechas que caerían sobre él tras esto. ¿Qué hace pues entonces? Prescindiendo de cualquier otro consejero, se confía a mi parecer evocando nuestra antigua amistad y se declara dispuesto a cumplir lo que yo quisiera o le indujese a hacer. Yo no traicioné entonces tu amistad, alma divina y pura —me comporto ahora como si tú pudieras escuchar mis palabras—, pues deberías saber cómo desde el principio me vinculé a ti, cómo te infundí valor, cómo te di fuerzas, cómo te consolé cuando estabas abatido, cómo te prometí compartir contigo los peligros si fuese preciso y luego, entre otras cosas, cómo puse al arzobispo de tu lado y cómo hice todo lo que exigían las circunstancias y la razón de nuestra amistad.

11. Pero, y por proseguir con el resto de mi relato, un acceso más violento de la enfermedad asaltó entonces al emperador. Aunque todos coincidían ya en considerar su estado desesperado, ninguno de entre ellos se atrevía aún a imponer a Constantino las insignias imperiales. Sólo yo hablé abiertamente y con el asentimiento de todos los miembros del senado le hice sentar sobre el trono imperial y le calcé los pies con los zapatos de púrpura. A ésta siguieron las demás solemnidades: la reunión de los dignatarios, las presentaciones ante el emperador, el homenaje debido al nuevo soberano, la prosternación ritual y todos los actos que suelen producirse en las proclamaciones de los emperadores.

12. Tan pronto como el emperador me vio encabezando los actos de homenaje, se levantó del trono y me abrazó efusivamente. Tenía los ojos bañados en lágrimas y no sabía qué hacer salvo expresarme su más profundo agradecimiento y prometerme favores tan excesivos que no habría sido capaz de cumplir —aunque llevó a cabo la mayoría de ellos—.

13. Era por la tarde cuando ocurría todo esto. Apenas había transcurrido algo de tiempo, cuando Isaac, renunciando por completo al imperio y desesperando de su vida, se hizo cortar el pelo y asumió el hábito monástico. Cuando alrededor de la media noche remitió el acceso, él se recuperó un poco, pero al darse entonces cuenta de en qué estado se hallaba, perdió ya toda esperanza, de forma que, al ver que Constantino era ya emperador, confirmó que

esto había sucedido conforme a su voluntad, abandonó enseguida el Palacio y, embarcando en una nave, se retiró al monasterio de Estudio.

14. Allí se retiró Isaac a luchar contra la muerte[260], tal como mostró el relato previo. Mientras tanto, Constantino asumía plenamente el poder imperial. Lo primero que hizo, apenas sentado en el trono imperial, y cuando todavía permanecía corrido el velo delante de él —yo era el único que estaba de pie a su lado, por la derecha—, fue tender las manos por encima de la cabeza y, con los ojos llenos de lágrimas, reconocer a Dios los favores recibidos y consagrarle estos primeros instantes de su reinado. Luego se descorrieron las cortinas que lo ocultaban y convocó al senado y a todos los miembros del ejército que pudiesen hallarse allí en aquel momento. Junto a éstos reunió a los funcionarios responsables de los ministerios y los tribunales e improvisó un discurso sobre la justicia, la clemencia y el recto gobierno, que se adecuaba a la condición de los allí convocados, pues consagró una parte de sus palabras a la conducta justa y otra parte al carácter clemente propio del emperador. Luego me instó también a mí a que dijera algo adecuado a las circunstancias y disolvió la asamblea.

[ACERCA DEL GOBIERNO DEL EMPERADOR]

15. Luego comenzó a poner en práctica lo que había dicho con palabras y se dispuso a realizar por el momento estos dos objetivos: prodigar favores e impartir justicia. No dejó en efecto a nadie sin su recompensa, ni entre los altos dignatarios, ni entre sus inmediatos subordinados, ni entre los de las escalas aún más inferiores, ni siquiera aún entre los miembros de los gremios, pues incluso a estos últimos les concedió dignidades de un grado superior al que tenían, de forma que si hasta entonces los funcionarios civiles y el senado habían permanecido separados, él suprimió el muro que los dividía, salvó la distancia que los separaba y convirtió la cesura en continuidad.

16. Cuando comprobó que la mayoría de las gentes no pensaban sino en contravenir la ley y que mientras unos tenían casi toda la justicia de su parte, otros en cambio estaban completamente sojuzgados por éstos, él se entregó a la causa de la justicia y así, viendo las cosas, tal como dice nuestro rey y profeta Salomón, “con mirada ecuánime”[261], fue severo con los que cometían injusticias y complaciente y predispuesto hacia los quedas padecían. Cuando ambas partes lo flanqueaban, tanto la demandante como la demandada, ninguna de las dos pesaba más o menos en su juicio, sino que consideraba que el fiel de la balanza debía estar equilibrado para las dos. A partir de ese momento salían a la luz las cosas que hasta entonces habían permanecido ocultas y el comportamiento de todos los implicados era investigado caso a caso y a menudo probada su culpabilidad. Por primera vez las leyes hicieron entonces su ingreso en Palacio y fueron solemnemente proclamadas. Las normas injustas fueron anuladas y todo lo que él proclamase o consignase por escrito adquiría en el acto rango de ley o incluso resultaba más justo que la propia ley. Y en cuanto a las personas del campo, que antes no sabían siquiera quién era el emperador, fijaron todas sus

miradas en él y obtuvieron de él no sólo palabras generosas, sino obras más generosas aún.

17. Al tiempo que hacía esto, se preocupaba también de los impuestos públicos. Puesto que lo que escribo no es un encomio, sino una historia fidedigna, diré que puesto que el único consejero al que recurría para determinar lo que debía hacerse era él mismo, en ocasiones no conseguía exactamente lo que se proponía. Lo que quería era, al menos, no solucionar con guerras los conflictos con las naciones extranjeras, sino mediante el envío de presentes y con otros gestos conciliadores. Y ello por dos motivos: para no gastar con los militares la mayoría de los recursos y para poder llevar él mismo una existencia exenta de problemas.

18. Su gran error fue que le pasó inadvertido un hecho: que mientras nuestro sector militar estaba descomponiéndose, las fuerzas de los enemigos crecían y sus ataques eran cada vez más graves. Sería en efecto preciso que todos los emperadores se abstuviesen de actuar de una manera tan absurda como aquélla, me refiero al proceder de forma irreflexiva y sin aceptar consejos. No obstante, la propia vanidad y el hecho de que algunos emperadores hayan sido convencidos por los aduladores que los frecuentan de que ellos solos se bastan para cualquier contingencia, son hechos que con frecuencia seducen a los gobernantes y les hacen dar de bruces en el suelo, alejándolos del camino debido. Así conciben sospechas del que les habla con franqueza sobre lo que es bueno, mientras acogen amablemente entre sus brazos al adulador y lo consideran digno de compartir sus secretos. Esta actitud causó la ruina al imperio romano y empeoró su situación, a pesar de que yo en muchas ocasiones intenté extirpar el mal del emperador. Él sin embargo era inflexible e irreductible en lo tocante a este punto. Con respecto a esto, dejemos aquí nuestro relato y examinemos ahora el capítulo relativo a su clemencia, así como el de su prudencia, pues el de su justicia ya lo consigné antes. Recuerdo ahora esto que antes se me pasó por alto y procedo pues a narrarlo.

19. Desde el momento en que la corona ciñó su cabeza, se comprometió con Dios a no aplicar a nadie ningún castigo corporal y cumplió su promesa con intereses, pues rehuía la violencia física y casi incluso la verbal, a no ser que cambiase de aspecto para parecer más temible y amenazase con castigos que no llegaban nunca a aplicarse. Adecuaba certeramente sus actuaciones a las circunstancias, preservando en cada una de ellas el equilibrio debido y preocupándose de mantener la igualdad en medio de la desigualdad.

20. El ambiente de su casa encajaba con su forma de ser. Trataba a sus hijos con dulzura, jugaba a gusto con ellos, sonreía ante sus primeros balbuceos y muchas veces incluso intercambiaba con ellos golpes cuando luchaban, procurándoles así una buena educación y un sano entrenamiento físico. Le habían nacido tres varones y dos mujeres antes de acceder al poder. De entre los varones, el del medio, de una belleza inigualable, sobrevivió poco al ascenso al

poder de su padre y murió enseguida. De entre las hijas, la menor, que ya había sido prometida a su marido, era muy hermosa de apariencia y pura de corazón, mientras que la otra, que llevaba el significativo nombre de Areté, fue consagrada a Dios y vive todavía, ojalá que por muchos años[262].

21. Después de su ascenso al trono, cuando el sol todavía no había completado el ciclo de un año, le nació otro niño al emperador, que enseguida fue considerado digno del título imperial[263], mientras que los otros dos, el admirable Miguel y Andrónico, que era menor que él, por haberle nacido antes de ser emperador, continuaron siendo ciudadanos particulares[264]. Sin embargo, no mucho tiempo después ciñó con la diadema imperial al primero y más hermoso de sus hijos varones, me refiero al divino Miguel. El emperador quiso someter a una noble prueba, para ver si estaba a la altura del imperio, al príncipe que iba ya a sentarse sobre el trono y por ello le hizo una pregunta sobre una decisión relativa a un asunto de derecho civil. El príncipe analizó la cuestión y la resolvió conforme a derecho, lo que el emperador tomó como un presagio de que su espíritu estaba destinado a sobresalir en el imperio, y llevó a cabo enseguida la ceremonia de su investidura imperial.

[ACERCA DE LA CONJURA CONTRA EL EMPERADOR]

22. ¿Qué sucedió luego? Un puñado de personas organizó una conjura contra el emperador con el propósito de echar a éste del poder y poner a otra persona al frente del Estado. Cómplices de esta maquinación eran no sólo personas de origen humilde y sin ningún renombre, sino también ilustres y de noble linaje. A una señal, algunos de los conjurados dieron inicio a su rebelión desde el mar, mientras otros estaban dispuestos a intervenir desde tierra. Pero cuando aquella siniestra intriga estaba en su punto culminante, Dios reveló la trama e hizo manifiesta la maldad de los conjurados[265]. ¿Acaso los decapitó el emperador? ¿O les amputó las manos? ¿O les mutiló alguna otra parte del cuerpo? Muy lejos de todo esto, se limitó a tonsurar a algunos y a condenar al resto al destierro. Y como si recuperara el aliento por haber escapado de un peligro tan próximo, me convoca a su casa y me invita a compartir con él la comida. No tarda en dejar de comer y poniéndose a llorar me dice: «¿Acaso, amigo filósofo, tendrán estos lujos los que han sido enviados al destierro? Yo no podría disfrutar de tales delicias mientras otros padecen desgracias».

[ACERCA DE LA EXPEDICIÓN CONTRA MISIOS Y TRIBALOS]

23. Cuando los misios de Occidente y los tribalos se pusieron de acuerdo entre ellos y cerraron una alianza, y se abatía ya una violenta tempestad sobre los romanos[266], él decidió al principio salir en campaña contra ellos, pero luego, después de que yo le hubiese prácticamente agarrado de las manos para retenerle, regresó a Palacio. Concentró entonces un pequeño contingente de tropas que dejó partir contra los bárbaros y Dios operó entonces un milagro no inferior a los prodigios de Moisés. En efecto, los bárbaros, como si estuvieran

contemplando una poderosa falange, se atemorizaron, se dieron enseguida la vuelta y se dispersaron cada uno por su lado. La mayoría sólo dio trabajo a la espada de los que se lanzaron tras ellos y, una vez muertos, quedaron tendidos como pasto de las aves, mientras que los restantes huyeron dispersándose por todo el territorio. Si hubiera escogido el encomio como género y no el escribir una panorámica histórica, el relato de este suceso me habría bastado para componer un elogio absolutamente hiperbólico del emperador. Ahora, en cambio, debo dirigir a otra parte el rumbo de mi relato.

[ACERCA DEL CARÁCTER DEL EMPERADOR Y DE SU MUERTE]

24. En todos los demás aspectos el emperador admitiría que se le comparase con otros como si fuera en un certamen, pero en cuanto a sus creencias en la divinidad, especialmente en lo que atañe al misterio de la inefable dispensación del Verbo de Dios[267], éstas son demasiado elevadas como para reflejarlas en un discurso, sea interior o hablado, sencillo o retórico. Así, cada vez que yo le hacía una demostración del misterio que Cristo había operado por nosotros, su alma se regocijaba de alegría, todo su cuerpo se veía agitado por el gozo y derramaba fuentes de lágrimas. Este hombre, que había almacenado en su interior todo el sentido profundo de la Sagrada Escritura y se sabía no sólo su interpretación literal, sino la profunda y espiritual, cada vez que tenía ocasión de descansar de las preocupaciones públicas, se entregaba a sus libros.

25. No encontraba reposo en ninguna otra persona salvo en mí, de forma que si no me veía varias veces al día, se lamentaba y afligía. La devoción que sentía hacia mí era superior a la que sentía hacia los demás, y se nutría de mí como si fuera de néctar. Cuando un día le anuncié la muerte de un ciudadano, se le vio desbordante de alegría y puesto que yo, atónito, le pregunté por la causa de esto, me dijo: «Porque muchas personas habían acusado ya a esta persona ante mí». Yo le repliqué, pues temía que, si se me obligaba a callar, él se dejara llevar por la cólera: «Puesto que murió, para los que le acusan debería morir también la acusación que promovieron contra él, puesto que al extinguirse la vida desaparecen con ella todos los rencores».

26. En cuanto a su hermano Juan, al que ascendió hasta la dignidad de César, sentía por él un gran amor, especialmente después de ese nombramiento, y por ello lo hacía partícipe de sus decisiones de gobierno. Este hombre sobresalía por su inteligencia, su grandeza de ánimo y sus dotes de mando. Por esta razón, cuando el emperador fue presa de una grave enfermedad mucho antes de su muerte, le confió a sus propios hijos como si Juan fuera su padre, dándole además como apoyo a la persona que él había juzgado digna del trono patriarcal, un varón de cumplida virtud y especialmente educado para este cargo sacerdotal[268].

27. Sin embargo, el emperador se recuperó de su enfermedad, aunque no mucho después empezó a consumirse su cuerpo y poco a poco lo puso al borde

de la muerte. Entonces confió todo a su mujer Eudocia, a la que como marido consideraba la más prudente de las mujeres de su tiempo y capaz de dar a sus hijos una estricta educación —pero sobre ella hablaré luego con más detalle—. Así pues, le entregó a ella sus hijos y después de hacer las disposiciones de gobierno que se han mencionado antes, vivió aún un poco de tiempo más y murió con algo más de sesenta años, al cumplir todo el tiempo asignado a su vida[269].

28. Ignoro si alguna persona llevó alguna vez una vida más admirada que este emperador o asumió la muerte con más alegría. Fue una sola vez objeto de una conjura y sacudido por la tempestad, pero pasó tranquilo y feliz el resto de sus años de gobierno, dejando en el mundo como emperadores a sus propios hijos que, como fieles émulos de su padre, llevaron en sus almas y cuerpos la impronta de su carácter.

29. Puesto que ya hemos dicho bastante sobre las acciones que llevó a cabo, mencionaremos ahora algunos de sus dichos cuando estaba en el poder. Acerca de los que se habían conjurado contra él acostumbraba a decir que no les había privado de sus títulos y riquezas, sino que simplemente, en vez de tratarlos como a hombres libres, los consideraba esclavos: «Y no fui yo quien les quitó la libertad, sino que fueron las leyes las que los expulsaron del seno de la sociedad». Como destacado estudioso de nuestras letras solía decir: «Ojalá se me reconociese por esto y no por mi condición de emperador». Era una persona de ánimo valiente y a uno que le dijo una vez que con gusto lucharía con él y le protegería con su propio cuerpo, le replicó: «Ahora di palabras de buen augurio, que luego, cuando yo haya caído, si quieres puedes darme un golpe tú también». A los que estudiaban atentamente las leyes para cometer injusticias, les decía: «Estas leyes son las que nos han destruido». Basta pues esto para este emperador[270].

LIBRO XII.

EUDOCIA

[1067]

VIIb.1. La emperatriz Eudocia, de acuerdo con las disposiciones tomadas por su marido y emperador, se hizo con el control absoluto del Estado y no confió el imperio a otras personas. Ella no consideró que debía permanecer recluida en sus aposentos la mayor parte del tiempo y delegar la gestión de gobierno a algunos dignatarios, sino que después de asumir en persona el poder supremo, impuso su autoridad absoluta. Al principio se comportó de manera sencilla y no mostraba excesiva ostentación en sus afeites y salidas públicas. Intervenía en todos los asuntos y actuaba en todos ellos como correspondía, fuesen éstos nombramientos de funcionarios, problemas jurídicos o recaudaciones de impuestos, e incluso, cuando era posible, proclamaba los decretos imperiales —pues aquella mujer tenía más arrestos que nadie—. Ella se sentaba entre sus dos hijos, que permanecían casi como paralizados por el auténtico temor reverencial que ella les inspiraba.

2. Que Constantino se sintiese cohibido ante ella, siendo como era un niño y todavía incapaz de comprender las cosas[271], es algo que no suscita mi asombro y que tampoco me induce a alabarlo. Que en cambio Miguel la obedeciera y le cediera la responsabilidad de los asuntos de gobierno, cuando ya hacía mucho había pasado la adolescencia y alcanzado la edad racional, y cuando tenía una inteligencia desarrollada, de la que había dado prueba en muchas situaciones, esto es algo que nunca nadie podría alabar suficientemente, pues no resulta fácil buscar a otro príncipe similar con quien compararlo. En efecto, yo mismo vi en numerosas ocasiones cómo éste, cuando habría podido hablar, callaba en presencia de la madre como si no pudiera articular una palabra, y cómo a pesar de que habría podido hacer cualquier cosa que se propusiese, se abstenía de participar en las acciones de gobierno.

3. Ciertamente, la madre no se desentendió de él al principio, sino que ella misma se ocupaba de su preparación, e incluso más adelante le permitió nombrar los funcionarios y le encargó la administración de justicia. A menudo, cuando se presentaba ante él, lo besaba, lo cubría de elogios y deseaba poder servirse de su ayuda. Ella templaba su carácter y encaminaba delicadamente sus pasos para que pudiera cumplir con todas las obligaciones propias de un emperador. Muchas veces me confió su tutela y me encargaba que le diese los avisos y consejos que

fuesen precisos. Él se sentaba en el trono imperial junto a su hermano Constantino y entonces, movido por una generosidad superior a la de cualquiera, no decidía todo por sí mismo, sino que con frecuencia hacía a su hermano partícipe de las decisiones imperiales. La administración habría continuado así en manos de éstos y el orden existente se habría mantenido sin cambios para siempre, si un demonio no hubiese interferido un día en el curso de los acontecimientos.

4. Llegado a este punto de mi narración, me gustaría decir sólo esto de la emperatriz Eudocia: que no conozco a otra mujer que pudiera convertirse en modelo de prudencia y comportarse tal como ella hizo hasta llegar a este punto de su vida. No estoy diciendo que después de este momento abandonase su natural prudencia, sino que bajó su estricta guardia y no mantuvo hasta el final el mismo modo de pensar. Pero debería aducir en su disculpa que, aun cuando se produjera cierto cambio en ella, no actuó vencida por el placer ni entregada al deseo carnal, sino agitada por numerosos temores acerca de la suerte de sus hijos, para evitar que se les desposeyera del poder al no haber nadie que los protegiese y velase por ellos. A ella, en efecto, la vida como emperatriz no le satisfacía y la prueba más evidente de que esto era así es la que ahora diré. Yo, el que escribo estas líneas, era hermano espiritual de su padre, de forma que ella me idolatraba por encima de todos y me veneraba como a un dios. Cuando en una ocasión me encontré con ella en un templo divino, al verla con la mirada fija en Dios y como aferrada a la voluntad del Poderoso, supliqué entonces, movido de un sincero fervor, que ella pudiera disfrutar siempre del poder. Pero ella, volviéndose hacia mí, me censuró mis palabras y consideró mi súplica como una maldición. Me dijo: «Ojalá no disfrute yo del poder tantos años, pues no quiero morir siendo todavía emperatriz». Estas palabras me impresionaron tanto que desde entonces pensaba en ella como en una criatura superior.

5. Pero el hombre es un animal inconstante, sobre todo si hay poderosos motivos que desde fuera le impulsan al cambio. Pues aun cuando la emperatriz tuviera un carácter muy sólido y fuera de espíritu noble, impetuosas corrientes sacudieron la torre de sus prudentes razonamientos y la dejaron caer en el lecho de un segundo marido. El suceso se divulgó entre todos y las lenguas tejían su trama, pero a mí la emperatriz no me había comunicado ni el más mínimo detalle de sus intenciones, pues el temor a alentar discursos hostiles hacia su marido mantuvo sus labios completamente sellados. No obstante, quería en el fondo que yo también tuviera alguna parte en sus planes. Por ello se me acercó uno de los que la iniciaban en los caminos del mal y me instó a que le dijera francamente a ella que nombrase a un hombre valeroso como emperador para gobernar el Estado. Yo en cambio me limité a responderle que ni yo le diría esto, ni aún diciéndolo, la convencería, ni en ese caso habría utilizado mi lengua con un buen fin.

6. Por el momento aquel asunto fue objeto de innumerables murmuraciones. Se había designado ya a quien sería el futuro emperador y

marido de la emperatriz y se suponía que el candidato esperado, conforme a los acuerdos que se habían tomado, entraría en la ciudad ese mismo día y que al siguiente se procedería a su entronización imperial. Por la tarde me convocó la emperatriz y llevándome aparte me dijo cubierta de lágrimas: «¿No te das cuenta de cómo se está ajando el imperio, de cómo retrocedemos en todo? Constantemente estallan nuevas guerras y grandes contingentes bárbaros saquean todo el Oriente. ¿Cómo podrían detenerse los males que se abaten sobre el Estado?». Yo, que nada sabía de lo sucedido, que ignoraba que el futuro emperador estaba en ese momento a las puertas de Palacio, dije: «No es una cuestión sencilla, sino de las que requieren deliberación y reflexión. Hoy pregunta y mañana escucha la respuesta, tal es el dicho». Ella se rió un poco ante mis palabras y dijo: «Piensa en otra cosa, porque sobre esto ya se ha meditado y se ha tomado una decisión: el hijo de Diógenes, Romano, ha sido juzgado digno del trono y elegido por delante de otros candidatos».

7. Al oír aquello me quedé paralizado de repente, sin saber qué tenía que hacer. Dije: «Pero mañana ¿tomaré yo también parte en esta ceremonia?». «No es mañana», replicó ella, «sino ahora mismo cuando deberás participar conmigo en este acto». Me limité entonces a preguntarle a mi vez: «Tu hijo y emperador, que se esperaba que gobernase, ¿está enterado de lo que ocurre?». Ella dijo: «No ignora del todo lo que se ha hecho, aunque no conoce los detalles. Pero me recuerdas a mi hijo muy oportunamente. Subamos ahora juntos a donde está y expongámosle el asunto. Duerme arriba en alguna de las alcobas imperiales».

8. Ascendimos pues. Ignoro en qué estado de ánimo se encontraba la emperatriz, pero yo estaba totalmente confuso y un estremecimiento repentino me sacudió los miembros. Cuando la madre se sentó al borde del lecho de su hijo, dijo: «Incorpórate, queridísimo hijo, mi emperador, y acepta que tu nuevo padre adoptivo ocupe el lugar de tu padre. Él no te gobernará, sino que te obedecerá, pues tu madre le obligó por escrito a que se comprometiera a esto contigo». El príncipe se levantó de inmediato y me echó una mirada de reojo, sin que yo pueda decir en qué estaba pensando. Descendió entonces con su madre, dejando la estancia en la que descansaba, y enseguida vio al emperador. Sin cambiar ni de actitud ni de semblante, lo abrazó y compartió así con él el trono imperial y la alegría general.

9. El César Juan[272] fue convocado para la ocasión y dio entonces prueba evidente de su sagacidad. Después de expresar, como era lógico, su natural preocupación por la suerte de sobrino y emperador, y una vez dichas algunas palabras sobre él, se unió a la celebración de la pareja imperial y prácticamente entonó el himeneo y bebió de los cálices nupciales. De esta forma se produjo el ascenso al poder del emperador Romano[273].

LIBRO XIII.

ROMANO IV DIÓGENES

[1068-1071]

[ACERCA DEL ASCENSO DEL EMPERADOR AL PODER Y DE SU CARÁCTER]

VIIb.10. El linaje de este emperador, me refiero a Romano, hijo de Diógenes, era antiguo y, salvo por el padre, próspero —éste en efecto, acusado de conspiración contra el emperador Romano de la familia de los Arguiros, se mató arrojándose por un precipicio—[274]. Su forma de ser era en ocasiones directa y franca, pero por lo general insincera y soberbia y tampoco él pudo evitar ser sospechoso de conspiración. No obstante, la mayor parte del tiempo su comportamiento no llamó la atención y sólo durante el reinado de la emperatriz Eudocia, cuyo retrato acaba de trazar el relato precedente, desveló sus ocultos propósitos. Fue sin embargo detenido enseguida y habría pagado su audacia ante la justicia si no lo hubiera rescatado de la condena la clemencia de la emperatriz[275], que cometió con él un error de juicio. Creía en efecto que si nombraba emperador a aquel que había salvado cuando habría debido ejecutarlo, ella conseguiría asegurarse todo el poder, mientras que él no tendría nunca una opinión que fuera contraria a los deseos de ella. Sus razonamientos eran correctos, pero no logró su objetivo, pues después de que él fingiera obedecerla durante no muchos días, enseguida actuó como era propio de su carácter, y cuanto más quería ella dominarlo y como domesticar al que era el soberano, más se rebelaba él a las bridas y miraba aviesamente, con ferocidad, a la mujer que le tiraba de las riendas. Al principio mascullaba sólo entre dientes, pero después también hizo público su resentimiento.

11. Él se aproximaba a mí como si yo fuese un ser superior. Cuando su puesto estaba todavía entre los simples ciudadanos, me trataba en efecto con un extremo servilismo e incluso se aprovechó de algún apoyo que le di. No se olvidó de esto cuando se le escogió para el trono imperial, sino que, por el contrario, me daba tales muestras de su amor y respeto, que incluso se levantaba cuando yo me aproximaba y me concedió el privilegio de ser la persona que más disfrutaba de su confianza. Quede esto sin embargo como un inciso en el relato. Él pretendía ser soberano absoluto y disponer en exclusiva del poder del Estado, pero como todavía no había realizado ninguna noble empresa durante su reinado, estaba reservándose la oportunidad para actuar. Justamente con este propósito, además

de para salvar el Estado, declaró la guerra a los persas[276].

[ACERCA DE LAS CAMPAÑAS MILITARES DEL EMPERADOR EN ORIENTE]

12. Yo, que acostumbro a aconsejar a los emperadores que hagan lo que es más conveniente, intenté disuadir a este hombre. Le decía que en primer lugar debía considerar los efectivos militares disponibles, llevar un registro de las tropas y recurrir a los aliados extranjeros; y que luego, una vez dispuestas así las cosas, podría decidirse a ir a la guerra. Pero los que están acostumbrados a hablar sin considerar mis palabras, con unas pocas excepciones, echaron a perder la situación, y eso tanto entonces como ahora. Y así se impuso la peor decisión. El emperador vistió la armadura de guerra antes de salir de Palacio, asió el escudo con la izquierda y con la derecha "una lanza de veintidós codos ajustada con clavos"[277], pues creía que con el primero contendría el ataque de los enemigos y que la lanza les alcanzaría en los costados. Mientras en ese momento el resto de la tropa daba gritos de guerra y batía palmas, yo permanecía con el rostro sombrío, pues adivinaba, en la medida de mis capacidades, lo que iba a ocurrir.

13. Salió pues en campaña contra los bárbaros con todo el ejército, sin saber a dónde se dirigía ni qué iba a hacer. Anduvo así errante, decidiéndose a seguir un camino y tomando luego otro. Quizás le rondaba la idea de ir a Siria y Persia, pero lo único que consiguió fue llevar al ejército tierra adentro y hacerlo acampar en las cumbres de unas montañas, para luego volver a descender a la costa, dejarlo aislado en un paso estrecho y conseguir que murieran muchos soldados en esta maniobra. Al menos de momento regresó, a su parecer victorioso, pero sin aportar botín alguno de medos o persas, orgulloso únicamente por una cosa: porque había salido en campaña contra los enemigos[278].

14. Éste fue el primer pretexto que dio alas a su jactancia. A partir de ese momento se desentendió por completo de la emperatriz, despreció a los dignatarios, prescindió de consejeros —incurable enfermedad esta última que es recurrente entre los emperadores— y a la hora de abordar cualquier cuestión no acudió a los consejos y advertencias de nadie, sino sólo a los suyos propios. Yo entonces, lo juro por el Dios al que venera la Filosofía, al darme cuenta de que había tramas ocultas y temiendo por la emperatriz y por el Estado, no fuera que el imperio se viniese abajo y cayese en el caos, intentaba disuadir a este hombre de sus propósitos. Le recordaba los pactos contraídos y le infundía, cuando era posible, el temor de que al final sus proyectos resultasen al revés de lo que pensaba. Puesto que la emperatriz, después de encajar las constantes humillaciones con que éste la golpeaba, tenía el alma inflamada de dolor y albergaba en su interior pensamientos nocivos, yo medié entre los dos y con mis discursos intercedía en cada caso con uno a favor del otro.

15. No había transcurrido mucho tiempo cuando, nada más llegar la primavera, se agravó la situación frente a los enemigos, con lo que el precedente

triunfo del emperador quedó en evidencia. De nuevo pues se hicieron preparativos para una segunda campaña[279]. Para abreviar mi relato, diré que en esta ocasión también yo tomé parte, aunque incidental, en la expedición. El emperador me presionó de tal modo para llevarme con él que no me fue posible negarme. La causa por la que se empeñó tanto en tenerme con él, no debería decirla ahora, ya que en mi historia prescindo de la mayoría de estos detalles, sino que la revelaré cuando en alguna ocasión escriba al respecto. Evito así mencionarla ahora, para no dar pie a que se me acuse de hostilidad hacia su persona y de querer arruinar completamente su prestigio.

16. El emperador reconocía que en todas las disciplinas, me refiero a las científicas, mi discurso era superior al suyo, pero pretendía tener más conocimientos de estrategia que yo. Cuando vio sin embargo que yo dominaba a la perfección la ciencia táctica, tanto en lo relativo a los batallones y formaciones de combate, cuanto a la construcción de máquinas de asedio, toma de ciudades y todas las demás cosas relativas a las maniobras militares, es verdad que se quedó admirado, pero también que sintió envidia, que se me opuso y que me cerró el paso por todos los medios. Apelo aquí a las numerosas personas que entonces participaban conmigo en la expedición y que saben que no exagero en lo que respecta a la actitud del emperador.

17. Tuvo así lugar la segunda campaña, que no destacó en nada por encima de la primera, pues resultó en todo equiparable y equivalente. Aunque nosotros caímos por millares, apenas eran capturados dos o tres enemigos parecía que ya no estábamos vencidos y estallaba un gran aplauso por nuestra acción contra los bárbaros. De esta forma, su jactancia no hacía sino crecer y cada vez era mayor su arrogancia porque había conducido dos campañas. Perdió totalmente el sentido de la realidad y se apartó por completo del camino correcto cuando recurrió a malos consejeros.

18. A la emperatriz la tenía como secuestrada y no le habría costado nada expulsarla de Palacio si hubiera querido. En cuanto al César[280], lo miraba con recelo, y aunque muchas veces había tenido el impulso de detenerlo y ejecutarlo, luego le asaltaban dudas y no cumplía su propósito, de forma que, al menos por el momento, se limitaba a exigir mediante juramentos garantías de fidelidad de él y de sus hijos. Y puesto que no tenía una excusa válida para llevar a cabo los proyectos que concebía contra él, partió de nuevo en campaña por tercera y última vez contra los bárbaros que nos amenazaban, pues tan pronto como aparecía la primavera, éstos no dejaban de saquear el territorio de los romanos y de devastarlo con toda su población. Partió pues de nuevo y llevaba ahora un contingente de fuerzas nacionales y aliadas superior al de las veces anteriores[281].

19. Como acostumbraba a hacer en todos los asuntos, ya fuesen civiles o militares, no solicitó a nadie su opinión sobre cómo actuar, sino que poniéndose en marcha enseguida, se apresuró a llegar a Cesárea con el ejército[282]. Luego tuvo dudas acerca de si avanzar o no hacia delante y buscaba un pretexto que tanto a

él mismo como a los demás les permitiera justificar el regreso. Pero como no era capaz de soportar esta vergüenza, a pesar de que habría sido preciso firmar la paz con los enemigos y contener así sus ataques anuales, él, bien porque considerase la situación desesperada, bien porque confiase más de lo debido en su audacia, sin darse la vuelta marchó contra los enemigos. Cuando éstos se enteraron de su avance, quisieron atraerlo hacia ellos para hacerlo caer en sus redes, y así se ponían a correr hacia delante con sus caballos y luego se daban de nuevo la vuelta como si quisieran huir, de forma que, después de hacer esto muchas veces, capturaron a algunos de nuestros generales y los retuvieron como prisioneros.

20. Hubo un hecho que aunque a él le pasó inadvertido, yo sí advertí entonces: que el sultán en persona, el rey de los persas y los curdos[283], estaba allí con su ejército y era el responsable de la mayoría de sus éxitos. Pero si alguien le hubiese advertido de su presencia, el emperador no habría creído en sus palabras, pues no quería la paz, sino que creía que podría tomar al primer asalto el campamento enemigo. Su desconocimiento de la estrategia le llevó a dividir nuestras fuerzas y así mantuvo a una parte junto a él y envió al resto a otro lugar. Y cuando más bien habría sido preciso hacer frente a los enemigos con todo el grueso del ejército, él en cambio los afrontó con el contingente más pequeño [284].

21. Lo que ocurrió después es algo que no puedo alabar, pero que soy también incapaz de censurar. El emperador asumió en persona todo el peligro. En torno a este hecho se originó una controversia. En efecto, si alguien valorase al emperador por ser un guerrero intrépido y arrojado, tendría en ello material suficiente para un encomio. Pero si, por el contrario, considerase que él se expuso a los peligros de manera irreflexiva, a pesar de que habría sido preciso que se mantuviese apartado del frente de acuerdo con la estricta lógica militar por su condición de comandante en jefe del ejército, para dar las oportunas órdenes a sus tropas, encontraría entonces mucho que censurar en su comportamiento. Yo por mi parte estoy con los que lo alaban, no con los que lo censuran.

22. Así pues, se puso toda su armadura de guerrero y desenvainó su espada contra los enemigos. Diré, tal como se lo oí a muchos, que a muchos mató de nuestros enemigos y obligó a los otros a huir. Pero luego, cuando los que le hacían frente se dieron cuenta de quién era, se vio rodeado por un círculo de enemigos, cayó del caballo al ser herido y fue capturado. Entonces, mientras el emperador de los romanos es conducido hacia el campo enemigo como un prisionero de guerra, nuestro ejército se dispersa. Sólo una pequeña parte escapó, mientras que la mayoría, o bien fueron hechos prisioneros, o bien cayeron bajo las espadas rivales[285].

[ACERCA DE LOS ACONTECIMIENTOS QUE TUVIERON LUGAR EN LA CORTE MIENTRAS EL EMPERADOR PERMANECE EN ORIENTE]

23. Dejemos por el momento el relato del tiempo que pasó el emperador en

cautividad y de lo que decidió el vencedor de la batalla al respecto. Cuando no habían transcurrido aún muchos días, uno de los que habían escapado de la batalla, tomando la delantera, llegó como mensajero a la Ciudad y anunció la catástrofe. Enseguida vino un segundo y a continuación un tercero, al que siguió otro. Traían sólo informaciones confusas e interpretaban cada uno a su modo la catástrofe acaecida. Unos anunciaban de hecho la muerte del emperador, otros decían que sólo había sido hecho prisionero, otros que lo habían visto herido y caído en tierra, otros finalmente que se lo había conducido encadenado al campamento enemigo. Los acontecimientos fueron valorados en la Ciudad por los consejeros de la corona. La emperatriz preguntaba qué debía hacerse. A todos les pareció conveniente dejar por el momento de lado al emperador, ya hubiese sido capturado, ya estuviese muerto, y reafirmar en el poder a la emperatriz y a sus hijos.

24. Entonces unos quisieron entregar el poder al joven hijo de la emperatriz para neutralizar por completo a la madre, pero otros pedían que se le devolviera a ella de nuevo todo el gobierno. A mí no me complacía ninguna de las dos propuestas —pues no voy a mentir acerca de mi opinión—, sino que prefería que ambos actuasen de consuno, el uno mostrando la debida obediencia a la madre que le engendró, y la otra compartiendo con el hijo la administración del Estado. Esto mismo es desde luego lo que pensaba el emperador Miguel, que coincidía en este propósito. Pero aquellos que querían apoderarse del imperio e intervenir en los asuntos de gobierno para provecho propio, incitaban a la emperatriz a que asumiese sola el poder y presionaban al hijo para que se opusiese a su madre.

25. Llegado a este punto no sé cómo expresar mi admiración por Miguel. Él, que deliberaba sobre los asuntos de Estado sólo conmigo, había decidido, aunque a la espera de contar con la aprobación de su madre, abdicar del trono, pues no quería mostrarse con ella ni prepotente ni mezquino. En efecto, aun cuando yo había propiciado numerosos encuentros entre los dos, él era hasta tal punto incapaz de contradecir a su madre, que cada vez que tenía que mirarla de frente enrojecía de vergüenza y se echaba atrás. Pero cuando estas cuestiones estaban todavía en suspenso, el César, convocado por la emperatriz, hizo su ingreso en la Ciudad. Él apoyó mi propuesta y acogió entusiasta la idea de un gobierno conjunto de toda la familia.

26. Pero todavía no había amainado la tormenta, cuando en ese mismo día ya se había formado otra que bramaba con furia. El comandante del ejército enemigo, cuando ve que tiene cautivo al emperador de los romanos, no se deja llevar por el éxito, sino que se siente cohibido ante tal golpe de suerte y se comporta en la victoria con una moderación que nadie habría podido prever. Consuela entonces a su prisionero, comparte su mesa con él, le concede honores, le asigna una escolta, le libera de las cadenas como él le pidió, da la libertad a cuantos prisioneros él le indica y, finalmente, lo redime de su cautiverio. Entonces, después de cerrar un acuerdo de alianza con él y obtener de él bajo juramento la promesa de su cumplimiento, lo devuelve a su imperio conducido por una escolta

de guerreros como nadie podría imaginar. Este hecho fue el comienzo de nuestros males y la causa última de muchos desastres, pues el emperador, una vez que obtuvo lo que jamás había esperado, creyó que ocuparía de nuevo sin esfuerzo el trono imperial de los romanos. Asumiendo entonces él mismo el papel de mensajero de la fortuna en que se había trocado su desgracia, informa a la emperatriz mediante una carta de su puño y letra de lo que le había sucedido.

27. Enseguida se produjo una gran confusión y el Palacio se convirtió en el centro de muchas idas y venidas. Unos se admiraban de lo sucedido, mientras otros cuestionaban que el hecho fuese cierto. La emperatriz era presa de la incertidumbre y dudaba sobre lo que debía hacer. Yo me encontré también en medio de aquel desconcierto general, cuando todos me instaban a que dijese lo que convenía hacer. Puesto que sobre todo mi noble y querido emperador me apremiaba y presionaba[286], yo declaré que no se debía acoger ya más a Romano en el imperio, sino que había que deshacerse de él y enviar a todas partes órdenes excluyéndolo del gobierno. Las personas de juicio consideraron útil este consejo, pero hubo otras que fueron de otra opinión.

28. Estando así las cosas, el emperador Miguel, temiendo por su vida y desconfiando del hijo de Diógenes por su crueldad, adopta sin duda la decisión más segura para su persona y uno diría que la más sensata: se separa de la madre y se emancipa. Tomando entonces como consejeros a sus primos, me refiero a los hijos del César, consigue ganarse el apoyo de la guardia de Palacio. Los extranjeros que la formaban eran todos portadores de escudos y blandían una pesada hacha de hierro de doble filo por encima de sus hombros. Así que golpearon sus escudos al unísono, lanzaron su grito de guerra con toda la fuerza de sus pulmones, hicieron resonar sus espadas golpeándolas entre sí y subieron juntos hacia donde estaba el emperador, como si corriese peligro. Formaron entonces un círculo en torno suyo para hacerlo invulnerable y lo condujeron a las estancias más elevadas de Palacio.

29. Mientras aquéllos actuaban de este modo, las personas que estaban con la emperatriz, entre las que me contaba yo mismo, ignorantes como estábamos de lo que sucedía, nos quedamos casi como paralizados pensando que se nos venía encima una catástrofe. En cuanto a la emperatriz, no había manera de contenerla y, quitándose ya el velo que cubría su cabeza, corría precipitadamente hacia un subterráneo secreto. Mientras ella desaparecía en aquella gruta, yo permanecía junto a la entrada, sin saber qué sería de mí ni a dónde podría dirigirme. No obstante, el emperador, una vez a salvo, se preocupó de mí antes que de ningún otro y envió emisarios a que siguiesen mi rastro y me buscasen por todos los rincones de Palacio. Cuando éstos me encontraron, me cogieron entre sus brazos y me condujeron con prontitud hacia el emperador como si fuera una ofrenda valiosa o un tesoro felizmente hallado. Tan pronto como él me vio, pareció como respirar aliviado de la tormenta y me encargó que decidiera lo que convenía hacer.

30. Mientras yo hacía frente a las decisiones políticas, tomaba algunas medidas y disponía cómo se debían tomar otras para que se serenasen las aguas de la Ciudad, otras personas se ocupaban del destino de la madre del emperador. Por obviar muchos detalles que entorpecerían el curso de nuestro relato, diré sólo que se aprobó contra ella una decisión, la de expulsarla de la Ciudad y alojarla en el convento de la Madre de Dios, que ella misma había fundado junto al mar. La decisión se llevó a efecto enseguida a pesar de que su hijo el emperador —algo que comprobé personalmente y que certificaría ante todos poniendo a Dios como testigo— se negó al exilio de la madre. Pero las circunstancias presionaban en esa dirección y se oponían a la voluntad del emperador.

31. Puesto que, tal como se suele hacer y decir en tales circunstancias, cada uno expresaba una opinión distinta respecto a la emperatriz y las críticas contra ella llovían como flechas, se tomó una segunda decisión, la de disponer su ingreso en la vida monástica. También esto se llevó a cabo enseguida. Aquí se interrumpe pues el relato de la vicisitudes de la emperatriz.

[ACERCA DEL ENFRENTAMIENTO DE LAS TROPAS DE DIÓGENES CON LAS DE MIGUEL DUCAS]

32. En cuanto a Diógenes, no estaba contento por haber sido liberado de su cautiverio, ya que consideraba una terrible desgracia el no poder recuperar de nuevo el poder. Una gran multitud de tropas habla ya acudido a ponerse de su lado. Él pasaba de un sitio a otro, incautándose del dinero del fisco con total impunidad al no encontrar quién se lo impidiese. Tomó entonces con todo su ejército la fortaleza, cuyo nombre está todavía en boca de todos. Me refiero a Amasea[287].

33. Entonces el emperador confía sin dilación el mando del ejército romano al más joven de los hijos del César[288]. Éste era una persona resuelta a la hora de actuar, de una inteligencia aguda y admirable, y destacado sobre todo por su capacidad para darse cuenta de lo que había que hacer y traducirlo en hechos. Una vez que llegó cerca de la ciudad en la que Diógenes se había establecido, al principio contuvo al ejército, pero luego empezó a lanzar constantemente proyectiles, a simular ataques y a intentar por todos los medios o tomar la ciudad o forzarle a una salida. El otro, al ver que el bloqueo era cada vez más estrecho, se arriesga a una salida de la ciudad y coloca a todo su ejército en formación frente al enemigo. Ambos ejércitos traban entonces combate y se produce una gran matanza en ambos bandos. Luego nuestro general, como si fuese un jinete alado, lanza su caballo contra los enemigos, y cayendo sobre la falange rival como si de una torre se tratase, consigue hacerla retroceder y dispersarla en muchos grupos. A partir de ese momento, parte de nuestros adversarios cayó luchando en combate, parte fue hecha prisionera y sólo unos pocos huyeron, el primero de todos Diógenes, que espoleó a su caballo todo cuanto pudo. Esta victoria fue el primer episodio que nos infundió ánimos.

34. A partir de ese momento da comienzo la ruina de Diógenes, que con unos pocos de sus partidarios se encierra en una fortaleza[289]. Habría sido capturado enseguida, si no hubiese ocurrido otro suceso. Un hombre, de ascendencia armenia, que había mantenido oculta su opinión y su hostilidad a nuestra causa y al que Diógenes, cuando era emperador, había concedido un cargo muy importante[290], acude junto a él a la cabeza de un importante contingente para devolverle el favor en el momento de su desgracia. Después de exhortarle a que tenga valor y prometerle grandes éxitos, no le permite enfrentarse a nuestros ejércitos, sino que lo conduce al territorio de los cilicios, para protegerlo del avance de los nuestros colocando ante ellos los valles de Cilicia. Le proporciona entonces un ejército, le facilita dinero y lo restablece en la dignidad imperial. Así, este hombre astuto primero le da armas y luego se reserva paciente el momento adecuado para luchar con nuestras tropas.

35. De nuevo los nuestros se pusieron a deliberar. Consideraban qué debía hacerse. A unos les parecía que debíamos hacer la paz con Diógenes y limitarnos exclusivamente a cederle una parte del poder; otros en cambio opinaban que había que continuar la guerra para privarle de cualquier posibilidad de que en el futuro se atreviese a nada. Las primeras medidas que se tomaron fueron por la paz. El emperador le envió una carta solidaria y clemente, pero Romano, como si se ofendiera porque se le mostraba comprensión cuando él no había cometido falta alguna, insistió en sus reclamaciones y ni renunció al imperio ni se conformó con pedir una modesta participación en el poder, sino que se mostró arrogante en sus respuestas, aunque quizás en sus propósitos no lo era tanto.

36. De forma que renunciando al partido de la paz, el emperador se vio obligado a proporcionar tropas a Andrónico —éste era el mayor de los hijos del César, un varón de una enorme prestancia física, con independencia de criterio, tolerante y razonable en sus juicios— y, después de confiarle el mando de todo el Oriente, lo envió contra Diógenes. Él, al principio, consiguió concertar las voluntades de todos sus soldados, abordando a cada uno de ellos con amabilidad y tratándolos a todos como les correspondía. Luego se fijó como objetivo aproximarse a los pasos montañosos de Cilicia sin que lo advirtiese Diógenes, para cruzar así tranquilamente las anfractuosidades de aquellas montañas y todos los senderos más abruptos y presentarse de improviso ante los enemigos. Los nuestros pusieron en esto su empeño y conforme a su propósito cruzaron aquel desfiladero por un sendero escarpado. El emperador mientras tanto consideraba algo terrible que su rival, una vez vencido por nuestro ejército, o bien cayera en combate, o bien fuera capturado vivo y se le mutilara.

37. Yo lo vi muchas veces llorar por Romano y querer comprar su inmunidad a costa incluso de su propio riesgo. Estaba en efecto unido a este hombre por amistad, tal como decía, y por ciertos pactos que tenía miedo de contravenir. Confió pues sus propuestas amistosas a varones de la Iglesia de ánimo conciliador y les entregó una carta para su rival en la que le hacía promesas de todo tipo, promesas que habrían convencido incluso a un alma dura como el

diamante para que le prestase obediencia.

38. Pero Romano, antes de recibir estos mensajes, había salido ya para la guerra. Se refugió dentro de la fortaleza que había ocupado previamente con unos pocos de sus hombres[291] y puso prácticamente a todo su ejército bajo el mando de Catatures el armenio, al que mencioné antes en mi relato y al que despachó ahora hacia el frente de guerra con lo que, al parecer, eran buenos auspicios. Marchaba éste al mando de la infantería y la caballería y ocupó previamente los lugares más estratégicos, disponiendo en falanges a sus hombres, de los que la mayoría eran de espíritu intrépido y de cuerpo vigoroso.

39. Andrónico formó sus tropas frente a éste en orden de combate. Pero antes de que los escudos se entrechocasen y los enemigos se enfrentasen en una lucha cuerpo a cuerpo, el franco Crispino —escribo esto el día de su muerte: se trataba del Crispino que al principio se reveló hostil a Roma, pero que luego, después de cambiar de actitud, se mostró tan partidario nuestro como al principio había sido enemigo[292]—, este Crispino pues, que permanecía junto a Andrónico, bien dándole ánimos, bien recibiéndolos de él, cuando vio que el ejército enemigo estaba en formación, después de exhortar a los presentes a que tuvieran confianza en él, ordenó a Andrónico que marchase sobre la caballería y lanzó a su caballo al galope arrastrando detrás de sí a sus gentes, de modo que cayó en medio de los enemigos y dividió en dos su falange. Aunque éstos le hicieron frente por un breve lapso de tiempo y aguantaron su embate, luego se volvieron de espaldas y él, con algunos de los suyos, persiguió por detrás a los fugitivos. Allí acabó con muchos, pero aún capturó vivos a muchos más.

40. La falange de Diógenes estaba deshecha y sus tropas dispersas y Andrónico regresaba triunfante junto a Crispino hacia la tienda que se le había dispuesto. Luego se presentó un jinete conduciendo a uno de los enemigos ante su general. Se trataba de Catatures el armenio. Éste, al huir, se había caído del caballo sobre un foso y, según decía, ocultado luego debajo de unos arbustos. Cuando uno de los perseguidores lo descubrió, se abalanzó sobre él para matarlo, pero como lo vio llorar, le quitó el vestido y se fue dejándolo desnudo bajo los arbustos. Luego otro, al verlo desnudo, se lanzó a su vez sobre él para matarlo, pero él le dijo: «Si me perdonaras la vida y me condujeras ante este general», y le indicó su nombre, «te colmará de regalos la mano derecha». Cuando Andrónico reconoció al que contaba estos hechos, consideró que se trataba de un segundo augurio favorable y a este hombre lo visitó y honró, como convenía a un noble general, reteniéndolo en su poder como prisionero bajo palabra.

41. Diógenes no podía confiar ya en el puñado de hombres que le quedaba, pero esperaba aún que los aliados persas se presentasen en breve para apoyarlo. Por ello daba fuerzas a sus tropas y mantenía vivas sus esperanzas. Pero justamente aquellos a los que animaba y a los que confió las llaves de la fortaleza fueron los primeros a los que debió su captura. Éstos en efecto se pusieron de acuerdo con nuestro general y una vez que recibieron garantías de que no se les

haría daño, abrieron las puertas y permitieron la entrada a nuestras tropas, conduciéndolas incluso a la pequeña estancia en la que residía Diógenes. Fue algo terrible y digno de lástima ver entonces a éste de pie, completamente desesperado, con las manos atadas, como si fuera un esclavo, indicando a los que lo retenían que hiciesen con él lo que quisieran. Ellos le instaron a que por el momento tomara el hábito monástico y él se cubrió con la negra túnica y se descubrió la cabeza para permitir que quien quisiese lo tonsurase. Los que casualmente se encontraban allí junto a él improvisaron su paso al estado monástico, lo sacaron de la fortaleza y lo condujeron ante Andrónico en medio del mayor alborozo que uno pueda imaginarse. Éste no lo trató severamente, sino que se compadeció de su suerte, le tendió la mano derecha, lo introdujo en su propia tienda y compartió con él una mesa espléndidamente provista.

42. Nuestro relato hasta aquí ha avanzado a paso ligero y marchado por un camino pavimentado, una vía imperial, tal como dicen las Escrituras[293], pero a partir de ahora vacila a la hora de proceder hacia adelante y relatar unos hechos que no deberían haber tenido lugar, pero que, aunque sea repitiendo prácticamente las mismas palabras, diré que sí deberían haber tenido lugar necesariamente. No deberían: en consideración a la piedad y por el escrúpulo moral que provocan hechos tan terribles; pero sí deberían: considerando la evolución de los acontecimientos y las circunstancias del momento, pues las personas del entorno del emperador, temiendo que por un exceso de clemencia hacia Diógenes, éste intentara algo que ocasionase nuevos problemas al emperador, encargan mediante carta al que lo custodiaba en ese momento que le saque los ojos, aunque ocultan su propósito al emperador.

43. El emperador, realmente, no sabía nada de lo sucedido. No estoy escribiendo una historia para adular al emperador, Dios lo sabe, sino una historia verídica en todos sus aspectos, y por ello diré que el emperador, cuando luego se enteró, derramó más lágrimas por lo ocurrido que lamentos profirió la propia victima antes de padecer el castigo. Pero es que ni siquiera cuando se anunció al emperador la captura de Diógenes, manifestó arrebato alguno de alegría o dio muestras de ningún tipo de satisfacción a los que lo rodeaban, sino que incluso, de no haber temido las críticas de la corte, habría permanecido abatido durante mucho tiempo.

Después de que se le sacaron los ojos, Diógenes fue conducido al lugar de meditación y retiro que él había fundado en la isla que se llama de Prote[294], donde después de vivir poco tiempo murió sin haber cumplido cuatro años enteros al frente del imperio[295]. Miguel fue entonces el dueño incontestable del poder.

LIBRO XIV.

MIGUEL VII DUCAS

[1071-1078]

[ACERCA DEL CARÁCTER Y LA FORMACIÓN DEL EMPERADOR]

VIIc.l. Ahora que me dispongo a escribir la historia del emperador Miguel Ducas, o mejor, a hacer un esbozo de ella a modo de un simple epítome, antes que nada pido a los que me leen que no consideren que mis palabras exageran sus virtudes o sus actos, sino que, al contrario, se quedan muy por detrás de ellos. El sentimiento de asombro y admiración que experimento muchas veces cuando lo veo y lo escucho es similar al que me afecta ahora que me dispongo a describir su persona. No sé realmente de qué modo podré mantener a este hombre lejos del aura de admiración que lo rodea, y tampoco cómo podrá nadie dejar de desconfiar de mis palabras o sospechar de lo que escribo cuando estas líneas están redactadas mientras todavía vive el emperador, y cuando he compuesto mi historia precisamente por esto, para que todos puedan saber que el carácter de este hombre revela inequívocamente su destino superior y lo sitúa por encima de cualquier otra naturaleza conocida[296].

2. Ante la duda sobre qué decir en primer lugar acerca de él, antepongo un hecho a todos los demás: que nunca ninguna de las personas que estaban a su servicio, ya fuesen buenas o diligentes en algún aspecto, ya fuesen negligentes, escapó nunca a su atención; que nadie oyó jamás de él una mala palabra, o fue humillado en público o expulsado por alguna falta; y que por el contrario, si alguna de ellas incluso llegaba a ultrajarle en algo, él prefería soportar la ofensa de aquella persona antes que censurarla ante todos. Pero lo más sobresaliente era que a pesar de haber descubierto a algunas personas, sobre todo miembros de su guardia personal en los que él había depositado su confianza, cuando estaban a punto de causarle algún daño, ni los censuró por ello, ni intentó siquiera amedrentarlos; y a muchos incluso, a los que sorprendió en flagrante delito cuando sacaban dinero de las cajas imperiales, luego los dejó partir sin cargos, sin inquietarlos o reprochar su comportamiento.

Dotado de una inteligencia perfectamente desarrollada, había aprendido la ciencia del buen gobierno a partir de su constante dedicación a estos asuntos y así conocía todos los detalles del sistema tributario, las contribuciones, los depósitos, el balance entre los ingresos y los gastos del fisco, la acuñación de las

monedas, su ley exacta, el exceso o falta de peso de cada una de ellas, cómo se fundía el mineral de oro y cuántos quilates de oro puro tenía cada una de las monedas acuñadas con este material, en fin, y para no enumerar uno a uno sus conocimientos, llegó a dominar completamente todos estos campos, y cuando luego trataba con los expertos en cada uno de ellos podía imponer su opinión en todos los casos o incluso desacreditar a aquellas personas que tenían competencia en estos terrenos.

3. Apenas le apuntaba el vello de la barba y los pelos empezaban sólo a espesarse en sus mejillas, cuando él mostraba una inteligencia en nada distinta a la de las personas de edad. No se entregaba, en efecto, a los placeres, ni se dejaba vencer por su estómago, ni le agradaban los banquetes fastuosos y además, con respecto a los goces del amor, mostraba un desinterés tal, que ni siquiera conocía la mayoría de sus formas o cuáles contravenían incluso las costumbres establecidas. Su pudor era tan excesivo que si alguien llegaba a proferir con su boca alguna palabra impúdica o el simple nombre del amor, al instante su rostro se enrojecía por completo.

4. Alguien podría tal vez preguntar cuáles son las ocupaciones propias del imperio a las que se dedica este joven, o bien cuáles son las pasiones juveniles en las que el emperador sobresale. Pues bien, le interesan los libros de todo tipo de doctrina, las características del estilo culto, los aforismos laconios, los gnomologios, la elegancia en la composición, la variada presentación de los discursos, la alternancia de figuras, la innovación formal, la configuración poética del estilo y, por encima de todo esto, le atrae el amor por la filosofía, la elevación anagógica, la conversión alegórica y las demás interpretaciones del discurso. Ignoro si hubo alguna vez entre los emperadores uno más profundo que él en sus pensamientos o más certero en cada una de sus disquisiciones. Y si en general es preciso separar las palabras y las obras de un emperador de las que corresponden a un filósofo o a un orador, o de las que se atribuyen a los músicos, si la competencia sobre las esferas suele ser propia de los astrólogos, la que afecta a las demostraciones con figuras propia de los geómetras y la de los silogismos propia de los filósofos, y si las secretas operaciones de la naturaleza se asignan a los físicos y así cada disciplina es cultivada por alguien distinto y cada persona se ocupa de algo diferente —ya que los hombres tienden a repartirse los objetos de su conocimiento—, él en cambio lo ha abarcado todo, pues puede ser contado entre los filósofos, sería capaz de hablar junto a los oradores sobre zeugmas y énfasis, junto a los ópticos de la refracción y difracción de los rayos, e incluso, cuando es preciso desentrañar el sentido alegórico de los textos, ha superado muchas veces al que redacta estas líneas, aun cuando me había escogido como maestro por encima de todos los demás y ensalzaba mi nombre ante todos. Además, sin haber cultivado los metros yámbicos, sabe improvisarlos y, aunque no acierte muchas veces con el ritmo, expresa en ellos ideas llenas de fuerza. Para decirlo brevemente: en nuestra época es como una preciada joya de múltiples facetas.

5. Su aspecto es como el de una persona de edad, adecuado para un censor o similar al de un pedagogo. Tiene una mirada fija y sus cejas no se enarcan severas ni se fruncen recelosas sobre los ojos, sino que adoptan distendidas la figura que les es propia. Su andar no es precipitado y como nervioso, ni tampoco indolente y cansino, sino rítmico, y cualquier experto en música que entendiese de pasos de danza no dejaría de alabarlo por ello. Y en cuanto al tono de su voz, es musical y armonioso y ni resuena acuoso en su garganta ni es débil e imperceptible.

6. A pesar de que son muchas las palabras y los sucesos que cada día angustian o estimulan su espíritu, su carácter no se deja exasperar ni su ánimo abatir por ninguna de estas circunstancias. Ríe siempre con gran dulzura y llora inconsolable; raras son las ocasiones en las que estalla su ira y no infrecuentes aquellas en las que mejora su humor. Aunque no dedicó mucho tiempo al estudio de las leyes, las ha incorporado a todas de tal modo a su conducta, que no son los libros, sino el corazón, el que le dicta su uso. Enrojece con facilidad y no es precisamente desvergüenza lo que tiene. Es hábil a la hora de jugar con la pelota[297], pero es otra esfera, la celeste, la que excita su pasión. Sólo conoce un juego de azar, el que obedece al impulso y al cambio de los acontecimientos y sólo un dado, el de la tierra, a la que Platón asignó esta forma geométrica[298]. Disfruta con la caza, pero sólo cuando ve que el ave escapa sin ser capturada, pues si el halcón se le aproxima, su ánimo se tortura y no puede mantener fija la mirada en la presa.

7. Indiferente le dejan los fastos imperiales y no quiere ceñir su cabeza con coronas de pedrería, sino con las imágenes de las virtudes. No todas las murmuraciones que alguien sugiere a su oído penetran en su corazón, sino que permanecen fuera de su umbral cuantas suelen afligirle, mientras que dejan su impronta en su alma cuantas más le complacen. En su padre ve él su modelo, y aunque sus virtudes superan a las de éste en muchos aspectos, él en cambio se reconoce inferior a él en todas ellas. Pero lo más sobresaliente de su persona, aquello que no puedo dejar de admirar, es que, mientras las turbulentas aguas parecían arrastrar al Estado tanto en Oriente como en Occidente —una situación que habían desencadenado los emperadores anteriores—, entonces, cuando otro en su lugar, por muy resuelto que fuese, se hubiese dejado arrastrar por aquel cúmulo de desgracias y hubiera cedido ante los acontecimientos —¿y qué habría ocurrido entonces, sino que se habría roto la cuerda de la que pende el imperio, hundido su tejado y cedido sus cimientos?—, su espíritu firme y su ánimo inflexible consiguieron detener el curso de los acontecimientos, de forma que, aunque todavía no hayamos arribado a puerto, al menos nos mantenemos a flote entre las tormentas que nos agitan y no hemos sido rechazados todavía hacia alta mar.

8. Éste es pues el trato que da a todos, pero en lo que respecta al autor de la presente historia, el favor que le dispensa no admite parangón ni comparación con el dado a ninguna otra persona, ya que no ha puesto tanta confianza en ninguno de sus hermanos, ni en personas de alto linaje, ni en los sacerdotes u

hombres piadosos, como la que ha depositado en mi propia persona. Quizás los beneficios con los que me ha honrado, las constantes donaciones que me ha hecho y que no ha dejado de aumentar e incrementar, añadiendo un bien sobre otro y ampliando lo ya existente, podrían admitir una cierta equiparación con los de otra persona, pero en lo que se refiere a la espontánea predisposición de su voluntad, al innato afecto de su alma, al hecho de que tan pronto como me ve su espíritu se reconforta y rebosa de alegría y satisfacción, y a aquel ensalzarme no sólo a la altura de cuantos sabios conoce, sino de cuantos ha oído hablar, en todos estos aspectos, nadie sin duda podría descubrir una disposición semejante hacia otra persona. ¡Ojalá no me alcancen nunca los dardos de la envidia y el rencor!

9. Sin embargo, mientras abreviaba mi narración, he pasado por alto muchas cosas, como la pasión que siente hacia su esposa y hacia el hijo que engendró de ella, o la que siente hacia sus dos hermanos, unas personas realmente admirables, por más que él se revele aún más admirable que ellos. Y para no alabar aquí a la emperatriz por su linaje, que supera por su prosperidad y antigüedad al de cualquier otra dinastía[299], bastará con mencionar como paradigma de todas sus demás cualidades, su carácter incomparable y su hermosura sin parangón. Y si es verdad que, como dice el trágico, “el silencio adorna a las mujeres”[300], éste se convirtió para ella en el más preciado ornato, porque ella no habló ante otro que no fuera su marido. Y así, por sí sola, se revelaba más hermosa que cuando las circunstancias exigían que se engalanase.

10. Y con respecto a sus hermanos, ¿cómo se comporta el emperador? Nunca ha creído que sea preciso tratarlos como súbditos o tirarles de las riendas en cada ocasión, sino que comparte con cada uno de los dos las ocupaciones imperiales y les concede poder para obrar con independencia. Diré también algo acerca del tío, el César: el emperador está prendido de su voluntad y admira su inteligencia a la hora de aconsejarlo, así como su destreza al administrar cualquier asunto. Y si él mismo se ocupa de la administración del Estado, confía a su tío todo lo que implica un mando militar.

11. Aún añadiré esto a lo ya dicho: cuando este emperador se enteró de que yo iba a escribir una historia sobre su persona, me ordenó que no redactara nada hasta que él mismo publicase un esbozo sobre su carácter. De hecho su secretario me leyó luego lo que él había escrito. Yo, antes de escuchar aquella lectura, conjeturé que se trataría de asuntos reservados y graves, pero él en cambio se rebajó de tal modo en esas páginas, se consideró tan vil y tantas censuras vertió contra su persona, que hasta un corazón de diamante se habría asombrado, conmovido por la gran estatura de su humildad. Esto bastará, divino emperador, como ejemplo de todas tus demás virtudes y cualidades.

ACERCA DE CONSTANTINO, HIJO DEL EMPERADOR MIGUEL DUCAS

12. A Constantino, hijo del emperador Miguel Ducas, yo mismo lo vi nutrirse

de la leche de los senos cuando era un retoño, con la diadema imperial ceñida ya en su cabeza. De él no voy a describir hechos o palabras —pues todavía no hizo nada ni ha aprendido a hablar—, pero sí su apariencia, las aptitudes que, en la medida de lo posible, se aprecian ya en él, así como, a partir de estos dos aspectos, la personalidad que alberga. No he visto hasta ahora, en efecto, criatura más hermosa sobre la tierra. Su rostro está moldeado como si fuera un círculo perfecto; sus ojos son zarcos, amplios, llenos de serenidad; las cejas trazan una simple línea recta sobre los ojos que se interrumpe un poco en la base de la nariz y se arquean suavemente sobre los temporales; las alas de la nariz se hallan sueltas y el trazo de ésta, aunque al principio se eleva un poco, se muestra algo aquilino conforme avanza hacia la punta; de la cabeza brota un cabello brillante como el sol; los dos labios son delicados y se pliegan armónicamente. Este niño es atento y mira de una manera dulce, aunque aún más dulces son sus retozos infantiles. Todo ello revela un alma que ni se abate ni se exalta, sino serena, a la que mantiene despierta un impulso divino.

13. Se dice que Heracles vio a Áyax Telamonio cuando todavía era un lactante y lo envolvió en su piel de león. Yo por mi parte lo he abrazado a menudo y pedido que pueda sacar provecho de mi elocuencia. Todavía lo abrazaré, incluso muchas veces todavía, y ojalá que pueda sacar partido de él cuando sea mayor de edad y reciba el poder de su padre. Néstor de Pilo, después de la captura de Troya, recomendó a Neoptólemo, el hijo de Aquiles, lo que debía hacer para llegar a ser un hombre íntegro y así, pues quizás una vez llegado a la adolescencia este príncipe llegue a leer mi libro, yo le aconsejaría tan sólo esto: que vea en el padre un modelo sobre el que interrogarse a sí mismo. Y si te asemejaras, niño, al que te engendró, no serías una mala persona[301]. Si llego a vivir más años de los que tengo, compondré otro libro para ti en el momento en el que tú mismo me proveas de material para escribir. En caso contrario, que te baste esta obra, que servirá de base a otros que vayan a redactar tu historia[302].

ACERCA DE ANDRÓNICO, HERMANO DEL EMPERADOR MIGUEL DUCAS

14. Este príncipe, un espíritu refinado desde el mismo momento que alcanzó la adolescencia, se inclina por su propio carácter hacia la oratoria, aunque tampoco le repugnan disquisiciones más graves. Me crea problemas cuando discute sobre los habitantes de las antípodas, pues niega su existencia por no creer que tengan la cabeza suspendida de los pies. Tiene una mano algo gruesa, pero es diestro con ella, así como delicado y ágil en el dibujo. Su carácter no es reservado ni cínico, sino que resulta accesible a todos. Sus impulsos son nobles, resulta un excelente jinete, apasionado de la caza, no sólo deseoso de superar a la liebre, sino incluso de alcanzar a las grullas en su vuelo. Se precipita algo al hablar y, aunque en ocasiones se le trabe la lengua, sabe rematar su discurso con elegancia.

ACERCA DE CONSTANTINO, EL HERMANO DEL EMPERADOR

15. Este príncipe no deja entrever fácilmente su voluntad, sino que se encierra en sí mismo y adopta todo el aire de un censor. Por lo general permanece vigilante y sus palabras son resueltas cuando es preciso hablar. No cede fácilmente ante los que le contradicen, sino que opone argumentos a sus argumentos e intenta convencer, pero concluye siempre con una sonrisa reafirmándose sin acritud en lo que dijo. Por su sensatez, se diría un anciano; en sus convicciones, firme, pues no cambia rápidamente de propósito una vez definido su rumbo; por sus dádivas moderado, pues ni es un manirroto, ni cierra firme el puño; hábil como jinete, excelente cazador, en suma, un bien preciadísimo tanto para la madre como para los hermanos.

ACERCA DEL CÉSAR JUAN DUCAS[303]

16. ¿Qué se podría decir de este hombre? ¿Cómo podrían parangonarse mis palabras a la brillantez de su carácter y a las virtudes de su alma? Él es, en efecto, una joya de múltiples facetas y constituye tal vez la más bella ofrenda hecha a nuestra época. Convergen en él dos elementos contrarios, pues aunque por su inteligencia es la persona más viva de todas las que yo he visto o he oído hablar, da muestras sin embargo de un ánimo tan apacible que bien se lo podría comparar al del silencioso fluir de un reguero de aceite. En cuanto a sus dotes de mando, es equiparable a aquellos antiguos y célebres Césares y también sus empresas lo son a las hazañas y victorias de los Adrianos y Trajanos y cuantos con ellos compartieron su suerte. Sus progresos en este arte no fueron espontáneos ni casuales, sino debidos a la lectura de libros de táctica, estrategia y poliorcética, así como de todo cuanto escribieron hombres como Eliano y Apolodoro[304]. Y si tales son sus capacidades como estratega, ¿es que lo son menos sus cualidades de administrador y para todo lo que concierne a la justicia y las finanzas? Lejos de ello. Como el proverbio, se puede decir que se adapta a todas las empresas de mérito como el cuchillo a la piedra molar. ¿Acaso es propenso a la cólera? En absoluto, salvo por la que es preciso aparentar a veces. Entonces ¿es implacable en su rencor? No, sino que también en este aspecto resulta ser especialmente admirable, no parangonable a ningún otro. ¿Pero quizás tiene la lengua fácil y se insolenta, o se muestra impertinente contra su hermano primero y contra su sobrino después? En absoluto, pues precisamente él se ha convertido para todos nosotros en un modelo de prudencia, actúa con mesura en cualquier circunstancia y sólo al mezclar lo grave con lo jocoso muestra tal vez falta de moderación o de proporción.

17. Practica toda clase de caza. Escruta el vuelo de los pájaros y el paso de las bestias, azuza a los perros con sus voces, persigue al ciervo de pelaje manchado y enloquece con la caza del oso, algo que yo le he censurado a menudo, pero para él esta afición es un entretenimiento insustituible. Así pues, divide su existencia entre estas dos cosas, los libros y las partidas de caza, o mejor, éstas son las cosas que le gustan y practica cuando dispone de ocio, pero cuando cumple con sus obligaciones lo que le corresponde es ejercitar el mando militar y, de acuerdo con las circunstancias, o negociar la paz con los enemigos, o

entablar combate. Conoce los batallones, las formaciones de combate, la disposición de las tropas, cómo hay que alinear las falanges y la profundidad que deben tener, cómo reducir una formación en cuadrángulo o una en cúneo, o desplegar las filas o replegarlas, proceder al asalto de unas murallas, luchar a caballo, cómo agrupar a la infantería de acuerdo con el tiempo disponible, el terreno o el número de los enemigos... Pero ¿para qué enumerar sus conocimientos uno a uno? En todos estos aspectos ha llegado a ser el más capaz con excepción de su hermano y su sobrino, los dos príncipes invencibles[305].

notes

Notas a pie de página

1. El primero, según dicen algunas fuentes, era algo tartamudo, mientras que el segundo tenía una débil voz, como reconoce constantemente en su propia obra.

2. Este adjetivo se aplica a los que tienen una traba o un defecto en el habla, seseo o frenillo, pero no a los tartamudos o que balbucean al expresarse.

3. A. Garzya, «On Michael Psellus' admission of faith», *Epeteris hetaireias byzantinon spoudon* 33 (1966-7), 41-46.

4. A menos que se indique lo contrario, todos los pasajes en castellano que incluyo en esta introducción han sido traducidos por mí por primera vez desde el griego.

5. K. Sathas, *Mesaionike Bibliotheke*, vol. V, Venecia —París, 1876, págs. 316-317.

6. Sigo la traducción de I. Pérez Martín, *Miguel Ataliates. Historia*, Madrid, 2002, pág. 212, que ha editado recientemente la obra con una versión castellana.

7. Tanto era su prestigio como autor que contamos también con bastantes escritos pseudoepígrafos, atribuidos a Pselo por sus autores para facilitar su recepción.

8. Hasta la fecha no contamos con un repertorio completo y fiable de todas las obras de Pselo, muchas de las cuales (y hablamos de decenas de ellas) se hallan en ediciones inaccesibles, están mal editadas, carecen de estudios o incluso se conservan todavía inéditas. Sólo un puñado de obras ha sido editada con criterios filológicos rigurosos y presentan comentarios que orienten al lector. Por todo ello puede decirse que gran parte de la obra de nuestro autor sigue siendo una *térra incógnita*. Un catálogo reciente, parcial, de las obras de nuestro autor se puede encontrar por ejemplo en las páginas XI-XXII del libro de Robert Volk sobre los escritos médicos de Pselo, aunque desde la fecha de aparición de este libro (1990) hasta el día de hoy se han publicado varios volúmenes de obras de Pselo (fundamentalmente en Teubner) que hacen obsoleta esta lista. En su reciente libro Kaldellis anuncia que publicará en breve el primer listado actualizado de las obras de Pselo.

9. Los dos principales repertorios de cartas han sido editados por Sathas, *op. cit*., vol. V (208 cartas), y E. Kurtz —F. Drexl (ed.), *Michaelis Pselli scripta minora*, vol. II, *Epistulae*, Milán, 1941 (273 cartas).

10. U. Criscuolo (ed.), *Michele Psello. Autobiografía. Encomio per la madre*, Nápoles, 1989, págs. 101-102.

11. U. Criscuolo (ed.), *Michele Psello. Epístola a Michele Cerulario*, Nápoles, 1990, y *Epístola a Giovanni Xifilino*, Nápoles, 1990.

12. Es una alusión a *Ilíada* 4.164, donde se anuncia la futura caída de Troya.

13. Algunos de estos discursos han sido editados en *Orat. II* (para las abreviaturas de las ediciones véase al final de esta introducción).

14. Editados por Sathas, *op. cit*., vol. IV, págs. 301-462.

15. *Orat. I* (trad. castellana de algunas de estas piezas en J. Curbera Costello [ed.], *Miguel Pselo. Opúsculos*, Madrid, 1991).

16. *Orat. I*, op. 16, págs. 59-62 (cita de págs. 60-61).

17. *Orat. I*, op. 28, págs. 102-106 (cita de págs. 102-103).

18. *Hag*., op. 7, págs. 267-288.

19. *Hag*., op. 1, págs. 1-94.

20. Para estos problemas cf. A. Kazhdan, «Hagiographical notes», *Byzantion* 53 (1983), 546-556, y E. A. Fisher, «Michael Psellos on the rhetoric of hagiography and the Life of St. Auxentios», *Byzantine and Modem Greek Studies* 17 (1993), 43-55.

21. *Hag*, op. 4, págs. 199-229.

22. Se refiere al pasaje de *Ilíada* 6.838 en el que el carro de Diomedes cruje cuando se monta en él también la diosa Atenea.

23. Traducido al castellano por Jaime Curbera (cf. nota 15), del que copio el pasaje citado a continuación.

24. *Phil. II*, op. 35, págs. 117-120.

25. L. G. Westerink (ed.), *Michael Pseilus. De omnifaria doctrina*, Nimega, 1948.

26. P. Tannery, «Pseilus sur la grande année», *Mém. scient*. 4 (1920), 261-268.

27. P. Tannery, «Pseilus sur les nombres», *Mém. scient*. 4 (1920), 269-274.

28. *Phil. I*, op. 32, págs. 109-113 (cita de pág. 113).

29. *Phil. I*, op. 7, págs. 22-28 (cita de pág. 26).

30. *Orat. I*, pág. 20.

31. *Phil. I*, op. 2, págs. 1-4.

32. D. Ridings, *The Attic Moses*, Gotemburgo, 1995.

33. *Phil. II*, op. 43, págs. 144-145.

34. *Phil. I*, op. 3, págs. 4-11.

35. Cf. J. Signes Codoñer, *Jorge Gemisto Pletón* (ca. 1355/1360 —1452), Madrid, 1998.

36. Dejo aquí de lado varios poemas de nuestro autor sobre cuestiones dogmáticas, sobre los títulos de los salmos e incluso sobre la historia de la salvación desde la Creación hasta la llegada del Anticristo: cf. *Poemata*, op. 1-5, págs. 1-80.

37. Editada en G. Weiss (ed.), «Die Synopsis legum des Michael Psellos», *Fontes Minores* 2 (1977), 147-214, y en *Poemata*, op. 8.

38. M. T. Fögen, «Zum Rechtsunterricht des Michael Psellos», *Jahrbuch der österreichischen Byzantinistik* 31 (1981), 291-302.

39. G. Weiss (ed.), *Oströmische Beamte im Spiegel der Schriften des Michael Psellos*, Múnich, 1973, págs. 243-324. Para la biblioteca jurídica de Pselo cf. G. Weiss, «Die juristische Bibliothek des Michael Psellos», *Jahrbuch der österreichischen Byzantinistik* 26 (1977), 79-102.

40. *Orat. III*, op. 4-8, págs. 143-181.

41. J. F. Boissonade (ed.), *Anécdota graeca*, vol. I, París, 1829, págs. 175-232, y Westerink, *Poemata*, op. 9.

42. *Poemata*, op. 6, págs. 80-102.

43. *Poemata*, op. 7, págs. 103-122.

44. A. R. Dyck (ed.), *Michael Pseilus. The Essays on Euripides and George of Pisidia and on Heliodorus and Achilles Tatius*, Viena, 1986.

45. *Orat. I*, op. 33, págs. 127-128, y *Phil. I*, op. 42-48, págs. 148-178.

46. I. Bekker (ed.), *Scholia in Homeri Iliadem*, Berlín, 1825-1827, App. 651-811.

47. En J. F. Boissonade (ed.), *Michael Pseilus. De operatione demonum*, Nuremberg, 1838 (reimpr. Amsterdam, 1964), págs. 44-48.

48. R. Browning (ed.), «A Byzantine treatise on Tragedy», en *Geras. Studiés presented to G. Thomson*, Praga, 1963, págs. 67-81.

49. Sathas, *op. cit*., vol. V, págs. 525-543.

50. En Boissonade, *De operatione demonum, op. cit*., págs. 48-52.

51. Gregorio Nacianceno, patriarca de Constantinopla (379-381).

52. R. Anastasi, «Difonia nell'Xl secolo a Bisanzio», *Sículorum Gymansium* 16 (1988), 121-141.

53. El *Breviario* fue descubierto apenas hace tres décadas y Aerts, su editor, piensa que no es de Pselo pese a que mantuvo su nombre en el título (W. j. Aerts [ed.], *Michael Psellus. Historia syntomos*, Berlín, 1990). No obstante, el debate no se puede considerar cerrado todavía. De hecho las críticas que el historiador bizantino Juan *Skylitzes* vierte sobre la obra histórica de Pselo, a la que acusa de parcialidad, de pasar por alto muchos acontecimientos de la época y, finalmente, de constituir un mero catálogo de emperadores, sólo en parte pueden aplicarse a las *Vidas*, que aunque pecan de parcialidad y tratamiento selectivo de la historia, no son desde luego una mera enumeración de emperadores y contienen importantes digresiones y reflexiones, que no encajan con la descripción de *Skylitzes*.

54. *Orat. II*, op. 1-10, págs. 1-117.

55. Pselo incluso parece complacerse en demostrar cómo su narración está por encima de la secuencia anual. Así, por ejemplo, cuando en 1.25 escribe que «la usurpación, que había comenzado en verano, no se había extinguido en el otoño, y tampoco el ciclo de un año bastó para circunscribir la conspiración, sino que este mal fue tormenta de muchos años». Con esta frase nos remite directamente a la costumbre antigua de los historiadores griegos, formalizada por Tucídides, de narrar las campañas militares por años que concluyen en invierno y comienzan en primavera, indicándonos de esta forma que su relato no respeta esa convención.<<

56. Recomendable sigue siendo hasta hoy la lectura de A. P. Kazhdan —A. W. Epstein, *Change in Byzantine Culture in the Eleventh and Twelfth Centuries*,

Berkeley, 1985.

57. La única obra que nos ha llegado de la Antigüedad que contenga una reflexión sobre la historia es un pequeño tratado burlesco de Luciano de Samosata titulado precisamente *Cómo debe escribirse la historia*, en el que critica a algunos contemporáneos suyos por el tono panegírico o épico que adoptaron en sus composiciones. Se trata sin embargo de una obra aislada, que no generó una reflexión autónoma sobre la historia como género literario.

58. É. Renauld (ed. y trad.), *Psellos. Chronographie*, París, 1926-1928. La traducción inglesa de E. R. A. Sewter (trad.), *Fourteen Byzantine Rulers. The Chronographia of Michael Psellos*, Londres, 1966, no es tampoco muy recomendable por los errores que contiene.

59. S. Impellizzeri (ed.) —U. Criscuolo (com.) —S. Ronchey (trad.), *Michele Psello. Imperatori di Bísanzío (cronografía)*, 2 vols., Milán, 1999 (4ª ed.). Remito a esta edición para una bibliografía extensa de Pselo en general y de las *Vidas* en particular.

60. Las últimas cuatro biografías, escritas a petición de Miguel Ducas, se incluyeron a continuación de las de Miguel VI e Isaac I, que constituían originalmente el libro VII.

61. Basilio II, perteneciente a la quinta generación de gobernantes de la dinastía macedonia, fue nombrado emperador junto con su hermano Constantino VIII por su padre Romano II (959-963) en el primer año de su reinado, cuando ambos apenas tenían unos pocos años de edad, pero tras la repentina muerte de su padre, su poder fue usurpado primero por Nicéforo Focas (963-969) y luego por Juan Tzimisces (969-976), dos laureados generales que teóricamente fueron nombrados emperadores para salvaguardar los intereses de los dos jóvenes príncipes imperiales, pero que en la práctica sólo velaron por los suyos propios. El reinado efectivo de Basilio empieza pues sólo en el 976, tras la muerte de Tzimisces.

62. Tzimisces murió de tifus el 10 de enero del 976 en Constantinopla a su regreso de una triunfal campaña en Siria. Éste es el año elegido por Pselo para dar comienzo a su historia, algo que hace abruptamente, sin proemio, como si enlazara con una narración anterior. Puede tratarse de una imitación de Jenofonte, que escribió sus*Helénicas* como simple continuación de Tucídides (y en ese caso Pselo enlazaría con la*Historia* de León Diácono que concluye con el *reinado de Tzimisces*), o bien de un azar de la transmisión de nuestro texto, para el que podrían buscarse varias causas. El imperio romano al que se alude es el imperio bizantino, pues los bizantinos se consideraron siempre romanos y herederos de Roma.

63. Basilio el *parakoimómenos* era hijo bastardo de Romano I (920-944) y

hermanastro de Helena, mujer de Constantino VII (944-959), el padre de Romano y abuelo de Basilio II. Pselo no se molesta en determinar el grado exacto de parentesco entre él y el emperador, pues es secundario para su relato.

64. Hace referencia a los parientes de los emperadores Nicéforo Focas y Juan Tzimisces que siguieron dominando la vida política después de que ambos perdieran el poder que habían usurpado ilegítimamente a Basilio II y Constantino VIII, miembros de la dinastía macedonia. Concretamente, como precisará enseguida, alude a Bardas Esclero, cuñado de Juan Tzimisces, y a Bardas Focas, sobrino de Nicéforo.

65. La sublevación de Bardas Esclero se inicia en la primavera del 976.

66. Esclero cruza la frontera en Siria (la Asiria del texto) en el año 979 tras su derrota a manos de Focas, pero finalmente acaba prisionero en Bagdad, donde entonces gobernaba Adud ad-Dawlah (949-983) al frente de la dinastía buyí. El hecho de que los buyíes fueran iranios puede explicar su equiparación literaria con el rey persa Cosroes 1 (531-579), el gran rival de justiniano que encarnaba para bizantinos y persas el periodo de mayor florecimiento de la cultura irania.

67. Se refiere a georgianos del Cáucaso, que proporcionaban con frecuencia soldados a los ejércitos bizantinos.

68. Focas se proclamó emperador el 15 de agosto del 987 en el interior de Asia Menor.

69. Se trata probablemente de una invasión turca contra el emirato buyí, calificado ahora de babilonio por tener su poder político en el área de la antigua Babilonia, donde estaba Bagdad.

70. Esclero se proclamó emperador por segunda vez en la primavera del 987, antes de que lo hiciera también Bardas Focas desde el interior del imperio.

71. Se refiere a los varegos del principado de Kiev, situado en las estepas del sur de Rusia, donde habitaban los antiguos escitas.

72. Derrota de Focas en Crisópolis en el verano del 988.

73. Batalla de Abido, en el estrecho de los Dardanelos, el 13 de abril del 989.

74. Los hechos que ahora se narran tienen lugar en el 985, cuatro años antes de la derrota de Focas, pero Pselo los consigna ahora probablemente para no romper la unidad narrativa de su exposición anterior y porque de esta forma presenta la destitución del chambelán como consecuencia de una lenta maduración de Basilio tras las guerras civiles del comienzo de su reinado.

75. En octubre del 989, seis meses después de la muerte de Bardas Focas, Esclero renuncia a su usurpación.

76. En las fuentes bizantinas la Ciudad por antonomasia es siempre Constantinopla.

77. Morirá el 6 de marzo del 991.

78. Pselo elimina en su obra toda mención a las duras campañas llevadas a cabo por Basilio II contra los búlgaros y que acabaron prácticamente en el 1014 con la derrota y muerte del zar Samuel y la incorporación de toda la Bulgaria al imperio cuatro años después, sin duda el hecho militar más transcendente de su reinado, pues recuperó la antigua frontera romana del Danubio (cf. pág. 163).

79. Se nos ha conservado hasta hoy la legislación de Basilio II que intentó poner freno a los abusos de los terratenientes (representados por Focas y Esclero) y defendió al campesino libre, base de la economía bizantina.

80. Murió el 25 de diciembre de 1025 con sesenta y ocho años de edad.

81. El texto que sigue a continuación está copiado al final de la obra en el manuscrito parisino, sin relación aparente con la descripción de la familia Ducas con la que Pselo concluye su *Cronografía*. J. A. N. Ljubarskij («Der Brief des Kaisers an Phocas», *Jahrbücher der österreichischen Byzantinistik* 26 [1977], 103-107) sugirió, con buenos argumentos, que se trata de un borrador de Pselo para un pasaje del libro I que finalmente no llegó a incluirse en la obra. Se trataría de una carta de Basilio II al rebelde Bardas Focas en el momento de su sublevación, después de aplastada la primera revuelta de Esclero. En el 978 Focas había sido hecho volver con grandes honores por Basilio del exilio al que se le había condenado en el 971 por su conspiración contra Juan I Tzimisces (969-976), por lo que su posterior traición supuso un duro golpe para Basilio, que en esta carta, parafraseada en parte por Pselo, reprueba a Focas por ello. He decidido copiar el pasaje a continuación del libro I por ser éste el lugar al que pertenece cronológicamente.

82. *Anagyris foetida*

83. Las tres hermanas se llamaban: Eudocia la mayor, Zoe la mediana y Teodora la más joven. A las dos últimas, que desempeñarán un papel muy destacado en la política bizantina de la primera mitad del XI, dedicará Pselo amplias páginas de sus *Vidas*, tal como iremos viendo.

84. Se refiere a la escritura estenográfica.

85. Todavía hoy el *tavli* (en inglés backgammon) es el juego nacional de los griegos y en general de todos los Balcanes y Anatolia.

86. Se refiere a la magistratura del prefecto urbano de Constantinopla.

87. Leo *amphílogon* en vez del *aphilósoph*on de los editores. El manuscrito tiene una lectura corrupta: *aphphíloson*.

88. Romano III Arguiro se casó con Zoe el 8 de noviembre del 1028, tres días antes de la muerte de Constantino VIII.

89. Basilio I (867-886), tatarabuelo de Basilio II.

90. Hace referencia al derecho de tradición romana que vive un renacimiento en Bizancio en el siglo XI después de las grandes codificaciones realizadas en el siglo anterior.

91. La dinastía de los Antoninos, que gobernó los destinos de Roma en el siglo n, representaba tradicionalmente el periodo más próspero de la historia del imperio. El emperador-filósofo Marco Aurelio (161-180) encarnaba mejor que nadie el espíritu de esta época. Por su parte Octavio Augusto, como fundador del imperio (n. 63 a. C. —m. 14 d. C.), representa también otro de los hitos gloriosos del pasado romano.

92. Alepo, en el norte de Siria, conquistada por los bizantinos en el 962, permanecía solamente vinculada nominalmente a Bizancio bajo el gobierno de sus emires. Cuando Romano III quiso anexionar su territorio y los emires mirdasidas se negaron, dirigió contra ellos la expedición que aquí menciona Pselo. Estamos en el año 1030.

93. Trajano (98-117) y Adriano (117-138) son los dos primeros emperadores de la llamada dinastía de los Antoninos. Trajano anexionó Asiría y Mesopotamia al imperio, pero Adriano debió abandonarlas, aunque visitó Siria y Palestina con ocasión de diversas campañas. A Augusto, responsable de la incorporación definitiva de gran parte del Oriente al imperio, ya lo mencionó Pselo un poco antes. Finalmente, la mención de Alejandro Magno (336-323 a. C.), hijo de Filipo II de Macedonia, se explica por haber conquistado éste todo el Oriente persa aqueménida.

94. Antioquía, la ciudad más importante de Siria y entonces en poder del imperio.

95. Los zapatos púrpura del emperador revelaron su condición a los soldados.

96. Durante el arcontado de Euclides (403 a. C.) se concedió en Atenas una amnistía a las infracciones anteriores que se convirtió en proverbial.

97. Alusión a la iglesia de Santa Sofía construida por Justiniano en el siglo

VI y sin duda la construcción más imponente de todo el imperio. También Justiniano, al inaugurar esta basílica, dijo al contemplar la inmensa cúpula: «Salomón, te he vencido».

98. Fidias como escultor y Polignoto y Zeuxis como pintores son los más famosos artistas de la época clásica griega, activos todos en el siglo V a. C.

99. La imponente iglesia de la Virgen Peribleptos (o «Espectable»), construida en el extremo suroccidental de Constantinopla por Romano III y luego restaurada por Nicéforo III Botaniates (1078-1081), sirvió de tumba a estos dos emperadores, pero fue destruida por un incendio en 1877. La actual iglesia que ocupa su lugar, llamada en turco Sulu Manastir («Monasterio del Agua»), es una moderna reconstrucción.

100. *Salmos* 14.1 y 83.2.

101. *Deuteronomio* 23.19: «No traerás salario de prostituta ni ofrenda de perro a la Casa de Dios tu Señor».

102. Pselo hace aquí un juego de palabras incomprensible si no se sabe que el nombre de *Peribleptos* o «Espectable», que dio a la Virgen en el templo que le dedicó, designa al mismo tiempo a una dignidad palatina, por lo tanto poco adecuada para la Madre de Dios. Por eso nuestro autor considera que el adjetivo *Peribleptos* se aplica quizás al edificio antes que a la Virgen.

103. Anaxágoras (500/546-428 a. C.), uno de los más importantes filósofos pre-socráticos, habló de infinitos elementos en el origen del cosmos. Pselo conoció su doctrina probablemente a través del neoplatónico Simplicio (s. VI).

104. Juan Orfanotrofo, del que se hablará con detalle en el libro siguiente.

105. Romano III Arguiro murió el 12 de abril del 1034, el día de Viernes Santo.

106. Miguel el emperador y Nicetas, que eran cambistas de profesión antes del acceso al trono del primero, así como otros tres, todos ellos emasculados: Juan Orfanotrofo, Jorge y Constantino. Además había una hermana, de nombre María, que se casó con el calafate Esteban, del que luego se hará mención por ser el padre del futuro emperador Miguel V.

107. Pselo alude aquí, por este orden, al califato chiíta fatimí de Egipto, al dominio de los turcos selyucíes sobre extensas áreas de Persia (y Asia Central), así como al emirato buyí en Bagdad y la zona mesopotámica (hasta el año 1055).

108. Muerto Nicetas sin descendencia y ante la condición de eunucos de los demás hermanos, el único descendiente de la familia era el hijo de su hermana

María, Miguel.

109. Situado en el extremo norte de las murallas de tierra de Constantinopla.

110. Esteban el calafate, padre del futuro Miguel V, llegó a ser nombrado comandante de la flota en la expedición militar mandada por Juan Orfanotrofo a Sicilia. Castigado por Jorge Maniaces, responsable de las tropas de tierra, por su mando negligente, Esteban acusó al general de pretender levantarse contra su cuñado el emperador, lo que motivó la deposición de Maniaces en 1040 y su regreso a Constantinopla. Eso arruinó la campaña bizantina en Sicilia, donde el papel subsiguiente de Esteban parece haber sido nefasto y promovido los éxitos de los árabes, que ocuparon toda la isla a excepción de Mesina.

111. Los santos Cosme y Damián son dos mártires cristianos de más que dudosa historicidad, que suplieron en el mundo tardoantiguo a los asclepíadas Podalirio y Macaón como sanadores de enfermos, actividad por la que recibieron el atributo de «anárguiros», esto es, «los que no cobran dinero» por sus curaciones milagrosas. Su templo estaba situado en la orilla oriental del Bosforo.

112. Monjes.

113. Homero, *Odisea* 9.123.

114. Expresión proverbial aplicada a los misios de Asia Menor, considerados afeminados y cobardes en la Antigüedad. Los misios son a veces confundidos entre los bizantinos con los habitantes de la antigua provincia romana de *Moesia*, entre Tracia y el Danubio, lugar de formación del estado búlgaro.

115. Pedro Dolyán, que se rebeló contra Miguel IV en la primavera del 1040, se hizo pasar por descendiente de los últimos zares búlgaros, representados aquí por Samuel (980-1014) y su hermano Aarón. Su parentesco con ellos es objeto de debate.

116. El lector debe recordar que Romano Arguiro hizo precisamente lo contrario en su campaña en Oriente.

117. Los búlgaros, que ocuparon parte de las tierras de los antiguos escitas al norte del Danubio.

118. Alusiano era en realidad hijo de Juan Ladislao, el último zar búlgaro (1014-1018), que fue a su vez hijo de Aarón, el hermano de Samuel.

119. Tras el fracaso del asedio de Salónica por los dos rebeldes en octubre del 1040, se produjo la mutilación de Doliano por Alusiano a la que Pselo alude aquí sin dar causas concretas más allá de la mutua desconfianza.

120. Otoño del 1041.

121. Los zapatos púrpura que delatan la condición de emperador.

122. 10 de diciembre del 1041.

123. Constantino llegó a ser gobernador de la ciudad siria de Antioquía con Miguel IV.

124. Juan fue cegado el 2 de mayo de 1043 por orden del patriarca Miguel Cerulario y ejecutado el 13 de mayo por la del emperador Constantino IX Monómaco, ambos resentidos desde antiguo con el Orfanotrofo. Pselo calla sus nombres «eufemísticamente», sin duda por su vinculación con ambos, de la que hablará en el correspondiente libro.

125. La isla principal del archipiélago de las Islas Príncipes situado en el mar de Mármara, cerca de Constantinopla, y lugar habitual de exilio en Bizancio para los rivales políticos.

126. La revuelta se inicia el 19 de abril del 1042. Durará dos días más.

127. El Hipódromo de Constantinopla, desde cuya tribuna, que conducía directamente al Palacio imperial, los emperadores proclamaban ante el pueblo sus decisiones más transcendentales.

128. Constantino Cabasilas, más tarde *dux* en Occidente.<

129. Situado en el extremo suroccidental de Constantinopla, cerca de las murallas.

130. No es el único caso de la historia de Bizancio en el que el emperador reinante mutila a los demás miembros de su familia para asegurarse que no le disputarán el trono. No obstante, semejantes actos de crueldad no se practicaban ya desde hacía tiempo en el momento en el que escribe Pselo. La mutilación se consideraba además en el mundo bizantino un acto de misericordia hacia el reo en la medida en que sustituía en muchos casos a la antigua pena capital, que se procuraba evitar salvo en casos extremos, pues se pensaba que Dios era el único dueño de la vida humana.

131. El complejo de Santa Sofía, donde Teodora había sido coronada por el patriarca Alejo Estudita (1025-1043) debido a la presión de los rebeldes, estaba separado por una vasta plaza del recinto de palacio, en donde permanecía la emperatriz Zoe. Era el 21 de abril del 1042.

132. La dinastía macedonia fue fundada en el año 867 por Basilio I, un simple campesino tracio, gracias al sangriento asesinato de Miguel III, el cual,

admirado de la fuerza física de Basilio, lo había convertido en su favorito y ascendido hasta el rango de César. Pese a estos sangrientos comienzos, la dinastía se mantuvo en el poder hasta la sexta generación, representada por Zoe y Teodora.

133. Se refleja aquí el conflicto creciente entre el poder civil del Estado, defensor del centralismo, y los grandes jefes militares, que por estar vinculados a familias terratenientes locales, son hoy considerados los impulsores de un proceso de feudalización del imperio.

134. Mercenarios varegos de Rusia.

135. Hace referencia a la invasión de Anatolia por los turcos selyucíes, abordada en el libro dedicado a Romano IV Diógenes.

136. Constantino Dalaseno, que había sido ya candidato a casarse con Zoe en primer matrimonio.

137. Recordemos que Zoe fue consagrada monja al ser llevada a la isla de Príncipe, aunque no duró en ese estado más allá de dos días.

138. Se trata de Constantino Artoclines, que murió tal vez envenenado por su propia mujer cuando ésta, enterada de los planes de matrimonio de su marido con la emperatriz, temió ser encerrada en un convento para facilitar el enlace y correr así el mismo destino que la mujer de Romano III Arguiro, de la que se habló al final del libro II.

139. María, hija por lo tanto de Basilio Esclero y de Pulquería, hermana de Romano III Arguiro.

140. Teodosio, el padre de Constantino Monómaco, fue sospechoso de conspirar contra el emperador Basilio II.

141. Constantino Dalaseno.

142. Constantino Artoclines.

143. Tanto Constantino Monómaco como Zoe celebraron entonces sus terceras nupcias, que eran mal vistas por la Iglesia Ortodoxa. El patriarca Alejo Estudita (1025-1043) las permitió en este caso, pero mostró su distanciamiento al no imponer la corona a los novios.

144. Heródoto, que ya fue acusado expresamente por Plutarco de ser un filobárbaro por haber recogido en su obra los episodios más negativos de la historia de Grecia.

145. En el extremo sur de la más oriental de las tres lenguas de tierra de la península Calcídica está situado el monte Atos, que se proyecta a gran altura desde la superficie del mar y es visible a gran distancia.

146. Plotino (205-270), Porfirio (233-305), Jámblico (T330) y Proclo (412-485) son probablemente los cuatro filósofos neoplatónicos más importantes del mundo tardoantiguo y no muy bien vistos en general por la tradición cristiana posterior.

147. Una obra considerada como apéndice a las *Leyes* de Platón y editada por su discípulo Filipo de Opunte.

148. Los *Oráculos caldeos*, una obra de época romana escrita en hexámetros griegos que pretendía difundir la sabiduría babilonia pero que recogía en realidad influencias muy diversas.

149. La teología.

150. Jesús tiene una doble naturaleza como hombre y dios y una doble realidad antes y después de la encarnación.

151. María Esclerena, hija de Romano Esclero y nieta de Bardas Esclero, de cuya sublevación contra Basilio II se habló ya en el Libro I.

152. Se cita el comienzo de un famoso pasaje de la *Ilíada* (3.156-157) en el que se habla de la belleza de Helena de Troya. La cita completa sería así: «No es reprensible que los troyanos y los aqueos de hermosas grebas sufran penalidades durante tanto tiempo por causa de una mujer como ésta». El hecho de que Pselo no termine la cita, indica hasta qué punto el texto de Homero era conocido entre los bizantinos.

153. ¿Constantino Licudes o Juan Mauropus? Véase la Introducción para estos personajes y su papel en la biografía de Pselo.

154. Tucídides.

155. Maniaces tomó Edesa en octubre del 1031 al servicio de Romano III como estratego de Samosata y pudo mantenerla bajo el dominio bizantino pese a los ataques masivos de los musulmanes durante el invierno subsiguiente. Fue sin embargo depuesto de su mando por el propio Romano III, quizás para propiciar un acuerdo de paz con los árabes. Años después, en el 1040, consiguió tomar Mesina y Siracusa en Italia, pero su enfrentamiento con el comandante de la flota, Esteban el Calafate, cuñado del emperador Miguel IV y padre de Miguel V, hizo que se le hiciera volver a la capital, donde fue encarcelado.

156. Miguel V envió a Maniaces en primavera del 1042 a luchar contra

Romano Arguiro, que se había rebelado en la Apulia.

157. Hace referencia al protospadario Pardo, que desembarcó en Otranto en septiembre del 1042. Estamos al principio del reinado de Monómaco, pero Pselo, que sigue un criterio temático y no cronológico en su exposición, hace mención de los hechos en la mitad del libro consagrado a este emperador.

158. Cruza el estrecho de Otranto desde Italia y desembarca en Dirraquio, en el Epiro.

159. El eunuco Esteban de Pérgamo, uno de los responsables del acceso al poder de Constantino IX.

160. Sigue el relato de la batalla de Ostrovo, en marzo del 1043.

161. De nuevo una oscura referencia a los mercenarios varegos por el armamento que éstos utilizan.

162. Referencia a la iglesia del Salvador fundada por Juan Tzimisces cerca de la Chalké.

163. Hoy, mar de Mármara.

164. Obviamente en la línea masculina, ya que Zoe y Teodora seguían vivas.

165. Pselo no da detalles de las causas del ataque de una importante flotilla rusa contra Constantinopla en el 1043. Parece que la muerte de un comerciante de Novgorod en un barrio de Constantinopla, dio a los comerciantes de esta ciudad del norte de Rusia la «excusa» para organizar una expedición contra Constantinopla que les permitiese obtener un tratado comercial más ventajoso con el imperio. Gobernaba entonces los territorios rusos Yaroslav, príncipe de Kiev, y comandó la flota su propio hijo Vladimiro. El hecho de que la expedición se produjera al comienzo mismo del reinado de Monómaco habla a favor de la idea de Pselo de que estaba ya fraguándose antes, pues la construcción de la flota no podía improvisarse fácilmente.

166. El fuego líquido era una mezcla de nafta, azufre y cal viva que explotaba en contacto con el agua. Era el arma secreta de la flota bizantina desde su invención a fines del siglo VII.

167. La acción tiene lugar el 17 de julio del 1043.

168. Actual Edirne, en Tracia.

169. En las páginas siguientes se habla de la revuelta del patricio armenio

León Tornicio contra Constantino Monómaco, que se extendió a lo largo del año 1047. La sublevación movilizó a los comandantes de las provincias europeas de los Balcanes contra el emperador por la poca atención que éste prestaba a la defensa militar del imperio.

170. La provincia de Iberia (Georgia), con capital en Ani, se constituyó en el 1045.

171. El 14 de septiembre del 1047 Tornicio recorrió en un día la distancia de unos doscientos cuarenta kilómetros que separaba Constantinopla de Adrianópolis.

172. 25 de diciembre de 1047.

173. El emperador se instala en la ciudadela de las Blaquernas, en el extremo noroccidental de Constantinopla y en el punto más vulnerable de las imponentes murallas construidas a principios del siglo V por Teodosio II. El Gran Palacio imperial estaba situado en el extremo oriental de la ciudad, lejos de las murallas terrestres.

174. Una iglesia en la localidad de Bulgarófigo a unos cincuenta y dos kilómetros al suroeste de Constantinopla, cerca de Arcadiópolis.

175. Miguel Yasita, comandante de las tropas de Oriente en nombre de Constantino IX.

176. 25 de diciembre de 1047.

177. El más bello de los griegos según Homero, *Ilíada* 2.672-673.

178. Esta afirmación la toma Pselo de la leyenda de Rómulo tal como está recogida por Plutarco.

179. Se contraponen aquí dos famosos políticos atenienses del siglo V a. C. con el esclavo tracio que se sublevó contra Roma en las postrimerías de la República.

180. Sabemos por otras fuentes que el personaje, cuyo nombre calla Pselo, se llamaba Romano Boilas.

181. Referencia a Hera y Atenea, que en *Ilíada* 4.20 y 8.457 manifiestan con contenidos murmullos su desaprobación a Zeus, rey de los dioses, que protege a los troyanos contra la voluntad de ambas.

182. Las islas de los Príncipes.

183. Los alanos, un pueblo iranio, se asentaban entonces al norte del Cáucaso, cerca de las riberas del Caspio. Los osetas pasan por ser sus actuales descendientes.

184. El cuarto matrimonio estaba categóricamente prohibido por la iglesia ortodoxa y, de hecho, cuando el emperador León VI se casó por cuarta vez en el año 906 provocó un verdadero cisma en el interior de la iglesia.

185. En el año 1050.

186. Además de Alejandro Magno, Julio César y Octavio Augusto («los dos Césares»), Pselo menciona aquí a Pirro, rey de los molosos en Epiro (297-272 a. C.), conocido sobre todo por sus victorias «pírricas» frente a los romanos en Italia; a Epaminondas (†362 a. C.), líder tebano que derrotó a los espartanos en Leuctra en el 371 a. C.; y al rey espartano Agesilao, que dirigió los destinos de su país en la primera mitad del siglo IV a. C.

187. Homero, *Ilíada* 18.541-542.

188. Diosa griega que personifica la Justicia.

189. Expresión tomada del antiguo teatro griego que alude a la intervención sobrenatural de algún dios en la trama dramática protagonizada por los héroes o los hombres. El hecho de que el personaje del dios descendiera sobre escena colgado de una grúa dio pie a la frase.

190. Homero, *Odisea* 17.486-487.

191. Homero, Ilíada 2.24-25. Calíope es la musa de la épica.

192. Se trata del eunuco Juan, que sucedió a Constantino Licudes en el favor de Constantino IX.

193. Pselo hace aquí referencia a su amigo Constantino Licudes, que actuó durante años como primer ministro de Monómaco y luego acabaría siendo patriarca de Constantinopla (1059-1063). Sobre él véase la Introducción. Pselo habla constantemente de él en sus cartas y escribió incluso un discurso fúnebre en su honor, pero aquí de nuevo calla su nombre.

194. Licudes será nombrado patriarca de Constantinopla en 1059, tras la deposición de Cerulario, de la que se hablará en el libro X.

195. Se describe a continuación el vasto complejo de San Jorge construido por Constantino Monómaco en el barrio de los Mangana, en el extremo oriental de Constantinopla. Comprendía una residencia imperial, un hospital, la iglesia y el monasterio. Apenas quedan hoy vestigios de las suntuosas edificaciones descritas

por Pselo, que se levantaban en el recinto del actual serallo del sultán en Topkapi.

196. Sin duda la iglesia de Santa Sofía, construida por Justiniano en el s. VI.

197. La provincia de Iberia, con capital en Ani, fue incorporada al imperio en el 1045. En la zona vivían tanto armenios como georgianos (iberos).

198. El califa fatimí Al-Mustansir.

199. Se refiere una vez más a Constantinopla, la Nueva Roma.

200. Juan Xifilino, posteriormente patriarca de Constantinopla (1064-1075). Sobre él véase la Introducción.

201. Se trata del Olimpo de Bitinia, importante centro monástico en época bizantina.

202. Hermógenes de Tarso (s. II d. C.), uno de los autores de textos retóricos más estudiados por los bizantinos, pasaba por haber compuesto su obra antes de cumplir veinticinco años, momento en el que un accidente lo incapacitó mentalmente.

203. El 11 de enero de 1055.

204. Se refiere obviamente a Constantino VIII, no a Monómaco.

205. Nuevamente Pselo calla el nombre del personaje: León Paraspondiles, protosincelo imperial.

206. *Cantares* 5.3.

207. Homero, *Odisea* 1.149 y 14.453.

208. Declaración de ortodoxia de Pselo, que al final del reinado de Constantino IX se vio obligado a declarar públicamente su fe ante las acusaciones de heterodoxia de las que fue objeto por parte de sus enemigos por su dedicación al estudio de la filosofía pagana.

209. Su hábito monástico no se adecuaba al parecer a su comportamiento como cortesano.

210. Pselo alude aquí de forma velada al nombramiento de obispos por parte de la emperatriz, una potestad imperial de la que según nuestro autor pareció no hacer buen uso, quizás llevada de su enfrentamiento con el patriarca Miguel Cerulario, responsable del cisma con Roma y del que se hace mención

acto seguido.

211. Los monjes: el pasaje critica su hipocresía, aunque el propio Pselo, como hemos visto, se tonsuró como monje al final del reinado de Monómaco.

212. Habitantes del antiguo demo ático de Acamas, que por haber padecido especialmente los ataques de los lacedemonios en la guerra del Peloponeso (s. V a. C.), eran caracterizados por sus contemporáneos como muy belicosos. La armadura a la que alude Pselo es la túnica monástica.

213. El 31 de agosto del 1056. El año bizantino empezaba el 1 de septiembre.

214. Cecaumeno, ya vencedor en Mesina en el 1042, fue destituido en el 1056 de su mando en la ciudad siria de Antioquía, sin que sepamos muy bien las razones que tuvo el emperador para ello.

215. Reunidos en la iglesia de Santa Sofía, en connivencia con el patriarca Miguel Cerulario.

216. Lo dirá sin embargo un poco más adelante: se trata del eunuco Teodoro.

217. Homero, *Ilíada* 3.8 y 13.499.

218. La batalla, en las cercanías de Nicea, tuvo lugar el 20 de agosto del 1057.

219. Su nombre, de nuevo callado aquí, era León Alopo.

220. Se hace referencia a Constantino Licudes, amigo de Pselo y promovido al trono patriarcal (1059-1063) por Isaac, tras caer en desgracia con Constantino IX.

221. Los embajadores se embarcan para llegar en una nave hasta el fondo del golfo de Nicomedia, enfrente de Constantinopla, donde se halla el campamento de Isaac.

222. Juan Comneno, hermano de Isaac, es el padre del futuro emperador Alejo I Comneno (1081-1118).

223. Por ser filósofo y monje a la vez.

224. Lisias fue un orador ateniense de principios del siglo IV a. C., cuyos discursos fueron considerados en la tradición educativa posterior como un modelo de prosa sencilla, frente a los de sus contemporáneos Demóstenes o Isócrates,

paradigmas del estilo de largos periodos.

225. El emperador Constantino el Grande (306-337 d. C.) dio a sus hijos y sucesores el título de Césares, aunque la costumbre es anterior a él casi en dos siglos.

226. Se refiere al protosincelo León Paraspondiles, que había sido nombrado responsable de los asuntos de gobierno durante el reinado de Teodora como emperatriz única y del que Pselo habló también veladamente en el libro anterior.

227. La escena tiene lugar en Santa Sofía. El patriarca es Miguel Cerulario (1043-1058).

228. Además de eremitas y monjes cenobitas, nuestro autor alude en tercer lugar probablemente a los estilitas, que practicaban su ascetismo subidos durante años en una columna para estar así más cerca del cielo.

229. Isaac llegó a la capital la tarde del 31 de agosto del 1057.

230. Para el 1 de septiembre, el Año Nuevo bizantino y el día siguiente de la llegada de Isaac a la capital, estaba prevista la ceremonia religiosa de su coronación como emperador en Santa Sofía: pero el Comneno no espera a ella para tomar las primeras medidas de gobierno.

231. Jenócrates, discípulo de Platón, tenía siempre, según los testimonios antiguos, un aspecto serio y adusto.

232. El famoso orador ático (ca. 450-380 a. C.), que compuso un gran número de discursos judiciales.

233. Se indica con ello que el emperador desconocía no sólo los tecnicismos jurídicos, sino el uso correcto de la propia lengua culta griega en la que se redactaban los documentos.

234. Se refiere al califato chií fatimí de Egipto, entonces gobernado por al-Mustansir (1036-1094) y con amplias posesiones en Siria y Norte de África, así como al sultanato sunní de los turcos selyucíes que con Togril beg al frente (†1063) había tomado Bagdad a los buyíes en el 1055 (se califica de «partos», esto es, persas, a los turcos ya que su dominio territorial se extendía fundamentalmente por áreas de población irania). Durante el reinado de Isaac fatimíes y selyucíes se enfrentaron encarnizadamente por el control de Oriente, lo que provocó un debilitamiento pasajero de su fuerza frente a los bizantinos, tal como señalará Pselo un poco más adelante, aunque, con su habitual miopía de cortesano, atribuye esta debilidad únicamente al enérgico gobierno de Isaac.

235. La obra, como señala este pasaje, acababa inicialmente con el reinado de Isaac.

236. Se hace referencia a Basilio II, hijo de Romano II (959-963), biznieto a su vez de Basilio I (867-886), fundador de la dinastía macedonia.

237. Constantino VIII.

238. Dios de la medicina entre los griegos, hijo de Apolo.

239. Alejandro Magno.

240. Término irónico para referirse a los miembros del clero.

241. Uno de los doce trabajos de Hércules consistió precisamente en quitar en un solo día el estiércol de los inmensos establos de Augías.

242. Pselo prefiere pasar por alto el episodio de la deposición del patriarca (8 de noviembre del 1058), pues su papel en él es algo turbio, tal como explico en la Introducción.

243. Entre los parientes de Cerulario admitidos en la corte estaba sin duda su sobrina Eudocia Macremboliítisa, casada con Constantino Ducas, sucesor de Isaac en el trono.

244. Constantino Licudes, patriarca de Constantinopla entre 1059-1063. En el comentario que sigue Pselo alaba la «índole compuesta» de Licudes contrastándola implícitamente con la intransigencia del fallecido patriarca Cerulario, que no supo aceptar su posición subordinada al poder imperial y pretendió imponerle incluso su dictado.

245. Los hechos históricos que aquí se narran tienen que ver con el cruce del Danubio (el Istro en griego) el invierno de 1058-1059 por parte de húngaros y algunos contingentes de pechenegos, empujados por el avance de otros pueblos asiáticos (quizás los uzos, identificados aquí con los getas) desde las estepas rusas. La provincia romana de *Moesia*, situada junto al Danubio, y confundida con frecuencia por los bizantinos con la *Misia* de Anatolia, es la que da nombre a los distintos pueblos que la ocuparon.

246. Se trata de una religión chamánica, como la de muchos pueblos nómadas asiáticos.

247. 24 de septiembre del 1059.

248. e trata de dos expresiones proverbiales en griego: la primera hace referencia al oráculo de Dodona en el Epiro, que funcionaba al resonar entre sí

calderos de bronce; la segunda, al trípode de Delfos, sobre el que la Pitia emitía sus oráculos.

249. Catón el Menor o de Útica (95-46 a. C.), ferviente defensor de la República romana frente a César.

250. Isaac accede a este palacio, situado en el extremo noroccidental de Constantinopla, y junto a las murallas terrestres, a través del puerto situado en el Cuerno de Oro.

251. Los miembros de la familia de Isaac aquí mencionados son la emperatriz, Catalina, búlgara de nación, su hija María, su hermano Juan y Teodoro Doceiano, hijo de su hermana.

252. El Gran Palacio imperial estaba situado en el extremo oriental de la pequeña península donde se asentaba la ciudad, junto al Hipódromo y la iglesia de Santa Sofía.

253. El patriarca Licudes.

254. La familia de los Ducas se remonta a fines del siglo IX. Andrónico Ducas conspiró contra León VI en el 906 y Constantino Ducas aspiró al trono en el 913 a la muerte del emperador Alejandro, hermano de León VI.

255. El traspaso del poder tuvo lugar entre el 24 y 25 de noviembre del 1059.

256. Algunas de las ideas que aparecen en este libro repiten casi al pie de la letra las expresadas en el libro anterior a propósito de Constantino Ducas, lo que puede indicar que Pselo publicó o escribió este libro y los siguientes de forma independiente, quizás incluso años después de los que preceden, y que por ello tuvo que recoger aquí de nuevo algunos datos acerca del ascenso de Ducas que ya había consignado en el libro consagrado a Isaac Comneno. Pselo parece ser consciente de los dobletes y en algún caso los señala expresamente. Por otra parte, el relato sobre Constantino Ducas es sin duda el menos trabajado de toda la obra, tal vez porque Pselo, consciente del catastrófico balance del reinado, quiso pasar de puntillas sobre él, dada la estrecha amistad que le unía al emperador y que él mismo señala.

257. Véase la nota 5 del libro VI.

258. Eudocia Macrembolítisa.

259. Es el futuro emperador Miguel Ducas, al que se consagra el libro XIV.

260. Isaac murió en mayo del 1060, muchos meses después de su

abdicación.

261. *Proverbios* 12.13a.

262. La hija menor es Zoe, que en 1078 se casó con Adriano Comneno, hermano del entonces emperador Alejo I Comneno. Areté («virtud») fue el nombre monástico que adoptó Ana, la otra hija del emperador. Pselo no menciona una tercera hija, Teodora, que sabemos se casó con el dogo de Venecia Domenico Silvio (1070-1084).

263. Constantino Ducas (1060-1084), que vivió incluso lo suficiente para rebelarse contra Nicéforo III Botaniates (1078-1081), que había derrocado a su hermano Miguel. Significativamente Pselo, mentor de Miguel Ducas, no llega ni a mencionar su nombre.

264. En Bizancio tenían más legitimidad los hijos del emperador nacidos en la Púrpura, la estancia de Palacio destinada al alumbramiento de las emperatrices. Eran los *porfirogénitos*.

265. La conjura tuvo lugar el 23 de abril del 1061 y pretendía apresar al emperador mientras marchaba en su nave hacia el puerto de los Mangana, en el extremo oriental de la Ciudad, para celebrar allí la festividad de San Jorge en la iglesia homónima, que ya vimos había sido construida por Constantino Monómaco.

266. Por misios se refiere ahora Pselo a los pechenegos, que no parece distinguir muy bien de los húngaros (véase el libro X, nota 16). Por tribalos, un pueblo antiguo de los confines de Tracia, quizás haya que entender aquí a los uzos, un pueblo turco, que junto con los pechenegos se enfrentó al emperador Constantino X Ducas en la campaña que éste realizó en los Balcanes entre 1064-1065.

267. Referencia a la Eucaristía.

268. Juan Xifilino, compañero de estudios de Pselo y patriarca de Constantinopla (1064-1075).

269. Constantino contrajo la enfermedad en octubre del 1064 y murió el 22 de mayo del 1067.

270. Esta biografía termina con unas banales anécdotas que indican tal vez el carácter de esbozo que tiene esta biografía de Constantino Ducas. Probablemente Pselo no quiso profundizar más en el reinado de Constantino Ducas para evitar caer en críticas a su gobierno que le habrían comprometido frente a su hijo Miguel, durante cuyo reinado escribió las vidas finales de su obra.

271. Tenía entonces siete años.

272. Hermano de Constantino X Ducas.

273. El 1 de enero del 1068.

274. Constantino Diógenes intentó usurpar el poder contra Romano III en el 1031 cuando el emperador se disponía a partir de campaña en Oriente.

275. Romano Diógenes conspiró contra Constantino X, pero el exilio al que fue condenado tuvo ya lugar durante el reinado de Eudocia, que lo amnistió y le hizo volver a la capital, nombrándole *maguistro* y *stratelate*s el 25 de diciembre del 1067.

276. Los turcos selyucíes, cuya base territorial eran entonces los territorios persas

277. Homero, *Ilíada* 15.678.

278. Primera campaña de Romano, de marzo del 1068 a enero del 1069. El emperador llegó hasta Siria.

279. Segunda campaña de Romano, durante el año 1069. Se llegó hasta el río Eufrates.

280. Juan Ducas, hermano de Constantino X.

281. Tercera campaña de Romano, que salió de Constantinopla el 13 de marzo del 1071.

282. Cesárea era la capital de la Capadocia, en el centro de Asia Menor.

283. Alp Arslán, sultán selyucí (1063-1072).

284. Sigue el relato de la batalla de Mantzikert, el 26 de agosto de 1071.

285. Omite Pselo el confuso papel de Andrónico Ducas, hijo del César Juan, en esta batalla, replegándose con sus tropas en el momento decisivo y dejando al emperador a merced de los turcos. La derrota bizantina abrió a los turcos las puertas de Asia Menor.

286. Miguel Ducas, discípulo de Pselo.

287. Situada en el Ponto, en el centro de Asia Menor.

288. Constantino Ducas, primo de Miguel VII.

289. Tiropeo, en Capadocia.

290. El armenio Catatures había sido nombrado gobernador de Antioquía por Romano IV.

291. Adana, ciudad de la Cilicia.

292. Crispino, mercenario normando al servicio de Bizancio, se había rebelado con sus hombres contra Romano IV en el 1069, lo que supuso su expulsión del ejército y explica su enemistad hacia el emperador.

293. *Números* 20.17.

294. La más septentrional de las islas de los Príncipes, en el mar de Mármara.

295. Romano IV fue cegado el 29 de junio del 1072 y murió el 4 de agosto de ese año.

296. Al decir Pselo que escribe estas líneas en vida del emperador, está indicando ya que este último libro debe leerse en clave de panegírico y no de historia, algo que él mismo subraya más adelante cuando señala que el emperador Miguel Ducas le facilitó un esbozo de su propio retrato. El tono adulatorio de las páginas que siguen, así como el hecho de que falta en ellas cualquier referencia a la situación política del imperio (verdaderamente crítica ante la invasión turca), confirman el carácter de obra de encargo que tiene este libro final, que se limita a trazar un retrato amable y lisonjero de los miembros de la familia Ducas. No obstante, hay que tener en cuenta que el interés por el retrato psicológico es central en toda la obra de Pselo (la «historia política» tiene en él sólo un carácter instrumental) y que además, en el momento de escribir este libro final, el reinado de Miguel Ducas no había hecho sino empezar, por lo que el orador apenas podía hacer otra cosa que enfatizar las nuevas esperanzas que con él se inauguraban. Además, el tono irónico es quizás perceptible en algunos pasajes, que se prestan a una doble lectura, como cuando señala que el emperador no castigaba a los delincuentes por su natural generosidad; o como cuando indica que conocía perfectamente las técnicas de acuñación de monedas, algo que no deja de resultar un sarcasmo si se tiene en cuenta que Miguel fue responsable de una tremenda inflación de los precios.

297. Desde el caballo: es al juego del polo al que se hace aquí referencia.

298. Platón, *Timeo* 55.

299. Hace referencia a María, hija de Bagrat IV, rey de Georgia, y enviada en el 1065 a Constantinopla para que se casara con el joven Miguel Ducas. Cuando Miguel fue depuesto en el 1078, pasó a casarse con el emperador

Nicéforo III Botaniates y luego defendió los intereses de su hijo Constantino ante Alejo I Comneno.

300. Sófocles, *Áyax* 293.

301. Sófocles, *Áyax* 550-551.

302. Constantino no accedió al poder al ser derrocado su padre por Nicéforo III Botaniates. Fue sin embargo coemperador con Alejo I Comneno gracias a la influencia de su madre María, pero cuando en el 1087 Alejo tuvo el primer hijo varón (Juan), se relegó a Constantino, que murió en el 1094.

303. Hermano de Constantino X Ducas.

304. Eliano y Apolodoro de Damasco son dos autores griegos de época imperial romana (principios del II d. C.), autores respectivamente de un libro de táctica militar hoplítica y una poliorcética.

305. Constantino X Ducas y Miguel VI Ducas.

Table of Contents

Introducción

CRONOLOGÍA

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

VIDAS DE LOS EMPERADORES DE BIZANCIO

LIBRO I. BASILIO II [976-1025]

LIBRO I BASILIO II [976-1025]61

LIBRO II. CONSTANTINO VIII [1025-1028]

LIBRO III. ROMANO III ARGUIRO [1028-1034]

LIBRO IV. MIGUEL IV PAFLAGONIO [1034-1041]

LIBRO V. MIGUEL V CALAFATE [1041-1042]

LIBRO VI. ZOE Y TEODORA [1042]

LIBRO VII. CONSTANTINO IX MONÓMACO [1042-1055]

LIBRO VIII. TEODORA [1055-1056]

LIBRO IX. MIGUEL VI EL VIEJO [1056-1057]

LIBRO X. ISAAC I COMNENO [1056-1057]

LIBRO XI. CONSTANTINO X DUCAS [1059-1067]

LIBRO XII. EUDOCIA [1067]

LIBRO XIII. ROMANO IV DIÓGENES [1068-1071]

LIBRO XIV. MIGUEL VII DUCAS [1071-1078]